Ander Izagirre

VUELTA AL PAÍS DE ELKANO

Libros del K.O.

Ander Izagirre

VUELTA AL PAÍS DE ELKANO

Libros del K.O.

Ander Izagirre

VUELTA

AL PAÍS

DE ELKANO

Libros del K.O.

primera edición:

septiembre de 2022

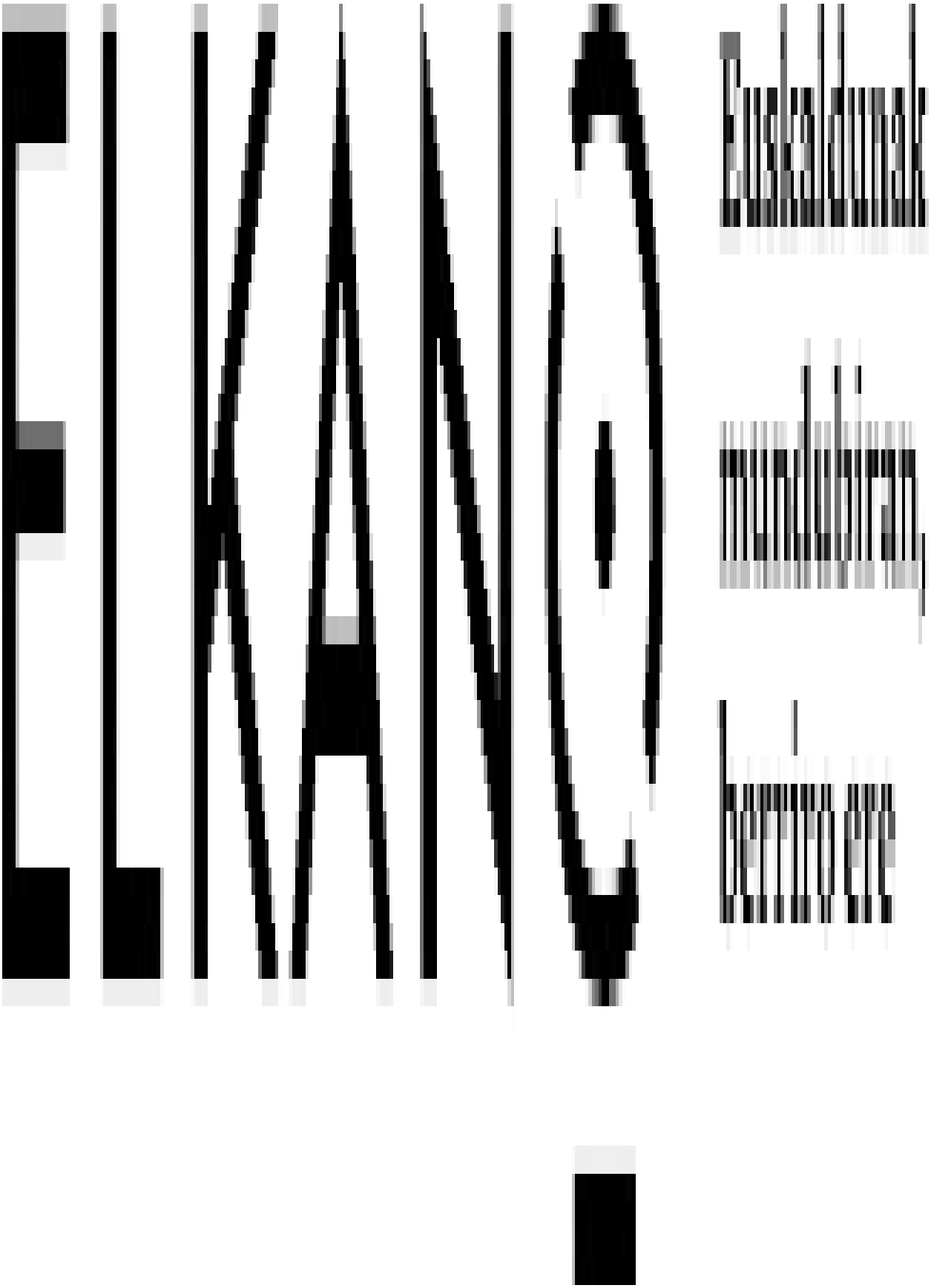
© Ander Izagirre, 2022

© Libros del K.O., S.L.L., 2022

Calle Infanta Mercedes, 92, despacho 511

28020 - Madrid

El autor recibió ayuda económica de la Elkano Fundazioa para escribir este libro



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid.

Comunidad de Madrid

isbn

: 978-84-19119-01-8

código ibic

: FJH, HB

diseño de cubierta y mapa:

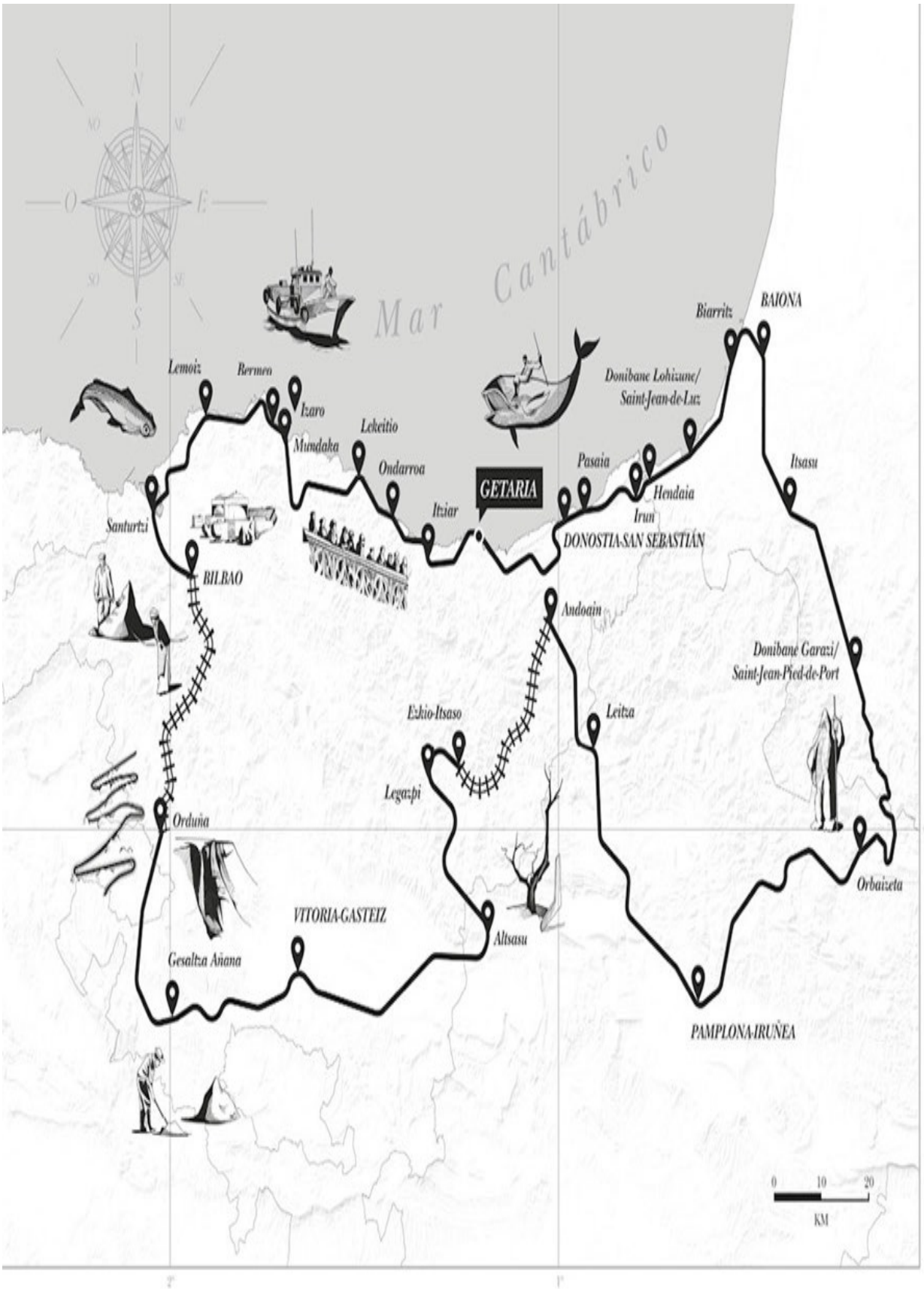
Artur y Denís Galocha

maquetación:

María O’Shea

corrección:

Melina Grinberg


Mar Cantábrico
Lemoiz
Bermeo
Izaro
Mundaka
Lekeitio
Ondarroa
Itziar
GETARIA
Pasaia
Donibane Lohizune/
Saint-Jean-de-Luz
Biarritz
BAIONA
Itsasu
Hendaia
Irun
DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN
Santurtzi
BILBAO
Andoain
Donibane Garazi/
Saint-Jean-Pied-de-Port
Leitza
Eskio-Itsaso
Legazpi
Orduña
VITORIA-GASTEIZ
Altsasu
Gesaltza Añana
Orbaizeta
PAMPLONA-IRUÑEA
0 10 20
KM

CAPÍTULO 1. EN EL PAÍS DE LA BALLENA

En el que se produce una lamentable confusión entre ballenas y ratones, aparece un lingote de plata en el fondo de la bahía, un esclavo negro elabora la primera salsa de la gastronomía vasca, los guipuzcoanos hacen un poco de revolución, se explica quién fue el famoso Magallanes y se intenta entender para qué sirve un Elkano.

Ven una ballena y creen que es un ratón

, protestó Jorge Oteiza.

La isla de San Antón es un pequeño monte de arenisca con forma redondeada como el lomo de un animal, con una cabeza que apunta al norte, y sí, la llaman el Ratón de Getaria porque desde lejos parece un roedor adentrándose en el océano. Tiene incluso una larga cola artificial, un dique de doscientos metros que une la isla con el continente y crea un refugio magnífico: los barcos amarran al sureste del dique, protegidos de las tempestades que en la costa vasca suelen llegar del noroeste. Los habitantes de Getaria se empeñaron desde la Edad Media en la construcción de muros para protegerse del océano, pero en 1474 se lo debieron de tomar muy en serio porque dictaron esta ordenanza: la mitad de los ingresos obtenidos por la caza de ballenas en aguas de Getaria se destinaría a pagar las obras del muelle y los guardamares. En 1490, cuando un crío de tres años llamado Juan Sebastián correteaba por el pueblo, remataron el espigón que unía definitivamente la isla a tierra firme. O no tan definitivamente. En los siguientes siglos aparecen noticias frecuentes de temporales que destrozan el dique, de nuevas reparaciones, derrumbes, boquetes, más obras, exigencias de impuestos a los barcos que recalan en Getaria para sufragar semejante testarudez, ese empeño por construirse un nido en el mar.

Pero no tenían otro remedio, porque el puerto era lo único que daba sentido a Getaria. Este es un sitio nefasto para establecer un pueblo. Lo construyeron en lo

alto de un promontorio litoral que se desploma en acantilados al este y al oeste, con una costa abrupta a la espalda que le cierra la salida al sur, pero en un sitio ideal para un puerto, al amparo de la isla de San Antón. En la costa vasca abundan los pueblos así, siempre al sureste de cabos y promontorios que los protegen de las tempestades, como Hondarribia, Ondarroa, Lekeitio, Bermeo, como el caso imposible de Elantxobe, un pueblecito que cuelga en un acantilado del cabo de Ogoño y parece a punto de desprenderse en cuanto alguien estornude. El criterio para elegir el emplazamiento de un pueblo era evidente: daba igual dónde hubiera que construir las casas, lo importante era dónde amarrar los barcos.

En el casco antiguo de Getaria, bajo el palacio de la familia Zarauz, los arqueólogos encontraron una vértebra de ballena que algún albañil había usado mil doscientos años antes para ceñir una columna. El hueco de la vértebra había sido tallado y presentaba restos de madera carbonizada: probablemente la cabaña o la casa se incendió. En ese mismo estrato altomedieval aparecieron montones de huesos de ballena trabajados, costillas y mandíbulas con cortes de cuchillo, una abundancia de osamentas que no se explica por el aprovechamiento de algún cetáceo varado de manera esporádica en la playa, sino por una actividad de caza y de industria ballenera permanente ya en el siglo

ix

. En el sepulcro de piedra de los Zarauz, conservado en la vecina iglesia gótica de San Salvador, aparece una ballena tallada en el escudo familiar: un animal muy poco frecuente en la heráldica, una señal evidente del origen de su riqueza y posición social. En el escudo de Getaria figura una ballena arponeada. En 1256, el rey castellano Alfonso X confirmó el fuero que tenía Getaria desde que la fundó un rey navarro y recordó a sus vecinos que la primera ballena de cada temporada era para el monarca. A cambio, los getariarras y sus mercancías quedaban exentos de peajes en los caminos de León y Castilla. En 1474, cuando decidieron construir el dique entre el continente y la isla, 128 vecinos mosqueados firmaron una declaración ante el escribano: la obra les iba a costar un dineral, ya estaban endeudados hasta las orejas, arruinados por incendios, marejadas y pestes, pagaban demasiadas contribuciones a la monarquía sin tener a cambio ni un camino decente por tierra ni un puerto seguro, así que se negaban a seguir entregando la ballena anual al rey. En adelante se tendría que apañar merendando sardinas. En 1626, en las Juntas Generales de Gipuzkoa que se celebraron en Getaria, algunos diputados manifestaron su preocupación porque

los holandeses estaban fichando a marineros guipuzcoanos para aprender de ellos su exclusivo arte de cazar ballenas. Decidieron investigar puerto por puerto y multar a los traidores. En 1798, el getariarra Manuel de Agote volvió de sus misiones comerciales en China y presentó un proyecto para revitalizar la caza de ballenas: apenas quedaban ejemplares en el Cantábrico, así que propuso expediciones a Groenlandia, Spitzberg, Labrador y otras aguas árticas. En 1800, el viajero y erudito prusiano Wilhelm von Humboldt anotó que los agricultores de estas colinas costeras clavaban huesos de ballena en el terreno para enroscar en ellos las vides del txakolí, el vino blanco de la zona. En 1878 cazaron la última ballena en aguas de Getaria. Los pescadores de Getaria, Orio y Zarautz se la disputaron con tanto encono que el animal se pudrió en la playa antes de que llegaran a un acuerdo para repartírsela. Su esqueleto de doce metros se exhibe desde 1934 en el Aquarium de San Sebastián y creo que todos los niños guipuzcoanos recordamos, con mucha impresión, el día en que nos llevaron a ver sus fauces. El fondo de la bahía de Getaria es un cementerio de huesos de ballena. No venían plácidas a morir: las perseguían, las arponeaban, las arrastraban hasta aquí, las despedazaban y las fundían para convertirlas en el aceite que iluminaba Europa.

Qué puede esperarse de un pueblo que tiene una montaña con forma de ballena entrando en el puerto y la confunde con un ratón que sale, escribió el escultor Oteiza. Pues esos somos, en general, los habitantes actuales de la costa vasca: coleccionistas de postales, admiradores de un paisaje que no entendemos.

el país vasco no se puede entender

sin su vida abierta al mar, sin las influencias que recibió del mar, sin sus aportaciones a la historia marítima de la humanidad. Si los vascos fueron alguna vez buenos en algo —si incluso fueron los mejores en algo—, fue construyendo barcos, navegando, comerciando, pescando y cazando ballenas.

Todas las naciones crean sus mitos y se presentan con los rasgos de identidad que les convienen: lo curioso es que en el País Vasco triunfó la idea de una esencia rural, campesina, replegada, resistente. En 1876 los territorios de Álava, Bizkaia, Gipuzkoa y Navarra quedaron arruinados por las guerras carlistas y vieron cómo el Gobierno español abolía los fueros con los que se habían regido desde la Edad Media —sus instituciones y leyes propias—. Empezó una

emigración masiva de jóvenes a las Américas. El geógrafo francés Elisée Reclus publicó ese mismo año un artículo titulado «Los vascos, un pueblo que desaparece», en el que describía ese ambiente de extinción. Al mismo tiempo el país se transformó a toda velocidad: proliferaron las industrias (con las explotaciones mineras, las fábricas y los altos hornos que devoraban el paisaje) y se desparramaron las ciudades (con la llegada de miles de obreros inmigrantes), sobre todo en Bizkaia, donde surgió una reacción nacionalista vasca. Era una respuesta típica de la época, de una punta a otra del continente, que en este caso tomó tintes especialmente tradicionalistas, conservadores, racistas. Aquellos primeros nacionalistas vascos temían por la permanencia de su pueblo, su cultura, su idioma, su sangre, sus mentones prominentes, sus orejas desplegadas y sus narices largas, y frente a las industrias, frente a las ciudades, frente a la contaminación de gentes ajenas, fijaron un ideal de pureza: el caserío. «Todos los vascos descendemos de aldeanos», dijo Sabino Arana, fundador del Partido Nacionalista Vasco. Sus seguidores presentaron el mundo rural como un cofre de las esencias vascas, de las viejas leyes propias, de las buenas costumbres cristianas, del euskera limpio, de los cantos, las danzas y los deportes rurales. Exaltaron la figura del vasco apegado a su caserío, su tierra y sus costumbres, del vasco que habla una lengua antiquísima sin parentesco conocido, del vasco guardián de un país indómito, del vasco puro jamás mezclado ni conquistado, siempre amenazado por la conquista y la mezcla.

En realidad, los vascos de la vertiente atlántica habitaban un territorio montañoso, fresco y húmedo que apenas daba para una agricultura de supervivencia, a la orilla de un mar que durante siglos se les ofreció como única oportunidad para salir a ganarse la vida, y salieron, qué remedio, salieron a navegar desde tiempos muy tempranos hasta costas muy remotas, exportaron lanas y hierros, persiguieron bacalaos y ballenas, atravesaron océanos, comerciaron, se mezclaron, pactaron, emigraron, durante dos mil años participaron en imperios, colonizaron y fueron colonizados, alumbraron hazañas y desataron horrores, fueron dignos de admiración y motivo de espanto. Si hay que simplificarlos en una sola estampa, los vascos no fueron precisamente un pueblo de campesinos aislados, sino un pueblo de navegantes promiscuos.

en 2018, el buceador borja inza

encontró una pieza metálica, brillante y redondeada en el fondo de la bahía de

Getaria. Pesaba ocho kilos. Inza tuvo que abrirse la cremallera del traje de neopreno y guardársela dentro, para nadar con ella en el pecho hasta la superficie. Los expertos concluyeron que se trataba de un lingote de plata de los siglos

xvi

o

xvii

, como los que se traían de las minas de Potosí, y probablemente de contrabando, porque no tenía las marcas que se les estampaban después de pagar los impuestos al rey. Arqueólogos submarinos repasaron el fondo, sin encontrar ningún lingote más, pero Inza, explorador habitual de la bahía, les señaló unas formaciones rocosas que le habían llamado la atención. En las batimetrías —en los mapas digitales del fondo marino— se veían muy bien: del istmo del monte San Antón hacia el este salía una estructura de tres líneas paralelas muy evidentes.

A la arqueóloga Mertxe Urteaga se le encendió una bombilla.

Bajaron lo que llaman la chupona, una máquina que limpia los fondos de arena, y despejaron esas aparentes estructuras. Las tres hileras rectangulares parecían formadas por bloques de rocas uniformes, y Urteaga, descubridora de los restos romanos más importantes de Gipuzkoa, pensó que podían ser los muros de un antiguo puerto sumergido.

O, por fin, las cetáreas.

—De joven yo venía mucho a Getaria. Me gustaba pasar al monte San Antón, curiosear por estas orillas… —me dice Urteaga, mujer menuda de sesenta y dos años, melena corta muy negra, rostro redondeado y juvenil, miradas fijas, pausas antes de cada sorpresa—. Una vez me fijé en unos huecos redondeados en las rocas y me recordaron a unos viveros de peces que construyeron los romanos en Gandía. Siempre andaba atenta a indicios así. En los años noventa leí De Brigantium a Oiasso, un estudio de los enclaves romanos en la costa cantábrica, y ahí me encontré por primera vez con la palabra cetaria.

—¿Y qué es una cetaria?

—Una factoría de salazones, una estructura para preparar conservas de pescado.

Cetárea es el nombre de las piletas de piedra que construían los romanos para salar el pescado y elaborar el garum, una pasta a base de intestinos, hígados, huevas, espermas, sangres y demás restos de peces, que trituraban, sazonaban y dejaban un par de meses al sol. Los romanos, gente recia, condimentaban sus platos con esa salsa. También la usaban para conservar alimentos, porque los microbios no se atrevían ni a arrimarse a semejante mejunje.

Una hipótesis sostiene que el nombre de Getaria viene del latín cetaria (pronunciado «ketaria»), que a su vez deriva del griego ketos: monstruo marino, cetáceo. Getaria sería, literalmente, el pueblo de las ballenas (al que llamamos, turistas de nuestro propio país, el pueblo del ratón).

El descubrimiento de unas piletas de piedra en el fondo de la bahía podía confirmar ese origen romano.

—Hicimos dos campañas de arqueología submarina. Pero al final nada, descartamos que fueran estructuras de origen humano. Eran formaciones geológicas, muy regulares pero geológicas.

Veinte años antes, Urteaga y sus colegas habían descubierto cerámicas romanas y restos de cabañas del siglo

i

en el subsuelo del casco histórico de Getaria. El mito dice que los vascones fueron un puñado de indígenas que se resistieron al Imperio, no se dejaron conquistar y por eso preservaron su lengua y su cultura. Pero los romanos se instalaron donde quisieron, fundaron sus ciudades y trajeron sus leyes, las élites vasconas se integraron en los negocios y la administración imperial, la lengua vasco-aquitana se manifestó por escrito bajo dominio romano en lápidas y demás inscripciones, aquí se formaron cohortes vasconas para luchar a las órdenes del emperador contra los cántabros, germanos y británicos, tan mercenarios como los que más. Mertxe Urteaga me cita en Irun, donde ella encontró los restos de la ciudad portuaria de Oiasso, para explicarme que la cultura vasca no sobrevivió a pesar de los romanos, sino gracias a los romanos. Para escuchar ese argumento todavía me falta dar toda la vuelta al país.

Eso siempre viene bien: darle una vuelta a todo. Especialmente a los países.

era un esclavo liberado

, posiblemente africano, y trabajaba en la industria pesquera de la costa vasca hace dos mil años. Caius Iulius Niger declaró en una placa de mármol que había mandado construir una tumba para él mismo, para su hermano Caius Iulius Adiucus y para Iulia Hilara, quizá esposa de alguno de los dos. No era casual que los tres se llamaran Iulius o Iulia. La placa decía que eran libertos, antiguos esclavos de Caius Iulius Leo, el patrón de quien debieron de tomar el nombre.

La placa apareció en 1984, durante unas prospecciones arqueológicas en el fondo de unas estructuras de piedra: tres cubículos casi completos y otros cuatro muy deteriorados. Presentaban una planta cuadrada de 2.6 por 2.2 metros y una profundidad de ochenta o noventa centímetros, que debió de ser mayor en su origen. Los vecinos conocían de sobra estas ruinas. Figuraban en un mapa militar de 1779, los trabajadores que construyeron el ferrocarril en 1863 las señalaron como un obstáculo para tender las vías, pero siempre se consideró que se trataba de viejos hornos para fundir grasa de ballena. Hasta que los arqueólogos excavaron el fondo de las piletas y encontraron anzuelos, lastres de redes y restos de ocho especies de peces. Concluyeron que aquí se elaboraba pasta de pescado en tiempos romanos, entre el año 20 antes de nuestra era y el 60 después. También interpretaron que el patrón Leo sería el propietario de esta fábrica y que los tres libertos se encargarían de trabajarla.

Resulta que esta cetárea apareció sesenta kilómetros al este de Getaria, en un pueblo de la costa labortana que también se llama así: Getaria.

Parece razonable que las Getarias se llamen así porque albergaron industrias romanas de salazón. En la Getaria guipuzcoana no se han encontrado cetáreas, quizá porque desaparecieron durante el retroceso de los acantilados o las urbanizaciones posteriores, pero cada vez que los vecinos derribaban o remodelaban alguna casa de la calle Mayor, los arqueólogos entraban a excavar y rescataban cerámicas romanas, algunas de producción local y otras importadas de talleres aquitanos. Esta minúscula aldea costera ya estaba conectada a la globalización hace dos mil años.

Y tan conectada: sus habitantes probablemente rendían culto a una diosa egipcia de los mares importada por los romanos. Xabier Armendariz, navegante,

buceador, fotógrafo submarino, investigador de las creencias marineras, me señala una hornacina del puerto de Getaria. Es un arco azul excavado en la punta de un espigón, casi a ras de agua, que alberga una escultura blanca de la Virgen del Carmen. El último domingo de mayo, en el Día del Pescador, cuatro hombres de la cofradía salen de la iglesia de San Salvador cargando a hombros una segunda imagen de la Virgen del Carmen, una talla policromada de dos metros que preside uno de los altares, y la llevan en procesión hasta el puerto. La colocan mirando al mar. El cura pide a la Virgen que proteja a los pescadores, que les dé abundantes capturas y buenos precios, luego bendice los barcos, bendice a los pescadores, bendice a los fieles. El coro canta un padre nuestro, un himno a la Virgen y varias canciones marineras. Los cuatro hombres cargan de nuevo las andas y devuelven la Virgen a la iglesia.

—Es un rito idéntico a las procesiones que hacían en el Nilo con la diosa Isis Pelagia —me dice Armendariz. Y que me lo explicará con más detalle cuando vaya recorriendo la costa vasca, para que vea cómo las creencias modelaron la arquitectura y el paisaje.

conocía esta revolución

de la iglesia de San Salvador de Getaria, la revolución gótica con sus arcos apuntados, sus altísimas bóvedas de crucería, sus repartos de cargas para liberar a los muros de sus obligaciones y así tallar en ellos dos nuevos elementos de la arquitectura: el hueco y la luz. Me gustan, sobre todo, las imperfecciones, los desniveles y las asimetrías de este templo que parece a punto de desmoronarse. Los getariarras hicieron equilibrios para elevar una portentosa iglesia de arenisca en el borde del promontorio, apretada entre casas y murallas, tres naves trapezoidales con suelos inclinados, columnas desparejas, techos desiguales, irregular lo mires por donde lo mires. La luz entra en cascada por los rosetones, va iluminando los arcos finísimos del triforio como si tocara el piano, y esta arquitectura musical es una virguería inesperada en semejante edificio contrahecho.

Tenían tan poco sitio que debieron perforarle un paso subterráneo a la iglesia para que los vecinos siguieran bajando de la calle Mayor al puerto. A ese pasadizo lo llaman Katrapona, porque era el emplazamiento de los cañones en la defensa norte del pueblo y se le quedó la onomatopeya: ¡katapum!

En ese paso subterráneo se ve, a través de un enrejado, la cripta de la iglesia. Ahora alberga una capilla con una escultura de la Piedad y nadie le hace mucho caso, pero aquí Xabier Alberdi se acelera. Es un hombre de cincuenta y dos años con mucho título —historiador zarauztarra, responsable de excavaciones arqueológicas en Getaria, director del Museo Marítimo Vasco— y poca solemnidad, un tipo espigado con vaqueros y camiseta, rostro ovalado y risueño, barba mosca, discurso de entusiasmo torrencial.

—Aquí fue la revolución.

De esta otra revolución no sé casi nada, le digo.

—Pues este fue nuestro primer parlamento. Aquí se reunieron los representantes de las villas guipuzcoanas en 1397 y tomaron unas decisiones extraordinarias, por no decir únicas en la Europa medieval. Se plantaron ante los Parientes Mayores y proclamaron que todos eran iguales ante la ley. ¡Eso es la leche! Los Parientes Mayores eran señores feudales que dominaban el territorio con sus propios ejércitos, cobraban rentas, aplicaban un sistema de justicia privada… En 1397 los habitantes de las villas se negaron: «Nosotros solo respondemos ante las leyes del rey, exactamente igual que vosotros. No os debemos impuestos ni aceptamos vuestros tribunales».

Los representantes de las villas se reunieron aquí para fundar la Hermandad de Gipuzkoa con un cuaderno de sesenta leyes, confirmadas por el rey Enrique III de Castilla. Los Parientes Mayores respondieron incendiando Azkoitia y Arrasate, atacando y saqueando otras villas, pero aquella sesión de Getaria fue el principio del fin de la era feudal. Y el origen de Gipuzkoa como territorio con parlamento y leyes propias.

Por eso esta cripta es un lugar tan especial.

—Aquella primera Junta General la celebraron en el coro de la iglesia, pero un incendio destruyó el edificio. Solo quedó la cripta. Es el único vestigio físico de nuestra revolución. Digo revolución, lo tengo clarísimo. Este fue uno de los primeros sitios de Europa donde los ciudadanos cuestionaron que alguien tuviera privilegios por haber nacido en una familia determinada, y tuvieron éxito, cambiaron las reglas, por eso fue una revolución.

Aquellos protoguipuzcoanos llevaban como mínimo un par de siglos intentando quitarse de encima a los parásitos nobiliarios y eclesiásticos que les chupaban las

rentas, un par de siglos intentando gobernarse con leyes propias para desarrollar sus proyectos y aventuras con libertad. Dice Alberdi que la autonomía política vasca tiene su origen en la actividad marítima. Que no se puede entender el País Vasco sin el mar.

En la Edad Media surgieron villas pujantes en la costa: Donostia-San Sebastián, Hondarribia, Zarautz, Getaria… Todas se desarrollaron a partir de emplazamientos romanos, refugios para la navegación de cabotaje, la que hacían de cabo a cabo, de puerto en puerto, sin perder de vista la costa. A los reyes medievales les interesaban mucho esos enclaves, porque ellos no tenían flotas, no controlaban los puntos de entrada y salida por mar, así que les convenía aliarse con los habitantes de los puertos. Y a los habitantes de los puertos les convenía aliarse con el rey para quitarse de encima a los señores feudales.

—Chocaban dos maneras de ver el mundo —sigue Alberdi—. Los marinos y los comerciantes de las villas eran gente emprendedora que armaba sus expediciones y hacía negocios con otros puertos, necesitaban libertad de circulación. Los señores feudales eran una pesadilla para ellos: eran los dueños de todo, poseían las tierras, los ríos, las costas, los molinos, las ferrerías, se dedicaban a cobrarles rentas y a ponerles trabas cada vez que intentaban emprender alguna actividad. El abad del monasterio de no sé dónde y el conde de no sé cuántos solo querían cobrar una tasa por cada lechuga que sacaran los campesinos o por cada besugo que sacaran los pescadores. Les cobraban las rentas y no invertían en mejorar los puertos y los caminos, en desarrollar el comercio, montar alguna industria, nada de nada, para qué complicarse. Ni trabajaban ni dejaban trabajar. Imponían todo tipo de prohibiciones y restricciones. Y obligaciones personales: tenéis que prestar servicios en mi casa, tenéis que trabajar tantos días al año en mis propiedades…

La primera población con suficiente fuerza como para rechazar a los señores feudales y establecer alianzas con un rey fue Itzurun, un núcleo de pescadores y comerciantes en la bahía de La Concha, cercano al pequeño monasterio de San Sebastián el Antiguo. La palabra Itzurun parece una contracción de itsaso (mar) y de iri/uri/irun (ciudad): ciudad marítima. Los itzurunitas vivían en el territorio costero que algún rey pamplonés había donado en algún oscuro siglo al monasterio de Leire (se habla de una donación del rey Sancho el Mayor en el año 1014, pero ese documento es una de las habituales falsificaciones que perpetraban los monjes para justificar la antigüedad de sus dominios: desde luego…). A mediados del siglo

, muchos de los habitantes de Itzurun eran comerciantes gascones que habían llegado desde el puerto de Baiona para seguir ampliando sus redes de comercio. Ya mercadeaban con Aquitania, Bretaña, Normandía, Inglaterra, exportando toneles de vino de Burdeos y sacos de cereal de los inmensos campos aquitanos, y quisieron insertar los puertos del reino de Navarra en esos circuitos: de aquí salían el aceite de ballena y los productos del hierro de Bizkaia y Gipuzkoa, los vinos y trigos navarros, la lana castellana. Los comerciantes itzurunitas debieron de hartarse de pagar tributos al abad chupóptero y de obedecer sus normas, y de aquel hartazgo nació mi ciudad. En el año 1180 constituyeron San Sebastián como villa con fueros propios.

—Siempre se cuenta que el rey otorgaba los fueros, como una concesión graciosa, pero seguramente no fue así —explica Alberdi—. Seguramente fue una iniciativa local. Debió de haber algún conflicto en 1180, quizá el abad les quiso cobrar un nuevo impuesto o les prohibió alguna actividad, los donostiarras se cansaron y plantearon un trato al rey de Navarra: «Fírmanos un documento que garantice por escrito nuestras libertades, leyes y costumbres, decláranos libres de impuestos. A cambio, te mantenemos el comercio para importar las provisiones que necesitas y para exportar los productos de tus territorios a Europa, y te defendemos este puerto contra los ataques enemigos».

El rey navarro Sancho el Sabio otorgó el fuero a San Sebastián. Era un documento que establecía libertades civiles, exenciones de impuestos y un código de derecho privado, administrativo, procesal, penal y marítimo. San Sebastián ya era una villa franca, es decir, libre de tasas, y una villa real, sometida a la jurisdicción del rey, sin la intermediación de ningún abad pelmazo ni de ningún aristócrata matonesco.

Contra el mito de los vascos orgullosamente encerrados en su territorio, contra esa idea de la resistencia asterixca ante el mundo, los donostiarras medievales pensaban en dimensiones europeas. Querían tratar con aquitanos, ingleses, francos, flamencos, castellanos y navarros, con cualquiera que apareciera navegando en el horizonte o traqueteando con su carro, si venía dispuesto a comprar o vender algo. Las familias gasconas ocuparon los cargos políticos y las empresas más importantes de la villa durante siglos. Aún hoy en Donostia-San Sebastián abundan los topónimos gascones, como Aiete, Mompás, Miramón, Morlans, Puyo, Polloe, Narrica, Embeltrán… Todavía a principios del siglo

, según el historiador Serapio Múgica, se celebraba en una cafetería donostiarra «una tertulia de ancianos gascones que a pesar de conocer bien el vascuence gustaban de hablar en su lengua cuando se reunían». En Donostia, desde sus orígenes, se hablaron tres idiomas: gascón, vasco y castellano. Una aldea marinera trilingüe ya indica una cierta manera de mirar al mundo.

Pocos años después, en 1200, las tropas de Castilla ocuparon Gipuzkoa y los reyes castellanos aceleraron la fundación de villas para ganarse a los pobladores y oponerse a los señores feudales. Primero las fundaron o refundaron en la costa «para dominar el mar» (Hondarribia, Mutriku, Getaria y Zarautz) y luego en la ruta terrestre de Castilla a Francia (Salvatierra de Agurain en Álava; Segura, Villafranca de Ordizia y Tolosa en Gipuzkoa; las cuatro de una tacada en 1256).

Gipuzkoa mantuvo una autonomía notable ante el poder central castellano: aceptaba sus gobernadores y tribunales, pero recaudaba los impuestos, organizaba sus milicias y se regía con leyes propias.

—Era un interés mutuo —explica Alberdi—. Las villas de Gipuzkoa le decían al rey: «No nos cobres impuestos, porque vivimos en una tierra muy mala para la agricultura, tenemos que importar el cereal, el aceite, el vino, casi todo lo que comemos. Además estamos en la frontera con Francia y Navarra, que son tus enemigos: si quieres que mantengamos estas tierras bien pobladas y bien defendidas, danos facilidades para comerciar y alimentarnos». A cambio de esas ventajas fiscales, Gipuzkoa se comprometía a defender los puertos y la frontera. Era un compromiso fuerte, ¿eh?, porque si aparecía una flota de piratas o un ejército extranjero, las villas ponían sus propios barcos y sus propias milicias para defender el territorio.

En 1327, cuando todos los comerciantes del reino pagaban un impuesto del 30 % por las mercancías que vendían en Sevilla, el rey Alfonso XI ordenó que los de Getaria solo tributaran el 20 %. No es que fuera una rebaja extraordinaria, pero lo interesante son los argumentos a favor de los guipuzcoanos: «Por los daños que reciben de los franceses en sus puertos, por el poco pan y los pocos víveres de que dispone su tierra, amén de los muchos servicios que sus naves han prestado a la Corona».

Getaria cazaba ballenas, producía su aceite, pescaba, construía barcos y ofrecía

un refugio para la navegación por el Cantábrico. Era un puerto vital para Castilla.

un hidalgo se definía

por dos privilegios principales: no pagaba impuestos y tenía derecho a portar armas, porque el rey podía exigirle ayuda militar en cualquier momento. Las villas guipuzcoanas gozaban de esos mismos privilegios, la exención de tasas y la organización de milicias, por lo que se consideraban hidalgas de manera colectiva. En 1391, cuando los recaudadores reales pretendieron cobrar ciertos impuestos, los representantes de las villas contestaron que «la tierra de Gipuzkoa fue poblada desde el origen por hombres hijosdalgo» y que por tanto se les debían respetar los «privilegios, libertades y franquezas». El corregidor Gonzalo Moro, representante del rey en el territorio, reconoció la hidalguía universal guipuzcoana seis años más tarde. Moro presidió la reunión en la iglesia de Getaria de 1397 en la que se fundó la Hermandad de Gipuzkoa y firmó en nombre del rey el cuaderno de ordenanzas, incluida la 34, que prohibía «dar tormento» a los delincuentes para obtener confesiones y exigía testigos para condenarlo. El argumento contra la tortura fue que en Gipuzkoa «comúnmente todos son hijosdalgo». Y a los hidalgos no se les tortura, claro. (Eso sí: si un testigo mentía o si ocultaba la verdad, lo llevarían a la plaza del pueblo y le arrancarían un diente de cada cinco, que una cosa era no torturar y otra cosa era el buenismo).

El pleito por las tasas acabó con una sentencia de los tribunales reales en 1399: las villas guipuzcoanas no debían pagarlas porque sus habitantes eran hidalgos.

—La Revolución francesa igualó por abajo: no hay nobles, todos somos ciudadanos iguales ante la ley. En Getaria igualaron por arriba: todos los guipuzcoanos somos nobles y por tanto iguales ante la ley —dice Alberdi.

Esta revolución de Getaria no tenía las ambiciones universales de la Revolución francesa, la aplicaron solo a los habitantes de un territorio, pero Alberdi insiste en que fue un paso importante para demoler el feudalismo.

—Los Parientes Mayores cobran rentas y son muy ricos y viven en palacios y se visten con ropajes de ricos bordados y tal y cual, vale. Nosotros, los vecinos de Getaria, pescamos anchoas, fabricamos clavos y nos vestimos con trapos, pero

jurídicamente somos todos iguales. Solo respondemos ante la justicia del rey, no reconocemos los tribunales privados de ningún señor. Eso en 1397 era la leche.

algunos eran más iguales que otros

, claro. El fundamento para mantener los «privilegios, libertades y franquezas» era la hidalguía universal, la genealogía noble inmaculada, así que no se toleraban contaminaciones. En 1457 Gipuzkoa prohibió a judíos y moros moverse por su territorio sin portar señales distintivas en su vestimenta. Era la moda: el primer estatuto de limpieza de sangre lo habían dictado en Toledo en 1449, una norma para impedir que marranos y moriscos —antiguos judíos y musulmanes que se habían convertido forzosamente al cristianismo— ocuparan cargos importantes. Para desempeñar puestos en la administración, en colegios y universidades, en gremios, en órdenes religiosas y militares, el aspirante debía demostrar que era cristiano viejo, es decir, que descendía de generaciones de cristianos sin ninguna mezcla de judíos, moros ni otras gentes impuras. Los conceptos «nosotros los de aquí de toda la vida» y «los de casa primero», tan vigorosos en nuestros días, adquirieron reconocimiento legal. Era una fórmula estupenda para repartirse el pastel entre los de siempre, así que se extendió veloz por el reino de Castilla, incluida Gipuzkoa.

Los guipuzcoanos la aplicaron con entusiasmo: en 1482 prohibieron que los castellanos vivieran o se casaran en Gipuzkoa. No se fiaban de esas gentes del Ebro para abajo, tan mezcladas durante siglos con judíos y moros. Los pactos políticos y fiscales se sustentaban en argumentos morales, en argumentos morales racistas, así que nadie iba a estropearles la pureza. Al rey Carlos I ese celo racial le parecía magnífico, porque en 1528 envió al comisionado Juan Martínez de Etxezarreta a recorrer Gipuzkoa pueblo por pueblo, preguntando a los vecinos por la presencia de judíos, moros, turcos y forasteros en general. El tal Martínez de Etxezarreta elaboró un informe minucioso. El alcalde de Hondarribia le explicó que diecisiete años atrás habían pregonado la expulsión del judío Juan de Gebara pero que le permitieron quedarse con su mujer porque era buen médico y se conformaron con expulsar a sus hijos a Navarra. Unos vecinos le contaron que el bachiller Juan Núñez era hijo y nieto de judíos, otros le dijeron que eso no era cierto, que en realidad le lanzaban esa acusación «porque vivía mal y no se entendía con los demás». Le comentaron que el difunto Miguel Cardona era moro, «aunque más ahechado a negro que a moro,

con los cabellos crespos como suelen los negros», por si quería investigar a su hija y sus nietos. El comisionado recogió, pueblo a pueblo, docenas y docenas y docenas de testimonios de vecinos que le iban señalando quién pertenecía «a la raza de los conversos», qué mujer estaba casada con un agote, quiénes eran «venedizos navarros, franceses y extranjeros de muchas partes»: nombres y apellidos de judíos, moros, turcos, castellanos, labortanos, griegos, venecianos, gallegos, irlandeses, esas gentes que al mínimo descuido te manchaban la pureza. Las Juntas Generales decretaron varias limpiezas en los siguientes siglos: expulsiones de agotes y tornadizos, expulsiones de judíos, expulsiones como la de 1644 contra «moros y moras, negros y negras, mulatos y mulatas», con lenguaje inclusivo, sí, porque el masculino genérico basta y sobra y siempre ha sido así, ya, ya, pero cuando está en juego la limpieza de sangre no vamos a permitirnos dudas, negros y negras a la puñetera calle, moros y moras, mulatos y mulatas. Daba igual que fueran esclavos legalmente adquiridos: sus dueños debían sacarlos inmediatamente de la provincia. Los libros dicen que la última expulsión fue la de los gitanos en 1855, la hemeroteca recuerda que en 1980 el ayuntamiento de Hernani decidió expulsar a los gitanos «atendiendo a nuestros principios democráticos y respetando la voluntad del pueblo».

el país en el que nació

Juan Sebastián Elkano tomó su forma en 1456. Aquel año el rey mandó sus tropas a Gipuzkoa para aplastar de una vez por todas a los Parientes Mayores, esos señores de la guerra que reclamaban sus rentas, hostigaban a las villas y tocaban las narices al monarca en un momento clave. Castilla estaba en plena expansión: luchaba en el sur contra los musulmanes, se abría paso en el Mediterráneo y el Atlántico en competencia con los portugueses, y la flota vasca era una de sus mejores bazas para la guerra y el comercio. Sin embargo, los astilleros vascos suspendían a menudo sus trabajos, los armadores renunciaban a organizar expediciones y los puertos se colapsaban porque las villas tenían que dejarlo todo para defenderse de los ataques de los clanes feudales. Así que el rey mandó a su ejército para apoyar a las milicias guipuzcoanas, machacaron a los Parientes Mayores, les derribaron las casas-torre, los agarraron de la oreja y los mandaron a Granada. Os gusta la bronca, ¿no? Pues hala, a guerrear contra los musulmanes.

A partir de 1456, libres ya de guerras feudales, las villas de la costa vasca

dedicaron todas sus energías a la construcción naval y las expediciones oceánicas. Prosperaron las familias de armadores, navegantes, comerciantes, escribanos, funcionarios, inversores que se iban ayudando en los negocios comunes, compartiendo riesgos y ganancias. En una de esas familias nació Juan Sebastián Elkano.

«Sitiaba el turco la ciudad de Otranto, y queriendo el rey católico mantener a salvo esas costas de Nápoles, mandó reunir cuantas fuerzas marítimas fuera posible. En su nombre acudieron los guipuces, gente sabia en el arte de navegar, más instruidos en las guerras marítimas que ninguna otra nación del mundo», escribió Hernando del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos. Los vascos eran una potencia naval de primer orden. Por eso mantuvieron su autonomía política, porque el rey los necesitaba a su lado, satisfechos y a pleno rendimiento. Xabier Alberdi compara este caso con el de Galicia, donde en esa misma época ocurrió todo lo contrario: el rey se alió con los señores feudales, los condes, los arzobispos, para reprimir las revueltas de las hermandades que buscaban una sociedad más libre y abierta. Quedó un país sometido a una casta privilegiada y extractiva, con poco margen para la iniciativa civil. Aquello fue la famosa doma y castración del reino de Galicia, dice Alberdi.

—La historia política vasca no se puede entender sin la tradición marítima: las instituciones propias, el pacto con el poder central, el autogobierno, el estatuto de autonomía actual tienen su origen en el mar. Es curioso, porque a menudo se habla del País Vasco como un territorio de excepciones, de cultura propia, lengua propia, leyes propias, sistema político propio, y para explicarlo se recurre al mito del aislamiento y la resistencia. La historia lo desmiente una y otra vez. Si mantuvieron sus leyes y su cultura hasta hoy fue justo por lo contrario, porque fueron un país volcado al exterior, porque navegaron, comerciaron, construyeron barcos, y por tanto los reyes tenían que contar con ellos. Por eso pactaron libertades y fueros. No se puede entender el País Vasco sin tener en cuenta que fue una república marítima como otras en Europa, como las de Pisa, Génova o Venecia, como la Alianza de los Cinco Puertos de Inglaterra…

—¿República? Eran súbditos de un rey…

—Los vascos se gobernaban con formas políticas que no eran monárquicas. Tenían un sistema parlamentario: las Juntas Generales. Y eran los representantes de las villas quienes dictaban leyes, recaudaban impuestos y organizaban milicias. Luego sí, luego estaban integrados en un reino, reconocían la autoridad

del rey y el rey tenía que reconocerles los fueros. Pero si San Sebastián hubiera sido un pueblo sometido a un señor feudal, no habría desarrollado esa apertura comercial, política y cultural. Las repúblicas marítimas buscaban el comercio, querían relaciones con otros territorios, exploraban, invertían, innovaban…

—¿Pero el mar determina tanto la forma política de una sociedad?

—Estoy convencido. Mira, la manera de trabajar en un barco es muy diferente de la manera de trabajar en el campo. El terrateniente está en su casa sin dar golpe, comiendo en una vajilla de porcelana, mientras los campesinos doblan el lomo y le pagan las rentas. En un barco el armador invierte, arriesga, y luego las condiciones laborales son extremas para todos: el capitán es el capitán, manda él, tiene su camarote privado y seguramente come un poco mejor, pero cuando hay una tormenta se juega el cuello igual que los demás. Depende del grumete, para salvarse depende de que ese chaval se suba a un palo de quince metros en mitad del oleaje y le diga hacia dónde tiene que ir. El grumete depende del capitán, se sube al palo porque sabe que el capitán es competente y le tiene confianza, porque otras veces los ha sacado de apuros y porque se juega la vida igual que él. O se salvan todos o se mueren todos. Hay jerarquías, pero se establecen relaciones más igualitarias. Se ve muy claro en la primera vuelta al mundo: el estilo de Magallanes y Elkano era muy diferente. Magallanes era un militar designado por el rey, implantó una autoridad muy personal, muy fuerte. Elkano era un marino, después de la muerte de Magallanes ascendió a capitán porque lo eligieron los demás marinos, le tenían confianza, era una relación más democrática. Elkano consultó las decisiones importantes con los marinos, incluso las sometió a votación, algo que a Magallanes ni se le ocurriría, porque él venía de una tradición militar. Los marinos tenían formas políticas más igualitarias.

el portugués fernão de magalhães

, célebre por ser la primera persona que dio la vuelta al mundo, nunca dio la vuelta al mundo. Ni siquiera se le pasó por la cabeza semejante idea.

Su propósito era otro. Pretendía encontrar una ruta por el oeste hasta las islas de las Especias, es decir, las Molucas, en el actual archipiélago de Indonesia. Con cinco naves y 239 hombres, zarpó de Sevilla en agosto de 1519, cruzó el

Atlántico, encontró el paso americano, atravesó otro océano de amplitud inimaginable, llegó tras mil penurias a un rosario de islas pero se enredó en conquistas sangrientas y murió a lanzazos sin encontrar aquellas que buscaba. Su mando lo heredó un capitán que fue asesinado por los nativos de Cebú, luego otro que era un chanchullero y un corrupto, hasta que los marinos decidieron destituirlo y eligieron al maestre Elkano para que guiara la expedición. Preguntando aquí y allá, sabe usted por dónde quedan las Molucas, llegaron por fin al archipiélago soñado. En la isla de Tidore compraron todo el clavo aromático que podían cargar en las bodegas: misión cumplida. O media misión cumplida: con un solo barco disponible, con una cuarta parte de la tripulación original, con el agotamiento de dos años vagando por el planeta, Elkano sabía que no tenían ninguna posibilidad de regresar por la misma ruta por la que habían ido. No resistirían otra travesía por el Pacífico, otro paso por aquel estrecho infernal en la Patagonia. Así que planteó una solución desesperada: seguirían navegando al oeste, siempre al oeste, atravesando el hemisferio que el papa había concedido a los portugueses, quienes ya habían armado una flota para perseguirlos y encarcelarlos, al oeste, siempre al oeste, confiando en la esfericidad del planeta.

Dieciocho piltrafas humanas volvieron a Sevilla al cabo de tres años y así culminaron esta idea revolucionaria: avanzar y avanzar hasta llegar al punto de partida.

La conclusión parece reconfortante para quienes flojeamos en nuestros empeños. No dieron la vuelta al mundo siguiendo un plan, sino impulsados por el fracaso, esa circunstancia que tan mala fama tiene, a pesar de que a veces nos libra de la complicación, nos evita las dudas y nos ofrece, tan evidente, un solo camino.

portugal y castilla

eran los dos reinos europeos más apartados del tráfico oriental, de las riquezas índicas que venían en flotas y caravanas por las estepas turcas, el golfo Pérsico, los desiertos árabes y el mar Rojo, hasta el Mediterráneo dominado por los venecianos. Para cuando llegaban a los mercados de Lisboa y Sevilla, arrinconados en el confín del mundo, al final de una larga cadena de intermediarios, las especias como el clavo, la cúrcuma, la canela, la vainilla o la nuez moscada alcanzaban precios exorbitantes. Había gente dispuesta a pagarlos

por las propiedades medicinales que se atribuían a esas especias, para enriquecer sus platos aburridos o disimular las comidas rancias con sabores exóticos. El margen de ganancias era inmenso, así que los portugueses y los castellanos se lanzaron a buscar rutas a las especias por un océano occidental en el que nadie se había aventurado. A Vasco de Gama y Cristóbal Colón los impulsó el mismo motivo: abrir una vía marítima hacia las Indias. Los portugueses la buscaron hacia el este, rodeando África para llegar a las costas de la India; y los castellanos hacia el oeste, hasta que se toparon con ese fenomenal estorbo que luego llamarían América. En pocos años ampliaron sus horizontes de tal manera, que ya en 1494 cortaron el planeta en dos mitades, como una manzana, y se la repartieron en el tratado de Tordesillas con la bendición del papa: el hemisferio oriental para los portugueses, el occidental para los castellanos.

Magalhães, hijo de hidalgo, paje del rey, se alistó en la Armada de la India para hacer carrera. En 1505, a sus veinticinco años, zarpó de Lisboa como soldado de una flota de veintidós barcos y dos mil quinientos hombres que fue conquistando puertos en Guinea, Mozambique y Mombasa, a veces mediante pactos con jefes locales que no podían oponerse y otras veces, cuando se oponían, a base de cañonazos, escabechinas, incendios, violaciones y saqueos. Al llegar a la India construyeron fortalezas, derrotaron a las flotas egipcias y otomanas, conquistaron Calcuta, puerto principal de las especias, y así instauraron el virreinato portugués de la India.

Magalhães siguió avanzando casillas hacia el este. En 1511 zarpó de la India con la expedición que conquistaría Malaca a sangre y fuego, un puerto estratégico en el estrecho de Singapur, una ciudad de la que los portugueses habían oído hablar en todos los rincones del Índico como sinónimo de riquezas fabulosas. A veces imaginamos que los europeos iban encontrando islas habitadas por salvajes en taparrabos, a los que engañaban con espejitos y canicas, pero en aquellos mares índicos se mezclaban civilizaciones tan prósperas y sofisticadas como las europeas, o incluso más, con sus comercios y guerras, sus exploraciones y conquistas. Por allí navegaban malayos, javaneses, sumatrinos, árabes, persas, indios, filipinos, chinos y japoneses. Compraban y vendían seda, porcelana, plata, terciopelo, diamantes, ámbar, perlas. Y por supuesto, canela, azafrán, pimienta, nuez moscada, cardamomo, clavo, clavo, clavo, el ansiado clavo.

Magalhães volvió a echar el dado y partió desde Malaca en una modesta expedición de tres barcos que pretendía encontrar las islas Molucas dondequiera que estuvieran, perdidas en aquel laberinto de archipiélagos. Era el único lugar

del mundo en el que crecían los árboles del clavo. Chinos, indios y árabes habían comerciado con el legendario clavo desde hacía siglos, lo habían llevado hasta Europa, los árabes incluso habían islamizado las islas y habían transformado a los jefes en sultanes, pocos años antes de que los portugueses aparecieran por allí. Magalhães viajó en uno de los dos barcos que no alcanzaron las islas. El tercero, capitaneado por su amigo Serrão, naufragó en una tormenta. Serrão y sus diecisiete hombres se salvaron, compraron un junco chino y navegaron por su cuenta, guiados por pilotos locales, hasta dar con la isla moluqueña de Ternate, la principal productora de clavo. A Serrão no le fue nada mal. El sultán de Ternate, que ya había recibido noticias de la expansión voraz de los portugueses, vio a la panda de Serrão con sus armaduras, sus armas de fuego y sus habilidades náuticas, y les propuso una alianza. Para qué vais a volver adonde vuestro rey a chivarle dónde estamos y cómo nos puede conquistar, si yo puedo regalaros la vidorra padre en estas islas. Solo tenéis que ayudarme en mis guerras contra los vecinos. Serrão debía obediencia a su rey Manuel I pero en ese momento le venía mal: no iba a buscarse un barquito para navegar de isla en isla hasta algún puerto portugués, como era su obligación, para que luego el rey lo mandara de nuevo a atravesar tormentas y filetear infieles. No había hecho otra cosa en un montón de años y ya estaba harto. El sultán de Ternate quería tenerlo a su lado y estaba forradísimo, porque era uno de los dos únicos señores que dominaba la producción de clavo, así que Serrão se entregó a la dulce vida mercenaria.

Magalhães, de vuelta en Malaca, también estaba ya cansado de tanta aventura. Le concedieron un modesto ascenso en el escalafón militar, se llevó un dineral como parte del botín de tantas campañas, compró un esclavo de Sumatra al que llamó Enrique y en 1512 volvió con él a Lisboa.

(Ojo con el esclavo Enrique a partir de ahora: a ver si resulta que fue el primero que dio la vuelta al mundo).

En Lisboa, Magalhães recibía cartas desde las Molucas: «Aquí he hallado un mundo más rico y más grande que el de Vasco de Gama», le escribía su amigo Francisco Serrão, dando envidia desde aquellas islas tropicales. Ven, compadre Magalhães, escribía Serrão. Vente cuanto antes, que mi colega el sultán de Ternate es dueño de la mitad del clavo y tú puedes venir a hacer negocios con el sultán de Tidore, dueño de la otra mitad. Convence si puedes a ese pelma del rey Manuel para que te arme una expedición, le exiges un buen porcentaje y el monopolio de la ruta, vienes aquí, cargas los barcos de clavo hasta los topes y te

forras.

Magalhães le respondió que iría a las Molucas: «Si no por la ruta de Portugal, por otro derrotero».

Por la ruta de Portugal no, porque tenía algunos problemillas con su rey. En 1513, durante una batalla en las costas de Marruecos, Magalhães recibió un lanzazo en la rodilla que lo dejó cojo para siempre. En esa misma campaña lo acusaron de comercio ilegal con los moros, por una oscura reventa de carneros requisados, y se presentó en la corte de Lisboa para defenderse de las acusaciones. Le fue regular. El rey le ordenó que hiciera rápido el petate para volver a África a zurrarse con los fesíes. Magalhães le propuso otra idea mejor: le pidió que le asignara el mando de una gran expedición, como premio por los siete años que había pasado explorando y guerreando por medio planeta a su servicio. Había estudiado los mapas de las exploraciones recientes por las costas americanas y tenía un plan para buscar el paso al oeste hasta las islas de las Especias. El rey le dijo que ya le llamarían si eso.

Así que Magalhães resopló cabreado, enrolló los mapas y se marchó a Sevilla en octubre de 1517, acompañado por su amigo cosmógrafo Ruy Faleiro y su esclavo Enrique. Presentó el proyecto en la Casa de Contratación de Indias, donde encendió la curiosidad de un banquero dispuesto a financiar la aventura y la de un alto funcionario que le consiguió una audiencia con el rey Carlos I en la corte de Valladolid. Magalhães y Faleiro le soltaron dos faroles al rey castellano: primero, dijo Magalhães, conozco el paso para atravesar América y llegar rápido a las islas de las Especias (en realidad, él había visto en el archivo del rey de Portugal un mapa de Martin Behaim en el que se indicaba una entrada del mar a 40 grados de latitud sur: no era ningún paso al Pacífico, sino el Río de la Plata); segundo, siguió Magalhães, mi compadre Serrão me manda cartas desde las Molucas, me describe las maravillosas riquezas, me indica cómo encontrarlas, y aquí el amigo Ruy Faleiro, el primer cosmógrafo capaz de establecer la longitud de cualquier posición, asegura que las islas caen dentro de la parte castellana del mundo según el tratado de Tordesillas, aunque en este momento las estén explotando los portugueses. En realidad, las islas quedaban en la parte portuguesa del globo, pero eso aún no lo sabía nadie.

El rey Carlos I era un chaval flamenco que aún no había cumplido los dieciocho, solo llevaba cuatro meses en España y firmaba todo lo que su camarilla le ponía delante. El proyecto de Magalhães encajaba de maravilla con sus ambiciones

planetarias: era nieto de los Reyes Católicos, de los Habsburgo y los Borgoña, había heredado media Europa y quería convertirse en el señor supremo de la cristiandad, derrotar a los musulmanes y extender el imperio católico hasta el último confín de los mundos recién descubiertos (yo a su edad no sabía ni cómo invitar a una chica al cine). En 1530 el papa lo coronaría emperador, pasaría a llamarse Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, también se haría llamar César y adoptaría como lema imperial la frase Plus Ultra envolviendo las Columnas de Hércules: más allá del límite del mundo conocido.

Para que fuera más allá, mucho más allá, Carlos I nombró a Magalhães capitán general de la armada a la Especiería, le otorgó el cargo de gobernador de todos los territorios que descubriera y el 5 % de todas las rentas que dieran en el futuro. También le concedió el 20 % de las ganancias de esta primera expedición, el monopolio de la ruta occidental a las Especias durante diez años y el derecho a quedarse con las dos islas que él quisiera, siempre que descubriera más de seis. Y le proporcionaría cinco naves con 239 tripulantes, artillería y víveres para dos años.

El capitán de tan imperial expedición no podía ser un soldaducho portugués, así que cepillaron un poco a Magalhães para sacarle brillo: lo nombraron caballero de la Orden de Santiago y le concedieron carta de naturaleza en los reinos de Castilla. Es decir: pasó a ser castellano y transformó su nombre en Fernando de Magallanes.

Pero no terminaban de fiarse de él, portugués al fin y al cabo. El rey destituyó al cosmógrafo Ruy Faleiro, mano derecha de Magallanes, y le impuso a Juan de Cartagena como supervisor general de la expedición. Este Cartagena tenía instrucciones secretas para vigilar a Magallanes, controlar que no se desviara de la ruta ni traicionara los intereses de la Corona. El rey jugaba a dos bandas. Magallanes y Cartagena acabarían enfrentándose y el asunto terminaría feo, feo.

En septiembre de 1518 empezaron a preparar los barcos en Sevilla. En enero de 1519 los documentos registraron por primera vez el nombre de cierto contramaestre vasco, un mando medio de la marinería, que aparecía comprando agujas para coser velas, aceite para repasar cubiertas y cáñamo para hacer sogas, que pagaba a unos peones para que recuperaran un ancla caída al fondo del río Guadalquivir, que organizaba la carga de pertrechos. Lo habían asignado a la nao Concepción. Se llamaba Juan Sebastián Elkano y tenía un mosqueo de mil pares.

de elkano tenemos poca información.

El personaje es un recipiente casi vacío que historiadores de todas las épocas han rellenado con los ingredientes que mejor convenían a su potaje, a su interpretación ideológica de la primera vuelta al mundo. Primero fue un oscuro marinero que se encontró con la chiripa de rematar una hazaña ajena, un personaje secundario que no debía hacer sombra a los méritos marmóreos de Magallanes, el explorador, civilizador y evangelizador, artífice de la primera vuelta al mundo, a pesar de que muriera a mitad de camino, pero que murió tras instalar el pendón de Castilla en territorios remotos, tras bautizar a miles de almas salvajes, incluido un rey pagano al que dio el nombre de Carlos por el católico emperador, murió atravesado por las lanzas de los infieles, mártir de la cristiandad. Elkano era un vulgar marinero que había conspirado contra Magallanes en el motín de la bahía patagónica de San Julián y que tras la muerte del héroe se limitó a volver con el barco a casa sin cumplir ninguna misión civilizadora ni evangelizadora. No conquistó un islote, no bautizó a un pagano, llegó a un acuerdo libre con el rey de Tidore para comprarle el clavo y completó la vuelta al mundo con un tercio de su tripulación formado por marineros musulmanes de aquellas islas, contratados y pagados igual que los cristianos. No resultaba un personaje brillante para los relatos épicos imperiales. Hasta que necesitaron rehabilitarlo: a finales del siglo

xix

, durante los estertores del Imperio español, y a mediados del

xx

, en los inicios del franquismo, ciertos historiadores se dedicaron a rescatar episodios gloriosos para reavivar el orgullo patrio, con especial atención a conquistadores, evangelizadores y bravos marineros que dominaron el globo. Para narrar al marino Elkano como uno de esos héroes, lo situaron en escenas de las que no hay ninguna prueba y le inventaron datos sin ningún pudor. Por ejemplo, le cambiaron la fecha de nacimiento porque si no el relato no les cuadraba.

A Elkano le baila todo, le baila hasta el nombre. Él solía firmar los documentos como Juan Sebastián Delcano y por eso en muchos países latinoamericanos lo

llaman Del Cano. Pero lo que tenemos en esa firma es su nombre de pila, Juan Sebastián, y un apellido que indica el lugar de origen con una contracción, como era habitual en la época: «de Elcano», porque su familia procedía de Elkano, un barrio de caseríos dispersos en las colinas de Aia y Zarautz, encima de Getaria, en el que aún existe la casa Elkano Goena (Elkano de arriba), probable solar de la familia. Entonces no se usaba la letra 'k' de la actual grafía vasca, con la que me apetece escribir los nombres vascos de este libro, incluido este topónimo común: elke o elge, terreno cultivado, con la partícula diminutiva —no o —ño.

Juan Sebastián del Pequeño Terreno Cultivado parece un nombre estupendo para el primero que dio la vuelta al globo.

Nació en una de las familias que en aquel momento prosperaban en la costa vasca, en ese entramado de navegantes, armadores de expediciones comerciales por el Atlántico y el Mediterráneo, administradores, letrados, cargos públicos que se asociaban para defender sus intereses en Getaria, Gante, Cádiz, Sevilla y pronto en América. La madre de Juan Sebastián, Catalina Portu, provenía de una familia de escribanos. Su padre, Domingo Sebastián Elkano, era el decimotercer hombre que más impuestos pagaba en la villa, señal de su buena posición económica.

Ya, ya, pero ¿cuándo nació? ¿Y por qué le cambiaron la fecha?

Nunca se encontró su partida bautismal, probablemente chamuscada en el incendio que devastó Getaria en 1597, pero contamos con un testimonio sólido.

El 9 de agosto de 1519, en vísperas de zarpar, Magallanes se presentó con seis testigos ante el alcalde de Sevilla y el notario del rey. Uno de ellos era Juan Sebastián Elkano, vecino de Getaria, maestre de la nao Concepción, quien respondió así a las preguntas que le hicieron: sí, conocía a Magallanes desde hacía ocho meses; no, no era ni pariente, ni criado ni paniaguado suyo; no lo habían sobornado ni atemorizado para declarar; sí sabía que Magallanes ordenó hacer pregones en Sevilla para reclutar marineros, grumetes, carpinteros y oficiales para la armada a la Especiería y que nadie quiso inscribirse porque decían que el sueldo era escaso y el peligro abundante; sí sabía que enviaron otros pregoneros a Málaga, Cádiz y Huelva; sí sabía que Magallanes tampoco consiguió reclutar allí a los suficientes marinos naturales del reino de Castilla y que por eso contrató a griegos, venecianos, genoveses, sicilianos, franceses y portugueses, personas diestras, sabias, hábiles y suficientes en las cosas de la

mar; sí afirmaba que él mismo y los maestres de las demás naos estaban bien contentos con estas gentes.

El rey Carlos I, con la mosca detrás de la oreja, había limitado el número de portugueses que podían participar en la expedición. Por eso Magallanes mandó recoger seis testimonios como el de Elkano ante notario, para justificar la presencia de tanto portugués y tanto extranjero a bordo.

En ese documento del 9 de agosto de 1519, Elkano declaró que tenía treinta y dos años «poco más o menos» (esta frase se repetía con todos los testigos). Así que Elkano nació en 1486 o 1487. No hay dudas.

Pero los historiadores que presentaban a Elkano como héroe imperial tenían un problema con esa fecha de nacimiento. Para darle brillo patriótico, escribieron que el marino de Getaria había servido con su propio barco en las expediciones militares de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, conquistador castellano del reino de Nápoles. El problema era que aquellas campañas empezaron en 1495, cuando Elkano tenía ocho o nueve años, y terminaron en 1504, cuando tenía diecisiete o dieciocho. Y resulta que los adolescentes no eran propietarios de barcos. Los historiadores encontraron una solución fácil: le adelantaron el nacimiento diez años de un plumazo, así a las bravas. Esa fecha inventada al tuntún, 1476, todavía figura en la página del Real Instituto Elcano («centro de pensamiento y laboratorio de ideas» bajo la presidencia del rey de España), en el portal de datos bibliográficos de la Biblioteca Nacional de España, en mil artículos, libros y wikipedias. Es un ladrillo pequeño pero imprescindible para sostener el relato de su vocación imperial.

De Elkano no se sabe prácticamente nada hasta que aparece por Sevilla durante los preparativos de la expedición de Magallanes en 1519, pero algunos historiadores lo muestran acompañando a grandes figuras del Imperio en los años anteriores sin ninguna prueba. El Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de Historia, nada menos, dice que Elkano puso su barco de doscientos toneles al servicio del cardenal Cisneros para conquistar las ciudades norteafricanas de Orán, Bugía y Trípoli entre 1509 y 1510 y que después «ingresó en la armada que auxilió al Gran Capitán durante las guerras en Italia». Esto no tiene sentido: las guerras del Gran Capitán habían acabado años antes. En cuanto al cardenal Cisneros, dirigió la conquista de Orán pero no la de Bugía ni la de Trípoli. Daba igual, lo importante era mostrar a Elkano como servidor de Cisneros en cuantas más batallas mejor, porque el cardenal fue uno de los padres

del Imperio, dos veces regente del reino de Castilla, confesor y consejero de la reina Isabel, reformador de la Iglesia, fundador de la universidad renacentista de Alcalá de Henares, evangelizador de Granada y del Nuevo Mundo.

¿Participó Elkano en la toma de Orán, con su festival de artillería, masacre de civiles, incendio de barrios, saqueo de mercancías y captura de esclavos?

—No existe ninguna prueba —dice el historiador Enrique Santamaría—. Tampoco puedes deducirlo, porque no tiene sentido: los navíos que participaron en aquella conquista obtuvieron beneficios enormes tras el reparto del botín, y la única información documentada que tenemos sobre Elkano nos dice que estaba arruinado. Si existe alguna prueba, es precisamente una de que no estuvo. El Instituto de Historia y Cultura Naval, dependiente de la Armada española, tiene la lista de los barcos que participaron en la batalla de Orán, con los nombres de los armadores y sus maestres. No aparece Elkano. Tampoco aparece ningún barco de doscientos toneles como el suyo.

El único documento que nos informa de sus andanzas en aquellos años es una respuesta del rey Carlos I al propio Elkano el 13 de febrero de 1523, cinco meses después de completar la vuelta al mundo: «Vos, siendo maestre de una nao de doscientos toneles, nos servisteis en Levante y en África, y como no se os pagó el salario por dicho servicio, tomasteis dineros de unos mercaderes vasallos del duque de Saboya, y después, por no les poder pagar, les vendisteis la dicha nao (…), en lo cual cometisteis crimen y me suplicáis que os perdone».

Queda claro que Elkano sirvió al rey «en Levante y en África». ¿En las guerras? Parece que sí, por lo que el marino explicó en su testamento: «Todos los bienes míos son bienes castrenses y ganados en servicio de su Majestad». Si no fue en Orán, sería en alguna otra batalla. El caso es que el rey no le pagó por los servicios prestados, Elkano tuvo que pedir un préstamo a unos financieros de Saboya, se arruinó y acabó entregándoles su barco. Estaba prohibidísimo vender barcos a extranjeros. Si los agentes del rey pillaban al vendedor, le quitaban lo cobrado, le confiscaban la mitad de sus bienes y lo encerraban en la cárcel.

En 1523, tras completar la vuelta al mundo, Elkano se vio en buena posición para pedirle al rey que le perdonara aquel delito —deslizando el detalle de que él no le había pagado por sus servicios—. También le pidió un título nobiliario y un sueldo vitalicio. El rey le otorgó el perdón y le asignó ese sueldo que tampoco le pagó nunca jamás.

—Vamos a ver: un comerciante quiere paz —dice Xabier Alberdi—. Una familia como la de Elkano invierte todo lo que tiene en un barco, mete a sus hombres en ese cascarón de madera y los manda a puertos lejanos a transportar mercancías. Quieren ganar dinero comerciando. No quieren corsarios ni quieren guerras ni quieren líos. Lo que pasa es que los reyes no tenían suficientes flotas para sus expediciones, así que confiscaban los barcos privados. Llegaba un agente del rey y te confiscaba el barco, con toda la tripulación y con el maestre incluidos, el precio lo ponía él y te obligaba a presentarte en no sé qué batalla. Conocemos un montón de cartas del siglo

xvi

con protestas de los propietarios de las naos, porque el rey les confiscaba los barcos, los mandaba a la guerra y luego no les pagaba. Elkano no era ninguna excepción. Sabemos que sirvió al rey en Levante y en África, pero no sabemos nada más, ni dónde ni cómo.

Elkano, tras arruinarse en aquellas campañas y entregar su barco a unos prestamistas extranjeros, se vio en peligro de que lo encerraran con siete llaves en una mazmorra durante un montón de años.

—Te puedes imaginar la simpatía que le tendría al rey —dice Alberdi.

Otro indicio de la ruina familiar es que Otxoa, hermano de Juan Sebastián, también se enroló en la expedición de Magallanes pero como peón: uno de los puestos peor pagados, en un viaje que tuvo que recurrir a marinos extranjeros porque los castellanos no querían ir ni locos. Si Elkano se presentó en Sevilla para la expedición a las islas de las Especias, probablemente fue porque vio una manera de librarse de la cárcel, poner agua de por medio y ganar dinero para resucitar los negocios familiares.

Después de completar la vuelta al mundo, Elkano también pidió al emperador que lo nombrara capitán mayor de «la segunda y muy gruesa armada» a las Molucas de 1526. El emperador se lo negó pero Elkano participó como segundo comandante y redobló la apuesta: con la esperanza de enriquecerse en este viaje por una ruta ya conocida, invirtió todo el dinero de la familia en la expedición y enroló a tres hermanos, un sobrino y un cuñado. Cruzaron de nuevo el Estrecho de Magallanes, se adentraron en el océano Pacífico y empezaron a caer como moscas. El tripulante Andrés Urdaneta escribió que más de treinta murieron

porque «les crecían tanto las encías que no podían comer ninguna cosa. Yo vi sacar a un hombre tanta carne de las encías como un dedo y al otro día tenerlas de nuevo crecidas como si no le hubieran sacado nada». Eran los síntomas del escorbuto, la falta de vitamina C, que produce hinchazones, hemorragias y fiebres mortales. Ocho días antes de morir, Elkano dictó su testamento a bordo, «estando enfermo en la cama de su cuerpo, e sano de su juicio y entendimiento natural, e sabiendo que la vida del hombre es mortal, e la muerte muy cierta, e la hora muy incierta». Ordenó que se celebraran sus aniversarios en la iglesia de San Salvador de Getaria, que se entregaran donativos a las órdenes religiosas que pagaban rescates de marineros cautivos de los moros, a un montón de iglesias y santuarios, a los treinta habitantes más pobres de Getaria, a la madre de su hijo, a la madre de su hija, a su hijo, a su hija, a primos, sobrinos, a su señora madre, y añadió varias veces esta advertencia: «Los cuales ducados mando que sean pagados después de que Su Majestad hubiese pagado todo lo que me debe». Le debía exactamente 1484 ducados, una fortuna. Elkano se pasó la vida reclamando pufos al rey. Nunca cobró sus servicios en Levante y África, ni la renta vitalicia que le asignó tras dar la vuelta al mundo, ni una buena parte de los sueldos de la primera expedición, nada de la segunda… De aquella segunda expedición a las Molucas solo regresó uno de los seis Elkanos. La familia quedó devastada. Nueve años después de la muerte de Juan Sebastián, su madre Catalina Portu, «enferma en la cama y con mucha necesidad», escribió una carta a Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico para reclamarle las deudas. Los tesoreros del emperador, dueño de medio planeta, aceptaron pagarle una pequeña parte en cómodos plazos durante los siguientes años.

Elkano sirvió a la monarquía, por una mezcla poco clara de obligación, interés y convicción. La monarquía lo masticó, lo escupió y siglos después lo recicló como héroe imperial. En 1927, el rey Alfonso XIII bautizó como Elcano el buque escuela de la Armada española (ese bergantín famoso, entre otras hazañas, porque en 2014 encontraron 127 kilos de cocaína en sus bodegas, la jueza archivó el caso cuando no pudo identificar a los responsables y el Gobierno tomó una medida tajante con el capitán: lo ascendió a vicealmirante). En 2001 también fundaron el Real Instituto Elcano, un centro de análisis de las relaciones internacionales españolas, con el rey Juan Carlos I y luego Felipe VI como presidentes de honor.

La exaltación patriótica de Elkano también ha servido para que otros, especialmente en el País Vasco, lo critiquen como agente del imperialismo,

conquistador y genocida. Hay quienes plantean una figura con más matices: Elkano era un marino que se enroló en busca de olvido y fortuna, en una de esas expansiones imperiales que pocos cuestionaban y en la que se engranaba todo el sistema económico y social vasco, desde los astilleros hasta las ferrerías, desde los campesinos que producían sidra para los barcos hasta los representantes de las Juntas Generales. Esa expedición sometió territorios con exhibiciones de fuerza, mató, secuestró y violó, como queda recogido en las crónicas con una naturalidad que raya en la indiferencia, pero las cosas cambiaron cuando Elkano tomó el mando: por convicción o por circunstancias, se limitó a comprar el clavo y volver a casa. Incluso hay quienes lo retratan como un humanista utópico: atribuyen a Elkano un testimonio que aparece en el primer relato de la vuelta al mundo, publicado por Maximiliano Transilvano tras entrevistar en la corte a algunos de los supervivientes, en el que se describe con admiración la sociedad ideal que encontraron en Borneo. En aquella isla, dice el testimonio, buscan la paz por encima de todas las cosas y si el rey declara una guerra tiene que ir él por delante. Se llevan bien entre los diversos reinos, establecen acuerdos, no tienen dios, veneran al sol y a la luna, y así son felices. En aquella época de absolutismo, en la que el proyecto del rey Carlos I consistía en implantar la religión católica y la civilización europea en todos los rincones del universo, atribuyen a Elkano una tolerancia por las creencias ajenas, admiración por otros modelos de sociedad, respeto por la diversidad de culturas. Tampoco hay suficientes pruebas documentales para interpretar tanto.

En fin, para qué sirve un Elkano: para proyectar una mirada y la contraria, para buscar miradas intermedias, para encender debates políticos y revisiones de la historia muy pertinentes. A mí en este libro me sirve para preguntarme de dónde venimos y adónde van nuestros exploradores actuales, cuáles eran las ideas sobre el mundo y sobre los otros que lo habitan, cuáles son esas ideas ahora. Elkano me sirve como excusa para darle una vuelta geográfica y mental al país en el que nació, que casualmente es el mío.

CAPÍTULO 2. DE GETARIA A MUTRIKU

En el que se echa un bogavante a la parrilla que legó Elkano, se bebe txakolí para entender que todo lo que es de aquí de toda la vida lo trajo alguna vez un forastero, las angulas salen a celebrar la muerte de Franco, se examinan las posibilidades de sobrevivir a una catástrofe planetaria, aparece por fin la diosa egipcia, revientan dos bueyes de ochocientos kilos y medio pueblo zarpa a Terranova.

getaria es la nuez

de un Big Bang. Por su forma: un núcleo medieval entre acantilados al este y al oeste y restos de la muralla al norte y al sur. Y por su movimiento: en esta semilla vivían unos pocos cientos de hombres y mujeres que salieron disparados a todos los rincones del planeta.

En el extremo norte —junto a la puerta de mar— y en el extremo sur —junto a la puerta de tierra—, levantaron sus rascacielos los antiguos reyes del mambo. Bien, les faltaba la técnica para rascar el cielo tanto como los de Manhattan pero no el espíritu. En el norte se alzan la casa torre de los Zarauz, señores feudales reconvertidos en industriales y comerciantes, y la de los Otxoa Ibáñez de Olano, otra familia poderosa que estuvo entre los fundadores de Gipuzkoa en 1397. Son dos cubos rotundos de piedra arenisca con cuatro alturas, de fachadas aligeradas por la coquetería de las ventanas ojivales, los arcos de entrada y alguna gárgola con forma animal. Son palacio y son fortaleza, de hecho estaban integradas en la muralla del mar, adosadas también a la mole de la iglesia de San Salvador, formando un enclave gótico de poder civil, militar, económico y religioso. En este subsuelo es donde los arqueólogos encontraron restos de casas romanas y huesos trabajados de la industria ballenera medieval: el átomo primigenio de Getaria. En el extremo sur se levanta una impresionante torre-almacén de cinco pisos, hoy reconvertida en viviendas, donde los señores de Aldamar acumulaban los cereales que cobraban como renta y los productos de sus comercios marítimos. El palacio era casa principal y antigua, escribió el historiador Lope de

Isasi en 1625, y los Aldamar sirvieron con sus naos al rey Carlos I en Túnez y en otras ocasiones. Queda la torre-almacén pero falta el palacio, que estaba adosado a la muralla del sur hasta que lo destruyeron durante las guerras carlistas. Esa muralla del sur en la que se incrustaron tantos proyectiles es ahora un frontón que recibe los pelotazos de los chavales: un motivo para tener fe en el progreso humano.

De la muralla de tierra a la muralla del mar, los turistas bajan por la calle Mayor. Es la Mayor, pero no es grande, ni amplia ni larga: un pasillo de 150 metros con sus bares, restaurantes, heladerías, pastelerías, tiendas de conservas, tiendas de ropa, alguna de souvenirs. Por aquí bajan y suben todos, mientras las tres calles paralelas quedan vacías, y eso que están llenas: de palacios barrocos, torres góticas, casas seguras, hogares de aquellos que salieron disparados por el mundo.

Paseo por esas calles leyendo algunas placas, tomo notas en el cuaderno y me sale un mapamundi.

Este era el solar de los Basurto, armadores de barcos que impulsaron el desarrollo capitalista de la pesca en Getaria: compraron grandes redes, instalaron factorías de salazón y escabeche, cayeron como moscas en el desastre de la Armada Invencible contra los ingleses en 1588 (allí murieron catorce getariarras, se perdieron barcos, se arruinaron familias), remontaron, en 1600 se pusieron a construir naos para cazar ballenas en Terranova y comerciar en la Carrera de Indias, poseyeron una mina de plata en San Luis Potosí, México.

Este era el solar de María Ortiz de Zarauz. Su marido Tomás de Alzola capitaneaba el galeón de Manila, aquel que viajaba una vez el año entre Filipinas y México. En 1587, Alzola volvía de Filipinas cargado de porcelanas, perlas, sedas, ropas chinas y una montaña de oro, cuando el pirata Cavendish saqueó la nave y la quemó. Alzola sobrevivió, siguió ejerciendo de capitán en aquella ruta y murió en Acapulco unos años más tarde.

Esta era la casa Baldanekoa, la de Pedro de Elkano y Balda, afincado en Cádiz, donde organizaba expediciones comerciales a las Indias y traía plata del legendario Cerro Rico de Potosí. ¿Sería suyo el lingote que apareció en 2018 en el fondo de la bahía?

Esta es la casa torre de Miguel de Nekolalde, veedor general de la Armada, es

decir, gestor de las flotas del rey, organizador en 1633 de la Escuadra del Norte, poderosa flota corsaria al asalto de barcos holandeses y franceses. Renovó los astilleros guipuzcoanos y armó sus propias naves para enviarlas a la pesca del bacalao y la caza de la ballena por el Atlántico.

Aquí estaba la casa de Martín de Villafranca, armador de expediciones balleneras a Galicia, antepasado de aquel otro capitán ballenero Martín de Villafranca, asesinado en 1615 junto a sus treinta y un hombres en la mayor matanza de la historia de Islandia.

Esta es la casa natal de Domingo de Bonetxea, piloto de la Armada, explorador de Tahití entre 1772 y 1775, que intentó evangelizar esas islas polinesias y anexionarlas al Imperio español, derrotó al rey Tu pero se le quedó el plan a medias.

Y esa es la casa de sus primos los Agote, por ejemplo Manuel, delegado de la Compañía de Filipinas en los puertos chinos de Macao y Cantón, estudioso etnográfico, histórico y náutico en las expediciones científicas de Malaspina por el Pacífico, esdrújulo auténtico, promotor de expediciones balleneras a Groenlandia, Spitzberg y Labrador.

De estas cuatro calles cortas y estrechas salieron vecinos de Getaria a Inglaterra, Andalucía, Terranova, Castilla, México, Navarra, Filipinas, Bolivia, Islandia, Tahití, Canadá, China y Groenlandia.

¿cómo interpretamos

semejante expansión planetaria?

Antes se celebraba. La pequeña Getaria acumula, por ejemplo, tres monumentos de Elkano. Esta insistencia me resulta un poco extraña, intuyo un cierto complejo de inferioridad, la necesidad de gritar tres veces el nombre del primero en dar la vuelta al mundo porque fuera de aquí no lo conoce nadie. Un Elkano de bronce decimonónico se alza sobre el puerto, extiende el brazo y mira solemne al horizonte. Otro Elkano de mármol decimonónico empuña un timón en la plaza del Ayuntamiento, y resulta curioso porque mira tierra adentro, decidido a estrellar el barco contra las montañas (como para dar gusto a los autores contemporáneos que quieren desmontar la rancia caracterización imperial de

Elkano y le atribuyen un perfil más moderno, esculpiéndolo como humanista y demócrata, alguien que en un arrebato de rebeldía como el que tuvo en la Patagonia, digo yo, incluso podría lanzar el barco del rey contra las rocas como expresión del antiimperialismo que ya anidaba en su subconsciente de 1519. O eso, o es que simplemente la estatua la mandó construir el presidente Cánovas del Castillo a finales del

xix

para instalarla en el Ministerio de Ultramar, en ese empeño de cantar las viejas glorias españolas, y cincuenta años después, cuando nadie la quería, se la regalaron a Getaria para que la instalara donde mejor pudiera, y la pusieron así, sin pensarlo mucho, mirando tierra adentro, mirando a Madrid). El tercer monumento fue un quiero pero no me atrevo. En 1922, con los fastos del cuarto centenario de la vuelta al mundo, usaron la muralla de tierra como pedestal para la altísima escultura de una Victoria alada, figura femenina que se lanza como una velocista de cien metros lisos hacia la línea de llegada, pecho adelante, brazos atrás, evocando un mascarón de proa. En su base esculpieron un relieve de Elkano, el lema «Primus circumdedisti me» (el primero que me diste la vuelta) y los nombres de los dieciocho que completaron la circunnavegación. Les quedó imperial, pero mucho menos que el proyecto que en realidad había ganado el concurso público y nunca se ejecutó, un monumento tan portentoso que no pudieron ni pagarlo o no se atrevieron ni a montarlo. La imposible obra ganadora consistía en un obelisco de cincuenta metros en la cumbre del Ratón de Getaria, un falo de piedra descomunal, rematado por una cámara superior y acompañado por dos cámaras en su base claramente testiculares. El monumento derrochaba virilidad imperial, pero con estas fanfarronadas pasa lo que pasa, que a la hora de la verdad no consiguieron levantarlo.

Antes la vuelta al mundo se celebraba, ahora en Getaria se conmemora, que es un verbo más cauteloso.

En el cuarto centenario esculpieron a Elkano en bronces y mármoles, héroe sin tacha, genio indudable, orgullo patrio, adalid de la humanidad; en el quinto centenario algunos aún sostienen esa versión épica pero muchos le repasan las costuras al personaje, le dan vueltas por un lado y vueltas por el otro, lo reinterpretan con más o menos fundamento, con más o menos rigor. El resultado es un debate más complejo y más rico.

En la plaza de la Verdura, una plazoleta cubierta en la parte sur de Getaria, el Ayuntamiento inauguró en 2021 un mural de cerámica y terracota de colores vivos, en el que se representan escenas de la primera vuelta al mundo como en un cómic: vascos y vascas pescando, andaluces y andaluzas cultivando olivos al pie de la Torre del Oro, marineros que zarpan apretados en una nao, indios fueguinos encendiendo hogueras entre montañas nevadas, delfines, pingüinos, gaviotas, polinesios en canoas con tocados de plumas, indonesios montando elefantes… Junto al mural colocaron un manifiesto: «Amesten dugun mundua», el mundo que soñamos. En el mundo que soñamos, dice, el mar no nos separa sino que nos une; los pueblos, culturas y lenguas son los verdaderos tesoros; reina la igualdad y la solidaridad. Dice que la vuelta al mundo del getariarra Juan Sebastián Elkano marcó un hito en la historia de la humanidad, que en su viaje descubrieron un mundo de mil colores y mil maneras de vivir, que se encontraron los pueblos de una y otra parte del mundo, que vieron mucho, aprendieron mucho, sufrieron mucho, hicieron sufrir mucho, que debemos un reconocimiento a quienes padecieron injusticias, sobre todo a las mujeres, porque la mayoría de las veces sus sufrimientos quedaron ocultos. Que debemos ser conscientes de las estructuras de dominio que se establecieron entonces y perduran hasta nuestros días, que debemos examinar con rigor las injusticias que se cometieron en el pasado para que no se vuelvan a repetir.

A algunos les parece que estos discursos reflejan mojigatería, hipocresía, debilidad. A mí me parecen un punto de partida más humilde y respetuoso para relacionarnos con los demás, un sano ejercicio para entender que sí, que el desarrollo de nuestras vidas depende en buena medida de nuestra capacidad y nuestro empeño, pero que en esta parte del mundo disponemos de condiciones más ventajosas para desarrollarlas porque también somos el resultado de lo que hicieron nuestros antepasados: esa mezcla de méritos, azares y crímenes.

—esta era la casa

de mi abuela Joxepa —explica Aitor Arregi en la estrechísima calle Elkano, junto al hueco de un fachada en la que encajaron dos parrillas de hierro—. En esta planta baja tenía una tiendita de ultramarinos.

Ultramarinos, qué palabra. Reflejaba el asombro ante la extraordinaria posibilidad de comer cosas del otro lado del mar. Ya no refleja. Nosotros ya no la

usamos, consumidores habituales de plátanos, cafés, chocolates, kiwis, piñas, quínoas y etcéteras mil, porque hemos perdido esa extrañeza.

—Luego abrieron un bar. Mi abuela freía buñuelos y cocinaba sopas de pescado, a mi padre se le ocurrió montar una parrilla aquí fuera, para asar los pescados que traían los arrantzales del puerto. Se los comían aquí mismo y hacían gasto bebiendo en el bar —cuenta Arregi, cocinero de cincuenta años, tipo fino y fibroso. El cráneo raso, la nariz recta y el mentón prominente transmiten fuerza física; los labios finos y los ojos verdosos le dan un aire delicado. Habla suave, siempre espera un rato por si los demás quieren añadir algo, pero cuando empieza a contar una historia, se le derrama el entusiasmo. Otros me dirán que Arregi fue futbolista, leeré que debutó en Primera corriendo por la banda izquierda del Bernabéu con la camiseta del Villarreal, entonces caeré en la cuenta, pero lo que a él le gusta contar es que un día tomó el camino de su padre. Por ese camino llegó hasta una estrella Michelin, tres soles Repsol y otros viajes siderales que dice que ni siquiera imaginaba, porque él solo intenta no estropear lo que su padre Pedro Arregi ya hizo bien en 1964.

—Un día mi padre cogió el cogote de una merluza, que era una pieza que se tiraba o que como mucho se aprovechaba para darle sabor a la sopa, y la puso a la parrilla. Fue el primer cogote a la brasa, eso fue una revolución.

Vaya: otra revolución en Getaria.

—Fue una revolución gastronómica y económica, porque los pescadores empezaron a vender a buenos precios algunos peces y algunos cortes que antes nadie apreciaba. Si aciertas con la manera de cocinarlos, les das otro valor. Fíjate, ahora el cogote se paga más que la cola. Otro día a mi padre se le ocurrió asar un rodaballo entero, sin quitarle la piel. Se dio cuenta de que se iba poniendo crujiente, retenía la grasa y quedaba mucho más jugoso. Entonces mucha gente no sabía ni lo que era un rodaballo.

Pedro Arregi montó el restaurante Elkano en 1988 y se ganó un título honorífico que circulaba de boca en boca y se mantiene en el tecla a tecla, cada vez que alguien googlea «mejor rodaballo del mundo». Le pidió al carrocero del pueblo que le diseñara unos hierros para poner sobre la parrilla las kokotxas (las barbillas gelatinosas de la merluza), asó mariscos enteros a la brasa, asó almejas. No paró de experimentar. Cuando Aitor dejó el fútbol profesional en 2002 después de once temporadas, su padre le dio una palmadita y le dijo: «Ahora a

trabajar».

—Me enseñó a mirar a los ojos, ahí está todo. En los ojos del pescado, digo.

Pedro murió en 2014, poco antes de que Aitor recibiera la estrella y de que reabriera la casa de la abuela, la antigua tienda de ultramarinos, para convertirla en este bar Elkano Txiki que tiene aires de sociedad gastronómica, de txoko de amigos, donde comemos bonito marinado, anchoas en salazón y en vinagre, merluza al pilpil, kokotxas de merluza, bogavante a la brasa, nos comemos el Cantábrico.

Aquí las revoluciones, grandes o pequeñas, siempre vienen del mar. A Arregi le maravilla que Juan Sebastián Elkano dejara en su testamento «tres parrillas de fierro».

—En los barcos de hace quinientos años asaban el pescado a la brasa con carbón vegetal, porque ocupaba menos que la madera. Pero es que eso lo hemos conocido nosotros, hace treinta años todos los barcos de Getaria llevaban parrillas para asar pescado a bordo. Mi padre trajo a tierra la manera en que cocinaban en el mar. Coges un pescado, lo echas al hierro sobre unas brasas y ya está.

Aitor dice que su oficio es paleolítico: agarrar un animal y ponerlo sobre el fuego. El único secreto es elegir bien ese animal.

—Yo quiero los salmonetes que comen en roca y saben a marisco, no los que comen en arena y toman sabores fangosos. Tampoco es lo mismo un bogavante hembra con las huevas, que tiene un sabor más graso, que otro que ya ha desovado y se queda más fibroso. Asar un rodaballo es fácil, lo importante es elegir el mejor y tratar de no estropearlo. Esa es la sabiduría de los arrantzales, elegir lo mejor de lo que te da el mar en cada momento.

Su condición para la excelencia es que el producto sea de aquí y de ahora. Resulta curioso que su restaurante lleve el nombre de Elkano, uno que zarpó a la búsqueda del clavo de las Molucas, el producto más remoto posible. Y que pagó, eso sí, el precio de alejarse de las sardinas y los bonitos: una vez atravesado el estrecho que sería de Magallanes, navegaron por el Pacífico durante ciento diez días «sin probar ningún alimento fresco», según escribió el cronista Pigafetta. Lejos de las costas, el océano es un desierto azul en el que resulta casi imposible encontrar peces. «La galleta que comíamos no era ya pan», escribió Pigafetta,

«sino polvo mezclado con gusanos, con un hedor insoportable porque estaba empapada en orines de rata (…). El agua que bebíamos era igualmente pútrida y hedionda (…). Para no morir de hambre, llegamos al trance de comer los pedazos del cuero que recubrían el palo mayor. Este cuero, siempre expuesto al agua, al sol y a los vientos, estaba tan duro que debíamos remojarlo en el mar cuatro o cinco días para ablandarlo un poco, y en seguida lo cocíamos y lo comíamos (…). Quedó reducida nuestra alimentación a serrín de madera, pues hasta las ratas llegaron a ser un manjar tan caro que se pagaba cada una a medio ducado». Elkano sobrevivió a esa primera travesía del Pacífico en 1521 pero no a la segunda en 1526. En su minucioso testamento, además de los dineros que dejó a las órdenes religiosas, a las iglesias y a sus familiares, legó anillos de oro cucharas de plata saleros cascabeles aguamaniles sombreros manteles paños chamarras capas jubones calzas fanegas de harina fanegas de trigo barricas de vino blanco pulpos treinta y tres quesos ollas almohadas sábanas un libro de astrología una esfera roma del mundo y tres parrillas de fierro.

si alguien quiere metáforas

sobre la fugacidad de las glorias mundanas, puede buscar la casa de Elkano. Llegará a la calle San Roque, en el borde del acantilado occidental de Getaria, y encontrará un muro en ruinas, con una melena de vegetación y una placa de mármol que anuncia en euskera, castellano, francés, inglés y latín que aquí estuvo la casa natal del primero que dio la vuelta al mundo. Aquella casa debió de lucir el escudo de armas que le concedió el rey Carlos I: bajo el lema «Primus circumdedisti me», un globo terráqueo coronado por un yelmo, un castillo de oro en campo de gules, dos palos de canela cruzados, tres nueces moscadas y doce clavos de olor. Que la descripción heráldica parezca una receta dice mucho sobre el carácter de aquel viaje. La casa desapareció en el incendio de 1597 que arrasó la villa. El 5 de mayo de 2013 se desprendió otra parte del acantilado. Dos edificios quedaron con el portal asomando al vacío y los vecinos de doce viviendas tuvieron que abandonarlas. El primero en dar la vuelta al mundo salió de un pueblo que se le hundía bajo los pies.

iba a marcharme

de Getaria, iba a empezar el viaje en bici, cuando me he dado cuenta de que tenía delante una ballena y no la veía.

Bajo al puerto, cruzo el istmo y subo por el lomo del ratón o de la ballena o del monte San Antón. En la cumbre, 112 metros sobre el mar, encuentro una caseta blanca abandonada, con huecos de puertas y ventanas, con aberturas en los muros hacia el norte, este y oeste. Fue una atalaya. Una segunda atalaya, una especie de repetidor que transmitía al puerto las señales de la primera atalaya, la que está más al norte, en la cabeza del ratón, asomada mar adentro.

De esa primera atalaya solo queda una torre junto a los restos de la ermita de San Antón. Aquí se despliega la panorámica más amplia de la costa vasca: desde el cabo Matxitxako (cuarenta y siete kilómetros en línea recta hacia el oeste) hasta la punta San Martín de Biarritz (cincuenta y seis hacia el este). El atalayero vivía aquí todo el año a sueldo del municipio. Vigilaba peligros (tormentas, flotas de guerra, naves corsarias) y esperanzas (resoplidos de ballenas, destellos de bancos de peces), también espiaba las actividades de los puertos vecinos (la salida de sus flotas pesqueras, la llegada de barcos foráneos con mercancías, para hacerse una idea de los movimientos en los mercados próximos, para calcular y negociar mejor). Si la atmósfera estaba despejada, comunicaban sus observaciones al pueblo con señales de fuego, humo, banderas. Si era de noche o se echaba la niebla, tocaban cuernos o tañían las campanas de la ermita. Tenían códigos para anunciar una tormenta, un barco amenazante o un banco de sardinas, códigos tan precisos como para distinguir si venía una ballena o un cachalote, de manera que los marinos supieran a qué debían enfrentarse.

—Era muy importante ver y era muy importante que no te vieran —me explica Xabier Alberdi—. Si el atalayero de Getaria mandaba señales de ballenas y las veían en otros puertos, salían todos a cazarlas.

Por eso construían segundas atalayas, un poco más escondidas tierra adentro: para transmitir noticias al puerto sin que se enteraran los rivales. Alberdi me habla de la vieja red de espionaje que se despliega por la costa, imperceptible para quienes ignoramos la historia.

—Conoces ese semáforo enorme que hay en la punta de Pasai Donibane, en la bocana del puerto de Pasaia, ¿no? Allí mismo están los cimientos de una antigua atalaya. Desde ese punto, si miras al oeste, ves justo las rocas del monte Ulia en las que los donostiarras tenían una de sus atalayas. Las construían para vigilar el mar… y para vigilarse unos a otros.

Siempre me había extrañado que llamaran Peña de los Balleneros a una gran

roca en la cumbre del monte Ulia, entre San Sebastián y Pasaia. ¿De verdad oteaban ballenas desde allí, a un kilómetro de la costa, si más adelante tenían acantilados con vistas magníficas? Me lo explica Alberdi: claro que los donostiarras tenían un primer mirador en la punta más prominente, que precisamente se llama Peña Ataloi («atalaya»), pero luego usaban la Peña de los Balleneros, más escondida, para transmitir los avisos al puerto.

Hay que fijarse en la ballena.

Hay que entender la ballena.

Conviene darle una vuelta a la ballena. El paseo por este monte-península de San Antón me cambia la perspectiva. Visto desde la costa, el mar es un telón de fondo, el final azul de las posibilidades para mamíferos terrestres como nosotros. Cuando camino por la ballena pétrea de Getaria, me voy adentrando en el mar, empiezo a tenerlo alrededor, lo veo ya por todas partes, hasta que llego a esa primera atalaya avanzada sobre los acantilados. Piso un último punto de tierra rodeado de océano. Y cuando me giro, veo la costa de otro modo: la tierra firme es entonces el telón de fondo, los acantilados y las montañas se levantan como una barrera detrás de Getaria, tan engorrosas, tan incómodas de superar. Getaria parece un pueblo que intenta desgajarse del continente, que se descuelga del promontorio al puerto, que tiende su dique al norte como un brazo que se estira todo lo que puede hacia el mar, hasta esta atalaya que se alarga como los dedos de una mano para intentar capturar una sardina, una ballena, un barco enemigo. Getaria es un pueblo a punto de echarse a navegar.

Subido al lomo de la ballena, descubro la perspectiva de los antiguos getariarras: la tierra es muralla, el océano es camino.

el viaje por tierra

empieza muy bruto. Salgo del casco antiguo de Getaria y tomo una calzada empinadísima de losas de arenisca. En el primer minuto de la primera etapa ya estoy con el traqueteo de la bici gravillera, el baile de las alforjas, el llantazo contra el socavón, el patinazo del neumático, la pedalada en falso, el deslome, el dolor de patas, la asfixia y toda la gama de placeres ciclistas.

Son ciento cincuenta metros de calzada que supero de milagro sin echar pie a

tierra. Podía haberlos evitado: la carretera de la costa, excavada en los acantilados, sostenida con muros que el mar destruye de vez en cuando, me llevaría en cinco kilómetros llanos hasta Zumaia. Pero esa opción no existió hasta 1865 —es posible que deje de existir dentro de unas décadas, si el nivel del océano sigue subiendo, si golpea cada vez más fuerte y más frecuente, hasta que la idea de rehacer la carretera una y otra vez resulte insostenible—. Y yo quería entender con las piernas cómo fue durante siglos la situación geográfica de Getaria.

Pues lo dicho: Getaria solo tenía sentido como trampolín al mar, porque su emplazamiento terrestre era malo, tirando a horrible. Con el océano al norte y los acantilados al este y al oeste, la única salida por tierra era hacia el sur, trepando hasta empalmar con la calzada de la costa, sinuosa, rompepiernas, de la que aún se conservan buenos tramos entre Zarautz, Getaria y Zumaia. Muchos la llaman calzada romana, porque a todas las calzadas en todas partes las llaman romanas porque sí, y lo más probable es que se trate de un pavimento medieval sobre un trazado quizá romano. Por eso renuncio a las comodidades de la carretera llana y moderna para meterme por aquí con la bici, porque la calzada es un monumento y mucho más que un monumento, es un camino que sigue prestando servicio. Busco la calzada porque el traqueteo, los llantazos y el corazón acelerado enseñan mejor que cualquier estudio académico cómo fue viajar por esta costa durante siglos, hasta anteayer.

El primer repechón empedrado me lleva al caserío txakolinero Akarregi Txiki. Sigo por otro tramo de bloques de arenisca gastados por millones de pisadas, encajados como muelas en las encías de la tierra, tan renegridos por la humedad de los siglos que ya no parecen obra sino paisaje, un antiguo río petrificado que serpentea quinientos metros entre campos y cultivos.

Pedaleo por laderas alfombradas de viñedos, en el pequeño país del txakolí. Las flechas amarillas del Camino de Santiago me acompañan y me indican el sentido en el que nos fue entrando la historia europea: de Oriente a Occidente. Por este itinerario llegaron los romanos, los peregrinos medievales, los gascones que poblaron la costa guipuzcoana y trajeron, entre otras cosas, sus técnicas viticultoras, sus cepas de vides aquitanas con las que modelaron el paisaje actual.

Todo lo que es de aquí de toda la vida, como el txakolí, lo trajo alguna vez un forastero.

Todos los que son de aquí de toda la vida descienden de alguien que vino de otra parte.

Vino de otra parte: el txakolí de Getaria es el resultado de una de esas emigraciones tozudas. Algunas vides de las llanuras soleadas de Aquitania arraigaron en estas montañas costeras, en este territorio de humedades, nieblas y salitre, y dieron poco a poco el txakolí, este vino cantábrico, vino de balleneros y marinos, vino difícil de creer. La uva crece en las laderas que dan al sureste, para protegerse de los vientos del noroeste y recibir un poco de sol. Durante siglos, estos viñedos extremos dieron un vinillo menospreciado: ácido, gaseoso, con poca sustancia. Entonces el vino se consideraba parte de la alimentación, líquido energético, fuente de calorías, más combustible que disfrute, y el txakolí calentaba menos que los tintos densos de otras regiones. En 1698, el obispo de Calahorra, que tenía jurisdicción sobre las provincias vascas, decidió que no era un vino digno para consagrar: «En los lugares marítimos en que hay cosecha de vinos flacos y débiles que llaman chacolín, los cuales son crudos y tienen punta de ácido, mandamos que para el sacrificio de la misa no se use de ellos y que en su lugar se gaste vino de Rioja, Castilla o Navarra». Al clero, siempre de paladar selecto, no le gustaba este vino. Pero nuestros primeros parlamentarios tenían claras las prioridades. Entre aquellas ordenanzas que aprobaron en Getaria en 1397, entre las sesenta leyes fundacionales de Gipuzkoa, encontramos esta: «Cualquiera que tale viñas, que lo maten por ello».

Cuentan los viejos txakolineros que ellos producían «etxeako lain» (lo suficiente para casa) y que de ahí el nombre. Era un vinacho casero.

Pero la producción alcanzó cierta importancia, porque algo había que beber. María de Arranomendi, vecina de Errenteria, reclamó en 1520 que le pagaran los mil quinientos litros de «vino chacolín» que había suministrado siete años atrás a las tropas acantonadas en San Sebastián para la invasión castellana de Navarra. Su denuncia, conservada en la Real Chancillería de Valladolid, el más alto tribunal del reino, registra por primera vez la palabra «chacolín», en la misma época en que Elkano y compañía prolongaban ese movimiento de este a oeste que seguía transformando el planeta.

En 1520 aún estaba reciente la expulsión de los judíos. Y quizá fueron ellos quienes nos dejaron el nombre extraño de este vino, según apunta el historiador Alberto Santana. Sabemos que la viticultura era uno de los oficios habituales entre los judíos afincados en el País Vasco. Antes de tomar alimentos y bebidas,

los hebreos recitan esta bendición: «Shehakol nihyah bidvaro». Ese «shehakol-nihyah» suena tentadoramente parecido a la pronunciación vasca «txakoliña», esa palabra tan nuestra, o tan de aquellos que también eran de los nuestros hasta que los expulsaron.

En la década de 1970, en un mundo más abierto, este vino flojo no aguantaba la competencia y los viñedos iban menguando hacia la extinción. Pedro Txueka Etxaniz, cuya familia llevaba al menos tres siglos produciéndolo en Getaria, trajo otra renovación desde el este para salvarlo. Se fue a la región de Champaña, se empapó de los conocimientos punteros de la enología francesa y volvió dispuesto a probar nuevas técnicas y nuevas cepas. Otros viticultores locales siguieron su huella y al cabo de pocos años refinaron el txakolí, lo convirtieron en un vino delicado, aromático, frutal, muy apreciado, con denominación de origen, presente en las cartas de los mejores restaurantes.

Lo que hacemos aquí de toda la vida suele mejorar cuando lo mezclamos con lo que hacen otros allá.

el camino sube a askizu

, un barrio de caseríos blancos arracimados en torno a una modesta fortaleza de color turrón. Es el templo de San Martín, la iglesia gótica más antigua de Gipuzkoa, o de cuando Gipuzkoa empezaba a ser Gipuzkoa, porque conserva un ábside con ventanas geminadas del siglo

xiii

. Ahora es un templo rural medio olvidado, pero durante siglos fue una referencia para los viajeros de la costa. La consagraron precisamente a san Martín de Tours, una advocación muy generalizada en Francia que se propagó por los templos del Camino de Santiago, un santo conocido porque siendo soldado romano le dio la mitad de su capa a un vagabundo, adecuado por tanto para atraer y proteger a los peregrinos. Debió de ser un santuario importante, porque Elkano dejó en su testamento seis ducados de oro para la iglesia de San Salvador de Getaria en la que estaban enterrados sus ancestros y a esta de San Martín le dejó doce «para casullas de diácono y capas de muy buen paño colorado».

Lo llaman de Tours porque allí lo consagraron como obispo, pero este Martín era húngaro nada menos. Las peregrinaciones jacobeas fueron extendiendo la idea de Europa hasta el extremo occidental del continente, hasta ese finis terrae en el que había aparecido la oportuna tumba del apóstol Santiago, pero las influencias orientales ya habían impregnado la aldea de Askizu varios siglos atrás. Arqueólogos encontraron en la base del templo de San Martín unas tumbas antropomorfas excavadas en la roca, con los huesos de dos niños del siglo

vi

, de los que dedujeron que se alimentaban casi exclusivamente de pescado. Podemos imaginar a los críos en esta tierra áspera, a la que apenas sacarían algunas bellotas, algunas castañas, algunas manzanas, el lujo ocasional de algún huevo y un pedazo de manteca, mientras los adultos bajaban al pie de los acantilados a ver si pescaban algo, a ver si encontraban el regalo de un pulpo en una poza aislada durante la marea baja. Se trata de los vestigios más antiguos de un templo y un enterramiento cristiano en Gipuzkoa. En esta aldea perdida del Cantábrico, entre las brumas del siglo

vi

, ya seguían las enseñanzas de un predicador de la remota Judea.

no puede ser casualidad

: los primeros parques de atracciones de la costa vasca, como los de Ulia o Igeldo, con sus montañas rusas, tranvías aéreos, autos de choque y toboganes, se popularizaron poco después de que las nuevas carreteras de asfalto eliminaran los sustos, vértigos, penurias y emociones de los antiguos caminos. Las generaciones que alcanzan la comodidad empiezan a añorar la aventura y se buscan sucedáneos. Qué ganas tendrían un peregrino medieval, un marino del mil seiscientos o un viajero en carruaje dieciochesco de montarse en una noria, después de recorrer por ejemplo este tramo de hoy: he subido una cuesta asfixiante para salir de Getaria, he llegado a Askizu traqueteando por la calzada a punto de que se me saltaran las muelas, ahora bajo por una rampa que me obliga a clavar los frenos, estirar los brazos, echar el culo atrás y cerrar fuerte la boca para que no se me salga el corazón, así llego a la playa de Santiago, antiguas marismas, ermita jacobea, donde los viajeros se refugiaban hasta que

les recogiera una barca para cruzar el estuario del río Urola o incluso pasaban la noche como podían, si se les había hecho tarde. No hubo otra manera de atravesar la ría y entrar a Zumaia hasta 1887, cuando remataron la carretera de la costa y el puente de hierro.

Un castillo cuadrado de piedra rojiza vigila la desembocadura del Urola. Es la iglesia gótica de San Pedro, elevada en el centro del pueblo. En la orilla siempre tienen amarrados uno o dos castillos más, castillos descomunales, castillos metálicos de color verde turquesa o naranja chillón, que van creciendo durante unos meses hasta que sueltan amarras y desaparecen mar adentro. Son los buques que construyen en los astilleros Balenciaga. El verde turquesa es un salmonero de cincuenta y siete metros de eslora; el naranja chillón es un barco que se dedicará al mantenimiento de parques eólicos marinos, mide ochenta y tres metros, y cuando lo botaron en el verano de 2021 para probar su flotación, pareció que iba a cargar el pueblo entero en sus bodegas —la iglesia, las casas, los cientos de personas que desde la orilla miraban fascinadas— y llevárselo al Ártico. Ambos son encargos de armadores noruegos. Los anteriores castillos flotantes construidos en Balenciaga fueron un arrastrero pelágico para Escocia y un buque de investigación oceanográfica para Groenlandia.

Siguen la tradición de Zumaia, el puerto que funcionó como una de las primeras y principales bases de lanzamiento de naves transoceánicas. Entre 1560 y 1570 sus astilleros construyeron noventa grandes barcos para el comercio con las Américas y la caza de ballenas en Terranova, con una capacidad total de diecisiete mil barriles. Eran encargos del rey, de comerciantes extranjeros y de armadores locales. También ensamblaban pequeñas embarcaciones pesqueras, chalupas, botes auxiliares. Dos ferrerías y una constelación de forjas fabricaban herramientas, clavos, aros para barriles, anclas, herraduras, aperos. Los zumaiarras, más que pescadores, eran carpinteros, herreros, marinos, comerciantes, transportistas. Se enrolaban en expediciones comerciales y campañas militares. Y siendo solo mil setecientos habitantes, se las apañaron para desparramarse por medio globo terráqueo, como indica esta relación de muertos zumaiarras de aquella época: «En galeras turcas, uno. Viniendo de las Indias, uno. En la armada de Flandes, doce. En Nueva España, uno. Liberado de los paganos de Tetuán y camino de casa, uno. En Sevilla, muchos. Arrojados al mar por los ingleses, cinco. En Málaga, varios. Luchando con los salvajes en Terranova, uno. En la Armada Real, uno. En el río de Santander, uno. En Llanes y en Laredo, otros dos». Las ordenanzas de 1584 describían así a la población de Zumaia: «La mayor parte de los vecinos de esta villa son hombres que andan por

el mundo».

urola arriba

quedan algunas estructuras navieras más modestas: los txanaltokis, embarcaderos con postes de madera hincados en la orilla para amarrar las txanalas, que en castellano son chalanas, en francés chalands, en latín medieval scelandrium, en griego bizantino chelandion, ojo ahí, menudo viaje léxico para designar una sencilla embarcación de fondo plano, proa aguda y popa cuadrada, que aquí usaban sobre todo para pescar angulas, las crías de las anguilas, esos bichitos transparentes de ojazos negros, de apenas cinco o seis centímetros, un gramo, que vienen flotando cinco mil kilómetros desde el mar de los Sargazos para colarse por los ríos europeos y crecer en sus cabeceras. A mi bisabuelo Bautista le tomaban el pelo porque se comía aquella txerrijana: comida de cerdos. Ahora, sobreexplotadas y traficadas, suelen costar mil euros el kilo en Navidades, con picos de seis mil cuando llegan las primeras. Hubo una época feliz, entre el momento en que las angulas empezaron a ser apreciadas y su casi completa desaparición, en que todos los caseríos zumaiarras de la ribera del Urola tenían su txanaltoki. Y noches en las que quince o veinte txanalas se instalaban en el centro del río, amarradas con sogas para que no se las llevara la corriente, y los anguleros echaban sus grandes cedazos al fondo para ir sacando angulas y más angulas.

Benito Etxabe recordaba capturas extraordinarias en el Urola.

—En sanmigueles me iba a la presa y cogía un par de kilos de angulas en una noche —contaba tímido, mirando a los lados, en una charla que grabó el biólogo y filólogo Asier Sarasua en 2007. Etxabe tenía entonces ochenta años, su boina, sus pelos huidizos, sus cejas en uve, y se apretaba el mentón con una mano grande, ancha y carnosa, los dedos un muestrario de salchichones. Al ver esa mano, cualquiera diría que Etxabe se había pasado la vida arponeando ballenas y despedazándolas, pero resulta que trabajó toda la vida en su caserío natal Gorostiagaundi, cultivando campos y cuidando animales, y durante sesenta años consagró esas manos a la delicadeza: fue organista en la iglesia de Artadi, encaramada en una colina sobre el último meandro del Urola, sobre el escenario de su captura milagrosa.

—Entonces pescabais muchas angulas —le dijo Sarasola.

—Yo… —Etxabe dudaba, miraba a la mesa, al techo, movía la mano arriba y abajo, se le notaba un poco de apuro—… yo una noche saqué veintipico kilos.

Se le escapó una sonrisa.

—¿En serio?

—Sí, yo solía coger dos o tres kilos cada noche, pero aquella vez vino una crecida muy fuerte, arrastró todo río abajo hasta la zona de Bedua, ahí donde se paran otra vez las aguas. Allí eché el cedazo, ¡ra!, y lleno de angulas. Otra vez, ¡ra!, ¡ra!, ¡ra!… Hice igual cincuenta o cien caladas. Fue la noche en que se murió Franco. En los dos días anteriores también hubo crecidas, pero fui y no saqué nada. La noche en que se murió Franco salieron todas las angulas en manifestación.

voy a palpar el meteorito

que exterminó a los dinosaurios. Al menos, sus restos pulverizados, que aparecieron en una cala por aquí cerca.

Zumaia es un buen lugar para plantearse cómo sobreviviríamos a una catástrofe planetaria. El primer paso consiste en peregrinar a la ermita de San Telmo, erigida en el mismísimo borde del acantilado de Itzurun, y rezar con verdadera devoción, porque Telmo fue todo un ejemplo de supervivencia: un par de emperadores romanos lo sumergieron en fosas llenas de serpientes, lo rociaron con aceite hirviendo, le arrancaron los dientes con tenazas, le llenaron la boca de metal fundido, lo metieron en un tonel claveteado y lo lanzaron desde una montaña, lo asaron sobre una parrilla, lo ataron de pies y manos a cuatro caballos para que lo descuartizaran, lo untaron de pez y le prendieron fuego, le sacaron los intestinos y los enrollaron alrededor de un cabrestante, y no hubo manera de matarlo. Un día cayó un rayo que abrió la tierra hasta la punta de sus pies pero él siguió predicando impasible. Y por eso los marineros lo invocan en caso de tormenta.

Antonio Pigafetta, cronista de la primera vuelta al mundo, describió una tempestad con rayos y truenos que amenazó con mandar los barcos a pique

pocos días antes de llegar a las islas Molucas. Vieron que en las puntas de los mástiles ardía una llama: el famoso fuego de san Telmo, un fenómeno electroluminiscente provocado por la ionización del aire, en el que los marinos veían la presencia protectora del santo. Rezaron a san Telmo y le prometieron un esclavo si los salvaba de la tormenta. No consta que cumplieran la ofrenda. Y no sería, desde luego, por falta de nativos secuestrados aquí y allá.

En la parte trasera de la ermita de san Telmo, en el mirador hacia el oeste, las losas del pavimento están surcadas por espirales y marcas serpenteantes. Son icnofósiles, huellas que dejaron bichos de hace millones de años en el fondo del mar mientras lo rastreaban en busca de alimento. Es el primer indicio de un hecho fabuloso y cotidiano: en Zumaia pisamos antiquísimos fondos océanicos al descubierto.

Ato la bici en la ermita y camino quinientos metros por el filo del acantilado, hasta el promontorio rojizo de Algorri. Hacia el oeste se despliega, en toda su ruina, la derrota de un continente: los montes costeros se cortan de golpe y se desploman ciento cincuenta metros verticales hasta el mar. En ese frente litoral desde Zumaia hasta Deba, las olas rascan y rascan y rascan la base de los acantilados, hasta que los descalzan y provocan la caída de grandes paredes. Allá abajo veo los derrubios, los pedruscos arrastrados en los derrumbes, las escombreras de rocas que el mar va redondeando y lanzando sin tregua contra el acantilado. Esta costa se desmorona tan rápido que a los arroyos no les da tiempo a excavar su cauce hasta la orilla: caen en cascadas al mar.

El resultado es uno de los escaparates geológicos más impresionantes de la Tierra. Ante mí se extiende el flysch, un hojaldre rocoso que va alternando capas verticales de calizas, margas y areniscas. Son estratos que se acumularon horizontales durante cincuenta millones de años en el fondo del océano, emergieron cuando la placa ibérica chocó contra la europea y se giraron hasta quedar verticales. En su composición quedaron registrados cambios cíclicos del clima, calentamientos globales, glaciaciones, inversiones del polo magnético, el nacimiento de los Pirineos, la extinción de los dinosaurios…

—Esta costa es un libro abierto, cada estrato es una página de la historia de la Tierra —me dice el geólogo Asier Hilario, uno de los principales divulgadores de este paisaje—. Hay algunos libros más grandes en el mundo, pero les faltan capítulos. El flysch de Zumaia a Deba es extraordinario porque permite leer la historia de nuestro planeta de manera ininterrumpida, capa tras capa, página tras

página, desde hace cien millones de años hasta hace cincuenta millones, a lo largo de diez kilómetros de costa.

Si doy un paso hacia el oeste, retrocedo diez mil años. Otro paso, otros diez mil años.

Aprovechando la marea baja, me meto en la cala de Algorri y llego al momento exacto de hace 66 millones de años en el que un meteorito golpeó la Tierra y exterminó a los dinosaurios. En el acantilado se suceden los estratos rosáceos, unos rojizos, otros blancuzcos. Una capa roja significa que el planeta pasó por diez mil años de clima frío y húmedo: los ríos bajaban caudalosos, acarreaban muchos sedimentos y depositaban arcillas en el fondo del mar. Una capa blanca delata diez mil años de clima caluroso y seco: el aporte fluvial se redujo, la vida en los mares fue más abundante y en los fondos se acumuló una proporción mayor de conchas y corales. Las capas se alternan con una regularidad impresionante, diez mil años calurosos y secos, diez mil años fríos y húmedos, diez mil y diez mil, diez mil y diez mil, como reflejo de los ciclos de la Tierra. Vivimos a bordo de una canica que gira y gira sobre sí misma mientras da vueltas alrededor de una estrella, y su eje va cambiando de inclinación en periodos de veinte mil años (así, durante diez mil años recibe más radiación solar y durante diez mil recibe menos). Esa armonía cósmica se interrumpe de manera bruta en la base del acantilado de Algorri: aparece una franja negra de un par de centímetros de espesor. En 1978, el geólogo holandés Jan Smit pasó buenas temporadas arrodillado en este rincón, dando golpecitos con su martillo y tomando muestras. En las capas de roca anteriores encontró más de cien especies de fósiles y microfósiles, vida antigua, variada y abundante. De repente, justo después de la misteriosa franja oscura, ya solo encontró media docena de especies. No queda ni rastro de los ammonites (cefalópodos que dejaron enormes conchas fósiles en estos acantilados) y desaparecen casi todas las conchas minúsculas de los foraminíferos (bichitos que flotan en el mar). La franja oscura marca el límite K/T, una extinción masiva que determina el paso de la era cretácica a la terciaria, un reventón del carajo. En las siguientes capas, las especies empiezan a proliferar poco a poco, la vida se recupera: ahí venimos nosotros.

Jan Smit investigó la composición de la franja oscura. Encontró mucho hollín (señal de grandes incendios), microesférulas (fragmentos de material fundido que salen disparados tras los choques de los asteroides y caen por todo el planeta como gotas de fuego) y una concentración llamativa de iridio (un elemento tan

raro en la Tierra como abundante en ciertos meteoritos). Se lo comunicó a Walter Álvarez, el geólogo estadounidense que había encontrado el primer límite K/T poco antes en los Apeninos y que había formulado la hipótesis de la extinción de los dinosaurios por el impacto de un meteorito de diez kilómetros de diámetro. En los siguientes años, geólogos encontraron por todo el mundo esa misma capa de hace 65 millones de años, siempre con el hollín, las microesférulas y la anomalía del iridio.

Tenían el crimen pero faltaba el escenario: ¿dónde cayó el meteorito? Con las pruebas que reunió Smit en este acantilado de Zumaia y las que encontraron en otros lugares del planeta, interpretaron la dirección en la que habían viajado las partículas y dedujeron que habían partido desde América Central. En la península mexicana de Yucatán encontraron el cráter de Chicxulub, un socavón de 180 kilómetros de diámetro, medio oculto por los sedimentos, las selvas y el mar. Era la huella del meteorito que produjo tsunamis, terremotos de magnitud 13 en la escala de Richter, incendios devastadores de escala continental y un larguísimo invierno de cenizas y azufre que mató a dos tercios de la vida en el planeta.

Palpo ahora esta franja oscura de Algorri, esos polvos del asteroide que estuvo a punto de destruir la vida en la Tierra, y vuelvo a la bici preguntándome qué posibilidad de sobrevivir tendría si cayera otro pedrusco de ese tamaño o si me alcanzara un rayo como el de san Telmo.

Los acantilados entre Zumaia y Deba registran otros tres cambios de épocas geológicas: una inversión en la polaridad magnética de la Tierra, una caída repentina del nivel del océano y un gran calentamiento global con el que podemos comparar los datos actuales.

—Ahora mismo estamos viviendo la sexta extinción masiva de la historia del planeta —nos contó el biólogo Miguel Delibes de Castro, cuando hace unos años peregrinó a Algorri y nos daba esos sustos con una expresión sosegada y risueña —. La tasa actual de desaparición de especies es cientos o miles de veces superior al ritmo normal, es una tasa comparable a la de la época de la extinción de los dinosaurios o a cualquiera de las extinciones masivas. Y se debe a la especie humana, que está transformando la Tierra con una fuerza tan grande como la del meteorito.

Los geólogos debaten si vivimos en una nueva era a la que podríamos llamar

Antropoceno, un cambio producido por actividades humanas que dejan marca en los sedimentos de todo el planeta. Mañana pasaré por los acantilados de Getxo, sobre la playa de Tunelboca, que está sepultada por una capa compacta de siete metros de sedimentos industriales, escorias de los Altos Hornos y trozos de ladrillos con los nombres de fábricas de hace un siglo. Quizá pensábamos dejar algo bello y noble para la posteridad —cuerpos tallados en mármoles griegos, catedrales góticas, señales de radio divulgando por el universo unas declaraciones de Cristiano Ronaldo— pero dicen que los geólogos del futuro identificarán los sedimentos de nuestra época por los isótopos radiactivos que las bombas atómicas esparcieron por todo el globo alrededor de 1950. También detectarán nuestra firma en los estratos industriales de Tunelboca, en el aumento repentino del dióxido de carbono o en las playas de Hiroshima, cuyas arenas contienen billones de partículas de la ciudad pulverizada.

Delibes recordaba, siempre sonriendo, que la desaparición de los dinosaurios fue fantástica para la proliferación de los mamíferos, es decir, para nosotros. Y que si ahora recalentamos el globo, muchas especies lo pasaremos mal pero los lagartos tropicales se pondrán contentos.

Si queremos lecciones para sobrevivir, en Zumaia tenemos un campeón de la persistencia, el único bicho que atravesó durante millones de años todas las extinciones que registran estos acantilados. Con todos ustedes, el erizo de mar.

Al escritor Miguel Sánchez-Ostiz le leí que los pastores pirenaicos apreciaban mucho los fósiles de erizo de mar y los llevaban en el zurrón como amuleto… para protegerse de los rayos. Como san Telmo en versión equinoderma. Los pastores debían de sorprenderse cuando encontraban fósiles marinos en la punta de las montañas, les atribuían cualidades mágicas, y nosotros podemos sonreír con superioridad ante esas creencias, pero a ver si somos capaces de asimilar que las montañas vascas nacieron por la acumulación de conchas, caparazones y corales en el fondo de un mar tropical durante millones de años, por la tectónica de placas y la orogenia: solo son otros nombres para la magia.

Los dinosaurios reinaron en el planeta, los erizos de mar sobrevivieron. Estas bolas con pinchos llevan millones de años arrastrándose lentamente por los fondos oceánicos, con una notoria falta de preocupaciones. No sobreviven los más fuertes sino los más adaptables.

—Qué tendrá el erizo de mar —se preguntaba Delibes—, ¿buenos genes o buena

suerte? Probablemente buena suerte.

Ya lo habían intuido los pastores.

La posibilidad de que este año me mate un rayo es de una entre diez millones (mayor que la de acertar los seis números de la Primitiva). Con el cambio climático no se sabe: Delibes comparaba nuestro planeta con un lavavajillas que va perdiendo tuercas y que sigue funcionando, cada vez con más traqueteo y más ruido, sin que nadie sepa cuándo va a reventar. Y ante la posibilidad de que cayera otro meteorito como el de los dinosaurios, Jan Smit ofrecía un cierto consuelo:

—Un asteroide así no mataría a toda la humanidad. Solo al 99 %.

Pido protección a san Telmo, me tatúo un erizo de mar en el antebrazo (bueno: me lo pinto con el bolígrafo) y sigo pedaleando ahora que todavía hay mundo.

salgo de zumaia

subiendo por la vieja ermita de Arridokieta. El topónimo significa «lugar de piedras prominentes», cuentan que la Virgen se apareció aquí sobre una piedra y por eso unas cuantas zumaiarras se llaman Arritxu: piedrecita. No podía ser más apropiado para este santuario geológico. Subo y subo por la pista que se enrosca, dejo Zumaia a mi espalda pero la pista se vuelve a enroscar y de pronto la veo a mis pies. Navego por un mar de colinas —prados verdes, caseríos blancos, vacas rubias—, me voy elevando de ola en ola y al bajar al mirador de Elorriaga siento un cosquilleo como si el continente me arrastrara en su desplome hacia el mar: me asomo a un abismo de ciento cincuenta metros, a unas tremendas paredes desmigadas de color gris crudo. Es el gran desprendimiento del monte Pikote, ocurrido hace apenas treinta años, una escombrera en la que aún no ha prosperado la vegetación. Los demás acantilados presentan una pátina verdosa, porque no hay cosa más tozuda que las plantas, y algunas consiguen arraigar en las grietas, casi sin tierra, sobre rocas que se disgregan, azotadas por el viento y rociadas por la sal, pero Pikote no permite ni media alegría. Semilla que llega, semilla que muere.

Cuando pedaleo otra vez tierra adentro, veo al sur las montañas calcáreas de Izarraitz y Andutz. Son antiguos macizos de coral, conchas y caparazones de

trillones de animalitos que se compactaron en el fondo del océano y se elevaron mil metros por encima de las aguas. Emergieron tierras nuevas que poco a poco se rinden otra vez al mar en una alternancia interminable, en unos ciclos de dimensiones tan superiores a las humanas, tan indiferentes a nuestra existencia, que nos dejan solo dos posibilidades: el absurdo o el misterio.

subo hacia el misterio

del santuario de Itziar, una mole de caliza oscura que se levanta con una altura desproporcionada en un pequeño barrio de caseríos. Me acuerdo del consejo de Xabier Armendariz.

—Tú vete fijándote en los emplazamientos de las ermitas costeras: siempre las construían en lugares prominentes. Y las pintaban de blanco. Si a los marinos les pillaba una tormenta, si se perdían entre el oleaje y la bruma, su salvación dependía de identificar una ermita y situar el puerto más cercano. En una costa de montes oscuros y muy poco edificada, las ermitas blancas destacaban mucho. Los marinos veían el templo de san nosequién o de la virgen de nosecuántos y le rezaban, era su último punto de amarre con la tierra firme, le pedían que los salvara, le hacían promesas. Eran referencias geográficas y espirituales. Si se salvaban, peregrinaban para dar las gracias y entregar limosnas. Cuanta mayor fama de salvamentos y milagros, más recaudaban las ermitas.

En la Edad Media aquí solo había una iglesia pequeña, la que correspondía a las posibilidades y necesidades de la aldea rural de Itziar. Lo interesante es que la ampliaron y le duplicaron la altura en el siglo

xvi

, justo en la época de la expansión marítima, las navegaciones a las Indias y las expediciones a Terranova, cuando empezó a llegar mucho dinero a través del océano.

El santuario de Itziar es un sedimento que dejaron aquellas riquezas transoceánicas. Creció como una estalagmita de la historia marítima vasca y se nota a simple vista: la mitad inferior de la fachada está construida con bloques bastos de tono claro y las dimensiones modestas de la iglesia medieval, se aprecian incluso unas ventanas ojivales cegadas; de ahí para arriba se ve el

recrecimiento con bloques más trabajados y más oscuros, con los contrafuertes, los rosetones y la torre cuadrada del campanario. En ese límite tan evidente entre las dos fases del templo, los geólogos casi podrían leer el momento exacto de la llegada de los galeones vascos a Terranova. En el santuario de Itziar vemos una especie de límite EMe/EMo, entre la Edad Media y la Edad Moderna.

Cuando ampliaron esta iglesia en el siglo

xvi

, sus constructores ya no pensaban tanto en los peregrinos jacobeos que venían por tierra sino en los barcos que surcaban la mar: levantaron un hito para navegantes. Itziar está lejos de la costa, a dos kilómetros y medio en línea recta, en un promontorio a 250 metros de altitud, así que alzaron un edificio altísimo y probablemente lo pintaron de blanco para que fuera visible desde el mar durante las tormentas, entre las nieblas, en las horas oscuras.

¿Cómo lo pagaron? El puñado de campesinos de Itziar no podía costear semejante obra. Milagro: una virtuosa doncella del caserío Erreten Zar encontró una imagen de la Virgen resplandeciendo entre las zarzas de un promontorio. La Virgen pidió que le edificaran un templo allí mismo para venerarla con su Hijo. La leyenda cuenta que los aldeanos, siempre prácticos, decidieron que aquel promontorio era demasiado irregular y prefirieron construir la iglesia en el prado de Zabaleta, el prado ancho, pero todas las mañanas descubrían que los ángeles habían trasladado los bloques de la construcción a las zarzas donde había aparecido la Virgen. Pillaron el mensaje: allanaron el promontorio y levantaron el santuario en el lugar exacto, como una antena diseñada por un ingeniero de telecomunicaciones renacentista, perfectamente visible para los barcos.

La talla románica de la Virgen, que ahora preside el altar enmarcada en un retablo plateresco, ganó fama de milagrosa. Libró a los vecinos de la peste, dio fecundidad a los casados, asistió a las mujeres en los partos, favoreció a enfermos y afligidos, ayudó a los cristianos en peligrosos combates, liberó a los cautivos de las mazmorras de los moros y se apareció, deslumbrante, en graves tormentas y peligros del océano, como estrella para los marinos. Quienes volvían sanos y salvos de las expediciones balleneras, de una buena campaña de pesca o de transportar mercancías, peregrinaban a Itziar, pagaban misas, entregaban donativos. Como quien puntúa santuarios milagrosos en una web de reseñas, Elkano dejó en su testamento seis ducados de oro a la iglesia de San Salvador de

Getaria, doce a la de San Martín de Askizu… y cuarenta a la de Itziar.

Los barcos artillados disparaban salvas al pasar frente a Itziar. En la fachada del santuario se ve una enorme bola incrustada: queda a la vista una media esfera de piedra, ya pulida por tantas manos curiosas, con la otra mitad emparedada. Antaño se decía que alguna nave de infieles había disparado ese proyectil contra la iglesia, pero en realidad se trata de un exvoto: una ofrenda a la Virgen. Consta que el capitán Lasalde, natural del cercano puerto de Deba, participó con su nave al servicio de los Reyes Católicos en una batalla contra los portugueses en Galicia, y que se trajo, entre otras cacharrerías tomadas a los enemigos, una «bala de piedra de 174 libras» (79 kilos). Parece probable que el capitán y sus marinos abrieran un hueco en el muro para encajar esta bola monstruosa que pudo matarlos y que fue desviada o amortiguada por intervención de Nuestra Señora de Itziar: un recordatorio impactante de sus poderes.

Hay bolas por todo el templo, pequeñas balas de cañón adornando aleros y capiteles, tantas como para que Itziar pudiera ser también patrona de futbolistas, pelotaris y jugadores de billar. De una bóveda cuelga la maqueta de un barco de tres mástiles y cuarenta cañones. La entregó el capitán Francisco Mirandaola en 1696, para agradecer que la Virgen de Itziar le hubiera librado de morir con su barco aprisionado entre bancos de hielo en Terranova. En las paredes del templo hubo hierros que algunos prisioneros liberados trajeron desde las mazmorras de Orán y Argel: «A pesar del memorable descuido que ha habido en las cosas de este Santuario, han llegado hasta nuestra edad veinticuatro grillos y esposas de fierro, una argolla y una cadena, que se conservan pendientes en las paredes de la Santa Iglesia; de manera que podemos afirmar que la milagrosa Imagen de Iziar es una Piadosa y Sagrada Redentora de los Cautivos Cristianos», escribió el párroco Aldazabal, de mayúscula generosa, en su libro de 1767, la Breve Historia de la Aparición del más Luminoso Astro, y Brillante Estrella de la Mar, la Milagrosa Imagen de María Santísima de Izíar.

El más luminoso astro, estrella de la mar: Stella Maris es el título de las vírgenes costeras en la tradición cristiana.

—Los marineros siempre nos hemos guiado por las estrellas náuticas, las noventa y seis más brillantes, los puntos de referencia en la bóveda celeste —me explica Armendariz—. Los almanaques nos dicen cuál es su posición cada día y así sabemos situarnos en medio del océano, es una información crucial. La estrella más luminosa la identificaban con la Virgen, la que te guía y te salva.

La idea viene de antiguo. Una de las referencias más importantes para los marineros era Venus, la primera luz que aparece en el firmamento en el crepúsculo y la última que desaparece al alba, y que lleva el nombre precisamente de una diosa, de la diosa romana del amor, la belleza y la fertilidad, una diosa madre que orienta y protege en el mar.

—La Virgen interpretada como Stella Maris es una adaptación cristiana de la Venus marina. Y esa Venus es la adaptación romana de una diosa egipcia que cumplía esa misma función: Isis, diosa madre, diosa del cielo, diosa de los mares, los puertos y los navegantes.

Los romanos importaron del Nilo la fiesta de la Navigium Isidis. En la primera luna llena tras el equinoccio de primavera, los sacerdotes sacaban del templo la estatua de Isis y la portaban en procesión, con un cortejo de músicos y bailarines, hasta la orilla. Allí la embarcaban en una nave engalanada con flores y le daban un paseo para que extendiera su protección sobre las aguas. Cuando los pescadores actuales sacan a la Virgen del Carmen y la llevan en procesión náutica, repiten una ceremonia norteafricana de hace dos mil años.

Muchas imágenes de la Virgen del Carmen, explica Armendariz, tienen a sus pies una media luna con una estrella en cada punta.

—Igualito que Isis. En las representaciones romanas, Isis aparecía con una media luna creciente, era una diosa marítima y lunar. Y le acompañaban Cástor y Pólux, los mellizos mitológicos, las dos estrellas más visibles de la constelación Géminis. A las vírgenes cristianas les pusieron esos mismos símbolos, la media luna con las dos estrellas, y las sacaban en procesiones náuticas, para que los marinos aceptaran ese cambio en el culto. Vale, a partir de ahora creemos en la Virgen María, no en Isis, pero tranquilos porque es la misma deidad protectora con los mismos atributos.

En fotografías antiguas se ve la imagen de la Virgen de Begoña en su basílica de Bilbao con una gran media luna a sus pies, que luego desapareció.

—En los años sesenta el Concilio Vaticano II hizo una limpia de iconografía, ordenó eliminar las imágenes que consideraban paganas o supersticiosas. En algunos casos quitaron las medias lunas de las Vírgenes. En las iglesias vascas retiraron las argizaiolas.

Las argizaiolas son tallas de madera con aspecto levemente humano, labradas

con motivos geométricos, solares, estelares, en las que se enrollaban cordones de cera y se encendían para que los difuntos siguieran recibiendo la luz del hogar en el más allá.

—Hubo un exceso de celo. En muchas iglesias tiraron maquetas de barcos, cadenas, remos, porque a los párrocos les parecían cosas medio paganas o adornos que no cumplían con los preceptos del arte sagrado. Pero no eran adornos ni veneraciones raras: eran exvotos.

Armendariz ha publicado inventarios de los exvotos que se conservan en los templos de la costa vasca: ofrendas que los marineros entregaban al santo o a la virgen para darles las gracias por haberle salvado la vida o para pedirles buena navegación y buenas pescas.

—Los armadores, los capitanes y las familias con dinero entregaban cálices de plata, todo tipo de orfebrería religiosa, relicarios, casullas, esculturas de santos, para dar las gracias por una buena campaña o por la victoria en una batalla naval. Los pescadores donaban objetos humildes, un remo, una red, una maroma, unas botas, que parecen poca cosa pero para ellos eran muy valiosos. O hacían una maqueta tosca de su barco y la dejaban en la iglesia para recibir protección divina. Otros tenían más dinero y encargaban maquetas a los artesanos. Tenemos maquetas espectaculares de barcos colgando de las bóvedas, flotando en mitad del templo, es una imagen muy potente.

También es una fuente histórica estimable.

—Sí, porque te puedes encontrar con maquetas de grandes veleros del siglo

xviii

, lanchas boniteras del siglo

xix

, vapores mercantes del siglo

xx

, toda la evolución naval con muchos detalles. Y a veces me he encontrado cada sorpresa… En una iglesia de Bizkaia el cura me enseñó una maqueta

deteriorada, la tenían en el cuarto de las escobas: era La Bilbaina, una fragata negrera, toma ya.

Sabemos cómo eran las cocas, los grandes barcos mercantes de la Edad Media, gracias a una impresionante maqueta del siglo

xv

que dejaron en una ermita de Mataró. A veces los náufragos entregaban como agradecimiento un cuadro con la escena del barco zarandeado por la tempestad que lo hundió y un breve texto en el que explicaban su salvación tras las plegarias dirigidas a la Virgen. Gracias a los detalles de esos textos o a las representaciones fieles de la costa, con sus cabos, ensenadas y promontorios, se han localizado pecios en el fondo del mar. Y sabemos hasta qué costas remotas llegaron los navegantes vascos cuando vemos que en la iglesia de Orduña usan como pila de agua bendita una concha de un metro y pico de longitud, de la especie Tridacna gigas, un molusco gigante del Pacífico.

—Me recorrí las ermitas y los santuarios de la costa vasca buscando exvotos, pero a Itziar llegué tarde —dice Armendariz.

A finales de la década de 1960, el párroco de Itziar tiró a la basura un objeto asombroso que colgaba en los muros de la sacristía. El investigador Javier Castro leyó una mención a aquel objeto en la Breve Historia del párroco Aldazabal de 1767. Preguntó y preguntó por las casas de Itziar y Deba, hasta que en 2012 una familia le mostró una fotografía en blanco y negro, fechada en 1930, en la que se veía la pared de la sacristía con una colección de exvotos: una foto enmarcada de un barco de vapor, cinco muletas, una pata de palo, varias esposas de hierro… y lo que llamaban galerilla pequeña o canoa. Era un kayak forrado con piel de foca.

Lo más sorprendente es que el kayak llevaba allí más de trescientos años. Y que había llegado a Itziar con la familia algonquina o inuit que lo tripulaba: padre, madre, hija.

Francisco de Sorarte, capitán de un galeón ballenero, se los encontró remando en el kayak por las costas de Terranova en 1620. Según el relato del párroco Aldazabal, el capitán Sorarte se apiadó de la paupérrima familia, les dio refugio y comida mientras duraba la campaña ballenera, y al terminar decidió traérselos a Deba «para instruirlos en nuestra Santa Fe y hacerlos partícipes de las riquezas

del Cielo». El padre salió «bravo y montaraz», fue preciso «tenerle en prisiones por su crueldad y sevicia» y lo mandaron de vuelta a Terranova en la siguiente campaña ballenera. La madre aprendió la lengua vascongada, trabajó de sirvienta en la casa de los Aldazabal, comerciantes de Deba, y murió en 1658. A la pequeña la bautizaron con el nombre de María Iziar. Su partida de bautismo habla de una mujer «traída de Tierra Nueva», que era como nombraban entonces un ámbito geográfico mucho más amplio que la actual isla de Terranova: incluía las costas de Québec, Labrador, incluso Groenlandia. Así que en Deba vivió una mujer inuit, beothuk o mi'kmaq llamada Itziar.

la fachada del santuario

da a una pequeña plaza rectangular, flanqueada por el ayuntamiento y la casa del párroco. El centro de la plaza lo ocupa una franja adoquinada de veinticinco metros de largo y cuatro de ancho: es el probaleku, el espacio para las competiciones de arrastre de piedras con bueyes. En una esquina de la plaza han instalado, a modo de adorno, bloques rectangulares de novecientos kilos, pero esos son poco más que un llavero, son las piedras livianas que arrastran en las competiciones entre humanos. Las que arrastran los bueyes pesan mil quinientos, tres mil, hasta cinco mil kilos. Gana la pareja de bueyes que más veces recorra el probaleku de un extremo a otro tirando de las piedras, guiados por el boyero, durante media hora o una hora. Antaño algunos ganaderos untaban jabón en la base de las piedras a escondidas, para que resbalaran mejor, o daban a sus animales un buen cubo de café y coñac, para estimularlos y llevarse así el dineral de las apuestas. Pero son prácticas de otros tiempos. Ahora los ganaderos aplican los métodos más avanzados para mejorar el rendimiento deportivo: en agosto de 2014, dos bueyes de ochocientos kilos murieron reventados durante una prueba en Erandio y los análisis mostraron que habían ingerido pastillas de speed. Su propietario, un ganadero de ochenta y dos años, confesó el dopaje y recibió una pena de tres meses de cárcel y una inhabilitación para trabajar con animales. «¿Cuánto hay que chutar a un buey de ese tamaño para tumbarlo y de dónde sacan semejante cantidad de droga?», se preguntaba Bernardo Ureta, que dimitió como presidente de la Federación de Juegos y Deportes Vascos a raíz de otros casos así, como contó al periodista Iker Rioja. En los años anteriores se habían conocido casos de bueyes dopados con anfetaminas, anabolizantes, corticoides y broncodilatadores. En los años siguientes continuaron las detenciones de ganaderos acusados de dopaje. «Solo conocemos lo de los bueyes de Erandio,

pero entre 2013 y 2016 murieron otros diez», decía Ureta. «Nos enteramos de lo que pasa en las competiciones, pero ¿qué pasa en los caseríos?».

Este noble, ancestral y sano deporte guarda una relación curiosa con el mar. La mayoría de los probalekus se encuentran en pueblos cercanos a la costa, porque fue aquí donde emplearon a miles de bueyes como fuerza industrial: los astilleros vascos recurrían a los bueyes para transportar el hierro y la madera, para elevar las piezas más pesadas durante la construcción de los barcos y para arrastrarlos después hasta el mar. En 1620, en los astilleros de la playa de Zarautz necesitaron trescientas parejas de bueyes para tirar del flamante galeón San Juan Bautista, de seiscientas toneladas, y echarlo a flote. Sin anfetaminas.

Cientos de indios amazónicos acarrearon un barco a través de una colina por orden del cauchero Fitzcarraldo y la historia dio para peliculón. Seiscientos bueyes en la playa de Zarautz, trescientos boyeros guiándolos con sus varas, una selva de sogas, un galeón crujiendo mientras surca la arena también darían, digo yo, para alguna peliculilla.

bajo de itziar a deba

por una carretera panorámica, repitiendo el movimiento de los habitantes de esta zona cuando vieron que ya no había vikingos en la costa.

A furore Normannorum libera nos, Domine.

Líbranos, Señor, de la furia de los normandos, rezaban en los monasterios de toda la costa atlántica europea, saqueados una y otra vez por los normandos, los del norte, los vikingos. Me pregunto si los inuit, beothuk o mi’kmaq rezaban algo contra la aparición de vascos en sus costas, aunque en general las relaciones de los balleneros y los pescadores con los nativos norteamericanos fueron pacíficas, amistosas, incluso divertidas, como veremos.

Tras la desaparición del Imperio romano, las costas se convirtieron en territorios peligrosos, expuestos a los ataques piratas. Por eso, y porque la costa vasca es abrupta, algunos de sus habitantes prefirieron levantar los pueblos tierra adentro, elevados en algún promontorio que les permitiera otear los peligros, como el caso de Itziar, o resguardados en algún pliegue de las colinas para que los asaltantes no los vieran. Cuando los reinos medievales consolidaron su dominio

y reforzaron los puertos, algunos de estos pueblos quisieron bajar a la costa para dedicarse con más comodidad a la pesca y el comercio. Los habitantes de Itziar pidieron una y otra vez al rey de Castilla que les permitiera instalarse en la desembocadura del río Deba, porque estaban «alongados de la agua». Lo consiguieron en 1343.

De Itziar nació Deba, hoy un pueblo costero apacible, con su playa, su paseo marítimo, su muelle deportivo. Durante siglos fue un hervidero de grasa y hierro. Una de las salidas del casco viejo a la ría se llama Labatai, contracción de labe y atari, portal de los hornos, porque en esos arenales arrastraban las ballenas recién capturadas, las despedazaban, les arrancaban tiras de grasa y las fundían en calderas de cobre para transformarlas en saín, en el aceite que luego iluminaba farolas y quinqués de Castilla, Inglaterra y Flandes. Cuando los vascos exterminaron la población de ballenas en el Cantábrico, las siguieron hasta Islandia, Groenlandia, Terranova. Y el puerto de Deba se convirtió en una bisagra entre mundos. Fletaba galeones para la caza de la ballena en América, recibía sus toneles de aceite y los distribuía por los puertos europeos. Mandaba docenas de barcazas diarias río arriba, cargadas de hierro bruto, bacalao salado y tejidos flamencos, porque era la entrada fluvial más directa hacia la meseta castellana. Las barcazas bajaban de vuelta con lanas y cereales de Castilla y con los productos ya elaborados de las ferrerías cercanas —armas, clavos, anclas, herraduras, aperos de labranza—, que se exportaban a Inglaterra y a Flandes. Ya no hay hornos. Los astilleros y el puerto los destruyeron al construir el tren de la costa.

anastasio arrinda

, párroco de Deba a mediados del siglo

xx

, hijo de un capitán de Lekeitio que cumplió cincuenta y cuatro temporadas de pesca de bacalao en Terranova, resumió la expedición del galeón ballenero San Nicolás de 1564.

Landaverde, armador bilbaino, puso el barco: un galeón de tres palos, con gran capacidad de almacenaje porque tenía tres cubiertas, armado con dieciocho cañones y un arsenal de arcabuces, ballestas y armas cortas de acero, equipado

con cinco chalupas para la caza de la ballena, cargado de tejas para construir los techos de los hornos en Terranova, de tablas para ensamblar barricas, de pez y estopa para calafatear, de velas, jarcias y maromas de repuesto, de carne, cecina, tocino, alubias, galleta, vino, sidra y txakolí. También contrató a treinta hombres y pidió un crédito para afrontar los gastos.

El armador Landaverde contrató a Joan de Espilla, capitán de Deba, quien completó la tripulación con otros cuarenta y cinco hombres. Lo que más le importaban eran los arponeros: fichó a uno de Orio, dos de Zarautz, dos de Getaria y uno de Ondarroa.

En marzo zarparon hacia Canadá. De su trabajo en el golfo de San Lorenzo no sabemos nada, porque se dedicarían a construir hornos, remar en chalupas, arponear ballenas, acarrearlas a las playas, despiezarlas, fundirlas, guardar el aceite y cargarlo en las bodegas, bastante trabajo tendrían como para encima escribir, oficio de poco fundamento. Solo registraron lo que de verdad les importaba: en otoño volvieron al puerto de Bilbao y entregaron 1193 barricas de cuatrocientas libras (unas 216 toneladas de aceite de ballena) y veintidós toneladas de barbas de ballena (fibras elásticas con las que se fabricaban varillas, paraguas y corsés). Según esas cifras, el párroco Arrinda interpreta que cazaron unas treinta y seis ballenas.

Landaverde se quedó con 497 barricas de aceite como armador y 298 como dueño del barco. Total, 795 barricas. De esa cantidad regaló diez barricas a cada uno de los cuatro arponeros titulares, cinco barricas a uno de los suplentes y dos al otro. Los tripulantes, desde el capitán hasta el grumete, cobraban sus jornales y además se repartían un tercio de las barricas y las barbas. La mitad de los tripulantes no llegaba a los treinta años. Muy pocos pasaban de los cuarenta.

La chavalería salía a probar suerte en aquellas aventuras boreales. En plena fiebre de la ballena del siglo

xvi

, había primaveras en las que doscientos galeones vascos atravesaban el Atlántico. En Mutriku, el siguiente pueblo en mi camino, otro nido de navegantes, suspendieron las sesiones del ayuntamiento en esa época por falta de concejales: se habían ido todos a cazar ballenas a Terranova.

CAPÍTULO 3. DE ONDARROA A GAZTELUGATXE

En el que una niña se burla de severas advertencias, gentes serias compran verdugos para desorejar reos, un campeón senegalés de lucha libre salva la flota pesquera vasca, un alcalde lanza una teja al mar, el pirata Drake resucita y un submarinista mira a dos cúpulas nucleares para orientarse y encontrar langostas.

doce hombres y mujeres vigilan

la entrada a Bizkaia, alineados en lo alto de un muro, asomados veinte metros sobre la ría de Ondarroa. Son un rey, un músico tocando el pífano, otro tocando el rabel, un peregrino, una peregrina, dos ballesteros, una nodriza, una reina, un monje, un doncel y un caballero, esculturas pétreas de cabeza y medio cuerpo, vestidas según la moda de Borgoña-Flandes de finales del siglo

xv

.

Los arquitectos aprovecharon un saliente rocoso, en el último meandro del río Artibai, para levantar una altísima plataforma con arcadas de piedra caliza y sostener allá arriba el templo-fortaleza de Santa María. El edificio es un cubo gótico de caliza y arenisca, con paseo de ronda, ventanales, contrafuertes y pináculos rematados por figuras humanas. En la balaustrada que mira al este aparecen los doce personajes de piedra.

¿Quién los esculpió? Algún maestro de aquella región de Borgoña-Flandes, un conglomerado de territorios ducales que funcionó como Estado independiente a finales de la Edad Media. Es probable que de allí vinieran los constructores de la iglesia hacia 1480, la misma década en la que nació Juan Sebastián Elkano, una época en la que los pueblos de la costa vasca mantenían relaciones intensas con

media Europa y estaban en vísperas de ampliarlas a América, África y Asia. Por el mar circulaban mercancías, ideas, artistas y cosas peores. Precisamente en Getaria se hundió hacia 1520 un barco flamenco con la bodega repleta de calderos, argollas, espadas, armaduras y lingotes de cobre fundidos en Alemania. Ana María Benito, la arqueóloga que descubrió el pecio y que investigó la documentación de aquel viaje, explica que el cargamento era secreto: unos comerciantes portugueses habían fletado el barco en Amberes y lo habían cargado de productos para cambiarlos por esclavos en la costa de Guinea. Lo más probable es que esos esclavos africanos fueran luego enviados a plantaciones americanas. Ese barco flamenco naufragado en Getaria, según Benito, es otra prueba de la primera globalización, «de un comercio de dimensiones colosales entre Europa, África y América» que incluía el tráfico de seres humanos.

En Ondarroa a las doce figuras las llaman Kortxeleko Mamuk, los fantasmas del tejado de la iglesia. Cuentan que si alguien da tres vueltas al templo mientras tocan las campanas del Ave María, se convierte en estatua de piedra. Leokadi tampoco se lo creía, como tú y como yo. Era una chavala alegre, espabilada y valiente, pero un poco desvergonzada, porque ya se sabe que una chavala alegre, espabilada y valiente empieza a superar ciertos límites de la moral, eh. Y luego pasa lo que pasa. Un día Leokadi volvía del baile con sus amigas y les dijo que daría tres vueltas a la iglesia mientras sonaban las campanas. La primera vuelta la dio tan contenta, saltando y riendo. Mientras daba la segunda, sus amigas oyeron unos ruidos extraños y se asustaron porque Leokadi no aparecía. Pasó por fin, pero arrastrando los pies, con aspecto deformado, sin mirar a sus amigas. En cuanto desapareció por la esquina para seguir con la tercera vuelta, resonaron un estruendoso rumor de cadenas y unos chillidos desgarradores. Las amigas huyeron espantadas. Al día siguiente la madre de Leokadi buscó a las amigas para preguntarles si sabían dónde estaba la chica, porque no había vuelto a casa. Cuando le contaron lo que había pasado, la madre corrió a la iglesia, se puso a buscarla y desde las alturas le cayó una piedrecita. Miró arriba y gritó:

—¡Ahí está Leokadi!

Y ahí sigue desde entonces, petrificada entre los demás fantasmas del tejado, como otro de esos avisos ancestrales para las mozas demasiado atrevidas.

Al menos baja una vez al año: en la medianoche del 14 al 15 de agosto, cuando empiezan las fiestas en honor a la Virgen, un foco ilumina la balaustrada de las

doce figuras y allí aparece Leokadi, bajando por una cuerda, hasta que se junta con los vecinos que la esperan y se van de pasacalles.

el barco esclavista

que se hundió en Getaria alrededor de 1520 era flamenco y fletado por portugueses, que quede claro, porque ya se sabe que en el País Vasco no hubo esclavos. Ya, claro, había ciertas normas: si algún militar o empresario volvía de las colonias a Gipuzkoa con negros de su propiedad, debía sacarlos del territorio antes de seis meses para no poner en riesgo la pureza racial de los vecinos, fundamento de la hidalguía universal y sus consiguientes privilegios legales.

Las discriminaciones, expulsiones y matanzas de moros y judíos ocurrían desde siglos atrás en los reinos de Castilla, Aragón, Navarra y Francia. Los Reyes Católicos fundaron el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en 1478 para mantener la ortodoxia católica y perseguir a marranos y moriscos. Dado que la Inquisición tardó siete décadas en desplegarse por los territorios forales vascos, marranos y moriscos vieron aquí un refugio y los vascos les cerraron inmediatamente la puerta. El Fuero Nuevo de Bizkaia, de 1526, declaró que todos los naturales del territorio eran hijosdalgo, de noble linaje y limpia sangre, y que no permitían instalarse a judíos, moros, negros, mulatos ni sus descendientes, ni tampoco a cristianos convertidos, y que cualquiera que se avecindase debía demostrar su inmaculada genealogía de cristiano viejo. Ese mismo año, los comerciantes bergareses Marín Pérez de Atxotegi y Juan Sánchez de Aranburu enviaron una nao cargada con productos del hierro y de paso con dos negros, uno llamado Juan y el otro Antón, para venderlos en América. Porque una cosa era no tener negros en casa y otra impedir el emprendimiento en la tierra de las oportunidades. También era habitual, como en nuestros días, el recurso a gentes que despreciamos para que se hagan cargo de tareas que ninguna persona decente quiere cumplir: en 1518, 1524 y 1536, las autoridades guipuzcoanas compraron esclavos negros en el mercado de Sevilla para que ejercieran como verdugos en el territorio foral. Eran Martín de las Indias, Juan de Génova o Vicente de París, así llamados por su procedencia, y se dedicaron a traer a la vergüenza a los reos y pregonarlo (tarifa baja), azotarlos, desorejarlos o cortarles un pie (tarifa media), desollarlos, empozarlos o ahorcarlos (tarifa alta). En 1528, al verdugo de Lekeitio le asignaron un sueldo fijo y varias pagas extras (tomadas de los bienes del reo): cuatro ducados por

cada ejecución, un ducado por enclavamiento, azotes, justicia de orejas o efusión de sangre, y solo medio por sacarlo a la vergüenza. Si el condenado carecía de bienes, esos pluses se los pagaba el Concejo.

No hubo una esclavitud de escala industrial en el País Vasco pero tampoco fueron casos aislados. Gipuzkoa expulsó a cincuenta y nueve esclavos en 1644. Y hubo vascos destacados en el secuestro de quince millones de africanos para enviarlos a las colonias americanas, el mayor movimiento migratorio de la humanidad, que llevaron a cabo como un mero traslado de mercancías. El historiador Alberto Santana repasa nombres ilustres de comerciantes vascos, benefactores en sus pueblos natales, constructores de palacios ajardinados, capillas maravillosas, hospicios para enfermos y viejos, como el balmasedano Juan de Urrutia, que se enriqueció comprando negros a los portugueses y enviándolos desde Sevilla a las minas del Perú y a las plantaciones de las Antillas. O el gernikarra Pedro de Morga, alto cargo de la Inquisición en Sevilla, que financiaba los proyectos de los vascos que querían comerciar con América y vendía licencias de exportación de esclavos a las colonias. O José Antonio de Ybarra, patriarca de la mayor familia oligárquica vasca, impulsor del salto al capitalismo industrial masivo en el siglo

xix

, con negocios en la minería, la siderurgia, la banca y los medios de comunicación que llegan hasta nuestros días, inversor en barcos esclavistas como El Cazador Santurzano, que en 1835 transportó de manera clandestina «681 bultos» (negros comprados a los portugueses en Benín) hasta los mercados de Cuba, donde los vendían a los dueños de las haciendas azucareras. El negoció se le complicó durante la segunda expedición, cuando los ingleses apresaron el barco que según los documentos iba a comprar «600 arrobas de lana sucia» (otros 600 esclavos negros) en la costa africana. Los emprendedores no se rinden tan fácil, así que Ybarra fletó otro barco en 1837, El Diligente, que llevó a Cuba 495 esclavos africanos y por el camino tuvo que deshacerse de treinta y cuatro cadáveres («bultos de mercancía averiada», según los registros de la expedición).

—hay racismo en el puerto

pero no en el pueblo —dice Moussa Thior, el primer africano que vino a trabajar

en la flota pesquera de Ondarroa, allá por 1991. Es senegalés, tiene sesenta y cinco años y toma café como de costumbre en la terraza del bar Dzanga, junto al puerto. En las mesas contiguas, una docena de marineros jubilados se hablan a voces en euskera y a ratos interviene uno en castellano con fuerte acento gallego. Por la plaza pasan africanos con frecuencia, todos saludan a Moussa y algunos se acercan a estrecharle la mano. Viste cazadora vaquera desteñida y polo azul, varias pulseras, una de ellas ancha y metálica con sus iniciales MT. Lleva bigote blanco y barba blanca, mejillas rasuradas y gafas de sol Ray-Ban como una diadema en la calva negra reluciente. Mira aquí y allá con sus ojos oblicuos, pequeños, muy vivos.

—De aquí hacia allá adelante es un mundo —extiende el brazo y señala hacia el puerto—. De aquí hacia allá atrás es otro mundo —repliega el brazo y señala a su espalda hacia el pueblo.

—¿Qué pasa en el puerto?

—Si eres inmigrante, hay armadores que se aprovechan y te pagan menos, te hacen trampas con la letra pequeña de los contratos, las cotizaciones, los descansos, las vacaciones, todo eso, ¿sabes? Te tratan peor que a los autóctonos. En el pueblo es distinto, la gente de Ondarroa siempre nos ha respetado y nos ha querido. Muchos africanos tenemos una madrina o un padrino que nos acogió. Cuando empecé a trabajar aquí, un chaval que descargaba en el puerto me invitó a comer a su casa. Su madre me invitaba muchas veces, yo la llamaba mamá. Los senegaleses tenemos muy buena relación con las familias de aquí. Si tú vas a nuestros pueblos en Senegal y dices que eres de Ondarroa, te acogerán en todas las casas.

Moussa nació en Bassoul, un pueblo de campesinos y pescadores en el delta del Saloum, en la tierra de los niominka, donde encontró otro oficio mucho más excitante.

—Cuando terminaban las cosechas del arroz y el cacahuete, en todos los pueblos se organizaban fiestas y siempre había combates de lucha libre. Ponían como premio una vaca, algo de dinero… Empecé a luchar con dieciséis años y tuve mucho éxito, gané ocho o nueve vacas, no te imaginas la alegría que era eso para mi familia. Y para mi pueblo, porque tú luchabas por el honor de tu pueblo. Si ganabas, eras el ídolo —se ríe.

Enseguida se trasladó a Dakar, porque en los estadios de la capital se celebraban torneos de lucha todos los domingos. Un mánager le consiguió varias giras por África occidental.

—Combatí en Gambia, Burkina Faso, Malí, Nigeria, y vi de todo, me tocaron guerras, golpes de Estado, de todo. Una vez estaba sentado en un bar de Mauritania con un senegalés, como estoy ahora contigo, había follones entre Mauritania y Senegal, aparecieron unos tipos y nos amenazaron, nos preguntaron si éramos senegaleses, yo por suerte hablo mandinga y les dije que no, que era de Gambia, pero al otro le dieron un hachazo en el cuello y lo mataron, ahí sentado, como estás tú ahora. Yo he visto cosas muy malas. Pero siempre soy positivo, siempre pienso que todo lo que me ha pasado en los viajes, en los trabajos, son experiencias para la vida.

Su lengua materna es el serer y también habla mandingá, wólof, diola, un poco de tukulor, habla francés, inglés, castellano y entiende algo de euskera.

—Fui a unas clases, bixkat entendiuteot, pero no lo hablo.

Con el dinero que ganaba en los combates, se compró un cayuco en el que salía a pescar barracudas con otros tres compañeros.

—Tener tu propio cayuco es mucho, ¿eh? —dice—. Te puede costar tres mil, cinco mil euros.

—¿Te gustaba trabajar en el mar?

—Es nuestra tradición, en mi pueblo siempre hemos sido arrantzales.

En 1981 abandonó la lucha libre pero le seguían picando las ganas de conocer mundo. Ya había trabajado por temporadas en los buques tangoneros de Huelva, que pescaban marisco con redes de arrastre y descargaban en Dakar, así que se enroló en uno de ellos, el Lolita Gómez, y se dedicó a las gambas, los langostinos y los cangrejos.

—Dos meses en la mar y quince días en tierra. Teníamos la base en Las Palmas, viví diez años allí en Canarias. Una vez trabajé en un barco de Ondarroa, el Itsas Txori, y me hice muy amigo de un chico de Pasajes, Ricardo, que me decía que tenía que venir al País Vasco, porque había muchos barcos y pocos pescadores.

—¿Por eso viniste?

—Bueno, yo al principio no quería. Era 1987. Veía las noticias de los atentados en la tele y todos los follones y no quería venir.

—¿Y por qué cambiaste de idea?

—Es que los vascos me caían bien. En los barcos conocí a muchos, eran gente correcta, te trataban con respeto, no te mentían. Me entraron ganas de probar. Vine a Ondarroa en 1991 y trabajé en barcos que iban al Gran Sol, a pescar gallo, merluza, lenguado… También fui redero un par de años, más cómodo.

—Y aquí te quedaste.

—Sí, porque uno de los primeros días fui a hacerme la tarjeta de la Seguridad Social y en la oficina trabajaba María Celsa…

María Celsa es ahora su mujer, tienen una hija. Dice Moussa que al principio no fue fácil, que a la familia de ella no le hacía mucha gracia que saliera con un africano, pero que luego lo fueron conociendo y sin problema.

—Lo importante es conocer a las personas para quitarte los prejuicios. Eso es lo bueno de Ondarroa, que es un pueblo pequeño, nos conocemos todos, y si alguien hace algo malo, no se culpa a toda una comunidad.

—¿Y en el puerto no mejoraron las cosas?

—En el puerto también me gané un respeto. Primero, porque yo era bueno en mi oficio, pescando, cosiendo redes; y segundo, porque siempre he defendido la igualdad y la dignidad. Eso es muy importante. Mira, nosotros no teníamos tradición de sindicatos, pero al principio nos juntamos cuatro africanos, los cuatro únicos que estábamos entonces en Ondarroa, y nos pusimos unas reglas: no podemos aceptar menos de tanto dinero, no podemos aceptar condiciones malas, porque si uno de nosotros las acepta, el armador se las impone a todos los demás.

—Dicen que los inmigrantes quitáis el trabajo a los locales.

—Nosotros vinimos al País Vasco porque faltaban marineros. En esos años, a finales de los ochenta y principios de los noventa, hubo un cambio radical en

esta sociedad, los hijos no querían seguir el oficio de sus padres, se iban a la universidad, a Bilbao, a Madrid, a otros países, a estudiar y a buscar oficios mejores, más cómodos y mejor pagados. ¡Normal! Pocos querían ir a la mar. Sin africanos, la flota vasca no hubiera salido adelante.

Moussa y sus compañeros senegaleses fundaron la asociación Sangamar para defender sus derechos laborales y se afiliaron a un par de sindicatos vascos.

—Tuvimos líos con los armadores. Reclamábamos nuestras condiciones y no nos hacían ni caso porque éramos extranjeros, bah, unos negros. Llamamos al cónsul de Senegal, pusimos denuncias… En el puerto todavía hay alguno que si se cruza conmigo mira para otro lado —sonríe—. Pero muchos me aprecian. Además, sabiendo la historia de los vascos, hombre, que los primeros barcos atuneros que iban a Dakar eran de Bermeo y de San Juan de Luz, que los vascos y senegaleses hemos trabajado juntos desde hace mucho, somos compañeros, hombre.

A veinte metros de nuestra mesa, dos mujeres y un hombre de Senegal charlan en la plaza mientras sus críos juegan. Moussa recuerda momentos de soledad en los primeros años, cuando terminaban las campañas en el mar y él era el único senegalés que se quedaba en Ondarroa.

—A veces me iba a la cabina de teléfono y llamaba a senegaleses que vivían en otros sitios de España, ¿sabes por qué? Porque pasaba meses sin hablar mi idioma y me daba miedo olvidarlo.

Atraídos por los empleos de la pesca, poco a poco se fueron instalando en esta costa oriental de Bizkaia. En Ondarroa, pueblo de 8300 habitantes, ahora viven 204 senegaleses. En Markina-Xemein, 193; en Lekeitio, 105; y en Berriatua, 99.

Otro africano se acerca a saludar y Moussa lo invita a sentarse con nosotros. Se llama Daouda Sené, es un tipo risueño de cuarenta años que aparenta bastantes menos.

—Daouda es de mi pueblo —dice Moussa.

—¿Ah, sí?

—Sí, de Bassoul —dice Daouda.

—¿Y cuándo viniste a Ondarroa?

—El 7 de enero de 2007.

No vino a trabajar en la pesca, ni siquiera se había planteado emigrar. Daouda estudió mecánica y diseño industrial en su país, quiso matricularse en una universidad francesa, perdió la ocasión por trabas burocráticas y un día su primo le dijo que estaba preparando un cayuco para pasar gente a las Canarias.

—Yo quería seguir estudiando, me había inscrito en la facultad de Derecho en Dakar, pero veía a toda esa gente que iba a pasar en el cayuco, y pensé: a ver, yo no tengo problemas, no tengo necesidad, pero en Senegal no veo futuro, igual dentro de un tiempo quiero salir y no puedo… —lanza una mano al aire—. Me voy.

—¿Qué tal fue el viaje?

—Nunca lo volvería a hacer, nunca, nunca.

—¿Fue muy peligroso?

—No, fue bastante bien. Miramos la previsión y salimos con buen tiempo, sin viento ni olas. Íbamos sesenta y cinco personas en el cayuco, cuatro o cinco niños. Llegamos a Tenerife en seis días, todo bien. Pero hay una zona entre Mauritania y Marruecos… yo me acuerdo siempre de esa zona. Hay corrientes muy fuertes. Nosotros teníamos buen tiempo, pero aun así el cayuco se movía mucho, daba miedo.

Un barco pesquero canario los vio y llamó a la Cruz Roja para que los rescataran.

—No se lo aconsejo a nadie. Cada uno tiene su motivo, su necesidad, y lo entiendo, pero yo no tenía necesidad para arriesgarme tanto. Ahora lo pienso… —y se queda un rato callado, con la mirada perdida, posiblemente con el cayuco sacudiéndose en las corrientes de su cabeza.

Daouda pasó un mes en un campamento tinerfeño. Lo enviaron a Madrid y se vino a Ondarroa porque aquí vivía otro primo suyo. Como no le homologaban los estudios, se inscribió en la escuela para adultos y sacó el título de educación secundaria.

—La profesora me decía que siguiera estudiando, porque yo valía. Sí, ya lo sé, eso es lo que yo quiero, ir a la universidad, pero sin papeles no podía. Y necesitaba dinero. Empecé a trabajar en el puerto. ¡Es muy injusto, tío! En mi país estudié pero no había futuro, en Francia no me dejaron, aquí quería estudiar pero no tenía papeles. ¿Qué tengo que hacer para que me den una oportunidad? Yo necesitaba dinero, no podía estar tres años sin comer. Porque sabes cómo es la ley, ¿no? Tienes que vivir aquí tres años para que te den permiso de residencia. En esos tres años no puedes estudiar una carrera ni trabajar legalmente. Pero tienes que comer, entonces ¿qué haces? Trabajas ilegal. No hay otra posibilidad. Yo no entiendo esa ley. Bueno, sí la entiendo. Si eres inmigrante sin papeles, te pagan un sueldo muy bajo y no te pagan las cotizaciones. Así algunos ganan mucho. Desde que me dieron el permiso, llevo once años trabajando legal, cotizando, pagando impuestos, el País Vasco me ha ayudado y yo también he ayudado al País Vasco, ¿eh?

—¿De qué trabajas?

—En el almacén, preparando y envasando pescado. Ya ves —sonríe con resignación—, yo quería ir a la universidad. Ahora lo tengo claro, lo hago todo por mis hijas, estoy en Ondarroa y trabajo en el puerto para que estudien y tengan todas las oportunidades.

La mujer de Daouda vino de Senegal en 2015. Tienen dos niñas: Coumba, de siete años, y Sira, de cuatro, que hablan serer, castellano y euskera.

entre ondarroa y lekeitio

, una carretera estrecha serpentea por las laderas litorales, sumergida en un bosque espeso de eucaliptos, el árbol que vino de Australia para completar la vuelta de la globalización con un sutil aroma de venganza. El eucalipto lo extendieron en la década de 1960 por toda la cornisa cantábrica, bien regado de subvenciones, porque crece mucho más rápido que los árboles locales y produce pasta de papel con mayor rentabilidad. El reverso son los profundos daños ambientales: no solo por las talas frecuentes y la consecuente erosión del terreno, sino porque se trata de un árbol que impide el crecimiento de otras especies vegetales, desprende esos aceites tan olorosos que impermeabilizan el suelo y resultan tóxicos para los anfibios, empobrece la biodiversidad y aumenta el

riesgo de incendios devastadores. Entre 1986 y 2019, los eucaliptos pasaron de ocupar cinco mil hectáreas a veinte mil. El biólogo Arturo Elosegi explica que el eucalipto cumplía las tres características con las que la ley define una especie invasora: es ajena al territorio, puede propagarse y perjudica al medio ambiente. Luego cambiaron la ley, dice Elosegi, para que no se consideren invasoras aquellas especies que dan rendimiento económico. Es el espíritu de la ley de extranjería aplicado a los vegetales.

entro a lekeitio

, otro puerto refugiado del noroeste y protegido por el islote de Garraiz, donde quedan restos de una ermita, fortificaciones militares y un lazareto en el que se vieron recluidos cientos de lekeitiarras después de que un barco procedente de Flandes extendiera la bacteria de la peste bubónica por la costa cantábrica en 1596.

Se suele narrar la primera globalización como una serie de descubrimientos épicos y progresos lineales en todos los ámbitos humanos, pero se pareció mucho a un violento golpe de taco en la mesa de billar, con muchas bolas chocando sin control de una banda a otra, con su reparto impredecible de catástrofes y crímenes. La adaptación exitosa de la caña de azúcar, una planta asiática-oceánica que los árabes llevaron al Mediterráneo y los ibéricos a América, trajo una colosal caza de esclavos en África para destinarlos a las plantaciones de Brasil, Cuba y Jamaica. Por el camino, una de esas múltiples carambolas lanzó a algunos wólof, mandingás o congoleños a la plaza de San Sebastián, donde se vieron obligados a azotar, mutilar y ahorcar a los reos. Árboles australianos alfombran ahora la costa vasca y amenazan su biodiversidad. Nuevos virus salieron de estepas y junglas a lomos de viajeros, navegaron de puerto en puerto, circularon entre poblaciones que no tenían inmunidad, de manera que bastaba un cargamento de ropa con pulgas infectadas para causar mortandades espantosas y diezmar países enteros.

En 1596, el barco Rodamundo (no habrá un nombre mejor para hablar de globalizaciones) llegó a Santander con ropas compradas en el puerto de Dunkerque, infestadas de pulgas que portaban la bacteria de la peste. La enfermedad se propagó rapidísimo por los puertos cantábricos, de barco en barco, de pueblo en pueblo, se extendió tierra adentro y mató a medio millón de

habitantes en toda España, alrededor del 15 % de la población.

De los mil y seiscientos y más vecinos de Lekeitio, escribió el doctor Urrea, solo quedaron escasos trescientos. Con esta fatal desdicha cesó la continua peregrinación de los extranjeros. Y si no hubieran logrado los pobres habitadores el patrocinio de Nuestra Señora de la Antigua, nuestra gran matrona, haciéndole rogativas y saliendo con su imagen por las calles despobladas, en que solamente quedaban paredones que voceaban su ruina, parece que no hubiera quedado persona viviente.

Además de las procesiones, tomaron otras medidas sanitarias: recluyeron a los infectados en el islote de Garraiz, donde llegaron a juntarse hasta 180 enfermos. Este peñasco hoy tan coqueto debió de ser un moridero.

ah, la peste

, pesadilla de tiempos remotos. Llego a Lekeitio el 1 de septiembre de 2021, fecha de inicio de las multitudinarias fiestas de San Antolín, y me encuentro con las calles desiertas en plena pandemia de coronavirus. El ayuntamiento suspendió las celebraciones y anunció que no permitiría el acceso a los forasteros para impedir las juergas de estas fechas. En el periódico he visto fotos de policías municipales que paraban a los coches en la entrada al pueblo para comprobar si eran vecinos de Lekeitio. Yo no me he encontrado con ningún control y he recorrido el pueblo en bici, con pinta poco sospechosa de sumarme a orgías, o con pintas totales, porque hay que verme con estos culotes de licra, pero he renunciado al pintxo de tortilla en el bar del puerto donde suelo pararme cuando vengo por aquí y he salido rápido del casco medieval por temor a que me apliquen el enclavamiento, los azotes o la justicia de orejas.

En el escudo de Lekeitio aparecen dos lobos rampantes bajo un tejo, dos moros en las almenas de una torre y una chalupa con cinco remeros y un arponeador a punto de ensartar a una ballena y a su ballenato. Todo lo envuelve una cinta con este lema en latín: «Lekeitio derrotó a reyes, capturó horrendas ballenas, potente por tierra y por mar». (Parece el himno del Madrid, apunta aquí el editor de este libro).

Podían presumir de algo todavía más grandioso pero hasta hace poco no lo sabían: en Lekeitio tienen el punto cero de la historia marítima europea.

Pedaleo un par de kilómetros al norte por el borde de los acantilados para llegar hasta la ermita de Santa Catalina, en el cabo de Antzoriz. Hace quince mil años unos señores y unas señoras se refugiaron en una cueva de estos despeñaderos, en su red de salas y galerías. Reunieron leña para encender hogueras, se abrigaron con pieles, tallaron huesos para fabricar arpones y salieron a pescar. Se enfrentaban a un clima parecido al que sufren ahora las costas siberianas: una temperatura media de tres o cuatro grados, lluvias y nieves abundantes, un océano de aguas muy frías. La cueva queda ahora pocos metros por encima del mar, impregnada por la espuma y el salitre del oleaje, pero entonces, en la época de los mares congelados, el nivel era mucho más bajo y la costa quedaba cinco kilómetros más al norte. Caminaban hasta la orilla, quizá tenían allí alguna cabaña. ¿Y luego? ¿Se aventuraban en el océano?

A lo largo de cinco mil años dejaron en la cueva sus herramientas, collares y pequeñas esculturas, sus propios dientes y un riquísimo vertedero con los restos de los animales que se zampaban: sobre todo ciervos, también renos y focas, pingüinos ahora extinguidos, pardelas, petreles, patos, búhos nivales, moluscos de todo tipo. Dejaron también restos de cincuenta y tres especies de peces: uno de los testimonios más antiguos y más variados de la pesca en Europa. Pescaban salmones y lenguados, pescaban bacalaos, muchísimos bacalaos, bacalaos de un metro y medio de largo y treinta kilos. Les arrancaban las agallas, los troceaban con cuchillos de sílex, los cocinaban a la brasa y probablemente los ahumaban para conservarlos.

El descubrimiento de tanto bacalao fue una sorpresa para José Luis Arribas y Eduardo Berganza, los arqueólogos que dirigieron las excavaciones a partir de 1982. Hasta entonces se consideraba que los humanos del Paleolítico pescaban sobre todo salmones, peces superficiales, fáciles de capturar cuando entran a los ríos para el desove. Los bacalaos viven en aguas profundas, lejos de la costa: hay que salir a buscarlos.

Arribas y Berganza pensaron que algunos bacalaos quizá nadaban por los estuarios y canales poco profundos de la costa, donde eran fáciles de atrapar, pero no descartaban que los humanos prehistóricos de Antzoriz navegaran mar adentro para pescarlos.

el mar no es para nosotros

. Cualquier humano que se adentre un poco más allá de la orilla, hasta el punto donde no haga pie, morirá en cuestión de segundos o minutos, si no vuelve a tierra firme. Alguno podría resistir nadando unas horas. Con la cultura, con la tecnología, es decir, con las embarcaciones, los humanos pueden mantenerse vivos más tiempo, el suficiente para capturar peces o para navegar hasta otra costa, pero siempre en el límite de un peligro mortal.

El primer humano que se metió entre las olas con intención de avanzar, quizá flotando en algún tronco y remando con las manos, estaba cruzando una frontera. ¿Qué le pasó por la cabeza? ¿Qué sintió al ver la tierra desde el mar? ¿Qué lo impulsó a avanzar en un territorio tan hostil?

Pudo ser el hambre, la necesidad, la diversión, la desesperación, la curiosidad, la exploración.

los pobladores del norte

de Iberia navegaban en botes de cuero y troncos ahuecados, escribió el viajero y geógrafo Estrabón hace dos mil años. En su Ora Maritima, el poeta Avieno habló de un «pueblo de gran fuerza» que habitaba en el Finisterre atlántico, un pueblo de «ánimo levantado y eficaz habilidad, dominado por la pasión del comercio (…). Con barcas de pieles cosidas surcan valerosamente el turbio mar y el abismo del océano lleno de monstruos». Los romanos trajeron a estas regiones atlánticas sus técnicas de construcción naval, sus barcos de madera, su navegación de cabotaje, es decir, de cabo en cabo, sin perder de vista la costa.

¿Y el primero al que se le ocurrió remar hasta una ballena para clavarle un arpón?

El historiador Marcel A. Heruber encontró una factura del año 670: desde el ducado de Vasconia enviaban cuarenta moyos, es decir, cuarenta barricas de 250 litros de aceite de ballena, para el alumbrado de la abadía normanda de Jumièges, fundada pocos años antes en un meandro del Sena. Desde el puerto vascón de Baiona hasta Jumièges hay ochocientos kilómetros. El historiador Miguel Laburu interpreta que si la abadía hizo un encargo tan voluminoso a semejante distancia, significa que los vascones del siglo

gestionaban una industria ballenera de tamaño considerable y prestigio reconocido. No se limitaban a aprovechar alguna ballena varada de manera ocasional en sus costas: las cazaban de manera sistemática, tenían factorías para fundir la grasa y capacidad para transportar grandes cantidades de aceite a lugares distantes. A falta de buenos caminos terrestres, lo más probable es que fletaran un barco con esa carga de diez mil litros de saín hasta el Sena.

de repente he visto la luz

. Acabo de entender la palabra vasca para nombrar la grasa de ballena (lumera), cuando he imaginado a los monjes de aquella oscura abadía normanda encendiendo los candiles para conseguir lumière. Los balleneros navegaron desde las costas vascas hasta las americanas en busca de luz, literal.

en el año 1059

, los balleneros del vizcondado de Lapurdi, territorio feudal asociado al reino de Pamplona, debían entregar la primera ballena de la temporada al vizconde y vender su carne —la de las ballenas, no la del vizconde— en el mercado de Baiona. La costa medieval de Lapurdi, Gipuzkoa y Bizkaia era una sucesión de puertos pesqueros y balleneros. Cuando los reyes primero navarros y luego castellanos fundaron villas, simplemente estaban reforzando con leyes y murallas esos pueblos de pescadores, comerciantes, carpinteros, rederas, arponeros y descuartizadores de monstruos marinos. En dos sellos del concejo de Hondarribia y Bermeo, ambos de 1297, se ve una chalupa con remeros que arponean un cetáceo: son las representaciones más antiguas de la caza de la ballena. En los escudos de Biarritz, Getaria, Zarautz, Mutriku, Lekeitio, Bermeo y Lemoiz también figuran ballenas.

Los vascos vivían a orillas de un mar que en invierno aparecía repleto de ballenas. Llegaban en octubre desde los océanos boreales, se acercaban a las templadas costas cantábricas para aparearse y criaban ballenatos hasta febrero. Gracias a la influencia tecnológica de los romanos y los normandos-vikingos, los vascos habían desarrollado barcos para adentrarse cada vez más en el océano y chalupas tan ágiles como para perseguir, rodear y cazar a aquellos enormes mamíferos que se presentaban ante sus narices con tanta carne y sobre todo tanto

aceite. Pertenecían a la especie Eubalaena glacialis, conocida como ballena franca, porque nadaba tranquila, se movía lenta por la superficie y se acercaba a la costa: fácil de cazar. Su gran proporción de grasa añadía otra ventaja: flotaba después de muerta, lo que facilitaba su acarreo. También la llamaban Balaena biscayensis o ballena de los vascos, con el nombre de sus verdugos.

Cántabros, asturianos y gallegos también cazaban ballenas desde la Edad Media. Los vascos desarrollaron una industria poderosa y dominaron durante siglos un comercio muy lucrativo: distribuían el aceite por Castilla, Navarra, Inglaterra, Francia, Italia y Flandes; también las barbas para elaborar corsés, fustas, armazones y varillas de paraguas; los huesos para hacer gelatina; la piel para cueros; el intestino para pergaminos y ropas impermeables de mar; la sangre para el pigmento azul de Prusia; los excrementos para el tinte bermellón.

Las seguían en su migración hacia Galicia, donde las cazaban hasta mayo, y luego hacia Groenlandia y Terranova, hasta septiembre. Navegaban de una punta a otra del Atlántico avistando costas inexploradas, siempre tras la estela de las ballenas, imitando su ciclo anual, repitiendo el círculo obsesivo del depredador tras la presa.

en terranova desplegaron

una caza industrial durante el siglo

xvi

. En los sesenta años más intensos mataron veinte mil ballenas. Para entonces ya cazaban muy pocas en el golfo de Bizkaia, pero lo hacían en el momento clave de su reproducción: mataban madres, mataban crías. En el

xvii

se sumaron las flotas británicas, holandesas y alemanas, que a menudo contrataban a vascos para que les enseñaran el oficio, y así aumentaron todavía más las capturas. Entre la presión humana y un calentamiento del mar en esa misma época, hacia 1670 consideraron agotada la caza comercial de ballenas en el Atlántico oriental. Justo mil años después de aquella primera venta de saín a la abadía normanda.

a partir de lekeitio

el ciclista vuelve a entender con sus piernas que en este país debía de resultar más fácil moverse por el océano que por la tierra. Me toca subir ciento treinta metros de desnivel hasta Ispaster, un pueblo cuyo nombre significa «orilla del mar» aunque el mar no se vea, porque queda a un kilómetro del borde de un acantilado. No es raro que los pequeños pueblos de la costa se replegaran tierra adentro, ocultos entre colinas, para no atraer la atención de invasores y piratas. Establecían su puertecito y sus cabañas de pescadores en la orilla de alguna ría, de algún pequeño estuario como el de Ea, al que bajo ahora, pero las casas y la iglesia las construían en el interior. Este es un territorio interpretado desde el mar, observado, entendido y amenazado desde el mar.

Desde la minúscula y encajonada ría de Ea, subo otros doscientos metros de desnivel hasta Natxitua y al empezar el siguiente descenso los muslos protestan: no, por favor, otra bajada no, vamos a quedarnos por aquí arriba, porque ya han aprendido que todo lo que bajan luego lo van a tener que subir. Los muslos quieren conservar la altitud. Paso por Ibarrangelu, otro pueblo entre colinas, cuyos pescadores fundaron un barrio colgado en el precipicio: amarraban los barcos en la base del cabo de Ogoño, un murallón calcáreo que los protegía de las tempestades, y fueron anclando sus casas en la pared vertiginosa que cae al mar. Así nació el pueblo vertical de Elantxobe. Reforzaron el puerto con un muelle, capaz de albergar una flota que alimentaba a ocho fábricas de conservas y escabeches, y convirtieron su aldea funambulista en un enclave industrial de mil doscientos habitantes. Con el declive de la pesca y la emigración a las ciudades, Elantxobe se fue vaciando hasta los 350 habitantes actuales, pero mantiene su urbanismo inverosímil, su cascada de casas que parecen a punto de desprenderse del acantilado. Los autobuses llegan a la parte alta del pueblo por una calle tan estrecha que no les deja espacio ni para girar, así que los elantxobetarras decidieron que girara la propia calle. El conductor sitúa el bus sobre una plataforma redonda, activa un dispositivo, la plataforma gira como un disco con el bus encima y lo deja enfilado hacia la salida. Si los habitantes de esta costa le dieron la vuelta al mundo, a ver si no le van a dar la vuelta a un autobús.

tampoco iban a amedrentarse

si tenían que meter un rebaño de ovejas en su barco para llevarlas a pastar a un islote.

El islote es Izaro, la isla más grande de la costa vasca, que tampoco es decir mucho. O la isla más grande de la costa vasca si no contamos Terranova, que igual es decir demasiado. Apenas mide 675 metros de largo por 150 de ancho y queda al este del cabo de Ogoño, en la boca de la ría de Urdaibai.

Urdaibai es un paisaje que se transforma cuatro veces al día, un juego de flujos y reflujos, de playas y marismas que aparecen y desaparecen al ritmo de las mareas, un pasillo de mar intermitente entre islotes, acantilados y montes forrados de encinas. Cuando el océano se retira, quedan al descubierto los limos verdosos, paraíso repleto de gusanitos para las aves acuáticas que invernan entre juncos y carrizos. Llego a la playa de Laida y veo en la orilla de enfrente el pueblo de Mundaka. Debería pedalear once kilómetros al sur hasta Gernika, cruzar un puente y pedalear once kilómetros al norte hasta Mundaka. Pero dado que aquí navegaban hasta los rebaños de ovejas, no siento ningún remordimiento, incluso siento un gran placer, por subirme a una de las motoras que durante el verano transporta pasajeros desde Laida hasta Mundaka. La marea aún está un poco baja, de modo que la motora nos regala un pequeño rodeo hacia el sur para evitar los fondos arenosos y vuelve hacia el norte, enfilando la isla de Izaro.

Desembarcamos en Mundaka y sigo pedaleando cuatro kilómetros hasta Bermeo. Son los dos pueblos equidistantes de Izaro, supuestamente enfrentados a causa de unas pintorescas disputas territoriales por la isla. Allí solo han vivido gaviotas, paíños, garcetas y cormoranes, pastores con ovejas, eremitas franciscanos, quizá algunos leprosos y el fantasma de un pirata.

La primera mención de Izaro aparece en un documento del 27 de febrero de 1422. Ese día el concejo de Bermeo donó la isla a la orden franciscana para que construyera allí un convento. Los frailes pescaban, recolectaban huevos de gaviota, preparaban hierbas en ensalada y comían bizcocho (pan horneado dos veces, bis cotto, para deshidratarlo y conservarlo: el pan seco y duro que los pobres marineros remojaban y masticaban durante sus travesías). Si se quedaban sin víveres o pasaban algún apuro, los frailes izaban una bandera blanca para que la vieran desde Bermeo. O encendían una fogata, si era de noche o se echaba la

niebla. Dinero no les faltaba, porque recibían donativos de familias nobles, armadores y marinos, a cambio de su estimada función social: rezaban mucho, que era la principal medida de salvamento marítimo de la época. Enclavados allí, en ese peñasco en la boca del océano, intercedían ante santos y vírgenes para que calmaran las tormentas, salvaran a los náufragos y protegieran a los marinos de las flotas infieles. Si aun así la cosa terminaba mal, rezaban para encaminar al cielo las almas de ahogados y degollados.

Se ve que era un santuario relevante: el rey castellano Enrique IV, durante su viaje de 1457 a Bizkaia para jurar los fueros, navegó hasta la isla para asistir a una misa de los franciscanos. También lo hizo Fernando el Católico en 1476. Isabel la Católica también visitó la isla en 1483 y ordenó que construyeran una escalinata de 255 peldaños, cuyos restos aún pueden verse, hasta la iglesia conventual. Juan de Austria, capitán de la Liga Santa, envió dos mil ducados de oro a los frailes, un dineral, como agradecimiento por la victoria contra la flota turca en Lepanto. Las plegarias de Izaro formaban parte de una industria naval que sostenía el Imperio, y como tal se financiaban, con los donativos de reyes, capitanes y almirantes, como las doscientas misas anuales que pagaba Isabel de Valois, esposa de Felipe II, reina consorte de España.

El 1 de septiembre de 1596 aparecieron en el horizonte, tachán, tatachán, las oscuras naves del oscurísimo Francis Drake. Ese demonio inglés había dado la segunda vuelta al mundo saqueando los puertos españoles de América, había mandado a pique a la Armada Invencible, había atacado Cádiz, Vigo y La Coruña, había saqueado galeones cargados de oro y plata, había secuestrado y vendido doscientos negros, había masacrado a cientos de hombres, mujeres y niños irlandeses, y como recompensa a tanto mérito había sido nombrado caballero por la reina Isabel I de Inglaterra. En Izaro no había nada mucho más valioso que los huevos de gaviota y las túnicas de los monjes, pero los hombres del pérfido Drake arrasaron el convento y destrozaron imágenes sagradas. El padre prior se escondió en una covacha con el Santísimo Sacramento y lo libró de profanaciones, pero los asaltantes obligaron a los monjes a bailar desnudos en la playa.

—Falla un pequeño detalle —dice Aingeru Astui, marino mercante y director durante muchos años del Museo del Pescador en Bermeo—. Drake había muerto en Panamá nueve meses antes del ataque a Izaro.

La tradición popular prefiere a los supervillanos. Pero los documentos, siempre

tan aguafiestas, relatan que aquel ataque a la isla de Izaro lo protagonizó una flota de corsarios hugonotes, es decir, protestantes franceses de La Rochelle, que tampoco se quedaban atrás asaltando barcos y puertos católicos. En aquella época los mares eran una fiesta.

—Los hugonotes intentaron asaltar Bermeo pero los vecinos cerraron las puertas de las murallas y mandaron mensajeros a pedir ayuda a los pueblos de alrededor —explica Astui—. Llegaron cuatrocientos hombres y entre todos expulsaron a los corsarios.

En la huida los hugonotes se desahogaron destruyendo el convento de Izaro. La leyenda aporta esos detalles tremebundos del asalto a la isla, el prior escondido, los monjes bailando en bolas, y, por supuesto, no deja impunes a los malvados. Cuentan que uno de los barcos encalló en las rocas y todos los tripulantes se ahogaron, excepto el grumete, que fue quien relató los hechos.

—Castigo de Dios —sonríe Astui.

Otras leyendas hablan de un fraile que algunas noches remaba hasta la costa para visitar a una novia que tenía en Bermeo, Mundaka o Elantxobe, según las versiones. Ella le indicaba el punto de encuentro con un farol. Hasta que el padre de la chica se enteró y puso la luz en una zona rocosa para que el fraile encallara y se ahogara. Castigo humano, esta vez.

El 22 de julio, día de la Magdalena, el alcalde de Bermeo navega hasta las aguas cercanas a la isla, toma una teja, la lanza al mar y proclama:

—Horraino heltzen dira Bermeoko itoginak!

¡Hasta allí llegan las goteras de Bermeo! Explotan los cohetes y las músicas en los barcos que han acompañado a las autoridades a reafirmar la posesión del islote. Un poco antes han colocado la bandera de Bermeo y la ikurriña en la cumbre de Izaro.

Cuentan que Bermeo y Mundaka se jugaron la posesión de la isla de Izaro en una regata de traineras. Que ganó Bermeo y desde entonces celebra este rito de posesión. Que la regata la organizó el señor de Bizkaia, harto de las disputas entre los dos pueblos. Que se celebró en 1719, el año en que los franciscanos abandonaron la isla para instalarse en tierra firme en Forua. En Mundaka cuentan que sus rivales hicieron trampa: habían acordado que cada trainera

zarparía de su puerto al cantar el gallo, pero los de Bermeo encendieron hogueras para que su gallo cantara antes y así consiguieron ventaja para ganar. O que algunos de Bermeo habían aparecido por Mundaka la víspera, para invitar a beber a todo el mundo y emborracharlos. O que a los de Bermeo se les cayó un remero al agua en plena regata, pero como eran tan codiciosos, dejaron que se ahogara con tal de llegar primeros a la isla. O que ganaron los de Mundaka, pero cedieron la isla a los de Bermeo como gesto de hermandad por la muerte del remero.

—Lo de la famosa regata no es una leyenda, es un puro despropósito —dice Astui—. Nadie ha encontrado ninguna referencia en ningún documento. Se la inventó alguna cuadrilla de pescadores entre vino y vino, y se divulgó. Todos los años llega la fiesta de la Magdalena y las teles dicen que celebramos la victoria en una regata por la posesión de Izaro.

Nunca hubo disputas ni dudas sobre la propiedad de Izaro, dice Astui. En aquella primera mención documentada, la de 1422, es Bermeo la que cede su isla a los franciscanos. El alcalde no lanza la teja al agua para festejar la conquista de la isla en una regata, sino como acto de afirmación de los límites del municipio, igual que hacían otros muchos pueblos en sus terrenos: una vez al año recorrían los límites y confirmaban que los mojones fronterizos seguían en su sitio. En la tradición vasca, la teja es símbolo de jurisdicción, metáfora de la casa: hasta donde llega el alero, llega la protección espiritual del hogar. A los recién nacidos que morían sin bautizar y no tenían derecho a sepultura cristiana en el cementerio, por ejemplo, solían enterrarlos bajo el alero del caserío. Y los enterraban cubiertos con una teja. En algunos pueblos hincan tejas en los límites o incluso las lanzan a los arroyos fronterizos. En Bermeo la arrojan al mar pero no solo en Izaro: también navegan el 29 de agosto hasta el islote de San Juan de Gaztelugatxe, en el límite occidental del municipio, y lanzan la teja.

Esta idea de ponerle tejados al mar revela el carácter anfibio de estas gentes, la continuidad entre las casas y los barcos, la tierra y el mar.

un anciano con boina

extiende el brazo y señala hacia el mar desde un mirador de Bermeo. Una anciana sentada se toca la cara con gesto de espanto. Una niña se lleva la mano

al corazón y se pone de puntillas para intentar ver algo. Una madre joven sostiene a un bebé contra su pecho mientras mira con angustia. Son esculturas de bronce de tamaño natural. El conjunto se llama Badatoz! (¡ya vienen!). Y quien sabe lo que ocurrió el 12 de agosto de 1912 percibe la fuerza de una ausencia: falta el padre marinero.

A cien metros del mirador, ya en el borde del mar, otra escultura representa a un hombre de pie medio desnudo, con los ojos hundidos y la boca abierta en una mueca de asfixia, la espalda apoyada en un bloque de hormigón que parece empujarlo hacia adelante. Se titula Azken olatua, azken arnasa: última ola, último aliento. Detrás de él, sobre el bloque de hormigón, un niño aterrorizado mira a un perro que aúlla al cielo.

El conjunto de esculturas Badatoz! mira al mar desde la entrada de la casa torre Ertzilla, hoy sede del Museo del Pescador, único palacio-fortaleza superviviente de los treinta que dominaban el pueblo a finales de la Edad Media. Bermeo fue el principal puerto vasco de exportación de lanas castellanas, durante siglos ostentó el título de Cabeza de Bizkaia, su representante ocupaba el primer asiento de las Juntas Generales y las familias armadoras demostraron su poderío levantando casas torre.

Reyes, aristócratas, obispos, militares y otros jefazos monopolizaron durante siglos las estatuas públicas, las representaciones oficiales de lo admirable, lo respetable, lo memorable, pero en las últimas décadas se ha extendido la costumbre de homenajear, como hacen estas esculturas de Enrike Zubia en Bermeo, a los marinos, los remeros, las vendedoras de pescado con la cesta a la cabeza. No habría Bermeo sin la gente trabajadora, sin sus logros, sin sus dramas.

Tampoco entenderíamos Bermeo sin las esculturas que sus habitantes decidían cambiar en función de sus intereses. Si había que destituir a una santa, se la destituía. Los pescadores de Bermeo veneraban una imagen de santa Clara en una hornacina del mirador de Baztarre, en la boca del puerto, a la que pedían protección y buenas capturas. El 12 de agosto de 1912, justo el día de Santa Clara, las mujeres bailaban en la verbena mientras los hombres navegaban mar adentro pescando bonito. Tras una mañana calurosa de viento sur, de repente entró un frente por el noroeste que bajó la temperatura doce o quince grados en pocos minutos, impulsó vientos de cien kilómetros por hora, oscureció el cielo hasta que pareció de noche y levantó una mar gruesa, muy gruesa, arbolada,

montañosa, olas de seis, ocho, diez metros, con crestas que caían como cascadas: una galerna voraz. Y probablemente algo peor, porque las galernas son más o menos breves, pero este temporal se prolongó toda la noche. Debió de ser una ciclogénesis explosiva.

Durante la mañana del 13 de agosto algunas lanchas boniteras entraron al puerto de Bermeo con noticias espantosas. Hablaron del oleaje, de muchos barcos hundidos, de los gritos de los náufragos en la oscuridad. El alcalde telegrafió al presidente de la Diputación de Bizkaia para que organizara un rescate, pero la tempestad impidió la salida de los vapores y las familias se agolparon en los muelles, oteando el horizonte, asistiendo con angustia a la aparición de alguna lancha de vez en cuando. ¿Qué barco era aquel, quiénes venían? Cuando anocheció, en las casas de Bermeo faltaban 160 pescadores. El 14 de agosto llegaron telegramas de otros puertos, sobre todo de Cantabria, con los nombres de un puñado de supervivientes que habían conseguido refugiarse allí. El 15 de agosto el vapor Mamelena Doce rescató al náufrago Juan Daniel Escurza, patrón lekeitiarra, que había conseguido ensamblar con otros tres pescadores un conjunto de tablas y velas a las que se agarró durante sesenta horas a la deriva, mientras sus compañeros iban muriendo helados o ahogados. La tercera noche la había pasado solo. También encontraron una lancha de Lekeitio, destrozada pero aún a flote, con cinco cadáveres a bordo.

La galerna dejó 143 muertos, de los que 116 eran de Bermeo.

Barrió a los hombres jóvenes del pueblo. Enviudaron sesenta y dos mujeres, de las cuales doce estaban embarazadas. Quedaron 225 niños huérfanos. De las ochenta bodas programadas para los siguientes meses, cuarenta se cancelaron por la muerte del novio en la mar.

Y era una historia repetida: el 20 de abril de 1878, una fecha que muchos bermeotarras de 1912 habían vivido, otra galerna azotó el Cantábrico y mató a 322 pescadores cántabros y vascos, incluidos ochenta y cinco de Bermeo. Las lanchas boniteras eran unas chalupas largas, de trece a quince metros de eslora, que navegaban a remo y vela. Tras la catástrofe de 1878 empezaron a añadirles cubiertas, para mayor protección, pero seguían siendo muy frágiles ante un temporal. A partir de 1912, los pescadores reclamaron que se abandonaran las velas y se instalaran motores, que se organizaran flotillas de salvamento, que se construyeran muelles de refugio, que se instaurara el seguro obligatorio, que se creara una red de observadores meteorológicos con un sistema rápido de avisos.

El padre Orkolaga, fundador del primer observatorio de la costa vasca en el monte Igeldo, ya había evitado varias desgracias alertando de la aparición de temporales, incluso había detectado la llegada inminente de la galerna de 1912, pero sus avisos llegaron a las cofradías de pescadores cuando las lanchas ya faenaban en alta mar.

Los pescadores de Bermeo consiguieron mejoras técnicas, científicas, arquitectónicas —como los enormes rompeolas para proteger el puerto— y probaron también con las espirituales. De la hornacina de Baztarre retiraron la imagen de santa Clara, en cuyo día se desató la galerna, y colocaron la de santa María Magdalena.

el puerto de bermeo

alberga una flota de bajura que pesca verdeles, anchoas y bonitos en la costa vasca, y una flota atunera congeladora que faena en el Atlántico, el Índico y el Pacífico, desde los caladeros de Senegal, Mauritania y Costa de Marfil, hasta los de las Seychelles y las islas Cook.

Esa tradición de navegar los siete mares es muy temprana: siete marinos de Bermeo participaron en la primera vuelta al mundo y vivieron siete destinos con los que se podría explicar la expedición entera.

Juan de Akurio apareció en Sevilla ya en marzo de 1519, cinco meses antes de la partida, encargándose de los preparativos. Debía de ser un navegante experimentado, porque a los veinticinco años embarcó como contramaestre de la nao Concepción, es decir, como encargado de dirigir a los marineros en las maniobras y cuidar el mantenimiento del barco. Fue el hombre de confianza del maestre Juan Sebastián Elkano. Incluso se concedieron poderes legales para representarse el uno al otro, si morían, en la defensa de los intereses de sus familias. Dieron juntos la vuelta al mundo, fueron recibidos por el rey en Valladolid y declararon sobre los acuerdos que habían establecido con los sultanes de las Molucas. Muchos años después, Akurio reclamó ante la Corona que las viudas de varios marineros muertos en la expedición vivían «en mucha pobreza» sin cobrar los sueldos pendientes de sus difuntos maridos. Él había cobrado 65 000 maravedíes por su sueldo de tres años y 165 000 por su parte proporcional en los beneficios, incluidos los veinticinco kilos de clavo que le

correspondían.

Akurio contrató a los otros seis bermeotarras.

El carpintero Pedro de Santua regresó a Sevilla en la nao San Antonio, que desertó de la expedición mientras buscaban la salida del estrecho de Magallanes.

El grumete Pedro de Magertegi, alias Perutxo de Bermeo, murió durante la travesía espantosa del Pacífico.

Antonio de Basozabal era calafate, responsable de impermeabilizar las naos, y llegó a las islas Molucas en la nao Trinidad, la única que quedaba junto a la nao Victoria que capitaneaba Elkano. Cuando las dos naos zarparon de las Molucas cargadas de clavo hasta los topes, descubrieron que la Trinidad tenía una vía de agua muy grave. La Victoria siguió su ruta desesperada hacia el oeste. La Trinidad, tras varios meses de reparación, zarpó con cincuenta toneladas de clavo hacia el este, tratando de cruzar el Pacífico de vuelta hasta Panamá. Fue otra navegación desastrosa: dieron vueltas sin encontrar los vientos adecuados, el escorbuto mató a treinta de los cincuenta marineros, así que los supervivientes regresaron a las Molucas… y cayeron en manos de los portugueses, que andaban por allí intentando atrapar las naves castellanas. Se les escapó la Victoria de Elkano, pero el capitán portugués Brito escribió a su rey: «Será tamaño milagro que lleguen del Maluco a Castilla, porque su nao era muy vieja y los mantenimientos eran ruines». A los supervivientes de la Trinidad los encarcelaron y los tuvieron años cumpliendo trabajos forzados. Solo cuatro regresaron a Europa. A Basozabal se lo quedaron los portugueses, porque sus conocimientos de construcción naval les venían muy bien, y nunca más se supo de él.

El marinero Juan de Agirre también viajaba a bordo de la Trinidad y fue uno de los que murió por escorbuto en el intento de regresar por el Pacífico.

Y Pedro de Txindarza, grumete de quince años, encargado de servir la comida, barrer, limpiar y girar los relojes de arena cada media hora, fue el otro bermeotarra que completó la primera vuelta al mundo. Viajaba con Elkano y Akurio a bordo de la nao Victoria, pero fue uno de los trece hombres que desembarcaron en una chalupa en las islas portuguesas de Cabo Verde en un intento desesperado de avituallarse: mintieron, dijeron que volvían de América, al principio compraron provisiones sin problemas, pero los portugueses

descubrieron que las naves traían clavo, que por tanto venían de las Molucas, así que los apresaron. La nao Victoria se escapó por los pelos, con los últimos dieciocho hombres dándole a la bomba de achique día y noche, porque el barco hacía agua por todas partes. Elkano pidió al rey Carlos I que intercediera ante el rey de Portugal por aquellos trece prisioneros de Cabo Verde. Los soltaron y así llegó Pedro de Txindarza a Sevilla, tres meses más tarde, todavía adolescente.

subo al cabo de matxitxako

, proa de la costa vasca, y llego al mirador donde el artista bermeotarra Nestor Basterretxea instaló unas grandes planchas de acero corten, que evocan siluetas de barcos hundiéndose en diagonal. Es el monumento a la batalla de Matxitxako del 5 de marzo de 1937. El crucero pesado Canarias, ariete de la marina franquista, atacó en estas aguas al barco mercante Galdames, que venía de Baiona a Bilbao con 173 pasajeros y víveres, escoltado por la mitad de la modesta marina de guerra del Gobierno Vasco: tres buques bacaladeros a los que habían añadido cañones. Respondieron a los disparos del Canarias y le causaron algunos daños, pero el crucero disponía de una artillería muy superior, mató a treinta y cinco personas, incluidas una mujer y tres niños que viajaban en el mercante, hundió uno de los bacaladeros vascos, dejó fuera de combate los otros dos y apresó el mercante con todos sus pasajeros. Muchos de ellos fueron encarcelados y algunos fusilados por su filiación política.

En este mirador también plantaron un monolito con placas en recuerdo de las víctimas de la galerna de 1912, de los submarinistas muertos bajo el agua y en conmemoración de otro empeño de protección espiritual ante el océano: en 1963 fijaron una escultura de bronce de la Virgen de Begoña en el fondo del mar, junto a la isla de San Juan de Gaztelugatxe. Del mismo modo en que los habitantes de la costa construyen espigones más contundentes para proteger los muelles, de vez en cuando refuerzan también la batería de santos y vírgenes.

la ermita de san juan de gaztelugatxe parece un capricho

, una arquitectura dramática para impresionar a los visitantes en un escenario diseñado para el turismo de selfis. El edificio corona un islote abrupto, perforado por los túneles de la erosión, azotado por el oleaje. Los visitantes se agolpan en

los miradores de la costa, sobre todo en verano, sobre todo después de que la serie Juego de tronos rodara aquí varias escenas, y miles de ellos pasan en procesión diaria por el puente estrecho que une el continente con la isla. Suben por una escalera de 241 peldaños serpenteando hasta la cumbre, con vistas sobre los otros peñones negros que emergen del océano entre espumas y salitres, como muelas de una mandíbula a punto de cerrarse. Hacen cola para sacarse fotos tirando de la cuerda en la ermita, porque les han dicho que los campanazos ahuyentan a los malos espíritus, y el pobre san Juan Bautista, que lleva siglos atendiendo las plegarias de los pescadores de Bermeo y Bakio, ahora no da abasto con tanto campanazo y se esconde con migrañas en una de las cuevas de los acantilados.

La perspectiva más impresionante de Gaztelugatxe me la encuentro diecisiete kilómetros más adelante, en la cala de Basordas, en un paraje donde nunca hay nadie. Rodeo la central nuclear abandonada de Lemoiz, con sus monstruosos edificios de hormigón ennegrecidos por la humedad, sus tuberías oxidadas y sus dos inmensos cilindros coronados por las cúpulas de los reactores que nunca funcionaron.

Es el monumento más tétrico, involuntario y revelador del último medio siglo. En la década de 1970, una enorme movilización popular y pacífica rechazó los proyectos del Gobierno franquista de construir centrales nucleares en la costa vasca. Frenaron las de Ispaster y Deba, también la de Tudela, y entonces ETA copó la causa asesinando ingenieros y obreros de Lemoiz, ahogando de paso cualquier alternativa de resistencia civil. Construyeron la central, solo faltaba traer el combustible, pero los asesinatos, los sabotajes, la presión social y las dudas de las nuevas autoridades paralizaron su puesta en marcha. En 1984 el Gobierno socialista decretó una moratoria nuclear y el edificio de Lemoiz quedó como un mausoleo de hormigón abandonado en la costa vasca.

Me paro en el lado oeste de la central para sacarle unas fotos. Y justo entre las dos cúpulas queda encuadrado, al fondo, el islote de San Juan de Gaztelugatxe coronado por la ermita. La escena se me aparece como una superposición de dos láminas transparentes, una de la costa vasca en el siglo

x

con su arquitectura católica y otra de la costa vasca en el siglo

con su arquitectura atómica.

Xabier Armendariz, el navegante experto en creencias marítimas, me ha contado que él encontraba langostas gracias a la enfilación de las cúpulas nucleares.

—En el año 2000 fundé una escuela de buceo. Salíamos del puerto de Armintza y navegábamos varias millas hasta colocarnos justo encima de una montaña submarina. Allí el fondo del mar tiene una profundidad de setenta metros, es demasiado profundo para los peces, un desierto. Pero de repente sale un peñasco casi hasta la superficie y alrededor se forma un oasis. Lo llamé Punta Zuri. Llevaba allí a los buceadores porque es un paraíso, ves montones de langostas, congrios, de todo. Un problema: en aquella época el GPS no era nada preciso, te daba las posiciones con muchos metros de error. ¿Cómo encuentras un punto exacto en mitad del mar? Pues como se ha hecho toda la vida: triangulando referencias de la costa. Te vas a reír, pero este era mi truco: cuando yo veía desde el mar las dos cúpulas de los reactores de Lemoiz alineadas con un monte que les queda detrás, sabía que justo debajo tenía Punta Zuri.

Armendariz explica que los patrones de pesca siempre han determinado su posición en el mar trazando enfilaciones con las ermitas, los pueblos, los montes. Navegaban hasta el punto exacto en el que veían alineados el campanario de tal iglesia con la punta de tal montaña y sabían que allí estaba el caladero de merluza.

—Los patrones viejos tenían un satélite en la cabeza. Mirando a la costa, sabían dónde estaban los caladeros o los bajos peligrosos. En cuanto casquen los últimos, toda esa información se perderá. Yo he hablado con muchos que ya están jubilados y me han contado mil cosas, pero esas enfilaciones no me las dan ni de coña, son conocimientos secretísimos, cruciales. Eso solo se le pasa al hijo, como una herencia.

Por eso la ermita de San Juan de Gaztelugatxe no es una arquitectura caprichosa: fue una arquitectura de vida o muerte, para que los marineros se situaran en el mar, localizaran sus caladeros, encontraran el puerto en medio de la tempestad. No la construyeron para ser mirada desde la tierra, sino para ser mirada desde el mar.

—Antaño no había casi faros, ese papel lo cumplían las ermitas —me dice

Armendariz—. Las ermitas eran faros geográficos y espirituales. Los marinos creían a pies juntillas que los rezos a los santos de esas ermitas podían salvarles la vida. Julio Caro Baroja recoge historias maravillosas en Los vascos y el mar: cuenta que si encontraban un cadáver flotando no lo recogían, porque el mar lo había reclamado y los marinos no debían quitárselo. Yo le pregunté a un patrón viejo por qué rezaban a san Telmo, a santa Clara, a san Nicolás, a santa Catalina de Alejandría, y nunca rezaban a san Pedro, que es su patrón, y me contestó que san Pedro era un colega, uno que se dedicaba a pescar. Pero que los santos milagrosos, los que tenían fama de interceder ante el Señor para conseguir salvaciones eran esos otros. Los marinos tenían unas creencias muy interesantes, un sincretismo entre el cristianismo y la mitología pagana, y todo eso lo hemos olvidado. En el País Vasco hemos preservado una mitología rural riquísima, todas esas leyendas y ritos que recopiló José Miguel de Barandiaran y reflejan una visión del mundo muy interesante en los caseríos, en los montes, pero hemos dejado perder la mitología marítima y esto me fastidia muchísimo. La tienen en Galicia, Asturias, Cantabria, y aquí claro que la tendrían también. Lo que pasa es que aquí se hizo un gran trabajo de investigación etnográfica en el interior, para buscar las esencias del país se fijaron en el mundo rural, en el caserío, y al mar no le hicieron mucho caso. Quizá porque el mar es un espacio mucho más difuso, más mezclado, es difícil encontrar ahí esencias, identidades puras. De la mitología del mar nos queda muy poca cosa. Hemos perdido los dioses marinos vascos.

CAPÍTULO 4. DE LEMOIZ A BILBAO

En el que surca los mares el penúltimo dios de los vascos, una sardinera corta más cabezas que Pinochet, un cráter se traga un pueblo y mujeres morrocotudas levantan una ciudad.

hablando de dioses marinos vascos

: yo una vez me subí a la gabarra con Iribar.

Sí, a la famosa gabarra en la que los jugadores del Athletic celebraron sus títulos de 1983 y 1984 navegando por la ría; sí, con el famoso José Ángel Iribar que defendió la portería rojiblanca desde 1962 hasta 1980, divinidad que se hizo carne y habita entre los vecinos de Bilbao.

Por si alguien cree que exagero, contaré un episodio del 15 de octubre de 2013. La gabarra, una embarcación plana para transportar cargas por aguas poco profundas, en este caso hierro y futbolistas victoriosos por la ría de Bilbao, llevaba ya unos cuantos años amarrada en el muelle de Santurtzi por falta de uso. La Autoridad Portuaria decidió donarla al Museo Marítimo, para que allí la restauraran y la incorporaran a su colección de barcos históricos, y para trasladarla organizaron una navegación ceremoniosa desde Santurtzi a Bilbao: a bordo, además del piloto, solo iba José Ángel Iribar. El portero surcó la ría en el trono de su plataforma legendaria, con los fieles que lo aclamaban desde las orillas como los egipcios a la diosa Isis Pelagia.

Hace unos años entrevisté a Iribar para la televisión. El director preparó la escena con toda solemnidad: llegué caminando al dique seco del Museo Marítimo y allí me encontré de frente con Iribar en lo alto de la gabarra. Parecía la Victoria de Samotracia alzada sobre la proa de su trirreme griego, sobre todo porque a la Victoria la encontraron con alas pero sin cabeza y le encajaría de maravilla ese rostro huesudo y tallado de Iribar como un mascarón de proa. El

viejo portero miraba al horizonte, las cejas espesas le protegían los ojos y le permitían seguir la trayectoria de un balón imaginario que le venía directo del sol. Se asomó a la barandilla y me invitó a subir ondeando graciosamente la mano, esa mano que luego le estreché, esa mano como una pala excavadora con dedos de flautista. Antes de pisar la gabarra le avisé de que soy de la Real Sociedad. Como Iribar es probablemente uno de los cinco señores más elegantes y amables del universo, me dijo que lo importante en esta vida es respetarse unos a otros y que adelante.

Cuando el Athletic ganó la Liga de 1983, con Iribar como entrenador de porteros, los directivos improvisaron una celebración. Les debía de resonar en la cabeza una cancioncilla popular: «Por el río Nervión bajaba una gabarra / con once jugadores del club atxuritarra…». Y decidieron imitarla. Así que pidieron prestada una gabarra, embarcaron a los futbolistas en el muelle de Las Arenas en Getxo y remontaron diez kilómetros de ría hasta el corazón de Bilbao, entre fábricas que sonaban las sirenas y una marea de seguidores que los vitoreaban desde las orillas con banderas rojiblancas.

Aquella canción de los futbolistas que bajaban en gabarra se refería al primer equipo bilbaíno que celebró una procesión náutica triunfal: el Acero Club Olabeaga, formado por trabajadores del astillero Euskalduna, que en 1924 viajaron en tren hasta Sevilla para jugar la final del campeonato de España de segunda división. Ganaron a Osasuna por dos goles a uno. Al volver, se encontraron en la estación de Abando con una muchedumbre que los llevó en volandas, acompañados por bandas de música, hasta el ayuntamiento. Tras los discursos y el intercambio de obsequios, montaron a los jugadores en una gabarra y los llevaron ría abajo hasta Olabeaga. Era un barrio de muelles y astilleros, tan vinculado a la pesca del bacalao que también lo llamaban Noruega.

El fútbol, la metalurgia y las gabarras son tres iconos de Bilbao, tres historias ligadas al mar que ocultan episodios oscuros tierra adentro. Muy cerca de la ría tenemos cráteres en las montañas, cráteres en los libros de historia.

por eso me desvío

. Desde Lemoiz, he bordeado la bahía de Plentzia y los acantilados de Barrika y Sopela. Al otro lado de la Punta Galea se me ha aparecido el Abra, la inmensa

desembocadura de la ría de Bilbao, protegida por espigones de dos kilómetros y muelles en los que se refugian buques llegados de quinientos puertos. Mueven treinta millones de toneladas anuales de productos de siderurgia, carbón, gas, aceites, petróleo, gasoil, chatarras, soja, alimentos. Desde los acantilados de la Galea, el Abra parece el parque de los juguetes desparramados de algún niño colosal: buques de doscientos metros de eslora, cordilleras de contenedores apilados como cubos azules, amarillos, verdes y rojos, grúas gigantescas como arañas mutantes, depósitos de gas, almacenes, trajín de camiones y furgonetas con luces parpadeantes, cinco aerogeneradores con sus aspas girando a toda velocidad.

Este paisaje es una consecuencia de las decisiones tomadas allá por 1300. Diego López de Haro, señor de Bizkaia, escogió una aldea de pescadores de la orilla derecha de la ría, en tierras de Begoña, le dio título de villa y le concedió el derecho de traficar con mercancías sin pagar impuestos: así nació Bilbao. La ruta comercial más importante venía desde Castilla por el paso montañoso de Orduña y terminaba en el puerto de Bermeo, pero María Díaz de Haro, siguiente señora de Bizkaia, desvió el itinerario: en 1310 obligó a que todo el tráfico pasara por la villa de Bilbao, cuyo puerto se convirtió así en el principal exportador de lana castellana y hierro vizcaíno a Europa. De aquellas cocas a estos superpetroleros.

La tradición portuaria fue clave para que a finales del siglo

xix

, cuando se descubrieron yacimientos extraordinarios de hierro en las montañas de la Margen Izquierda, Bilbao se lanzara a una revolución industrial que la transformó de arriba abajo.

Pedaleo por Neguri, capital de la burguesía vizcaína, sede de todos los apellidos ilustres del señorío, escaparate de palacios y villas esplendorosas, barrio fundado por los ricos que se alejaron del centro industrial, estruendoso y tiznado de Bilbao y levantaron sus mansiones en estas lomas abiertas al mar de Getxo, sus campos de golf, sus puertos de yates, sus clubes marítimos. Toda esta arquitectura de la Margen Derecha la pagó el hierro de la Margen Izquierda. Una roca dinamitada en Gallarta se transformaba en otro espejo con marco de oro para Neguri, a través del negocio minero, siderúrgico, naval, astillero y bancario.

Hay todo un viaje desde las barracas de los mineros hasta las mansiones de los

ejecutivos, con un foso de agua en medio.

Para hacer ese viaje al revés, cruzo de la Margen Derecha a la Margen Izquierda por el puente Bizkaia. Es un ingenioso puente transbordador de 1893, una estructura metálica suspendida sesenta metros sobre la ría para transportar pasajeros y mercancías de una orilla a otra sin cortar el paso de las buques. Me subo en Getxo a la plataforma, colgada de cables de acero, y tras unos segundos de vuelo sobre la ría, desembarco en Portugalete. Este puente colgante es el arco triunfal del Bilbao siderúrgico, un monumento de la revolución industrial, patrimonio de la humanidad, pero lo mejor es que se trata de un monumento vivo, elegante y eficaz: me ha evitado un rodeo de veinte kilómetros.

Cerca del puente, en el puerto de Santurtzi, Isabel Castillo pasa las mañanas enteras de pie, a sus ochenta y dos años, con el delantal y los guantes de goma, descabezando y destripando anchoas en su puesto callejero.

—Yo quito más cabezas que Pinochet —me dice. Es una señora pequeña de aspecto fuerte, ojos grandes, pómulos altos y boca veloz para lanzar réplicas o carcajadas. Se nota que es nieta de su abuela.

Isabel es la última sardinera. De la estirpe de aquellas que desde Santurtzi a Bilbao iban por toda la orilla, con la saya remangá, luciendo la pantorrilla. Ella misma se pone a cantar:

—Mis sardinitas, qué ricas son, son de Santurce, las vendo… ¡yo! —se señala el pecho con el índice y se parte de risa.

Una caseta con un toldo, un pequeño mostrador con las cubetas de sardinas, anchoas, chicharros y jibiones entre hielo picado: es el último puesto al aire libre, un monumento marinero con más tradición que la gran estatua de la Virgen del Carmen que se alza en el espigón vecino. Esa Virgen apenas se veneraba en estas orillas cantábricas hasta que un ministro la instauró como patrona de la Armada española en 1906 y promovió su adoración, y la estirpe sardinera de Isabel se remonta como mínimo a su abuela Sotera, la celebérrima Sotera de los cantares, nacida en 1868. Las sardineras, sin duda, tienen menos estatuas pero llevan más tiempo en el puerto.

—Pues sí, hermoso, yo soy nieta de la Sotera, qué te parece. No la conocí, ¿eh? Se murió al poco de nacer yo.

—¿Por qué era tan famosa?

—Mira, no sabía escribir ni leer, pero sacaba versos a todo, cantaba versos cuando había regatas o fiestas, o les sacaba versos a los personajes del pueblo, cantaba coplas, mil historias. Si había fiestas en Cabieces, les decía a los chiquillos del puerto: «¡A Cabieces!», y se los llevaba a todos, como el flautista. Era una persona muy querida. Ya sabes cómo se llama la trainera de Santurtzi, ¿no?

—¡Ah, claro, la Sotera!

—Pues es por ella. ¿No lo sabías?

—No.

—¡La trainera Sotera, que quita el hipo a Euskadi entera!

Isabel lleva aquí medio siglo.

—La Sotera vendía sardinas. Mi padre iba a pescar en la lancha, mi madre vendía el pescado en Barakaldo. Aquí mismo tenían el puesto mi tía y otras mujeres, cuatro o cinco socias. Yo vine un día para ayudar a escamar y aquí sigo escamando.

—¿Es un trabajo duro?

—Si no te gusta, es muy duro. A mí siempre me ha gustado. Es mi vida. No te imaginas el ambiente que había aquí antes, todo lleno de puestos, las lanchas entraban a tope y se vendía muchísimo pescado, no parábamos, hasta las diez o las once de la noche vendiendo pescado. Ahora ya… ahora los jóvenes comen menos pescado. Y ya solo quedo yo.

—¿No tiene ganas de jubilarse?

—¿Yo? Ni hablar. Qué hago yo metida en casa, aquí es donde mejor estoy. Me da el aire. Me gusta que vengan los clientes —justo en ese momento pasa una vecina—.¡Rosa! ¿Luego vas a coger anchoas? Te guardo, están cojonudas —Isabel me mira y se ríe—. Me dicen que no sea malhablada. Hay que joderse, si no he dicho nada malo, coño. A la gente también le gusta que yo siga aquí. Yo esto lo vivo mucho.

—¿Y le da pena ser la última?

—Pues sí. Mucha pena. Después de mí quién va a vender sardinas en el puesto: pues nadie. Quién va a pasarse el día aquí de pie limpiando pescado: nadie. Me gustaría seguir muchos años, me gustaría durar para siempre, pero oye, seguiré hasta que pueda.

subo a los montes de hierro

. Desde Santurtzi, pasando por Cabieces como los niños detrás de la Sotera, alcanzo el pueblo de Gallarta a unos 150 metros de altitud.

En el paraje de Campo Diego me asomo a un cráter gigantesco, ancho y profundo como la desmemoria. Su boca irregular mide unos 700 metros por 400 y el fondo está 175 metros más abajo de la barandilla a la que me asomo con vértigo: veo las paredes talladas en una sucesión de escalones que se van estrechando hacia abajo, como el negativo de un zigurat, como las gradas del templo descomunal de algún dios extinguido. Es la mina Concha, o al menos la parte visible de la mina Concha: el tajo a cielo abierto. En 1958 empezaron a comerse la montaña, excavaron hasta la cota cero, hasta el nivel del mar, y siguieron excavando al aire libre hasta alcanzar los veinticinco metros negativos: ese pequeño lago azul cobalto que veo allá en el fondo, alimentado por las filtraciones que ya nadie achica, está en el punto más bajo del territorio vasco. A partir de ahí siguieron excavando, pero ya bajo tierra, cada vez más y más y más profundo, persiguiendo el filón de hierro hacia las entrañas del mundo, abriendo una red de galerías que baja hasta los 205 metros bajo el nivel del mar, un laberinto que aquí y allá se ensancha en sesenta cámaras tan grandes como para albergar una manzana de ocho pisos en cada una de ellas.

El silencio espeso de este cráter de la mina Concha lo perciben, sobre todo, quienes se pasaron la vida trabajando ahí abajo. Porque durante treinta años esto fue un ombligo del infierno, del que salían explosiones, polvaredas, rugidos de motores, estruendos de máquinas, gritos y juramentos.

—Aquí estaba mi pueblo —dice Carmelo Uriarte, de ochenta y nueve años, mirada seria, boca plegada hacia abajo, corpachón de minero jubilado, camisa de cuadros, boina ladeada a la izquierda, sangre saturada de hierro.

—¿Pero aquí dónde, Carmelo?

—Pues justo encima. Donde ahora ves este agujero antes estaba Gallarta, el pueblo viejo de Gallarta. Descubrieron que debajo había un filón de hierro y empezaron a derribar casas. ¡Y no era una aldea, eh! Tenía siete mil habitantes, el frontón más grande del País Vasco con dieciséis números, iglesia, ayuntamiento, varios colegios. Construyeron el Gallarta nuevo un par de kilómetros más allá, ¿lo ves? Pero algunos seguimos en el pueblo viejo unos cuantos años. Vivíamos al borde de la mina y aquello era terrible, todo el día con las explosiones y las polvaredas.

La mina empezó a producir en 1961. Durante los años setenta llegaron a extraer 2.2 millones de toneladas anuales de mineral, la segunda mayor cantidad en todo el continente.

—Este fue el mejor criadero de hierro de Europa. En otros sitios sacaban mineral con una ley del 46 o el 48 %. Aquí tenía como mínimo un 58 % de hierro.

Agotaron rápido las mejores vetas, en 1984 terminaron la explotación a cielo abierto y en 1993 clausuraron las últimas galerías subterráneas. Vaciaron la montaña en un parpadeo geológico.

—Cuando cerraron me dio pena —dice Uriarte—. La mina era muy jodida, pero era nuestra vida. Y de repente se quedó todo abandonado. Parecía que todo lo que habíamos hecho ya no le importaba a nadie. Entonces me metí a las galerías a recoger materiales abandonados, por puro sentimentalismo. Primero tornillos y tenazas. Luego pedí ayuda a otros colegas jubilados y sacamos barrenas, taladros, vagonetas, maquinaria, de todo, una barbaridad. En 1986 nos dejaron el edificio del antiguo matadero para guardar el material, allí empezó el museo y mira ahora.

Señala el Museo de la Minería del País Vasco, un edificio moderno de color óxido y grandes ventanales, construido en el mismo borde del cráter.

—Es tremendo el agujero, ¿eh? —me dice.

Cuentan los informes que quinientos hombres trabajando hora tras hora vaciaron el monte en tres décadas.

—¿Solo hombres, Carmelo?

—Y mujeres. Yo de niño iba a llevarle la comida a mi madre, allí estaban las mujeres lavando el mineral, todas de pie, junto a una cinta por la que iban pasando las rocas. Las lavaban con chorros de agua para quitarles el barro y separar los pedruscos que no valían. Era un trabajo terrible. Doce horas de pie, de lunes a sábado, comiendo un bocado rápido, con el frío, el viento, los chorros de agua, el barro… Menudo trabajo. Y les pagaban cuatro perras.

Haizea Uribelarrea, la joven directora del museo, escucha en silencio las explicaciones de Uriarte. Y las completa:

—Cuando hablamos de minería, pensamos en hombres. Pero siempre hubo mujeres en la mina. Se dedicaban a dos tareas: lavar el mineral y fabricar cartuchos de dinamita. Les pagaban muy poco. Cuando un hombre quedaba mutilado en algún accidente, lo mandaban a esos trabajos, a lavar mineral y a fabricar cartuchos, pero a ellos les pagaban más que a las mujeres por hacer exactamente lo mismo.

Quedaron pocos testimonios de mineras. En el museo muestran un puñado de fotos de mujeres en el tajo, conservan antiguos libros de jornales en los que los obreros aparecían clasificados como capataz, peón o pinche y en los que se incluía una cuarta categoría laboral: «Mujer». Cobraban la mitad que los peones y muchas ni siquiera figuraban, porque les pagaban en negro, sin contratos, sin seguros, sin jubilación. Hay pocos testimonios porque el trabajo de las mineras estaba mal visto. Quedan unas pocas octogenarias en Gallarta, Ortuella o La Arboleda que no tienen ganas de recordarlo, porque era un empleo de mujeres marginadas, viudas pobres, madres solteras, que además sufrían el estigma de ser poco femeninas, brutas, nada recomendables. Eran, según las crónicas de la época, «mujeres morrocotudas».

—Las mineras solo fueron una parte de las mujeres que sostuvieron la minería. Otras muchas se encargaron de trabajos sin los que habría sido imposible desarrollar la minería y la industrialización de Bilbao —dice Uribelarrea.

A la historiadora Pilar Pérez-Fuentes no le cuadraban las cuentas. Los mineros de Bizkaia se deslomaban diez o doce horas diarias picando rocas y cargándolas a mano, con lluvia y frío, sol y calor, viento y polvo tóxico. Vivían hacinados en barracas. Si enfermaban, si sufrían un accidente, si envejecían, quedaban desamparados. Dependían de las limosnas. Sobre sus hombros se levantó la riqueza del hierro, de los altos hornos, las navieras, los bancos, la burguesía de

Neguri, pero con la miseria de sueldo que cobraban los mineros, las familias se habrían muerto de hambre.

El empleo oculto de las mujeres era imprescindible para sostener el sistema, explica Pérez-Fuentes, autora del libro Vivir y morir en las minas. En él calcula que los trabajos femeninos cubrían hasta el 50 % de las necesidades familiares. Mientras los hombres picaban piedra, las mujeres cuidaban a los hijos, atendían a los enfermos y heridos, preparaban las comidas y las llevaban al tajo, cosían las ropas, alojaban en sus casas a hombres inmigrantes que llegaban desde Castilla, Galicia, Andalucía o Extremadura para trabajar en las minas, les cobraban una pequeña renta y también se encargaban de sus comidas y ropas. Las mujeres proporcionaban servicios básicos para el trabajo minero que no costaban ni un céntimo a los patrones.

La Concha fue la mayor y la última mina a cielo abierto de Bizkaia. Aquí liquidaron un oficio que se practicaba en estas tierras desde la prehistoria. El historiador romano Plinio el Viejo habló de «una gran montaña de hierro» en la costa cantábrica; las ferrerías medievales transformaban el metal en anclas, aperos de labranza, clavos y armas que se exportaban a media Europa; y la metalurgia vizcaína ganó tanta fama que durante un tiempo en inglés se usó la palabra bilbo como sinónimo de algunos hierros, por ejemplo en esta cita de Shakespeare en Hamlet: «I lay worse than the mutines in the bilboes», «me sentía peor que los amotinados con sus grilletes». A finales del siglo

xix

, en plena revolución industrial, docenas de empresas británicas y otras muchas locales se instalaron en la Margen Izquierda para extraer un hierro excelente, cerca de un gran puerto y con mano de obra barata. Emplearon a doce mil obreros y llegaron a producir 6.5 millones de toneladas anuales de hierro (la décima parte de toda la producción mundial). Fue una época frenética, un hervidero humano que desfiguró el paisaje: destruyeron montañas, desviaron ríos, abrieron balsas gigantescas, instalaron hornos de calcinación, tendieron tranvías aéreos para bajar el hierro en baldes hasta el puerto, construyeron planos inclinados para las vagonetas, trazaron la red ferroviaria más densa de Europa. Al calor del hierro se levantaron las industrias siderúrgicas, los astilleros, las compañías navales y ferroviarias, los grandes bancos, las fabulosas riquezas de la burguesía. Era el tiempo de «los hornos de Barakaldo, que alumbran todo Bilbao».

y el tiempo del alirón

: el grito de una época efervescente.

Si el mineral de hierro extraído era muy puro, los mineros cobraban paga extra. Se pasaban la noticia con un canto triunfal: «¡Alirón, alirón!». Los ingleses que vinieron a dirigir minas y fábricas también desembarcaron con sus balones de cuero y se dedicaron a patearlos en las campas de Lamiako, donde en 1894 organizaron el primer partido de aquel nuevo deporte y golearon a una cuadrilla de once nativos por cinco a cero. Los nativos aprendieron rápido, fundaron sus football clubs y sus athletic clubs, y la leyenda cuenta que adoptaron también el grito de las minas: «Alirón, alirón, Athletic campeón». Esa extraña palabra era la que escribían los ingenieros ingleses con una tiza cuando el mineral era puro, la que cantaban los mineros con entusiasmo: All iron. ¡Todo hierro!

nadie habría amasado semejantes fortunas

sin la explotación despiadada de los trabajadores. En épocas tan tempranas como 1827 los mineros ya habían construido chabolas en la zona alta de la montaña, cerca de los yacimientos, para no tener que subir a diario desde los pueblos de la ría. Con la gran fiebre del hierro brotaron las aldeas champiñón, racimos de barracones en pleno monte, y en 1877 se fundó el poblado de La Arboleda, así llamado porque se situaba junto al único resto de bosque que resistía a la deforestación. En las barracas se hacinaban grupos de mineros con el sistema de camas calientes (tres o cuatro personas se turnaban por horas una misma cama, apenas un tablón) y había chabolas ocupadas por varias familias que cocinaban en el interior. Los mineros cobraban un sueldo escaso y recibían otra parte en bonos para gastar en las cantinas y los economatos de las empresas, que aplicaban precios abusivos. Las jornadas laborales eran terribles —diez horas y media en invierno, trece en verano—, las neumonías se propagaban devastadoras, los accidentes dejaban un reguero constante de heridos y muertos. Los historiadores Escudero y Barciela, de la Universidad de Alicante, calcularon que en 1877, justo antes de que despegara la minería, la esperanza de vida en la Margen Izquierda era de 36.5 años. Cayó en picado hasta los 19.9 años en 1890 y luego fue subiendo hasta superar otra vez los 30 a principios del siglo

xx

.

No es casual que la esperanza de vida remontara a partir de 1890: los mineros vizcaínos organizaron ese año la primera huelga general. La lucha obrera arraigó con fuerza en estos montes triturados de la Margen Izquierda, los socialistas fundaron su primera Casa del Pueblo en 1888 precisamente en el barrio de barracas de La Arboleda, y allí se formó Dolores Ibarruri, nacida en Gallarta, hija de minero, esposa de minero, cabecilla huelguista, dirigente comunista, que usó por primera vez su legendario seudónimo «Pasionaria» en un artículo titulado «El minero vizcaíno».

El general Loma, encargado de reprimir la huelga general de 1890, conoció de primera mano las condiciones de vida de los barrios mineros («en estas barracas no deberían vivir ni los cerdos») y terminó mediando en la negociación. Los patrones redujeron la jornada a una media de diez horas y permitieron que los obreros compraran y vivieran donde quisieran. En los siguientes cuatro años los mineros convocaron otras veintitrés huelgas y consiguieron, poco a poco, mejoras en sueldos, horarios, medios de trabajo y seguros.

Las sirenas llamando a la huelga y la «Pasionaria» declamando discursos en la plaza aún resonaban en los recuerdos de Antonio Yunquera, otro minero jubilado de Gallarta, hombre menudo, inquieto, que andaba de aquí para allá con la boina y el mono azul de trabajo, recuperando herramientas y máquinas abandonadas, para completar el museo con su colega Uriarte. Yunquera murió en 2018, a los noventa y seis años.

Una vez le pregunté por sus primeros recuerdos.

—Me acuerdo de mi padre llegando agotado, empapado, con los choclos cubiertos de barro.

—¿Los choclos?

—Sí, las botas. Si tocaba picar mineral, daba igual que cayera un chaparrón, había que picar y cargar. Yo vi eso desde crío. En la escuela, a los que teníamos el padre en la mina, nos dejaban salir una hora antes para llevarles la comida. Con trece o catorce años queríamos empezar a trabajar y ganar algún dinerillo. Es que en las casas había muchos hijos y mucha necesidad. Y por ahí vinieron

las huelgas: por la necesidad. Subían el pan cinco céntimos y se montaba una tremenda, pero siempre daban la cara los que más necesidad tenían. Había esquiroles, y buenas palizas se llevaban. Era muy duro, porque en las huelgas aparecía la Guardia Civil, agarraba a unos cuantos y al cuartelillo. Nadie sabía lo que pasaba allí dentro. Luego lo sabíamos todos. Te lo puedes imaginar. La represión era muy dura, pero tanta lucha mereció la pena, porque así conseguimos todo lo que tienen ahora nuestros hijos y nietos: jornadas de ocho horas, buenos sueldos, vacaciones… ¡Y la jubilación! Porque entonces a los viejos solo les quedaba pedir. Si no podías trabajar, no cobrabas. Tengo aquí metida una imagen muy dura: esos pobres viejos, después de trabajar toda la vida en la mina, todos medio lisiados, que bajaban como una procesión de cojos por la carretera para ir a pedir limosna a Portugalete…

desde el socavón

de la mina Concha y el Museo de la Minería, la carretera recorre durante seis kilómetros un paisaje de montañas devoradas, tremendas escombreras, cráteres artificiales, bocaminas y ruinas de industrias, hasta el barrio de La Arboleda. Es un poblado minero que conserva diminutas casas de madera como las de hace cien años, con su cocina y habitación única, también pequeños bloques de viviendas obreras, la Casa del Pueblo de 1888, la iglesia consagrada a María Magdalena, la mujer pecadora, de mala fama, que alcanzó la santidad: no parece una elección casual para un pueblo de mineras. Si el viejo Gallarta desapareció, el barrio de La Arboleda ha resistido de puntillas entre socavones a cielo abierto, ahora inundados y convertidos en lagos con zonas recreativas, entre verdes valles y colinas rojas.

Subiendo el repecho hacia Larreineta, veo unos murales con escenas mineras en las que hombres de boina y torso desnudo pican piedra y mujeres con faldas amplias bajan de la montaña con cestas cargadas de rocas en la cabeza. «Desdichadas mujeres, desventuradas obreras, que con sus cantos indecorosos y su dicharachería libre, vestidas con inmundos harapos, degradadas hasta lo sumo, sin pudor, sin vergüenza, mujeres inmoralmente hombrunas, de aspecto grotesco, que ríen y charlan y gesticulan y blasfeman, acometen la rudísima tarea que ha matado en ellas la flor del bello sexo». Es un párrafo publicado en 1897 por La lucha de clases, semanario socialista bilbaíno, que andaba menos preocupado por las condiciones laborales de las cargueras que por su pérdida del

ideal femenino.

El párrafo lo menciona Olga Macías Muñoz, investigadora del papel de las mujeres en el desarrollo industrial de Bilbao. Bajo a su encuentro por una carretera que es pura delicia ciclista: desde el balcón de Larreineta a cuatrocientos metros de altitud, trazo siete curvas de herradura con vistas panorámicas sobre El Abra y la aglomeración urbana de la Margen Izquierda, hasta desembocar en el pueblo de Trapagaran. En el descenso me cruzo con el funicular de Larreineta, que salva este mismo desnivel en poco más de un kilómetro en línea recta. Lo inauguraron en 1926 para bajar vagones de mineral desde las montañas hasta los muelles, lo adaptaron para el transporte de personas y sigue activo. Macías se doctoró con una tesis sobre la espesa red de ferrocarriles, funiculares y tranvías aéreos que se fue tejiendo en esta zona minera, y por el camino fue encontrando historias de las mujeres que sirvieron como tracción animal: las cargueras y las sirgueras.

—Las cargueras llevaban grandes cestas en la cabeza y transportaban de todo: mineral de hierro, carbón, arena, bacalao, cualquier mercancía que hubiera que descargar de los barcos a los almacenes. Trabajaban de seis de la mañana a seis de la tarde, a la intemperie, acarreando cuarenta o cincuenta kilos en cada viaje. Era un trabajo durísimo. Y cobraban mucho menos que los hombres que hacían labores físicas similares. Las mujeres, por definición, siempre cobraban menos.

Macías me lo cuenta en el muelle de las Sirgueras, así rebautizado hace unos pocos años, en el barrio de Olabeaga. Las sirgueras caminaban por la orilla tirando de las sirgas, sogas gruesas enrolladas entre el hombro y la cintura, para arrastrar ría arriba las gabarras cargadas con toneladas de mercancías, hasta los muelles donde los barcos no podían entrar por falta de calado.

—¿Pero ese arrastre no lo hacían con parejas de bueyes?

—Sí, hasta que vieron que las mujeres les salían más baratas. A los bueyes había que alimentarlos y alojarlos en establos. Los empresarios gastaban menos pagando unos céntimos a las sirgueras por cada viaje.

Buena parte de los materiales con los que se nutrió Bilbao durante su gran expansión industrial entraron porteados y arrastrados por aquellas mujeres. Sus penurias no conmovieron a ninguna autoridad, hasta que notaron que daban mala imagen. Macías menciona la carta que publicó un inglés en un periódico

bilbaíno, en la que describía el «hormiguero de mujeres» que descargaba carbón de un barco en pleno centro de la ciudad, ancianas zarrapastrosas, embarazadas con mil fatigas, madres que dejaban a sus bebés envueltos en trapos, uno al lado del otro, en las rampas del muelle, mientras ellas subían y bajaban con sus pelos enmarañados, sus caras sucias y sus faldas mugrientas. Comían un mendrugo sentadas en la calle, dormían en algún tugurio de los barrios altos, se liaban con los capataces para conseguir ventajas. Muchas eran viudas, madres solteras, mujeres que aceptaban salarios de miseria porque no tenían otra posibilidad de supervivencia y que por eso mismo se dedicaban en muchos casos a la prostitución.

—Teníamos fama de putas —me dice Manuela Moreno, que nació medio siglo después de que desapareciesen las últimas sirgueras pero siguió cargando con ese estigma, como todas las trabajadoras de la fábrica de galletas Artiach, como muchas trabajadoras en muchas partes. Su antigua fábrica se alza en la Ribera de Deusto, justo enfrente del muelle de las Sirgueras. Es un edificio con fachadas de ladrillo visto y cristaleras, rematado por una torre ciega también de ladrillo, que quedó abandonado tras las inundaciones de 1983 y ahora acoge el espacio Open, un laboratorio de cultura contemporánea, tecnología y diseño, en el que bullen todo tipo de preocupaciones sociales. A Moreno le encanta ver a las jóvenes organizando talleres, exposiciones y mercados en su antiguo lugar de trabajo.

—Yo estaba en el departamento de obleas. En las máquinas, haciendo obleas muy grandes.

Moreno es una mujer de cara redonda y risueña, pelo corto entrecano, ojos muy abiertos, que recorre los espacios de la vieja fábrica reconociendo la sala en la que preparaban las cajas de surtidos de galletas, las oficinas de los administradores, el gran despacho del director en el que un día irrumpieron para plantarle en la mesa el rancho asqueroso que les servían en el comedor y otro día para buscar el expediente de despido de una obrera y romperlo. Recuerda el portón por el que entró la Policía Armada, metralletas en ristre, durante aquella huelga de finales de 1974, cuando ella apenas llevaba unos meses en la fábrica, y recuerda el pasillo por el que salieron todas corriendo cuando los policías contaron hasta tres antes de cargar.

—No cargaron porque salimos pitando. Pero seguimos montando jaleos, un montón de paros, manifestaciones, asambleas… Pedíamos subidas de sueldos, mejores condiciones, porque nos trataban muy mal. Como éramos casi todas

mujeres, los jefes creían que podían tratarnos como les daba la gana. Al final echaron a diecisiete mujeres y dos hombres.

—¿Por qué erais casi todas mujeres?

—Pues por eso, porque les convenía, porque nos pagaban menos que a los hombres.

—¿Y lo de la fama de putas?

—Porque a la fábrica de Artiach, en una época anterior, vinieron a trabajar mujeres que se dedicaban a la prostitución. Para la empresa era mano de obra barata y para aquellas mujeres era un avance porque conseguían un trabajo mejor, aseguraban un ingreso, incluso tenían una guardería en la propia fábrica y podían dejar a sus críos. De ahí nos vino la fama.

—¿Qué dijeron en tu familia cuando viniste a trabajar en Artiach?

—¡Buenooo! Yo era muy joven. Me decían: «A trabajar sí, vale, pero a Artiach ni se te ocurra, que allí ya sabes, que allí las putas…». A mí me daba igual. Yo trabajé aquí con la cabeza bien alta.

un kilómetro ría arriba

, al pie del estadio de San Mamés, el Museo Marítimo de Bilbao exhibe en su dique seco la gabarra de las celebraciones del Athletic en 1983 y 1984. Allí confluyeron las minas, los barcos y el fútbol como símbolos compartidos de una comunidad que cantaba el alirón.

Pero la identidad es elástica, la memoria se cuestiona, los símbolos se reinterpretan.

En 2016 se encendió una polémica: el Athletic femenino ganó la Liga, aficionados y personalidades pidieron que las futbolistas también celebraran una navegación triunfal pero el club decidió no sacar la gabarra para ellas. Precisamente la gabarra, la embarcación de la que tiraban las mujeres como animales, se había convertido en podio flotante para homenajear a los campeones, pero solo a los hombres campeones.

Las mujeres del Athletic ya habían ganado cuatro Ligas a principios del siglo

xxi

, pero entonces ni siquiera se planteó sacar la gabarra. Aún recibían poca atención. Pero la quinta, la de 2016, la consiguieron ya en pleno despegue del fútbol femenino. Las jugadoras salieron con el trofeo al balcón del Ayuntamiento y se lo ofrecieron a unas veinte mil personas que las aclamaban y que corearon la frase gabarra nahi dugu! («queremos la gabarra»).

—Fue el momento más intenso de mi carrera —me dice la portera Ainhoa Tirapu en la explanada del estadio de San Mamés—. Llevábamos nueve años sin ganar nada, muchas temporadas terminando segundas, y eso es lo más frustrante para una deportista. De pronto conseguimos el título y nos hicieron un recibimiento tremendo. Bilbao estuvo con nosotras.

Tirapu fue una de las jugadoras más carismáticas de aquel Athletic campeón: quince temporadas, 358 partidos, una participación en la Eurocopa y otra en un Mundial, dos títulos de Liga y una voz firme en la lucha por profesionalizar el fútbol femenino. La mitad de las jugadoras de Primera División no recibía ningún salario y un tercio de las que cobraban no llegaba a los quinientos euros mensuales, según datos de la Asociación de Futbolistas Españoles. Tirapu fue la portavoz de las futbolistas que negociaron con la patronal durante diecisiete meses peliagudos, huelga incluida, hasta que firmaron el primer convenio de la historia: un sueldo mínimo de 16 000 euros anuales (el mínimo de los hombres era entonces de 150 000), regulación de las jornadas de trabajo, vacaciones, bajas por enfermedad y embarazo… Mientras luchaban por condiciones mínimas, los estadios vivieron aforos máximos: 48 000 espectadores llenaron San Mamés para ver un Athletic-Atlético de Madrid, 36 000 se reunieron en Anoeta para un Real Sociedad-Athletic, 60 000 en el Wanda para un Atlético de Madrid-Barcelona…

Las jugadoras firmaron el convenio en febrero de 2020 y Tirapu se retiró en abril a los treinta y seis años. «Es momento de dejar paso a las jóvenes», dijo.

Durante sus primeros años en la portería, Tirapu se licenció en Química y presentó un trabajo de fin de máster sobre la contaminación en el entorno de las minas abandonadas. Desde las minas llegó el fútbol a Bilbao. En el camino que va del primer dinamitazo a la última celebración de un gol, en ese siglo y medio

de fatigas, abusos, huelgas y victorias, siempre hubo mujeres peleando en la oscuridad. Y Tirapu conoce bien los orígenes subterráneos de su propia historia.

—Tampoco hace falta irse a Gallarta, en pleno centro de Bilbao tienes una mina.

—¿En el centro?

—Sí, en Bilbi, en Bilbao La Vieja, cerca de mi casa. Ya te digo dónde es.

es difícil que alguien se fije

en una puerta metálica gris del muelle Marzana, entre el puente de San Antón y el de la Ribera. Está junto al restaurante Mina y parece el acceso a un almacén, pero se trata de la entrada a uno de los parajes más extraños de Bilbao: la mina abandonada de San Luis.

Hace unos años quisieron abrirla al público, pero no ofrece la seguridad suficiente y solo se permiten entradas excepcionales. Haizea Uribelarrea, la directora del Museo Minero, viene con la llave y el mejor guía posible: Emiliano Valdizán, de ochenta y siete años, el último trabajador de esta mina, el que cerró la puerta y apagó la luz en 1995.

—¿Hasta 1995 había una mina en marcha en pleno centro de Bilbao?

—Bueno, hasta 1987. Los últimos ocho años quedó inactiva, yo seguí en la última cuadrilla de trabajadores hasta el 95, haciendo vigilancia y mantenimiento.

—¿Y antes qué hacía?

—Yo era soldador, siempre trabajé en el mantenimiento. Me vine desde Cantabria con veinticuatro años, empecé en las minas de Gallarta y a partir de los veintiocho ya trabajé siempre aquí, en la San Luis, en el centro de Bilbao, hasta que me jubilé.

Emiliano es un hombre bajo, de rostro curtido en el subsuelo, en el que brillan dos ojos claros como dos lucernarias. Camina lento en la penumbra, apoyado en un bastón, pero se nota que son sus dominios. Nos advierte de los tramos

embarrados y de los hierros que sobresalen de las paredes, señala las tuberías oxidadas y las estalactitas blancas, explica las bifurcaciones.

—Por aquí podemos seguir cien metros. Esa otra galería es más larga, lo que pasa es que ahora está cortada por derrumbes, pero sigue por el subsuelo del barrio de Miribilla y por el de San Francisco. Trabajábamos debajo de las calles, sí, sí, debajo de las casas estaba la mina a pleno rendimiento. Los mineros sacaban el rubio, lo cargaban a pulso en las vagonetas y las bajaban por estos túneles hasta la ría, hasta el cargadero en Marzana.

Llamaban rubio a la limonita: un óxido del hierro. Lo embarcaban ría abajo hasta las fundiciones.

Valdizán menciona una explosión que mató a un compañero pero no tiene muchas ganas de entrar en esos detalles.

—Emiliano, ¿cuál era el trabajo más duro?

—El de las mujeres que seleccionaban las piedras en el lavadero. Se ponían seis o siete en fila, en una cinta por la que pasaba el mineral, y allí estaban todo el día de pie, quitando el barro con el agua, con toda esa humedad, el frío, en invierno, fíjate tú… Las mujeres estaban discriminadas igual que están ahora, ¿no entiendes?, con un jornal más bajo que los hombres, por eso las escogían para ese trabajo. Siempre han ganado menos las mujeres.

Hasta hace apenas veinte años la colina de Miribilla era una inmensa explotación de hierro, devorada por los desmontes, erizada de chimeneas, perforada por galerías. En poco tiempo urbanizaron la zona con tres mil viviendas, grandes parques, paseos amplios, hasta convertirla en un barrio moderno, agradable y bien equipado.

—Cada vez menos gente conoce la historia que tenemos justo debajo de los pies —dice Haizea Uribelarrea—. Pero este Bilbao posmoderno no sería lo que es ahora si no fuera por las minas, la industria, los miles de inmigrantes que vinieron a ganarse la vida, incluidas todas esas mujeres que trabajaron en condiciones tan duras. También ellas levantaron la ciudad.

CAPÍTULO 5. DE BILBAO A VITORIA

En el que por fin rompen la peña de Orduña, un salinero se angustia porque piensa que es el último en un oficio de siete mil años pero resulta que no, y un cocinero explica que la vanidad y el placer son el mejor combustible para dar la vuelta al mundo.

desde bilbao

, el ferrocarril sube suave hacia el sur por el valle del Nervión. Para ahorrarme la salida en bici de la gran ciudad y las carreteras con mucho tráfico, paso en tren Basauri, Arrigorriaga, Llodio, Amurrio y al cabo de unos cuarenta kilómetros me bajo en Orduña, donde la vía hace algo curioso: traza un círculo casi completo alrededor del pueblo y vuelve hacia el norte, como si se hubiera topado con algo espantoso y huyera por donde ha venido. Retrocede cinco kilómetros y empieza a girar semicírculos al este, al sur, al este, al sur, al este, para ganar altura por las laderas y buscar un resquicio definitivo hacia el sur. El espanto con el que se topa el tren en Orduña es la sierra de Sálvada, una muralla caliza de apariencia infranqueable.

así, a simple vista, no cuadra

. Estoy en el fondo ciego de este valle, apenas pasan coches por la carretera que sube endiablada hacia la montaña y, sin embargo, en la plaza de Orduña levantaron la aduana más importante para el comercio entre Castilla y Bizkaia. Es un colosal edificio neoclásico, ahora hotel, construido en 1792 con un porche de trece arcos, patio circundado de caballerizas, primer piso de oficinas y segundo de almacenes. Aquí depositaban mercancías y pagaban impuestos los carros que bajaban cargados de lanas, vinos, aceites, harinas y cereales de Castilla, los que subían con paños de Inglaterra y Flandes, bacalao salado de Terranova, tabaco americano, herramientas de las ferrerías vizcaínas. Cuesta

imaginar semejante tráfico de mercancías atravesando la sierra Sálvada, que se alzó durante siglos como una obsesión: desde 1553 los vizcaínos intentaron una y otra vez «el rompimiento de la peña de Orduña» para abrir un camino directo del puerto de Bilbao a la meseta de Castilla.

A los territorios vecinos no les hacía ninguna gracia. Alaveses y guipuzcoanos se unieron para chivarse al rey de que en el puerto de Bilbao se defraudaban muchos impuestos, para pedirle que instalara la aduana en Vitoria y desviara el tráfico al puerto de San Sebastián. Mientras los letrados escribían informes y abrían pleitos, las milicias alavesas tomaron iniciativas más eficaces: destruían de noche la obra que los vizcaínos avanzaban de día. Al rey Carlos I le resultó más fácil abrir la primera ruta alrededor del mundo que llegar a Bilbao por el puerto de Orduña. Visto el mal rollo, ordenó a los vizcaínos que suspendieran las obras, a la espera de que «el tiempo dulcificara asperezas y ofreciera coyuntura más propicia».

En los siguientes dos siglos, el señorío de Bizkaia pidió una y otra vez el permiso real para reanudar las obras y siempre se lo denegaron, por presiones de los puertos de Santander, Castro Urdiales o San Sebastián y de las aduanas de Burgos y Vitoria. Las obras empezaron por fin en 1765, cuando la monarquía ilustrada apostó por modernizar las comunicaciones de Castilla con caminos carreteros y canales fluviales. En 1767 «vencieron la peña de Orduña, que siempre se consideró insuperable», decía un cronista, y en 1774 unieron por fin Bilbao con Pancorbo, esquivando por tanto Vitoria, con esta carretera de 75 kilómetros, siete metros de ancho y «gran bondad, fortaleza y hermosura». Habían aprovechado los viejos caminos, claro, porque siempre hubo senderos por los que avanzaban las recuas de mulas en sus viajes lentos y peligrosos, pero esta nueva obra permitía la circulación de carros veloces con cargas mucho mayores. El pueblo de Orduña, que ya contaba con una pequeña aduana como mínimo desde el siglo

, tuvo que construir una mucho más imponente en 1792.

A partir de ese momento, en Bilbao proliferaron los almacenes, los muelles y los barcos, se fundaron empresas navieras, comerciales y bancarias, llegaron trabajadores, crecieron barrios. El crecimiento de la ciudad se explica en buena medida por esta ingeniería tan bruta y delicada: las quince curvas de herradura

colgadas en el murallón de Sálvada.

En 1863 el tren absorbió buena parte del tráfico entre Bilbao y el valle del Ebro, en 1978 la autopista terminó de vaciar la carretera de Orduña, así que ahora es un itinerario de ensueño para ciclistas. Quienes subimos cargando alforjas nos sentimos hermanados con las mulas de hace tres siglos. Orduña es un puerto de dureza sostenida, ocho kilómetros al 7.6 %, que primero se va desplegando con elegancia por el bosque de hayas, curva y contracurva, curva y contracurva, como con disimulo, hasta que sale a la roca desnuda y se lanza con rectas muy duras en busca ya del paso. En un tramo de trescientos metros al 13 % me imagino otra vez las penurias de las caravanas carreteras: de verdad que la historia se entiende mucho mejor con las piernas.

Después del alto, ya en territorio burgalés, bajo por unas rectas larguísimas de poca inclinación a través de una meseta desolada. Es un macizo calcáreo a 900 metros de altitud, resquebrajado de grietas, simas y galerías, que se traga las aguas y las esconde en su estómago para escupirlas de la manera más teatral. Dejo la carretera y me desvío cinco kilómetros por la pista de grava que atraviesa los hayedos del monte Santiago hasta el borde superior del circo de Delika: un precipicio pavoroso. Si alguien llega en bicicleta eléctrica, más le vale no confundirse y no darle al botón de acelerar, porque le espera un salto elegante y una caída vertical de trescientos metros como para perder la boina y no encontrarla. Aquí clavaron un balcón que se adentra unos metros sobre el abismo, para observar el fondo del circo y el salto del río Nervión. ¿Pero qué salto? Como ocurre a menudo, hoy no toca. Desde el balcón aprecio muy bien, a mano derecha, una muesca en el borde del precipicio: por ahí suelen caer las primeras aguas del río, pero solo en las épocas lluviosas o en los deshielos, cuando las entrañas del monte Santiago rebosan. Entonces el Nervión brota de una covacha, fluye un par de kilómetros por la meseta, llega al borde del circo y se precipita en una cascada de 240 metros. Durante buena parte del año no hay espectáculo. El río es de Bilbao y nace donde le da la gana.

En el borde de los abismos, qué le voy a hacer, no doy mi mejor imagen. Una pareja de montañeros camina por el balcón, apenas sostenidos en el aire por una fina rejilla metálica, se sacan fotos, se ríen. Yo doy tres pasos hacia la barandilla, siento la succión del vacío a mis pies y se me enciende una electricidad en los testículos que me sube por el abdomen hasta rebotarme en la bóveda del cráneo. Ahogo un gritito muy poco viril y retrocedo inmediatamente, agachando la cabeza y bajando el culo, en carrera gallinácea, con urgente necesidad de

sentirme pegado a la tierra firme. La psicóloga Jennifer Hames estudió «el fenómeno del lugar en alto», el impulso de saltar que sentimos algunos humanos en balcones o acantilados, y concluyó que esa fantasía terrorífica no tiene nada que ver con tendencias suicidas sino todo lo contrario: refleja «sensibilidad a las señales internas de peligro» y una fuerte «voluntad de vivir». Así que retrocedo heroicamente, impulsado por todos los pánicos que ayudaron a mis antepasados a sobrevivir. Porque apuntarse a la primera vuelta al mundo está muy bien, pero salieron 239 tipos y regresaron dieciocho. Mi tatarabuelo debió de ser el que se escondió en un tonel del puerto y vio por una rendija cómo zarpaban las naos.

si el país vasco funcionó

como una república marítima, no fue solo por las actividades de la costa. Las tierras interiores se engranaron como piezas imprescindibles en el mecanismo de las navegaciones oceánicas: desarrollaron industrias del hierro, la madera, el cáñamo, el cuero, la sidra, la sal.

Dejo la antigua carretera real de Orduña en Fresneda, ya en Álava, y me desvío por caminos aún más solitarios, subiendo y bajando lomas por los pueblecitos de Karkamu, Guinea, Tuesta, en busca de un ingrediente indispensable para dar la primera vuelta al mundo: la sal, cloruro sódico, piedra comestible. La nao Victoria capitaneada por Elkano estuvo a punto de recalar en Mozambique, entregarse a los enemigos portugueses y fracasar en su misión simplemente por la falta de sal: habían cargado carne abundante en las Molucas, pero allí no tenían sal para conservarla y se les pudrió rápido. Elkano consultó a sus tripulantes. «La mayoría decidimos esforzarnos en regresar a España cualesquiera que fuesen los peligros», escribió Pigafetta. En los siguientes dos meses de travesía por el Atlántico murieron veintiún marineros de hambre y enfermedades, incluidos algunos moluqueños que se habían enrolado en la expedición. Al menos el cronista pudo anotar una observación para el avance del conocimiento humano: «Al arrojarlos al mar, los cadáveres de los cristianos quedaban siempre cara al cielo, y los de los indios boca abajo, cara al mar». Unas semanas más tarde, al tocar tierra en Cabo Verde, les dijeron que era jueves y Pigafetta no tenía dudas de que para ellos era miércoles: concluyó que quien da la vuelta al mundo hacia el oeste acaba ganando un día y mira, ahí lo clavó. Total, que la sal conservaba los alimentos a bordo durante semanas y meses; la sal conseguía que un castellano, un navarro, un borgoñón o un flamenco se

zamparan un bacalao capturado en Terranova. La república marítima vasca se hubiera podrido rápido sin la sal. La producían en cantidades inmensas al otro lado de estas colinas que ahora atravieso, muy cerca del camino real de Orduña, en una de las industrias más antiguas del mundo: las salinas de Añana, activas sin interrupción durante los últimos siete mil años, desde los albores del Neolítico. Hace dos mil años, los romanos introdujeron las terrazas de evaporación. Y lo más llamativo es que hoy en día los salineros siguen trabajando con el mismo sistema que en tiempos romanos.

de todos los oficios implicados

en la primera vuelta al mundo, solo dos se siguen ejerciendo hoy con las mismas herramientas que en tiempos de Elkano: el de rey de España con su corona y el de salinero de Añana con su rodillo. Solo uno de los dos era indispensable para dar la vuelta al mundo.

desde el mirador

, el valle de Añana recuerda a una colmena blanca: ciento veinte mil metros cuadrados de terrazas, canales, pozos y caminos, una inmensa construcción sin un solo clavo, todo un encaje prodigioso de piedra, madera y arcilla. Parece obra de insectos. Porque su arquitectura es geométrica y porque revela una compleja trama social: desde hace mil doscientos años como mínimo, las familias salineras comparten las tareas de construcción y mantenimiento, organizan el reparto del caudal de agua salada con horarios detallados en un código, acuerdan derechos y obligaciones. La dejadez de una familia en el cuidado de sus canales perjudica a las siguientes, el trabajo colectivo bien acompasado multiplica la producción. Este mosaico de eras, de terrazas de evaporación, es la colmena que formaron generaciones de salineros con su trabajo.

Son las tres y media de la tarde, el sol aprieta, el fondo del valle de Añana se cuece a 37 grados, un grupo de quince turistas recorre las salinas con parasoles blancos y uno se desmaya. Dos le levantan las piernas, otro le abanica con un sombrero de paja, la guía pide por radio una botella de agua fría.

A pocos pasos de allí trabaja un maestro salinero de sesenta y dos años, vestido

con camiseta blanca, pantalón blanco, botas de goma blancas y sombrero de paja. Es bajo, de cara sonrosada, nariz fina y larga, tiene los ojos achinados de quien se ha pasado la vida entre las reverberaciones de la sal. Se enjuga un chorro de sudor que le resbala por la sien. Empuña el rodillo y lo pasa por la era, una y otra vez, una y otra vez, con la agilidad de un chaval. Pasa el rodillo para remover la sal húmeda y que no se rechine, para que no se pegue en el fondo, mientras sigue la evaporación.

—Vaya garbo para trabajar con este sol.

—Ese es nuestro mejor obrero, el sol.

El agua salada brota del manantial en la parte más alta del valle y fluye por la red de canales de madera, los salineros abren las espitas para llenar sus pozos y luego inundan las terrazas para que el sol evapore el agua. Al cabo de unas horas se forman cristales en la superficie: es la flor de sal, muy estimada, que recogen con una especie de espumadera. Siguen removiendo la masa salada para que no se pegue y al día siguiente, cuando ya se ha evaporado el agua, amontonan la sal y la cargan en cestos de mimbre, donde seguirá escurriéndose.

El maestro se llama Edorta Loma y trabaja en una de las industrias más antiguas que se conocen: los arqueólogos comprobaron que hace siete mil años los humanos de Añana ya producían sal, esa asombrosa piedra comestible que conserva los alimentos, les da sabor, mantiene el equilibrio hídrico de nuestros cuerpos y activa músculos y nervios. A finales del siglo

xx

solo quedaban dos salineros en activo: Andrés Angulo y el propio Loma, que sentía la responsabilidad de ser el último de una estirpe de siete milenios. En cuanto aparque el rodillo, pensaba, se acabó el oficio.

Quizá por eso sigue pasando el rodillo con tanta energía, porque no se imaginaba trabajando a su edad actual en unas salinas resucitadas, tampoco imaginaba salineros jóvenes alrededor, como esos cuatro a los que dirige hoy, y se nota que lo impulsa la alegría.

Para explicarse, Loma señala una parte del valle en la que se ven muros derruidos, terrazas colapsadas, canales rotos, escombreras.

—En los años noventa estaba todo el valle así, hundido, una ruina, ya solo trabajábamos cuatro gatos y no podíamos mantenerlo. Mucha gente se había marchado a Vitoria, a Bilbao, a trabajar en las fábricas. El pueblo se estaba quedando vacío y a mí eso me dolía en el alma. Tenía la sensación de que se iba todo al carajo. Yo también me busqué un trabajo fuera, por las mañanas me marchaba a Nanclares, a trabajar en una empresa de depuradoras, pero por las tardes volvía a las salinas. Ni daban dinero ni tenían futuro, pero yo no quería abandonarlas.

A finales de los años noventa se plantearon proyectos para demoler las salinas y abrir canteras, minas, incluso para convertir el valle en depósito de gas o cementerio de residuos nucleares. A muchos propietarios no les parecía mal, porque las salinas eran una ruina y al menos podrían vender los terrenos, agarrar el dinero y marcharse a otra parte. Pero Loma quería salvarlas. Por eso fue alcalde entre 1995 y 1999.

—Metimos mucha, mucha, mucha caña. Creamos la sociedad Gatzagak para agrupar a los propietarios de las granjas salineras, dimos la tabarra en las instituciones para que se dieran cuenta de que este valle tiene un paisaje único y una historia única, que no podían dejarlo perder…

La Diputación de Álava elaboró un plan de rehabilitación, dirigido por arquitectos, arqueólogos, biólogos y economistas. En 2009, los salineros cedieron sus propiedades a la Fundación Valle Salado, una organización sin ánimo de lucro, con el propósito de restaurar parte del valle, divulgar la historia de Añana, atraer a visitantes y mostrarles el viejo oficio salinero. Los propietarios recibirían a cambio un dinero anual por la salmuera, por sus derechos sobre el agua salada que brota de los manantiales, pero tendrían que reinvertirlo en el pueblo. Por eso, al final de su jornada, me puedo tomar un café con Edorta Loma en el bar de la plaza, inaugurado hace cuatro días donde antes solo había un local cerrado. Nos acompaña Alberto Plata, historiador y arqueólogo de cuarenta y siete años, responsable de Cultura de la Fundación Valle Salado, que me explica la clave de la recuperación:

—No queríamos montar un parque temático. Aquí vienen cada vez más turistas, antes de la pandemia llegamos a 96 000 visitas anuales, eso es un éxito y sostiene el proyecto. Pero lo más importante era seguir produciendo sal. El único modo de mantener las salinas en buen estado es que haya salineros trabajándolas.

Plata cree que la solución para los territorios despoblados no puede ser convertirlos en territorios subvencionados.

—Yo entiendo que un pueblo se agarre como un clavo ardiendo a acoger un almacén nuclear cuando ya lo no queda ninguna otra opción para sobrevivir, pero nosotros queríamos que Añana se recuperara con su actividad propia, con su oficio de siempre, porque tiene un gran valor histórico, cultural, arquitectónico, y sobre todo porque lo siguen haciendo muy bien: aquí producen una sal extraordinaria, yo te diría que la mejor del mundo pero vamos a dejarla en una de las mejores del mundo. Añana no es un decorado, no es un teatrillo para enseñar a los turistas cómo se hacía la sal, Añana está viva.

Ahora venden unas 170 toneladas anuales de sal. Es una cantidad pequeña, comparada con las salinas industriales, pero de una pureza extraordinaria. Un arroyo subterráneo atraviesa el gigantesco depósito de sales de un mar de hace millones de años, aflora en los manantiales de Añana sin mezclarse con tierras ni contaminarse con microplásticos, le extraen la sal simplemente por evaporación y no le aplican los lavados industriales con los que suelen perderse buena parte de los minerales y los oligoelementos. En la pequeña planta de envasado, tres mujeres retiran a mano cualquier mota, cualquier mosquito, cualquier impureza de la sal. Así mantienen el sabor en toda su potencia.

—Aquí trabajamos con el sol y el viento, nada más, no hay un sistema más limpio —dice el maestro Loma—. Lo valioso es que hemos salido adelante haciendo lo que hemos hecho siempre.

Al principio lo hacían diferente. Alberto Plata fue uno de los arqueólogos que descubrió, debajo de las actuales estructuras de las salinas, una gruesa capa de cenizas y miles de fragmentos de cerámica con restos de sal, datadas hace siete mil años. Dedujeron que aquellos humanos, los primeros sedentarios, recogían el agua salada de los manantiales en recipientes de cerámica, los ponían al fuego, evaporaban el líquido y rompían los recipientes para sacar los bloques de sal. Añana era entonces un valle negro, un paisaje de hogueras, humo y cenizas, una comarca deforestada para alimentar los fuegos de esta tempranísima industria.

Las excavaciones también revelaron que hace dos mil años alguien aplanó esas montañas de ceniza y las recubrió con arcilla impermeable:

—Los romanos, claro —dice Plata—. Encontramos cerámicas romanas justo en

ese cambio de paisaje. Las superficies de arcilla impermeable eran las primeras terrazas de evaporación. En lugar de talar bosques para hacer fuego, se pasaron a las energías renovables: el sol y el viento. Ellos construyeron la primera red de acueductos y canales para distribuir el agua salada de los manantiales por todo el valle y crearon este paisaje aterrazado que tenemos ahora.

La sal era un bien imprescindible y Añana siempre fue un enclave estratégico. De hecho, se convirtió en la primera población que recibió fueros en el País Vasco: en 1114, el rey Alfonso I de Aragón fundó la villa amurallada de Añana con privilegios fiscales. Durante el auge de las expediciones transoceánicas, tan dependientes de la sal para conservar los alimentos durante semanas y meses de navegación, la monarquía se aseguró el control: Felipe II decretó el estanco de la sal en 1564. Es decir, se quedó con su monopolio. El rey compraba toda la producción de Añana al precio que él mismo dictaba y la repartía por los almacenes de sus territorios, también en los puertos vascos, para asegurar el suministro a los galeones. Media Europa comió bacalao de Terranova conservado en sal de Añana.

Lo curioso es que la sal no abunda tanto como parece. Del manantial de Santa Engracia, el principal, brota un caudal constante de dos litros de agua por segundo, con una concentración de sal siete veces superior a la del océano. Esta salmuera se distribuye por el valle a través de cuatro kilómetros de canales que se bifurcan, vuelan sobre entramados de madera para salvar hondonadas, alcanzan todos los rincones. Los construyeron con troncos de pino ahuecados a mano, les sellaron las juntas con arcilla y los encajaron sin un solo clavo, porque la sal arruinaría los metales pero refuerza la madera. Los salineros abrían la espita del canal y acumulaban la salmuera en sus pozos de un volumen minuciosamente regulado, antes de dar paso al siguiente vecino. La arquitectura del valle de Añana, con sus canales, acueductos y terrazas, creció como el esqueleto de un organismo que ya no existe: la comunidad de salineros, entrelazados en una trama de intereses comunes. Su organización social, tan peculiar y tan valiosa como su arquitectura, también es muy antigua. En el año 822, en el documento de fundación del monasterio alavés de San Román de Tobillas, el abad Avito menciona las veintitrés eras y el pozo que poseen en las salinas de Añana, y detalla las raciones de salmuera que les corresponden. Esto significa que para entonces ya trabajaban muchos propietarios y que habían organizado el reparto del agua salada. Lo pusieron por escrito en el siglo

, en el llamado Libro Maestro, que siguió regulando la explotación de las salinas hasta nuestros días.

—El Libro Maestro es sagrado —dice Loma—. Es un libro muy severo y muy respetado, porque el reparto de la salmuera es el reparto de los ingresos de cada familia. Ha habido riñas, ha habido peleas…

En la misma época en que escribieron el libro, los salineros construyeron una torre con el primer reloj mecánico, para que las campanas anunciaran los turnos. A un propietario le tocaba abrir su espita y recoger agua los viernes de cuatro a seis de la madrugada, por ejemplo. Había picaresca, como la de quienes ampliaban sus pozos o abrían en los canales espitas mayores de lo que les correspondía. Para eso estaba el guardia fontanero, para controlar el volumen de los pozos y el tamaño de los agujeros.

—Cada salinero tiene su propiedad —explica Loma—, pero debe respetar a los demás y debe participar en los trabajos comunitarios: mantener los manantiales, los canales, las sendas, los pozos… Si no cuidamos lo de todos, lo mío no funciona.

Esto fue siempre lo suyo, lo de su familia.

—Mis padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos: ninguno vivió del cereal ni del ganado. Todos hemos vivido de la sal.

De mayo a septiembre, en los meses de mayor insolación, las familias llenaban los pozos, removían las eras, recogían la sal, la cargaban en sacos a la espalda.

—Con seis o siete años, yo ya estaba todo el día en el valle, enganchado a la falda de mi madre o al pantalón de mi padre. A los críos nos tenían por ahí dando vueltas. Jugábamos con los rodillos, las carretillas de madera, las cestas. Con ocho o nueve años ya eras campeón: sabías cuidar el canal, abrirlo, cerrarlo, los adultos te iban corrigiendo, «¡oye, chiquito!». Y te ibas haciendo un pequeño profesional.

Loma creció en la década de 1960, cuando Añana contaba con más eras que nunca: unas 5600, que producían una tonelada anual cada una. Alberto Plata explica que era un crecimiento a la desesperada.

—Las salinas industriales de la costa, como la de Torrevieja, producían en un día

lo que Añana producía en un año. Cuando se abarataron los transportes, con los trenes y los camiones, inundaron el mercado. Añana intentó competir aumentando la producción. Construyeron eras por todas partes, encima de los pozos, encima del río, ocupando todo el valle. Además cambiaron el suelo tradicional de cantos rodados por suelos de cemento, porque resultaba más barato y más rápido, pero necesitaba mucho más mantenimiento porque se agrietaba rápido con la sal. Construyeron muchísimas eras pero luego no podían mantenerlas. Las fueron abandonando, las estructuras se cayeron, el valle se colapsó. En la década de 1970 mucha gente emigró a las ciudades.

Si en 1950 Añana tenía 670 habitantes, para 1980 ya solo quedaban 200. Y muy pocos se dedicaban a la sal: sobre todo las mujeres, que mantenían las salinas de lunes a viernes, mientras los hombres trabajaban en las fábricas y se sumaban el fin de semana. La Fundación Valle Salado recogió en un vídeo los testimonios de Irene Arauco, Gloria Iturralde, Asunción Iturralde, Arantza Mardónez, Mari Gor, Agripina Pérez, Saturnina García y Natividad Berge.

—De niñas echábamos una mano a nuestros padres después del colegio. Con catorce o quince años sacábamos la sal de los terrazos, cargábamos media fanega y hacíamos veinte viajes al día. Era muy duro, pero con la cuadrilla lo pasábamos muy bien. Cantábamos, hablábamos, se nos iba el tiempo hasta que alguien decía: «¡Vamos, que se nos rechinan las eras!». Después de casarnos, pasamos unos años fuera de la salina, cuidando a los hijos, pero enseguida volvimos a trabajar…

Paseando de vuelta a las salinas, Loma habla de aquellas mujeres con admiración.

—El otro día vino Mari Gor, una compañera mía en las salinas desde que yo era un crío. Ahora tiene noventa y dos años, pero cómo está, si me pega una paliza me deja seco. Iba por ahí mirándolo todo. Me decía: «¡Eduardito, pero quién trabaja en esta era!». Cogía el trabuquete, lo examinaba, «esta lata no está bien, es cuadrada y tiene que ser redonda». Se me ponían los pelos como escarpias. Alguna lagrimilla ya se me escapó.

Loma se apoya en la barandilla y se queda un rato en silencio mirando al valle.

—He tenido otros empleos y he estado a gusto, pero la salina… la salina es mi vida. Desde crío he conocido la salinería, los ruidos de la salinería, los olores de

la salinería. He trabajado con los padres, con los abuelos, con los hombres que te enseñaban el oficio y un día decían: este chaval vale. Eso era la-hos-tia. Los sábados hacían las cuentas en el bar y luego de allí no se iba ni dios, daba igual que tuvieras quince años, te quedabas a cenar y a cantar, eso lo he vivido y solo de recordarlo se me pone la carne de gallina.

Las salinas sostienen ahora unos cincuenta puestos de trabajo, la mayoría temporales, entre salineros, envasadoras, guías, gestoras o administradores. En Añana siguen siendo pocos, 156 habitantes censados, pero han taponado la hemorragia de la despoblación y van recuperando el vigor. Ahora hay otro par de bares, dos casas rurales, algunas tiendas, donde hace veinte años solo había puertas cerradas, penumbra y eco. La recuperación del Valle Salado obtuvo una ristra de reconocimientos (el premio Europa Nostra de patrimonio en 2015, el título de Patrimonio Agrícola Mundial de la Unesco en 2017, la inclusión en la Red Europea del Patrimonio Industrial en 2019) pero nada emocionó tanto a Edorta Loma como ver a un grupo de chavales agarrando el rastrillo para aprender el oficio. En 2012, en plena crisis económica, con tantas fábricas echando el cierre, algunos salineros volvieron de las ciudades a las que habían emigrado décadas atrás.

—Vino Clemente, que ya tenía cincuenta y seis años, y se puso a trabajar otra vez con nosotros en la salina. Pero lo bueno de verdad es que vino con su hijo, con Adrián, que tenía diecinueve. La Fundación montó unos cursos de dos meses en verano para los hijos de los salineros, para que aprendieran el oficio, y ahí vinieron el Adrián y otros cuantos.

—A los pobres les tocó un verano muy caluroso —dice Plata—. No estaban acostumbrados a trabajar con las manos, les salieron llagas y tú imagínate, con llagas y agua salada…

—Aguantaron como jabatos, ¿eh? —dice Loma.

—Hombre, claro, tenían a todo el pueblo vigilándolos desde el mirador —se ríe Plata.

—A mí se me caían las lágrimas cuando veía a los chavales en las eras —dice Loma—. Hacía tanto calor que les compré un botijo a cada uno, y le pegaban unos tragos… ¡glugluglú!, ¡glugluglú!… Se les hinchaba la tripa, se ponían colorados, les dieron unas cagaleras… ¡Madre mía! Les tuve que enseñar a

beber. No bebáis de golpe. Antes de trabajar, no comáis mucho. Ojo con el sol: poneos el sombrero de paja, meteos un rato a la sombra… Una tarde bajé y no había ninguno. Se habían metido todos en el río, amorrados como las ovejas. ¡Mecagüensós, cabrones, que este mes no cobráis! Pero una vez que cogieron marcha… buah, daba gusto verlos trabajar. Los abuelos se pasaban la tarde mirándolos desde ahí arriba. Se pegaban unas lloreras…

—Es un trabajo duro —dice Plata.

—Si vienes con la idea de un empleo normal de ocho horas, al segundo día coges el macuto y te vas. La salina está viva, el valle se mueve, los manantiales siguen corriendo, tienes que remover la sal, no puedes olvidarte aunque sea domingo. Pero si lo has vivido desde niño, no quieres marcharte.

en añana encontramos

ese ingrediente imprescindible para las navegaciones transoceánicas: la sal. Pero también aparecen trazas antiquísimas de un impulso indispensable para explicar la primera vuelta al globo: el impulso de ponerse chulo.

O, como dicen los científicos con más elegancia, la distinción social.

El prehistoriador y arqueólogo Iñigo García se fijó en la extraordinaria cantidad de fragmentos cerámicos que encontraron desparramados en el subsuelo de Añana. Los salineros de hace siete mil años recogían la salmuera en recipientes, la ponían al fuego para evaporarla y conseguían un bloque de sal que solo podían extraer rompiendo el recipiente. Esa es la explicación, de acuerdo, pero García añade un matiz: las cerámicas estaban decoradas con incisiones geométricas minuciosas, les habían dado un valor estético, las habían convertido en objetos simbólicos. Y se permitían el lujo de destruirlas.

Aquí está la clave: en permitirse el lujo.

En el Neolítico, cuando los humanos se convirtieron en agricultores y ganaderos sedentarios, empezó la distinción social. Surgieron élites que controlaban los medios de producción, como las salinas, y utilizaban los excedentes para crear símbolos que exhibieran su categoría: joyas, vestidos, esculturas, arquitecturas. Permitirse el lujo de decorar cerámicas destinadas a la destrucción parece un

despilfarro, pero también era una manera de mostrar superioridad, como los pavos reales al desplegar sus enormes colas vistosas o los futbolistas cuando compran los coches más ostentosos para ir al entrenamiento. La exhibición del estatus es muy costosa, escribe el biólogo y fisiólogo Juan Ignacio Pérez Iglesias, pero nos importa mucho lo que los demás piensan de nosotros.

¿Cuál era el objetivo de la expedición de Magallanes? Nunca pretendieron dar la vuelta al mundo, eso solo fue una consecuencia de que las cosas les salieran rematadamente mal, su única huida posible, siempre hacia el oeste, para no acabar presos o muertos. En realidad la expedición la organizaron para abrir una nueva ruta hasta las especias de las Molucas. ¿Y las especias eran un bien de primera necesidad o un capricho comestible por el que había élites dispuestas a pagar fortunas?

antes de empezar este viaje

, busqué a un creador de caprichos comestibles por los que hay personas dispuestas a cruzar medio planeta y pagar un dineral. Le dije que quería charlar con él sobre los impulsos que llevaron a la primera vuelta al mundo y me contestó:

—Tú ven a comer con tu pareja y luego hablamos de lo que te dé la gana.

Se llama Andoni Luis Aduriz. En 1998, a sus veintisiete años, alquiló un caserío en las colinas entre Astigarraga y Errenteria, una antigua granja de vacas con tejado a dos aguas, fachada blanca, balcones y ventanas de madera, envuelta en una melena vegetal. La casa se llama Otzazulueta, agujero frío, o quizá Otsazulueta, agujero del lobo. Aduriz la remodeló para convertirla en el restaurante Mugaritz, el restaurante de un cocinero que se siente incómodo con la palabra restaurante, porque él no elabora menús, ni respeta el orden tradicional de los alimentos, ni te da lo que tú le pides. Él es cocinero y en esta casa se come, no hay muchas más certezas a partir de aquí.

Aduriz es donostiarra, tiene cincuenta años, el pelo revuelto, una barbita entrecana, pequeñas gafas rectangulares y una de esas caras de chaval gamberro que no se ponen adultas ni con la edad. Mugaritz es una palabra que nació con el restaurante, un híbrido que significa «roble fronterizo», por el roble portentoso que se alza junto al caserío marcando la muga entre los municipios de Errenteria

y Astigarraga.

—Este roble lo defienden ahora mismo personas de quince nacionalidades —se refiere a sus cocineros, sumilleres, personal de sala y demás trabajadores de Argentina, Corea, Uruguay, Israel o Brasil—. Y nuestra casa la habitan personas de setenta países, la mayor parte de nuestro público es angloparlante.

Lo dice así: que los cocineros defienden el roble, que los comensales habitan la casa.

—¿Y por qué vienen tantos anglos?

—Porque llevamos trece o catorce años entre los diez primeros de The Best Fifty —una lista británica de los cincuenta mejores restaurantes del mundo—. Recibimos a muchos ingleses, estadounidenses, canadienses, australianos.

Aduriz consigue que algunas personas vengan desde el otro extremo del planeta para comer algo distinto. Que es, más o menos, lo que ocurrió con la expedición de Magallanes en busca de las especias.

¿cuáles fueron los impulsos

para enviar cinco naves con 239 hombres, pertrechados para dos años, a través de mares desconocidos?

La exploración del mundo, la ampliación del conocimiento, el control de nuevas rutas, el dominio de territorios, la explotación de sus bienes y la evangelización de sus almas eran motivos poderosos, pero no bastaban. Semejante expedición solo se pudo financiar con una esperanza: la de las riquezas fabulosas del archipiélago de las Especias. Sin la posibilidad de ganar mucho dinero, ni el emperador ni los inversores ni los capitanes ni los marineros se habrían enrolado en una aventura tan incierta.

La nao Victoria volvió a Sevilla con veinticuatro toneladas de clavo de las Molucas. Según cálculos de Daniel Zulaika, lo habían comprado a cuatro maravedís el kilo y lo vendieron en Europa a 362. Ingresaron 8.6 millones de maravedís, cuando la expedición de cinco naos con 239 hombres durante tres años había costado 8.3 millones. Si en vez de una sola nao hubieran regresado

las cinco con las bodegas cargadas, el beneficio habría sido descomunal. Y con la ruta ya abierta, con los peligros ya desentrañados, con los costes reducidos, esperaban que los siguientes viajes aportaran un flujo ininterrumpido de riquezas. El rey Carlos I recibió una carta desde las Molucas con la noticia de que sus barcos habían llegado allí por la nueva ruta occidental, y mucho antes de que Elkano y los demás supervivientes volvieran a casa, él ya ordenó preparar cuatro grandes naos en Bermeo y otras dos en La Coruña, para organizar una segunda expedición. Ese segundo viaje, en el que murió Elkano, fracasó. Ningún barco del rey de Castilla traería nunca más un solo clavo de las Molucas. La ruta hacia el oeste por el Estrecho de Magallanes y el Pacífico resultaba demasiado difícil, los portugueses tenían ventaja con su itinerario hacia el este costeando África y cruzando el Índico de puerto en puerto, así que el rey español acabó vendiendo el archipiélago de las Molucas al rey portugués en 1529, a cambio de 350 000 ducados de oro, unos 122 millones de maravedíes, una fortunaza. Tampoco entonces saldó sus deudas con la madre de Elkano, por supuesto. Años después, una expedición científica determinó que en realidad las islas caían dentro del dominio portugués, según el reparto del planeta que había fijado el Tratado de Tordesillas. El rey Carlos se había enriquecido vendiendo a los portugueses unas islas que en realidad ya eran de ellos.

¿Y por qué daban tantísimo dinero las especias, tanto como para arriesgarse a financiar exploraciones tan descomunales?

No constituían ningún bien de primera necesidad. Servían para conservar los alimentos, sí, pero para eso los europeos ya tenían la sal. Lo que pasa es que las especias daban sabores distintos a la comida de siempre, estimulaban el gusto y el olfato con sensaciones nuevas, regalaban placer a los sentidos.

Aquellos hombres dieron la primera vuelta al mundo en busca de placer.

—El placer es un impulso muy potente —dice Aduriz—, puede ponerlo todo patas arriba, puede alterar el orden social. La política y la religión siempre han controlado los placeres porque es la manera de controlar a la gente. La comida y el sexo son dos de los placeres más poderosos, ¿no?, pues ahí tienes todas las normas para limitarlos, los ayunos, las vigilias, la castidad. Te prohíbo esto y te permito aquello, te prohíbo esto unos días y te lo permito otros, te dejo hasta aquí o hasta allá, es el sistema de castigo y recompensa. Y hace quinientos años qué pasaba, que en una sociedad de mucha represión sexual algunos buscaban el placer por otro orificio: por la boca.

—¿Pero las especias eran para tanto? ¿Qué aportaban?

—Tenían algún beneficio práctico, el clavo es analgésico y antiséptico, otras especias son bactericidas, pero eso no era lo importante. El asunto es que aquí solo teníamos como condimento el ajo y la cebolla, que también son bactericidas, teníamos el perejil y para de contar. En la Edad Media la comida era muy rudimentaria, la de los ricos también. De repente llegaron a Europa el clavo de olor, la nuez moscada, la canela, la vainilla, toda esa explosión de sabores asiáticos…

—Las especias se usaban para cambiar el sabor a los alimentos de siempre, ¿no? De repente mezclaban cerveza con jengibre, vino con canela…

—Sí. Y no debió de ser nada fácil habituarse a esos sabores, serían experiencias fuertes. Pero también sería un placer selecto, consumir especias era una manera de estar a la última.

—Una cuestión de estatus.

—Sobre todo era una cuestión de estatus. Yo soy rico y como lo que tú no puedes comer. Pasaba lo mismo con el azúcar: era un transformador de sabores muy potente, venía de Asia y era muy escaso, muy caro. Los venecianos tenían el monopolio en Europa. Le organizaron un banquete al rey de Francia y para impresionarlo le pusieron platos de azúcar, vasos de azúcar y cubiertos de azúcar, para que se los comiera. Usaban el azúcar para exhibir poderío.

Siempre hay ricos dispuestos a pagar por la exclusividad. Lo que importa de un diamante no es su valor práctico, sino su escasez, lo que importa de un reloj de oro, un coche de gama alta o una pizca de clavo de las Molucas es que yo puedo tenerlo y tú no. En marzo de 2021, el malayo Sina Estavi pagó en una subasta 2.9 millones de dólares por convertirse en propietario del primer tuit de la historia («just setting up my twttr», «simplemente configurando mi Twitter», un mensaje publicado por Jack Dorsey, creador de la red social, el 21 de marzo de 2006). Cualquiera puede ver ese tuit en cualquier momento, pero solo Sina Estavi es su propietario. Él compró un NFT (un «objeto único no fungible» por sus siglas en inglés), un código único, inviolable, irreproducible, que le garantiza esa propiedad exclusiva del tuit. Otros pagaron enormes cantidades por cromos virtuales de jugadores de baloncesto, por una obra digital del artista Beeple, incluso alguien pagó 1.1 millones de euros por la obra The Pixel, del artista

digital Pak, que consiste en un simple píxel gris. Todos podemos disponer gratis de un píxel gris, de todos los píxeles grises que nos dé la gana, pero solo ese señor es propietario de ese píxel gris, que no tiene existencia física, pero sí un código virtual único. Ese señor, cuyo nombre no me apetece escribir, se preguntó en su cuenta de Twitter: «¿Cómo reflejará la historia esta época? ¿Cómo se recordará esta obra? ¿Cómo me recordarán a mí?».

Pocos impulsos más poderosos que el placer y la vanidad. Pocas circunnavegaciones más placenteras que la vuelta al propio ombligo.

(

y qué satisfacciones

nos dan a veces estos especuladores: en abril de 2022, Sina Estavi sacó a subasta el tuit de Dorsey que había comprado por 2.9 millones, le puso un precio de salida de 48 millones, prometió que donaría la mitad a la beneficencia, y la oferta más alta que recibió fue de 280 dólares).

el rey de francia comiéndose los cubiertos

parece un antecedente de Mugaritz, porque aquí nos sientan a una mesa vacía. Ni platos ni vasos ni cubiertos ni la cesta del pan. Servilletas sí, porque vamos a pringarnos las manos y a chuparnos los dedos.

—Cada temporada planteamos una experiencia —dice Aduriz—. La de este año se llama «Primeras veces». Después de la pandemia, volvemos a hacer cosas cotidianas que ya casi habíamos olvidado, como reunirnos para comer, y queremos volver a descubrirlas, a sentirlas y pensarlas como si fuera la primera vez.

Nos sirven un txakolí de Getaria y me viene Elkano, a quien conocemos precisamente como autor de una primera vez.

—Vamos a empezar con el primer beso.

Nos traen el molde de un rostro humano, hecho con arcilla de gres esmaltada. Los labios están impregnados con una crema que sube por la mejilla hasta el ojo izquierdo, cubierta de pétalos, briznas y hojas. Debemos tomar el rostro con las manos, acercárnoslo a la boca y lamerlo con fruición, de los labios a la mejilla, de la mejilla a los labios, sintiendo una mezcla de sabores dulces, amargos y salados, tan confusa como el primer beso. Pero qué primer beso, pienso al ver a mi pareja concentrada en su morreo y cerrando los ojos, ¿nuestro primer beso, mi primer beso, tu primer beso?

—Aquí la gente viene a abrirnos su boca, eso es muy íntimo —dice Aduriz cuando viene de nuevo a la mesa, tras dejarnos un tiempo para que la lengua nos remueva el cerebro.

En Mugaritz no hay expectativa ni tradición, no existe el viejo y seguro camino del aperitivo, entrante, plato principal y postre, ni el orden indudable de lo salado y lo dulce, ni la división en carne, pescado y verdura. Nos traen cosas que no sabemos ni lo que son: un pequeño cubo naranja tembloroso, que parece un tocino de cielo, con un pedazo de masa esponjosa blanca, que podría ser un queso fresco o un jabón. Tendremos que metérnoslo en la boca para entenderlo. Del cubo naranja me esperaba un derrame de almíbar y me encuentro con un sabor de yema graso y salado. La espuma tiene la levedad de la clara. No me interesan las técnicas con las que han conseguido estas texturas, sí la sorpresa:

—Anda, pues nos hemos comido un huevo.

Pero lo hemos comido concentrados en el descubrimiento. Lo hemos toqueteado, olisqueado, mordisqueado y saboreado, atentos como un animal que examina si esa cosa extraña lo va a nutrir o lo va a envenenar. Reconozco que he venido con prejuicios contra la charlatanería de los cocineros y que Aduriz ha conseguido algo notable: me he comido un huevo como si fuese la primera vez.

Comemos o bebemos o sorbemos un plato de vino con habas de cacao, una ostra sobre un panal de miel, un ojo de manzana líquida. A veces no hay manera de anticipar si lo que nos sirven está frío, caliente, tibio o helado. O si será duro, blando, cremoso, crujiente, escamoso. Tras varios desconciertos, nos regalan alguna comodidad: un pedazo de besugo que reconocemos, con un sabor que identificamos, servido en una sopa de huevas agradable. Luego nos proponen el segundo primer beso, una zamburiña cruda que debemos absorber de un canto rodado, una masa gris, carnosa y viscosa que resbala dentro de la boca como si

aún viviera, y que no todos se atreven a reventar con los dientes. Es un beso salado, un beso en las entrañas, ese otro tipo de beso que tampoco nos atrevemos a comentar, porque se supone que en la mesa no se habla de esas cosas, un beso entre el placer y la repugnancia. ¿Lo escupimos o lo tragamos?

—Que te guste no es la única manera de que te guste —dice Aduriz, que tiene un repertorio de platos tan abundante como el de frases.

Nos traen una masa de trompetas de la muerte con almendras picadas, extendida sobre un mucílago, la sustancia vegetal viscosa con la que las plantas carnívoras atrapan a los insectos. Tiramos del mucílago con la punta de los dedos, se estira muchísimo, envolvemos la masa para hacer un ravioli y nos comemos un puñado de bosque, con sus sabores de tierras, setas y semillas, con su mezcla de texturas leñosas y vegetales. Comemos tripas de bacalao en forma de corteza crujiente y en forma de croqueta que derrama una gelatina lenta, pegajosa, salada y sabrosa, como si en ella se condensaran todos los bichos viscosos del Atlántico. Nos zampamos el bosque, nos zampamos el océano. Atrapamos la naturaleza y nos la comemos. Dice Aduriz que eso es la cocina: domesticación, tecnología, cultura.

Salimos a la terraza, un poco aturdidos tras el desfile de platos y copas durante tres horas, y nos sentamos con Aduriz para mordisquear un pedazo de chocolate de Venezuela y otro de Madagascar, mientras él bebe cerveza y mira a los montes de alrededor. Nos traen dos cafés.

—El café es otro ejemplo de domesticación: una baya tóxica que hemos aprendido a saborear. Comer es una manera de relacionarse con el mundo, de adaptarnos a él con unas tradiciones, prejuicios y tabús, todos cuestionables. Las angulas, el caviar y las kokotxas eran despojos que iban a la basura hasta que los reinterpretamos como bocados exquisitos. Las malas hierbas son malas hierbas porque así nos lo han enseñado, pero si te atreves…

Durante una temporada le dio por tumbarse en los prados alrededor de Mugaritz, pegar la nariz al suelo, arrancar hojas y briznas, romperlas, olfatearlas y masticarlas.

—Yo soy un urbanita y para mí, al principio, hierba era una palabra singular. Miraba alrededor y lo veía todo verde, la misma hierba por todas partes. Hasta que me tiré al suelo y empecé a distinguirlas. Me iba a la sociedad de ciencias Aranzadi con muestras para los botánicos y les preguntaba qué hierbas eran, si

eran tóxicas, si alguna vez se habían utilizado en la cocina. Me daba un placer inmenso descubrir hierbas nuevas en el monte

Aduriz recolectó acederas, dientes de león, tomillo, betónicas. Pidió permiso a su vecino Luis para entrar a su huerto y recoger las verdolagas, hierbas que crecen alrededor de las patatas, las alubias y los pimientos, que aquí se arrancan y se tiran, y que en otros países se cultivan en invernaderos porque son muy apreciadas.

—Comer esas hierbas nos parece una extravagancia, aunque crezcan a diez metros de nuestra casa, pero una piña nos la comemos sin sorprendernos de nada, aunque la hayan cultivado a diez mil kilómetros. Lo exótico ya no es lo lejano. En lugar de sorprender al comensal con alguna fruta rara del sudeste asiático, nosotros intentamos sorprender con lo que siempre hemos tenido al alcance de la mano y nunca hemos utilizado.

Elkano no conocía las alubias de Tolosa, los pimientos de Ezpeleta, las patatas de Álava ni los tomates de Deusto, productos típicos vascos, base de nuestra gastronomía tradicional, porque en aquel momento aún eran especies americanas.

Cuando te dicen que algo ha sido así toda la vida, te están mintiendo.

me intriga un detalle

en la biografía de Aduriz. Cuando le pregunto por los inicios de su trayectoria como cocinero, me habla de su madre Josefina obsesionada por el hambre. A sus ocho años, ante la inminente llegada de las tropas franquistas a San Sebastián, Josefina se subió con su madre a un carro y huyó hasta Bilbao. Allí se alimentaron en los comedores de urgencia que instaló el Gobierno Vasco y ella nunca olvidó el valor de un mendrugo, ni la leche mezclada con agua para que les llegara un poco a todos.

—Mi madre tenía un trauma con el hambre. Y estaba muy preocupada conmigo, porque yo de chaval no sabía ni por dónde me daba el aire. Con catorce años era un desastre, sacaba notas pésimas, era un chaval muy inseguro. Mi madre me veía como carne de cañón. Yo podía haber acabado tranquilamente en una secta, en un comando o en la droga.

Fue idea de ella matricularlo en la Escuela de Hostelería de San Sebastián.

—Si trabajas en una cocina, comida no te va a faltar. Esa era su idea.

Aduriz aprendió el oficio en la escuela, trabajó en el restaurante El Bulli, quedó fascinado por la libertad creativa del cocinero Ferran Adrià y a partir de entonces buscó la vanguardia de la vanguardia.

—Tú ves tus orígenes en esa madre preocupada por el hambre —le digo— pero te dedicas a una cocina selecta que solo pueden disfrutar unas pocas personas con mucho dinero. ¿Cómo encajas una cosa con la otra?

—Nosotros ahora admiramos el legado cultural del Renacimiento y seguro que en esa época el 90 % de la población vivía en la miseria. Unos pocos tenían dinero para encargar a unos artistas maravillosos que pintaran la Capilla Sixtina o construyeran una catedral o esculpieran una estatua, y eso era un exceso frente a la realidad de la mayoría, pero creo que podemos sentirnos orgullosos de ese espíritu y de sus resultados. Para avanzar necesitamos la curiosidad, la sensibilidad, la exploración. La creatividad y el arte hacen avanzar las sociedades.

—¿Lo que tú haces es arte?

—A ver, en Mugaritz expresamos ideas, provocamos emociones, estimulamos los sentidos. Un escultor me dijo que la gastronomía no es arte porque no se plantea las cuestiones esenciales. Como la muerte, me dijo. Entonces se me ocurrió el consomé de angula viva. Era una propuesta difícil, creaba tensión, porque presentábamos la angula nadando en un caldo y el comensal tenía que metérsela en la boca, morderla, sentir el crujido de la espina en su boca y tragarla. Queríamos mostrar algo que los comensales siempre preferimos ignorar: alguien ha tenido que matar lo que comemos. Es un lujo que otro haga ese trabajo sucio por ti.

Si tuvieras que matar todo lo que comes, ¿seguirías comiendo igual? ¿A qué renunciarías? ¿Qué dice eso sobre nuestra sociedad, qué dice de bueno y de malo?

—Algunos tomaban un poco de consomé pero dejaban la angula nadando.

Aduriz sostiene que el placer no se enciende solo con los sabores que percibimos

en la boca. Uno de los mayores placeres, dice, es el del descubrimiento. Y que eso es lo que él intenta provocar en sus comensales: la oleada química que nos baña el cerebro cuando nos atrevemos con lo desconocido y encontramos algo inesperado. En ese momento nos suben los niveles de dopamina, el neurotransmisor que da placer. Por eso algunas personas tienden a arriesgarse más, porque esperan alcanzar una recompensa mucho más placentera que las habituales: comer tortilla de patatas da gusto, pero a fuerza de repetir se convierte en una satisfacción previsible y modesta, por lo que algunos preferirán arriesgarse a probar comidas desconocidas. El problema de la conducta arriesgada es que puede provocarte un accidente, puede llevarte al fracaso, puede intoxicarte, incluso puede convertirte en un adicto a las experiencias cada vez más fuertes y a los chutes químicos cada vez más intensos. Por eso otras personas toman actitudes conservadoras, porque lo más importante para ellas es evitar los peligros.

Las neuronas relacionadas con el riesgo están en la misma zona cerebral de las neuronas relacionadas con el placer y la adicción. Sus receptores de dopamina presentan diferencias de una persona a otra, por eso hay gente más atrevida y gente más prudente. Pero no estamos tan determinados: los humanos también aprendemos observando lo que hacen los demás y lo que les ocurre a continuación, extraemos conclusiones y actuamos en consecuencia. No somos esclavos de la biología, porque tenemos capacidad de aprendizaje.

El riesgo tiene una ventaja evolutiva: conseguimos beneficios que nunca habríamos alcanzado si nos hubiéramos quedado a salvo en el refugio. Como especie, no hubiésemos llegado muy lejos sin el placer de arriesgar.

ya que hablamos de viajar

a la otra parte del mundo en busca de especias: cuando comemos pimientos picantes, chiles, jengibre, ajo, cebolla o wasabi, nuestro sistema nervioso detecta sus compuestos químicos y manda al cerebro la señal de ardor en la boca. El cerebro libera entonces endorfinas y dopaminas, analgésicos que nos dan una sensación placentera. Así que los humanos nos lanzamos de manera voluntaria al riesgo y al dolor, a la aventura, a la navegación, a la exploración, para obtener mayor placer.

Nos impulsan el placer, la vanidad y la ignorancia.

Así pasa lo que pasa: 239 tipos se enrolan en un viaje peligrosísimo con la esperanza de enormes recompensas, casi todos palman en el intento, dieciocho sobreviven, completan la aventura y consiguen un logro extraordinario para la humanidad. Así avanzamos, así de nobles y así de brutos.

en 1970, la monja mary jucunda

envió una carta a la NASA desde Zambia para preguntarles cómo podían gastar miles de millones de dólares en la preparación de viajes a Marte, cuando en la Tierra tantos niños morían de hambre.

El científico Ernest Stuhlinger le respondió para expresarle admiración por su entrega al prójimo y tratar de convencerla de que la exploración espacial, a largo plazo, contribuiría mucho más a la erradicación de los problemas graves de los habitantes de la Tierra, como el hambre y las enfermedades, que todos los programas de ayuda. En su carta contaba la historia de un conde alemán de hace cuatrocientos años que se fijó en un artesano de su pueblo, un hombre que en sus ratos libres se dedicaba a pulir lentes para fabricar aparatos ópticos. El conde lo invitó a instalarse en su castillo, le pagó un laboratorio y le asignó un sueldo para que se dedicara a investigar. A muchos les pareció mal que el conde diera unas pocas limosnas a los enfermos de peste mientras gastaba tanto dinero en esos pasatiempos inútiles de las lentes y los cristalitos. Aquel artesano patrocinado por el conde inventó el microscopio: el instrumento con el que vieron por primera vez las bacterias de la peste y que contribuyó, más que ningún otro invento, a la erradicación de las enfermedades contagiosas.

La exploración espacial, seguía Stuhlinger, cumple un papel que durante siglos solo había desempeñado la guerra: el estímulo para desarrollar tecnologías que luego mejoraban las condiciones de la vida cotidiana. Pocos inventos mejorarían las cosechas tanto como los satélites espaciales (y yo aquí me acuerdo de Dani Forcadell, el arrocero del delta del Ebro que me explicó que su tractor con GPS y pala láser le permitía nivelar el terreno y el agua con una precisión extraordinaria, de manera que las plantas crecían perfectas en cada centímetro y cada parcela le daba mucho más arroz que con las técnicas tradicionales). El programa espacial ampliaba los conocimientos de biología, fisiología, física,

química, meteorología y medicina, producía miles de inventos que luego se aplicaban en los campos, los hospitales o las comunicaciones.

Un tropezón en este camino ideal: el hambre ya no se debe a una producción insuficiente de comida (producimos para doce mil millones de personas y somos solo ocho mil millones) sino a una falta de voluntad política para garantizársela a todos los humanos. La técnica no es suficiente, hace falta política. Stuhlinger sostenía que la exploración también contribuía a la solidaridad: las fotos de nuestro planeta como una canica azul flotando en la inmensidad del espacio habían aumentado, en su opinión, «la percepción de lo limitado que es nuestro planeta» y «lo peligroso que sería alterar su equilibrio ecológico», y también había multiplicado las voces que debatían, ya en 1970, «sobre la contaminación, el control del agua, la producción de alimentos, el hambre o la pobreza» con una perspectiva global. La exploración, según Stuhlinger, proporciona las tecnologías, los desafíos, la motivación, incluso el optimismo necesario para lanzarse a resolver los problemas más graves de la humanidad.

Si planteamos que deberíamos destinar una parte mayor de nuestros recursos a luchar contra el hambre, no parece muy buena idea que lo hagamos recortando justo las partidas para investigación.

no hay duda

de que la circunnavegación de Magallanes y Elkano revolucionó la historia, destruyó la visión de un centro del mundo euromediterráneo con sus finisterres y sus abismos exteriores, confirmó la esfericidad del planeta y la continuidad de los océanos, descubrió una asombrosa diversidad cultural, cuestionó dogmas medievales, encendió la curiosidad moderna, impulsó ciencias, intercambió, enriqueció, mejoró, complicó. Sería inocente o indecente ignorar que uno de los impulsos de aquella revolución fue la codicia y que entre sus consecuencias figura una larga cola de conquistas, opresiones y sufrimientos sin medida. Es inocente o indecente contar las exploraciones solo como hazañas deslumbrantes, sin su parte de sangre y mierda.

¿aceptamos entonces la alta cocina

como una de esas exploraciones que contribuyen al progreso de la humanidad? ¿Sus búsquedas amplían el conocimiento, como pasó con el viaje de las especias, o todo eso es pura cháchara y la alta gastronomía representa un islote de ricos dándose festines en medio de un mar de pobres?

¿El placer es obsceno, el lujo es obsceno? ¿A partir de qué nivel?

De Añana subo al puerto de La Tejera, una tachuela, por la carretera que construyeron en el siglo

xix

para transportar la sal hasta la estación de Pobes. Por Pobes pasan el tren y la autopista que vaciaron la ruta de Orduña. Los salineros negociaron durante años precios especiales para el transporte de su mercancía por ferrocarril, porque el abaratamiento de los costes era entonces la única oportunidad de competir con las salinas industriales de la costa. Esa batalla la perdieron. Si ahora Añana sobrevive y no se termina de despoblar es, en parte, porque existen consumidores dispuestos a pagar cien veces más por las exquisitas escamas de sal (a 25 euros el kilo) que por la vulgar sal de mesa (a 25 céntimos el kilo). Añana sobrevive porque algunos se permiten el lujo. Y esto a mí me desconcierta bastante.

justo al otro lado

de la vía del tren está Anuzita, el pueblo de un multimillonario del azúcar, aquel lujo asiático que desplegaban los venecianos. Julián Zulueta nació aquí en 1814, creció en una familia campesina que pasaba miserias y a los diecisiete años se marchó a Cuba para trabajar a las órdenes de su tío Tiburcio, propietario de unos cafetales. Heredó los negocios de Tiburcio, los amplió y al cabo de unos años ya poseía los ingenios Álava, Bizkaia y Habana, los tres corazones de uno de los mayores emporios azucareros del mundo. Le daban mucho dinero, sobre todo porque recurría a mano de obra baratísima: esclavos africanos. Era dueño de dos mil negros, a quienes dio su apellido, y se dedicó a suministrar miles de negros más a otros terratenientes. Ese sí que era un buen negocio: España había prohibido el comercio de esclavos, así que su precio se disparó. Los barcos de Zulueta navegaban cargados de azúcar hasta Europa y regresaban a Cuba con productos europeos que se vendían muy caros en la colonia. Otra parte

clandestina de su flota cargaba esclavos en las costas de Guinea y los desembarcaba de noche en calas cubanas para hacerlos caminar tierra adentro, encadenados, hasta las haciendas de sus compradores. Zulueta, creativo y emprendedor, cargó algunos barcos solo con niños africanos, porque resultaban más fáciles de manejar, ocupaban menos y así aumentaba su margen de beneficios. Los empleaba en sus campos y algunos incluso los alquilaba a terratenientes que deseaban dar ambiente a sus mansiones con unos graciosos sirvientitos negros. Los ingleses le capturaban de vez en cuando algún barco y liberaban a los esclavos, el Gobierno de Madrid condenaba con grandes aspavientos el tráfico de seres humanos, Zulueta tuvo algún disgustillo, alguna multa, algún barco confiscado, alguna condena judicial, pero mantenía buenos tratos con la familia real española y sabía manejar a los altos funcionarios que abrían y cerraban carpetas, recibió la Gran Cruz de Carlos III, el tratamiento de excelentísimo señor, el nombramiento de senador vitalicio, el título de marqués de Álava y padre de la provincia, fue alcalde de La Habana entre 1864 y 1876.

En la ciudad cubana de Colón, en la región donde Zulueta tenía sus ingenios, dos tercios de los habitantes actuales son negros descendientes de esclavos. Y una cuarta parte se apellida Zulueta. Muchos son Zulueta Zulueta, hijos de Zulueta Zulueta y nietos de Zulueta Zulueta, de la estirpe de los guineanos esclavizados por el alavés.

Durante el Mundial de fútbol de 2018, circuló por las redes un elenco de trece futbolistas con apellidos vascos que participaban en seis selecciones (Arrizabalaga, Odriozola, Azpilicueta, Monreal, Otamendi, Mojica, Uribe, Gamboa, Ochoa, Ayala, Loyola, Urretaviscaya, Arrascaeta). Con la ilusión de imaginar un equipo vasco entre los mejores del planeta, algunos secundaban esa idea agropecuaria de encuadrar a las personas por su apellido, sin preguntarles su opinión.

En esa lista estaba Johan Mojica, jugador negro de Colombia, y recordé mi encuentro en Bogotá con María Eugenia Urrutia. Procedía del Chocó, un territorio selvático con un 82 % de población negra descendiente de los esclavos africanos que el Imperio español envió a extraer oro de aquellos ríos. En la década de 1980, los paramilitares invadieron sus pueblos con un despliegue de torturas, asesinatos y violaciones en masa, para arrebatarles los yacimientos de oro y entregarlos a ciertos oligarcas. Urrutia era una joven negra que asesoraba a mujeres violadas y denunciaba a los paramilitares. Un día la violaron ante sus tres hijos pequeños. Huyó a Bogotá, se convirtió en dirigente de las

afrocolombianas desplazadas, la secuestraron, la torturaron, la violaron, siguió denunciando en público. Vivía con escolta. Tras entrevistarla, le comenté que yo era vasco, como su apellido, y me explicó que ella descendía de esclavos negros que llevaban el apellido de su patrón como marca de propiedad.

Volaba Caterine Ibargüen, negra colombiana, campeona olímpica en triple salto, y algunos del pueblo de los patronos pretendían apuntarse las medallas del pueblo de los esclavos.

en iruña de oca

me pilla una tormenta. Pedaleo media hora bajo el diluvio, entro empapado y temblando en Vitoria-Gasteiz, saco del bolsillo una tarjeta de crédito que me abre inmediatamente un hotel. Si en vez de gastar el dinero en hoteles, si en vez de darme estos gustazos de viajar, si en vez de esta bicicleta tuviera otra que costara la mitad y me sirviera igual, ¿cuánta hambre ajena podría saciar con ese dinero?

Sé que hay lujos obscenos. También sé que solemos poner el listón del comportamiento aceptable justo en lo que hacemos nosotros.

CAPÍTULO 6. DE VITORIA A EZKIO-ITSASO

En el que se visita un bosque donde crecen galeones, un rey medieval juega al Risk, ferrones estresados consiguen un milagro sindical, un anciano de gabardina y boina le dice a Chillida que le deje el mazo y que se aparte, y un niño se asusta porque su caserío grita.

salgo de vitoria

al amanecer por el sendero de grava que bordea los humedales de Salburua, desecados hace siglo y medio porque se consideraban tierras baldías, degradados hasta convertirse en un basural del extrarradio, recuperados hace veinticinco años como paraje espléndido de lagunas, prados y robledales. Es uno de esos casos que muestran cómo han cambiado ciertas ideas sobre la utilidad de los territorios, cómo hemos desarrollado una mayor sensibilidad con el medio ambiente, uno de esos casos que nos permiten ser medio optimistas.

Dejo atrás la niebla de los humedales, me llevo una gota en la nariz. Pedaleo hacia el norte por las pistas ocres de la Llanada alavesa entre campos solitarios de patata y cereal, atravesando aldeas aún dormidas, Zurbano, Jungitu, Labiano. Los rayos de sol vienen del este rozando los campos, los encienden de amarillo y verde, la luz me alcanza, los radios giran emitiendo destellos, y a mí me entra la euforia del ciclista al que le han regalado el mundo sin estrenar, el aire fresco de la mañana, el crujido de la grava bajo las ruedas, la cafeína. Cruzo un puentecito sobre la cola del embalse de Ullibarri. Toco asfalto en Maturana y enseguida lo abandono para seguir por los caminos agrícolas paralelos, cerca de Ozaeta pero sin entrar, cerca de Hermua, Larrea, Axpuru, Narbaiza, Arriola, pero sin entrar.

Paso por Galarreta y Zalduondo, paso cerca de Salvatierra-Agurain pero sin entrar. Esta vez no me desvío, pero otros días me gusta recorrer el casco antiguo de Agurain porque es el escenario perfecto para ver a un rey medieval jugando al Risk. En 1256, el rey Alfonso X de Castilla aprovechó su turno de refuerzo para instalar cuatro plazas fuertes: fundó Salvatierra, Segura, Villafranca y Tolosa de

una sola tacada. Las cuatro villas dibujan una diagonal entre Vitoria y San Sebastián, a través de la Llanada alavesa y el valle guipuzcoano del Oria, a lo largo del camino real. En las décadas anteriores, los monarcas castellanos habían fundado villas fortificadas en la costa vasca para consolidar sus límites y para lanzar desde esos puertos el comercio con Europa. La siguiente jugada, la de 1256, consistió en reforzar el itinerario desde Castilla hasta el Bidasoa, una salida vital que además era fronteriza con los reinos enemigos de Navarra y Francia. Los reyes fundaron villas amuralladas para atraer a la población dispersa, reconociéndoles derechos y libertades recogidas en un fuero, librándoles de los impuestos que hasta entonces pagaban a los señores feudales, y así extendieron su poder en el territorio: con villas reales enlazadas por caminos reales.

Construyeron las cuatro villas de 1256 repitiendo el patrón: un casco fortificado en forma de almendra, con una larga calle central y otras dos calles paralelas que se van juntando en los extremos para desembocar en las puertas de la muralla. Unas calles transversales cortan las tres principales y forman así un damero bien ordenado. Y en cada uno de los extremos del casco se levanta una iglesia-fortaleza. Por eso me gusta recorrer el casco de Salvatierra-Agurain, porque identifico esa vieja forma repetida, porque veo al rey Alfonso X ocupando territorios en su partida de Risk contra sus enemigos Teobaldo II de Navarra y Luis IX de Francia, que estaban a punto de convertirse en suegro y yerno, los muy taimados.

Y los nombres, esos nombres poderosos. Me imagino la reunión en la que los asesores de marketing de Alfonso X le propusieron los nombres de las cuatro villas: donde está la aldea de Agurain, fundaremos una villa que se llamará Salvatierra; donde está la aldea de Erraztoi… Erratzol… Erraztiolatza, manda narices, su majestad, disculpe, su majestad, E-rraz-ti-o-la-tza, pues allí fundaremos Segura; donde está la aldea de Ordizia, fundaremos Villafranca; donde está la aldea esa ya cerca de San Sebastián, en el cruce para ir a Navarra, que ya no me acuerdo ni cómo se llama, ahí fundaremos la villa de Tolosa, sí, un nombre de ciudad prestigiosa, como Tolosa de Occitania, a la chusma le encantan estas cosas.

La firmeza que transmiten Salvatierra, Segura, Villafranca, el brillito de Tolosa. Los reyes siempre fueron genios de la publicidad, siempre completaron el ejercicio de la fuerza bruta con una fina habilidad para convencer a sus súbditos de que creyeran, jalearan, defendieran con sus propias vidas las milongas más

disparatadas.

Voy a recorrer esa Diagonal 1256 entre hoy y mañana (con algunas trampas y rodeos, porque los viajes rectos son cosa de comerciantes y otras gentes de provecho).

en la playa de los náufragos

de Torrevieja (Alicante), un arenal fino casi blanco, el mar deposita a veces montones de piedras negras. Son bloques de basalto, un material volcánico que no existe en la zona y que sin embargo forma grandes acumulaciones en ese fondo marino. Resulta que proceden de Escandinavia. Barcos suecos, noruegos y finlandeses venían a por la sal de Torrevieja. Traían las bodegas cargadas de tierra y piedras de su país, como lastre para navegar con seguridad, y al llegar a esta playa alicantina las arrojaban por la borda. En muchas calas del Mediterráneo abundan piedras que no son de ese entorno, piedras nómadas, lastre de embarcaciones fenicias, griegas, púnicas, romanas, árabes y todas las que vinieron después. El planeta va cocinando sus materiales durante millones de años, crea armonías oceánicas y continentales, aparecemos los humanos y en un pestañeo geológico lo desbarajustamos todo. Si el Creador es un maniático del orden, debe de estar desquiciado con estos mamíferos que no sabemos estarnos quietos, que tenemos que ir a todas partes, tocarlo todo, conocerlo todo, probarlo todo, y luego pasa lo que pasa, que nos ahogamos en los mares, nos despeñamos por las montañas, nos sepultamos en el subsuelo, nos envenenamos con plantas, la palmamos en polos y desiertos, donde el Creador no había querido ponernos. Le tengo mucho cariño a la especie humana, a estas hormiguitas tan épicas y ridículas, tan insignificantes y grandiosas, con el despliegue incansable de su curiosidad.

El arqueólogo Sergio Escribano encontró un montón de cerámicas alavesas en las costas canadienses donde se instalaban los balleneros de hace cinco siglos: fragmentos de jarras, platos, ollas y vasijas, que procedían, según indican los tipos de arcilla y las técnicas de cocción, de estas comarcas interiores. Las cerámicas de color azul jaspeado las fabricaron en Salinillas de Buradón; las jarras verdes para el vino y la sidra, en Egileta; las orzas para almacenar alimentos, en otros pueblos de la Llanada alavesa. Esta tierra húmeda que pisan mis ruedas tomó forma de jarra y acabó en alguna playa de Terranova.

de Sakana. En las afueras de Altsasu me desvío al bosque de Dantzaleku. Allí crecen unos robles de formas peculiares, con troncos que se bifurcan en grandes ramas curvadas y ángulos de lo más variados. No son formas naturales. Los guiaron hace siglos, con podas y pesos, para obtener las piezas arqueadas que necesitaban en la construcción naval. Hace unos años, la factoría marítima Albaola preparó un sendero con paneles informativos que parecen una colección de bumeranes con brazos de distintos ángulos, curvaturas y tamaños. Representan las plantillas de las piezas que hacían falta para construir un galeón: corbatones, varengas, genoles, rodas… Cada una de estas plantillas produce un efecto llamativo: si la miras de frente, justo detrás de ella se levanta un roble que fue guiado para que sus ramas desarrollaran esa misma forma. Es magnífico, porque caminas por el bosque y vas viendo galeones.

Una vez que las ramas adquirían el tamaño y la forma adecuada, las cortaban, las labraban en el bosque para quitarles peso y volumen, y las transportaban en carros hasta los astilleros. Un galeón de tamaño medio requería aproximadamente doscientos robles: cien rectos y cien corvos, los más estimados, porque necesitaban un desarrollo de treinta o cuarenta años hasta dar las formas deseadas. En una época en la que se construían docenas o cientos de embarcaciones anuales en la costa vasca, el ritmo con el que talaban los bosques amenazaba con agotarlos. Sin olvidar que también sacaban madera para construir viviendas, obtener leña y fabricar carbón.

Así que desde la Edad Media reglamentaron una explotación sostenible: crearon viveros, replantaron bosques, mantenían siempre los troncos hasta una altura de tres metros y solo les cortaban las ramas, guiando el crecimiento de las nuevas en diversas direcciones hasta formar árboles con apariencia de candelabro. Eran hayas y robles trasmochos. El 28 de octubre de 1496, los Reyes Católicos firmaron una ley que prohibía talar árboles y solo permitía cortarles ramas dejando «horca y pendón por donde puedan tornar a criar», es decir, preservando siempre el tronco y dos ramas principales: la horca, que crecía en horizontal, y el pendón, en vertical. Esta técnica permitía crear árboles guiados como los de Dantzaleku: colgando pesos a las ramas y aplicándoles podas de precisión, crecían con las formas de las varengas, los genoles o los corbatones. Era muy importante que la veta de la madera siguiera la forma curva que necesitaba la

pieza, porque así resultaba mucho más resistente.

En el año 2002 encontraron en el fondo del estuario galés de Newport un barco de treinta metros de longitud que transportaba barricas de vino de Portugal y se hundió en 1469. Los análisis concluyeron que estaba construido con robles de la Sakana, de algún paraje como este de Dantzaleku, donde aún se aprecia cómo criaban barcos en el bosque.

desde altsasu,

a 530 metros de altitud, subo un pequeño escalón hacia el norte para alcanzar el paso de Otzaurte, a 670, y sumergirme de nuevo en las montañas boscosas de la vertiente atlántica. Es el territorio lluvioso de los saltos de agua, las minas de hierro, los robledales y los hayedos espesos. Qué podían hacer en semejante país: pues barcos, barcos y más barcos para buscarse la vida en el mar.

A partir de aquí, la etapa no puede ser más guipuzcoana. Si usted desea un mapa en relieve, coja un folio, espachúrrelo hasta convertirlo en una bola arrugada y tírelo al suelo: ahí tiene Gipuzkoa. La carreterita de Otzaurte baja revirada por un hayedo denso, oscuro, empapado, con un asfalto que permanece verdoso y resbaladizo todo el año, así que ojo en las curvas. Paso por un caserío que se llama Eguzkitza. Significa «lugar soleado», una característica tan peculiar como para darle el nombre a la casa y distinguirla así de las demás. Después de Zegama, ya en el fondo del valle del Oria, el paisaje se abre una pizca, pedaleo por un carril bici ondulado entre prados y caseríos, veo gente que incluso recibe luz solar las suficientes horas al año como para salvarse del raquitismo. En Segura, antes de pedalear dos kilómetros llanos y caer en el feo vicio de la comodidad, me desviaré al noroeste para subir de nuevo desde los 225 metros hasta los 600 del alto de Aztiria y bajar al valle del Urola.

entro un momento

en Segura, encaramada en una colina, para ver de nuevo a Alfonso X jugando al Risk. Su huella permanece bien visible en la almendra medieval, con la calle Mayor de norte a sur, las calles paralelas, la iglesia formando parte de la muralla, el campanario para otear movimientos en el valle. Segura: el nombre no ofrece

dudas. Se trataba de una villa rodeada por muros, fosos, puentes levadizos y torreones. Tenía derecho a organizar una milicia propia, impartir justicia y organizar el mercado comarcal. Muchos pueblos del valle se arrimaron a su protección para defenderse de los señores feudales y le cedieron sus votos en las Juntas Generales, así que Segura contó con una fuerza política como la de Tolosa o San Sebastián en las decisiones del territorio.

Con la paz del Renacimiento, perdió su influencia militar y política. Con los nuevos trazados de carreteras y ferrocarriles en el siglo

xix

, quedó fuera de las grandes vías y de la industrialización, así que se vio reducida a una aldea rural y optó por especializarse en la Edad Media: es la villa mejor conservada de su época y presume de su colección de casas como la vivienda-taller Ardixarra, el palacio gótico de los Gebara, el de los Arrue con su galería mudéjar, el barroco de los Balenzegi, la mansión de los Lardizabal, «el palazio que dizen encantado», con su fantasma y todo, con sus rancias nostalgias de aquel Lardizabal, Martín, que salió de esta casa para gobernar Venezuela en el siglo

xviii

. Eran las familias del hierro. Se enriquecieron con las ferrerías, vendiendo armas, clavos, cuchillos, anclas, agujas, gubias, hoces, casi cualquier herramienta imaginable. En este territorio abrupto, tan difícil para la agricultura y la ganadería, las familias principales se dedicaron a la industria desde la Edad Media: tenían minas de hierro, bosques para producir el carbón necesario en su transformación, saltos de agua que movían fuelles y martillos pilones. Mordían el paisaje, lo masticaban y lo escupían convertido en hachas, tijeras, rejas de arado y puntas de lanza.

subo a la montaña de hierro

. Los metalúrgicos de hace tres mil años trabajaban aquí arriba, en los yacimientos de Zerain, donde encontraban el mineral y la madera para carbón que necesitaba su industria, la primerísima industria. Excavaban hornos en el suelo y dentro calcinaban el mineral, con las brasas del carbón y las corrientes de

aire, hasta separar el hierro de la ganga. Las llamaban haizeola (fábrica de viento) o agorrola (fábrica seca).

—Esas ferrerías de hace tres mil años conseguían poco hierro y de calidad escasa, no elaboraban piezas sofisticadas, pero usaban herramientas de hierro mientras otros todavía manejaban huesos y piedras —me dirán pronto en Legazpi, ante la forja en la que Eduardo Chillida aprendió a moldear la materia como sus tatarabuelos espirituales, aquellos metalúrgicos de Zerain.

En la montaña quedan doscientos túneles de las minas de hierro, trazados de trenes y las tres torres cilíndricas de Aizpea, tres hornos que calcinaban cincuenta toneladas diarias de mineral a principios del siglo

xx

, tres ruinas rotundas y silenciosas en medio del bosque que creció de nuevo a su alrededor, un equivalente guipuzcoano de los templos camboyanos o guatemaltecos.

Mi ruta sigue el desplazamiento de la tecnología: de la montaña al valle. En la Edad Media se les ocurrió aprovechar saltos de agua para mover ruedas de palas que transmitían su movimiento a dos máquinas: a un fuelle que inyectaba aire a la forja, para mantener el hierro candente mientras lo trabajaban, y a un gran mazo o martinete, que golpeaba ese hierro candente sobre el yunque. Así nació la burdinola (fábrica de hierro), así se extendió una industria medieval por el fondo de los valles, así crecieron aldeas como Legazpi hasta convertirse en pequeñas ciudades hiperactivas. Las ferrerías mayores producían grandes tochos de hierro, las menores estiraban esos bloques, obtenían barras largas y delgadas para convertirlas en herramientas, armas, herrajes, clavos.

Desde el alto de Aztiria, bajo curvas y más curvas hasta el fondo de un valle encajonado por el que corre un río apenas visible entre polígonos industriales: el Urola.

«Ur» significa agua. «Ola» es fábrica. Urola es eso: el río que mueve las fábricas.

Visito Mirandaola, una de las siete ferrerías hidráulicas que retumbaban en Legazpi día y noche, martillo contra yunque, martillo contra yunque, martillo contra yunque, en la época de Elkano. En un parque a orillas del Urola, junto a

un Museo del Hierro y a un frontón con paredes de hierro, un pequeño edificio de piedra alberga la vieja ferrería restaurada. Algunos domingos la ponen en marcha: abren los sumideros, el agua del Urola cae en tromba sobre las palas de una rueda que empieza a girar y acciona un gigantesco fuelle de cuero que insufla aire en la fragua, donde se calientan el carbón y el mineral de hierro triturado, hasta alcanzar los 1300 grados, la temperatura en la que el hierro se funde en una masa viscosa. Del fuelle solían encargarse los trabajadores más jóvenes, que cobraban poco pero adquirían experiencia follando. Al cabo de unas horas sacaban esa masa candente de la fragua, le quitaban la escoria a martillazos, la colocaban en el yunque y abrían los pasos del agua, como siguen haciendo ahora los domingos, para poner en marcha el martinete, un mazo gigantesco con una cabeza de 350 kilos que batía el yunque 120 veces por minuto.

Durante cuatrocientos años, los valles guipuzcoanos vivieron al ritmo de esa taquicardia del hierro.

El ferrón sostiene el bloque de hierro candente con unas tenazas y lo va girando bajo el mazo que golpea sin pausa, hasta darle forma de barra. Viste el traje de protección laboral de la época: sombrero de fieltro de ala ancha, para que los chispazos no le quemen los ojos, túnica de lino, que no arde, y zuecos de madera, fáciles de lanzar al aire si una chispa se cuela por el tobillo. Los ferrones empezaban a los catorce o quince años y pocos superaban los treinta: la silicosis les acartonaba los pulmones, enfermaban, se ahogaban, morían después de respirar polvo mineral durante años. Pasaban seis días seguidos en la ferrería, aquí trabajaban, aquí comían, aquí dormían a relevos, en estas salas oscuras, entre estos muros negros de hollín, tiznados desde las cejas hasta los alvéolos. La industria prosperaba calcinando minerales y destruyendo carne humana.

El séptimo día descansaban. O eso dicen.

El 3 de mayo de 1580, festividad de la Santa Cruz, los ferrones trabajaron en lugar de oír misa. Alimentaron la fragua con mineral y carbón como para producir 750 libras de hierro, pero al final de la jornada solo encontraron una pequeña pieza de doce libras. Era de hierro purísimo, con forma de cruz. Entendieron el mensaje divino y cayeron de rodillas. El obispo de Pamplona proclamó que se trataba de un milagro. El empresario Patricio Echeverría compró en 1952 la vieja ferrería de Mirandaola para rehabilitarla y mandó construir a su lado una capilla para venerar aquella tosca y divina cruz férrea.

Será otra bobada mía, pero pienso en la fecha del milagro, 1580, justo en la época más frenética de las navegaciones transoceánicas y la construcción naval, la de mayor demanda de clavos, pernos, cadenas, anclas, flejes, candiles, tenazas, martillos, espadas, picas, arcabuces, mosquetes, herraduras y demás productos del hierro, y se me ocurre que aquellos ferrones agotados siguieron una de las estrategias sindicales más creativas —el anuncio de un milagro— para recordar a los patrones que guardar los días de fiesta era un mandamiento divino.

En apoyo de esta hipótesis viene el caso de dos ferrones guipuzcoanos que en esa misma época trabajaban en la ferrería de La Encontrada, en Zuia, Álava. Llevaban tiempo queriendo casarse con sendas mozas de sus pueblos, pero sus patrones eran tan exigentes que no les concedían ni un día libre, así que decidieron celebrar su matrimonio por poderes, es decir, a distancia, por medio de una persona autorizada para ocupar su posición en la ceremonia. Uno de los ferrones, natural de Araotz, otorgó poderes a su hermano para que celebrara el matrimonio con una moza de Oñati en su representación. En ese documento, conservado en los archivos parroquiales de Zuia, el ferrón explicó sus motivos para no presentarse en su propia boda: «Por hallarme como me hallo sumamente ocupado en el manejo de mis tratos para poder mantenerme». Sin huelgas, solo un milagro podía conseguirles algún día de descanso.

desde el momento

en que James Watt patentó su máquina de vapor, cada golpe de martinete sonó ya como una cuenta atrás de las ferrerías hacia su extinción. Estas fábricas medievales necesitaban un año para producir la misma cantidad de hierro que los flamantes altos hornos en un solo día, así que fueron cerrando una a una, hasta que desapareció la última, la de Bengolea, justo aquí en Legazpi, en 1847. La crisis del hierro arrastró a miles de vascos a la pobreza, miles emigraron a las Américas, algunos se quedaron y se adaptaron: aprendieron la tecnología que estaba revolucionando el mundo. Tenían el espíritu industrial, la iniciativa de siglos montando fábricas y tejiendo redes de comercio, así que donde hubo ferrerías y molinos, instalaron máquinas y crearon fábricas de papel, fábricas madereras, fábricas textiles, fábricas de trenes, fábricas de acero. El ferrón mutó en obrero metalúrgico.

eduardo chillida no acertaba

con el martillazo. Daba un golpe aquí, otro golpe allá, pero no resolvía el problema: había construido las puertas del santuario de Arantzazu, tres dobles hojas de hierro, ideadas como esculturas que debían injertarse en la arquitectura, pero resulta que no cerraban.

Era 1954. Artistas de vanguardia levantaban un edificio sorprendente en las montañas de Oñati, entre murallas calcáreas y en el filo de un barranco. El arquitecto Sáenz de Oiza decidió que en semejante paraje no iba a construir un templo delicado y académico, nada con mármol, nada con bronce: levantó una mole caliza como las sierras que lo rodeaban, con tres torres revestidas de piedras talladas en punta de diamante. La del campanario, de cuarenta y cuatro metros de altura, la remató con una gran cruz de acero. En la fachada, el escultor Jorge Oteiza instaló una Piedad como una masa de roca con una cabeza levemente humana que mira al cielo y con otra masa del Hijo muerto a sus pies. En el friso alineó catorce apóstoles de caliza negra, de tres metros cada uno, catorce bloques cúbicos ahuecados y redondeados para darles formas humanas angustiadas, vaciadas, conmovidas. Catorce porque eran los que cabían, respondió una vez, catorce porque eran los trece remeros y el patrón de una trainera, dijo otra, catorce porque eran una representación abstracta de la comunidad creyente. Cuando alguien le reprochó que esos apóstoles parecían cualquier roca de las que veían los pastores en la montaña, Oteiza respondió que eso era fantástico: a partir de entonces, cuando los pastores vieran las rocas, les parecerían apóstoles. En realidad tardó quince años en colocarlas, porque en la década de 1950 aquellos atrevimientos causaron espanto en el obispado y una comisión vaticana ordenó suspender el proyecto. Los autores, decía el dictamen, se habían «extraviado por las corrientes modernistas» y no cumplían los preceptos del arte sagrado. Los apóstoles yacieron quince años en una cuneta de Arantzazu, «durmiendo un sueño geológico», en palabras de Oteiza. Néstor Basterretxea tampoco pudo pintar sus murales abstractos y coloristas en la cripta del santuario hasta la década de 1980.

En el acceso semienterrado a la basílica, Chillida debía montar sus puertas de hierro. Con chatarras industriales del puerto de Zumaia, fundió unas láminas que fue superponiendo con ritmos y texturas irregulares, un collage metálico y abstracto con referencias geométricas al sol, a la luna, al tronco del espino en el que se le apareció la Virgen de Arantzazu al pastorcillo. Chillida no quiso construir unas puertas a las que luego se añadirían unas esculturas. Quiso que las

propias puertas fueran esculturas. Y la idea resultó brillante, salvo por un detalle: no cerraban.

Pasó varios días intentando encajarlas, martilleando las chapas aquí y allá, hasta que se le acercó un anciano, que se quitó la gabardina y la boina y le dijo:

—Déjame el mazo y aparta.

El hombre aguzó los ojos, se agachó para repasar los bordes, se incorporó un poco para tomar impulso y asestó un mazazo en el punto exacto.

—Ya está, ya te encajan.

Era Patricio Echeverría, el herrero que fundó en Legazpi una fábrica siderometalúrgica en la que trabajaban tres mil personas, con su colonia anexa de mil viviendas obreras, escuelas, economatos, asilo y hospital. Entonces tenía setenta y dos años, había financiado parte de la construcción del santuario y llevó a Chillida a visitar sus fábricas. Le abrió las puertas del paraíso. O del infierno: hornos descomunales, cataratas de fuego, chispazos, humaredas, tochos de acero incandescente de veinticinco toneladas flotando en el aire, sostenidos por grúas monstruosas, máquinas que aplastaban los tochos, los laminaban, estiraban, doblaban. Con aquella posibilidad de modelar enormes bloques de acero como si fueran plastilina, Chillida pudo convertir sus ideas más ambiciosas en esculturas.

Es un mito fundacional: el encuentro entre Echeverría y Chillida, la fusión de la industria con el arte.

Chillida era un joven artista donostiarra que había vivido en París, había conocido las vanguardias y había regresado al País Vasco con la inquietud de buscar una expresión propia. En 1951 se instaló en un caserío de Hernani y en uno de sus paseos encontró una pequeña forja, la del herrero Manuel Illarramendi. «Era una herrería clásica vasca», contaría. «Allí descubrí el hierro trabajado a golpe de martillo, aquel mundo oscuro, lejano, primitivo, fecundo». Chillida aprendió la técnica de Illarramendi y practicaba de seis a ocho de la mañana, todos los días, antes de que el herrero empezara su jornada laboral. Pronto instaló una fragua en su propio caserío.

Esa primera fragua la custodian en el Chillida Lantokia, el taller de Chillida, en la antigua fábrica papelera de Legazpi.

—Hay que entender el lugar —me dice la historiadora Olatz Conde, de la fundación Lenbur, que divulga el patrimonio cultural de la industria del hierro. En pleno centro del pueblo, me lleva por unas callejuelas sombrías y húmedas entre naves de hormigón de hace cien años, hasta una casa medio escondida de dos plantas, fachada de piedra tosca y escudo de armas. Es Azpikoetxe, vivienda y molino papelero de 1805, en la orilla del Urola.

—Aquí nació Patricio —ese nombre, en Legazpi, no necesita apellido.

Nació, sí, en una fábrica. En el molino con el que se ganaba la vida su padre produciendo pasta de papel, en el molino que de repente lo dejó huérfano: su padre se metió en la máquina para reparar una avería, la rueda hidráulica lo aplastó, sobrevivió con heridas graves pero mientras convalecía se infectó de tuberculosis, contagió a su mujer y murieron los dos. El chaval Patricio, de dieciséis años, aprendió a trabajar el hierro en una fragua de Zegama y montó una pequeña fábrica de herramientas en Legazpi: azadas, guadañas, horquillas y rastrillos para los agricultores; picos, palas y palancas para los mineros. La fábrica creció hasta abarcar todas las fases de la producción siderometalúrgica, desde fundir el acero hasta modelar la herramienta, creció con hornos, trenes de laminación, forjas, caldererías, laboratorios, incluso un embalse privado y una central eléctrica, creció pabellón tras pabellón, hasta extenderse un kilómetro y medio por la orilla del Urola.

Olatz Conde empuja la puerta corrediza de la nave papelera, colindante al molino natal de Patricio Echeverría, y me invita a pasar.

Este es el territorio que Echeverría abrió a Chillida: una nave de mil metros cuadrados, una caverna industrial de muros desconchados que apenas recibe una luz amarillenta a través de una hilera de ventanales allá arriba, a diez metros del suelo. Cerca de la entrada colocaron la primera forja de Chillida, su forja de Hernani, a la que nos acercamos en silencio como a un modesto altar rebozado de herrumbre y carbonilla, con su yunque, sus mazos y tenazas. Contra una pared crece un jardín asilvestrado de aceros: barras oxidadas a medio retorcer, el recorte del hueco de una escultura, una gran pieza en forma de ce descartada del Peine del Viento, toda una maleza metálica de residuos, desbastes y fracturas. Contra la pared de enfrente crecen seis fotografías monumentales que le hizo Catalá Roca a Chillida mientras trabajaba con los fundidores, horneros, forjadores y sopletistas, mientras daba instrucciones o se ponía en cuclillas para observar cómo las máquinas prensaban y doblegaban piezas de acero

incandescente. Las máquinas duermen al fondo de la nave, cuatro máquinas titánicas, cuatro híbridos entre monstruo prehistórico y robot apocalíptico con sus patas y brazos, ojos desorbitados y fauces abiertas, circuitos de intestinos roñosos a la vista, mandíbulas terribles. Conde me explica que son una prensa hidráulica de cien mil kilos, una cuchara que vertía dieciséis toneladas de acero líquido, un mazo de seis metros de altura y una manipuladora (una especie de tanque con una tenaza en el morro) que volteaba y desplazaba piezas de veinticinco toneladas.

—Patricio Echeverría le cedió esta nave, le dejó usar las máquinas, le asignó diez obreros especializados y le regaló veinticinco toneladas de acero. Imagínate las posibilidades que se le abrieron a Chillida.

Él traía a Legazpi una pequeña pieza, una versión diminuta de la escultura que imaginaba. Se la enseñaba a los obreros, les pedía que la estudiaran con atención y luego la escondía. «Ese es el aroma», les decía. No quería la copia ampliada de una maqueta. Quería crear la pieza en el taller, quería que el proceso determinara la forma. Cada escultura es irrepetible porque se crea con ciertos materiales, ciertas fuerzas y ciertos tiempos.

La transformación de industria en arte no podía ser más explícita. La materia prima era la chatarra industrial, que se fundía en los hornos a cuatro mil grados y manaba como un río de hierro colado. Le añadían otros elementos, cobre, níquel, manganeso, para obtener aceros de diversas características. Ese puré lo vertían en la lingotera, donde se enfriaba hasta formar un bloque de veinticinco toneladas, que luego metían en la forja para recalentarlo durante una noche. Chillida llegaba al amanecer y asistía con los obreros al momento mágico: se abría la puerta de la forja y salía un enorme bloque incandescente, irradiando luces rojas, blancas, naranjas, amarillas que bañaban el pabellón. Llevaban el bloque a la prensa, lo desbastaban, lo tajaban, le iban sacando barras que luego tallaban, doblaban y ensamblaban para convertirlas en la escultura que hasta ese momento solo existía en el pensamiento de Chillida.

O lo intentaban. Porque Chillida llevaba los materiales al límite y a veces se le partían, como ocurrió con las primeras pruebas del Peine del Viento.

—A una barra rectangular queríamos sacarle cuatro brazos curvados pero se nos rompían —explica un obrero en el vídeo que proyectan en el taller—. Nos desanimamos, creímos que esa escultura sería imposible, pero se nos ocurrió

curvar cuatro barras por separado y luego coserlas.

Chillida no sabía que aquello se pudiera hacer. Los obreros le daban soluciones técnicas que él ni siquiera imaginaba, le ampliaban las posibilidades.

—Yo me iba a la cama dándole mil vueltas a la cabeza, pensando en las esculturas —sigue el obrero—. Éramos un grupo, si a uno no se le ocurría la solución, se le ocurría a otro.

A Chillida le gustó la idea de las costuras y quiso que quedaran a la vista. Quería mostrar las marcas de la elaboración, las tensiones y las heridas del acero, que se distinguieran las piezas y sus ensamblajes. En la escultura se expresa el autor, decía, pero también se expresa el material.

Para el Peine del Viento, tres piezas de once toneladas que debían instalarse en un acantilado donostiarra batido por el mar, a Chillida no le convencía el acero inoxidable. Quería que le saliera roña, que se apreciara el sufrimiento del material expuesto al salitre, al viento y a los embates de las olas, pero sabía que esa erosión acabaría por destruir la obra. Los trabajadores de Legazpi crearon un tipo especial de acero al que llamaron Reco: resistente a la corrosión. Se le forma una capa superficial de óxido que reboza la escultura y protege su interior. No tendríamos Peine del Viento, icono de San Sebastián, sin la sabiduría metalúrgica del Urola.

Cuando por fin resolvieron una pieza que les había dado mil quebraderos, un obrero le comentó a Chillida que menuda guerra, pero que ya habían aprendido cómo hacerlo para la siguiente. Chillida respondió que no habría siguiente. No le interesaba seguir por el camino conocido, quería salirse de nuevo hacia formas desconocidas.

Los obreros entraban al juego, estimulados por los desafíos técnicos, intrigados por aquella pulsión creadora y convencidos de que aquel hombre también era en parte uno de los suyos: Chillida no era un capataz que llegaba a dar órdenes, era un herrero peculiar pero un herrero que intervenía físicamente en el trabajo. Lo recuerdan manejando tenazas, dando martillazos, levantando cargas, incluso saltando como un gato sobre una escultura que estuvo a punto de aplastarlo cuando la cargaban en un camión: se nota que fue portero de la Real Sociedad, decían.

Jugó catorce partidos en 1942 hasta que un delantero rival le destrozó la rodilla y

tuvo que retirarse tras cinco operaciones. Le interesaba la portería, explicaba, porque era el único espacio tridimensional del campo: «El portero debe desarrollar unas intuiciones muy rápidas con dos misterios, el espacio y el tiempo, que son las mismas que debe desarrollar un escultor. Cuando un portero sale a buscar al delantero, está reduciendo el tamaño de la portería: domina el espacio tridimensional».

Los obreros también dominaron el espacio.

—Un día estábamos en el taller y un compañero empezó a decir: «Pues qué quieres que te diga, yo no entiendo nada de estas esculturas». Chillida lo oyó y le preguntó: «Oye, si ahora viene un japonés y empieza a hablarte en su idioma, ¿tú lo entenderías?». «No, qué voy a entender». «Pero te estará diciendo algo». «Ah, eso sí». «Y si le prestas atención, quizá poco a poco podáis comunicaros, ¿no?». Se me quedó esa explicación. Unos años más tarde fui a Madrid con mi mujer y entramos al museo Reina Sofía. Vimos una sala grande que solo tenía una obra de Chillida. Y ahí lo entendí. ¡Cómo hacía espacio! Tokia egin!

El obrero cuenta que tenía cerca a unos turistas. Les señaló la escultura y les dijo con una sonrisa de orgullo contenido:

—¡Eso yo he hecho!

pedaleo por el carril bici del urola

, un antiguo trazado ferroviario que sigue el flujo del río atravesando túneles y más túneles, auténtico ejercicio de urología.

Junto a la estación de Zumarraga se levanta la torre gótica en la que nació Miguel López de Legazpi, otro de esos guipuzcoanos empeñados en hacer espacio, tokia egin, pero a escala planetaria. Querían entender el globo, recorrerlo y gobernarlo, dilucidar por dónde convenía ir y cómo se podía volver. El almirante Legazpi llevaba veinte años ocupando cargos imperiales en México, cuando en 1564 el rey Felipe II le ordenó que explorara una ruta desde allí hasta las islas Molucas. Legazpi capitaneó una expedición de cinco naves que alcanzó las Filipinas, un archipiélago que quedaba dentro del hemisferio asignado por el papa a los portugueses, pero sin muchos miramientos legales las conquistó, fundó Manila y se convirtió en el primer gobernador de aquellas islas. Les

faltaba una parte importantísima: encontrar el tornaviaje, una ruta de regreso a América. Los españoles no podían navegar desde las Filipinas y las Molucas hacia el oeste, como había hecho Elkano a la desesperada, porque eso suponía adentrarse en los dominios portugueses, así que necesitaban descubrir las corrientes y vientos que los llevarían de vuelta hacia América. Otros capitanes lo habían intentado en las décadas anteriores y habían fracasado. Legazpi encomendó la tarea a su pariente Andrés de Urdaneta, natural de Ordizia, un fraile cosmógrafo que cuarenta años antes se había enrolado como jovencísimo ayudante de Elkano en su segunda expedición a las Molucas, que lo acompañó en su lecho de muerte y firmó como testigo en su testamento. Aquella vez Urdaneta llegó a las Molucas con un puñado de marineros, se pasaron unos cuantos años construyendo fortalezas, peleando con los portugueses, pactando con unos reyes locales y enfrentándose a otros, intentando enviar cargamentos de clavo que nunca llegaron a Castilla, sin saber que su jefe, el listo de Carlos I, ya había vendido esas islas por un dineral a los portugueses, que en realidad eran sus dueños legales pero aún no lo sabían. A Urdaneta y otros veinticuatro supervivientes los mandaron a Lisboa. Y así volvieron a casa después de once años de desventuras: fue la segunda vuelta al mundo. Treinta años más tarde, cuando Urdaneta ya estaba más para jubilarse que para lanzarse a ignotos océanos, llegó a las Filipinas con el almirante Legazpi y le encargaron que buscara un modo de regresar de Asia a América. Aprovechó un monzón para subir hacia el nordeste, hasta el paralelo 40, y encontró una corriente que impulsó su barco hasta California tras recorrer catorce mil kilómetros en cuatro meses. Había establecido el tornaviaje: el camino que seguirían durante dos siglos y medio los barcos españoles, sobre todo el legendario galeón de Manila, que todos los años aprovechaba el monzón y la corriente para navegar hasta Acapulco con inmensos cargamentos de especias, porcelana, marfil, laca, telas, jarrones chinos, espadas japonesas y alfombras persas, pagados con las toneladas de plata que llevaba de América a Asia.

¿Cómo recordamos estas andanzas, qué episodios destacamos, en qué posición vemos a aquellos exploradores? En Ordizia se puede ver una escultura de bronce de Urdaneta evangelizando a los filipinos, construida en 1904. El fraile, sobre una roca, extiende la mano derecha y levanta la izquierda al cielo, mientras dos indígenas en taparrabos lo admiran, uno de pie y el otro de rodillas. El 25 de mayo de 2022 lanzaron el primer satélite vasco al espacio desde Cabo Cañaveral, para tomar imágenes que ayudarán a la planificación agrícola. Lo llamaron Urdaneta.

ahora legazpi

es mucho más filipina (ciudad de 210 000 habitantes) que vasca (ocho mil).

en gipuzkoa llueve mucho

, los valles son estrechos, antaño los ríos se desbordaban a menudo, así que solían construir las casas ladera arriba. Me desvío para subir cincuenta metros de desnivel hasta el caserío Igartubeiti, en el pueblo de Ezkio-Itsaso. Es una gran casa de piedra y madera con tejado a dos aguas, edificada en un rellano y orientada al sur para recibir la máxima luz solar, un bien escaso en estas tierras, mientras las nieblas se adensan en el fondo del valle. Durante siglos sus habitantes vivieron de los trigales y maizales cultivados en laderas empinadas, de los manzanos, castaños y melocotoneros, de la huerta, de las vacas, ovejas, gallinas, conejos, del estimadísimo cerdo para alegrar la dieta. Al mercado llevaban hortalizas, melocotones y varas de mimbre para los cesteros. Del mercado traían cereal navarro o castellano.

Igartubeiti («Igartua de abajo») es un caserío vasco arquetípico. Lo construyó la familia Igartua hacia 1540, en el momento en que desaparecían las cabañas medievales para dejar paso a los caseríos que predominan hoy en el paisaje. De hecho, en 1993 lo compró la Diputación de Gipuzkoa para rehabilitarlo y mostrarlo al público como ejemplo de esa arquitectura tan propia. Igartubeiti no puede ser más vasco.

—Pues es un Frankenstein cultural —dice el antropólogo Iban Maiz.

Levantaron el caserío con una imponente estructura de roble, una carpintería muy compleja que ya quedaba fuera de las habilidades de sus habitantes: las cabañas se las construía cada familia, pero para los caseríos tenían que contratar a maestros arquitectos. El historiador Alberto Santana explica que el caserío vasco nació gracias a una combinación de carpintería alemana, cantería aquitana, mecánica mediterránea y ornamentación castellana y andalusí. No consta la presencia de artesanos alemanes en aquella época ni hubieran sido capaces de construir los miles de caseríos que en pocas décadas proliferaron por la vertiente atlántica del País Vasco. Santana apunta como foco de ese conocimiento a las

obras de la catedral de Burgos, dirigidas desde 1442 por una familia de maestros alemanes, en la que trabajaron y aprendieron muchos artesanos vascos.

Maiz me invita a pasar. Por dentro el caserío es un asombroso rompecabezas de madera, un bosque de ángulos rectos, de postes verticales y vigas horizontales. Por los anillos de crecimiento sabemos que emplearon robles de doscientos años, ejemplares portentosos, para obtener pilares de un grosor que hoy sería imposible encontrar: en Igartubeiti hay cuarenta. La pieza más impresionante es una viga móvil de once metros de longitud, medio metro de grosor y tres toneladas, que recorre la planta de arriba. Todavía la accionan varios días al año, en las exhibiciones de octubre, cuando esparcen manzanas en una plataforma de madera de esa planta superior, las machacan con mazas hasta formar una masa pulposa y les colocan encima un entramado de tablas. Ya están listas para ser prensadas. Entonces giran un gran tornillo vertical para ir bajando la enorme viga móvil, que aprieta y aprieta y aprieta las manzanas. El líquido corre por los desagües y llueve hacia los depósitos de la planta inferior. Para soportar una presión tan descomunal, la plataforma de prensado se apoya en un armazón de vigas y postes. Para que la viga móvil no oscile en horizontal, está encajada entre dos parejas de postes gruesos y altos que además sostienen el tejado de la casa y se enlazan con el armazón de soporte. Maiz remata la conclusión:

—Los caseríos no eran otra cosa que enormes lagares de sidra. La primera pieza que instalaban era la viga móvil, alrededor de ella montaban toda la estructura de la máquina y luego ensamblaban el tejado y las paredes. Aquí las familias no construían una casa. Construían una máquina y se iban a vivir dentro de ella.

El sistema de prensa lo trajeron los romanos para el aceite y el vino, la carpintería era germánica, las granjas de Asturias, Bretaña o Alemania también contaban con lagares de sidra, pero la peculiaridad de los caseríos vascos es que se trata de casas-máquina.

—A veces los visitantes ven este caserío tan impresionante, con una planta de ciento cincuenta metros cuadrados y dos pisos, y creen que la familia debía de tener mucho dinero. Es engañoso, porque esto no es un palacio: es una fábrica. Enseguida verás que la parte habitable solo ocupaba un pequeño rincón, vivían apretados, molestando lo menos posible.

Como explica el historiador Santana, los labradores vascos de la Edad Media ya prensaban manzanas para obtener sidra. Utilizaban máquinas pequeñas,

probablemente en algún cobertizo cercano a la cabaña donde vivían, como en tantas regiones de Europa. ¿Por qué les entró esa fiebre de construir caseríos-lagares por todas partes? ¿Por qué ocurrió esa revolución arquitectónica a principios del siglo

xvi

y por qué solo en el País Vasco?

La respuesta, otra vez, viene del mar.

La respuesta viene de los viajes transoceánicos. Las naos que zarpaban hacia las Américas cargaban todos los años miles de barricas de sidra, porque era una bebida que no se pudría durante las navegaciones y que además alimentaba. La demanda creció tanto que Gipuzkoa se convirtió en un inmenso manzanal y las Juntas Generales aprobaron leyes de una minuciosidad obsesiva sobre la distancia mínima entre manzanos, la fecha de apertura de los toneles, la prohibición de introducir sidras foráneas, incluso decretaron la pena de muerte para quien talara cinco manzanos. Según el historiador Sergio Escribano, en el País Vasco del siglo

xvi

funcionaban unos ocho mil lagares, la mayoría en Gipuzkoa, que producían unos quince millones de litros anuales de sidra. Los caseríos ya no eran meras unidades de supervivencia campesina, sino fábricas que trabajaban a pleno rendimiento al servicio de la expansión pesquera, ballenera, comercial y colonial. Si miles de familias pagaron a maestros artesanos para que les construyeran un enorme caserío-lagar, que resultaba mucho más caro que una simple vivienda, fue porque la sidra daba mucho dinero. El lagar solo lo ponían en marcha una o dos semanas, para prensar las manzanas recolectadas en octubre, pero el esfuerzo compensaba para todo el año: así obtenían su bebida habitual (las familias consumían cuatro o cinco litros diarios, porque la sidra era más rica, más alimenticia y mucho más fiable que el agua sin potabilizar) y vendían los miles de litros excedentes.

Para ensamblar un caserío como Igartubeiti necesitaban unos ochenta robles, lo que suponía un trabajo formidable de tala, transporte y carpintería. En 1548, en plena fiebre constructora de galeones y caseríos, con las ferrerías devorando carbón a toda velocidad, las Juntas de Gipuzkoa decidieron que todas las villas

debían establecer viveros, plantar quinientos robles o castaños anuales, contratar guardabosques y regular las talas. La sostenibilidad y las políticas ambientales no son inventos posmodernos, siempre fueron obligaciones de supervivencia. Y en aquel momento ya dependían de fenómenos globales: los viajes transoceánicos determinaron la gestión de los bosques en este rincón de Gipuzkoa. Hace quinientos años los campesinos de Ezkio-Itsaso estaban, por supuesto, conectados a la globalización.

El caserío, elemento icónico del paisaje, cofre de las esencias ancestrales, símbolo de identidad, es otro producto de la historia oceánica, viajera y promiscua de los vascos.

la siguiente transformación

también llegó de América. En 1625, la moza Catalina de Kortaberria heredó Igartubeiti. El caserío con sus tierras era un bien indivisible, que se transmitía en exclusiva a un hijo, generalmente el mayor, para impedir que la propiedad se fuera troceando hasta resultar inviable. A los demás hijos les daban algún dinero si podían, alguna dote para su boda, pero se tenían que buscar la vida en otra parte. Se iban de criadas a otras casas o de campesinos arrendatarios a otras tierras, se metían a curas o monjas, algunos emigraban a América. El mayorazgo solía ser masculino, pero ninguna ley impedía que el caserío se transmitiera a una hija. En el censo de caseríos guipuzcoanos de inicios del siglo

xvii

consta que un tercio tenían como cabeza de familia a una mujer. Por ejemplo, esta Catalina de Kortaberria, que heredó Igartubeiti y se casó con Domingo de Agirre, un segundón con dote. Ella puso el caserío, él aportó el dinero para adaptarlo a una nueva época: sin derribar nada, añadieron unos muros de piedra en los laterales y un cuerpo cerrado de madera en la fachada, sostenido sobre postes que así creaban un pórtico. La idea era ganar espacios para el producto americano que en ese momento se extendía por toda la cornisa cantábrica: el maíz. Para molerlo y convertirlo en harina, primero tenían que extender las mazorcas y secarlas durante semanas en espacios cubiertos y ventilados. Los caseríos necesitaban crecer.

En aquel siglo disminuyó la navegación vasca —porque los emperadores

requisaban los barcos para sus guerras cada vez más frecuentes, por la extinción de las ballenas, por la pérdida de los caladeros de Terranova—. Cayó, por tanto, la demanda de sidra. Los campesinos se pasaron al maíz, un cereal muy productivo que pronto sustituyó a los manzanos y también ocupó buena parte de los antiguos pastos, por lo que guardaron el ganado cada vez más tiempo en los establos y acumularon forraje para alimentarlo: necesitaron más y más espacio. Los caseríos vascos mantuvieron las formas con las que habían nacido siglo y medio antes, pero reutilizaron el antiguo lagar como desván para el forraje y como espacio para desgranar maíz, y crecieron con muros de piedra laterales y pórticos de madera. Los caseríos vascos completaron su forma actual por la aparición de una planta domesticada por olmecas y mayas.

tiene su gracia

que el guía de Igartubeiti se apellide Maiz. Es un apellido que ya aparecía en Gipuzkoa antes de la propagación de esa planta americana (quizá derive de juncal, ihitz, dicen expertos heráldicos titubeantes).

El nombre de la planta siguió un curioso recorrido. Según el filólogo Corominas, la palabra mahís pasó al castellano en 1500. Era el término que usaban los nativos de Haití para designar esta planta y el que se extendió a muchos idiomas. Otros, como el euskera, recurrieron a las especies europeas que ya conocían para retocar sus nombres y aplicárselo a las nuevas especies americanas: al pavo lo llamaron indioilarra (gallo de las Indias), a las alubias, indabak (habas de las Indias), y al maíz Indietako artoa (mijo de las Indias). El mijo era el cereal que cultivaban hasta ese momento en Europa. Desapareció enseguida de los campos, pero en varios lugares mantuvieron su nombre para designar el maíz: millo en Canarias y Galicia, milho en Portugal, artoa en el País Vasco.

En esta modesta cocina de Igartubeiti, dice Maiz, debieron de preparar miles de talos (las tortas de harina de maíz, tostadas en una plancha, que se usaban como pan en el País Vasco atlántico). Ese alimento humilde, que en las regiones del trigo despreciaban como masa para animales, revive ahora como capricho folklórico en las fiestas vascas: lo sirven envolviendo chistorra, queso o incluso chocolate, así cualquiera, y la gente forma largas colas ante los puestos de venta. Para que el talo se convirtiera en otro emblema de la cultura vasca ancestral, en otra de esas tradiciones de toda la vida, no solo tuvieron que traer el maíz desde

Centroamérica: también debieron experimentar con él, porque al principio solo lo usaban para alimentar al ganado. Los científicos ilustrados del Real Seminario Patriótico Bascongado de Bergara fueron cruzando las variedades más prometedoras del maíz para obtener híbridos cada vez más productivos, como también hicieron con las patatas o las alubias. En 1918, el investigador Cruz Gallastegui volvió de Estados Unidos con sus estudios de genética aplicada a la agricultura y cultivó en su jardín de Bergara los primeros híbridos dobles de maíz que se extendieron por Europa. Así logró variedades que resistían mejor a las enfermedades y a las sequías y que daban más toneladas por hectárea.

En cuanto rascamos en la tradición, todo es viaje, todo es mezcla, todo es transgénico.

el impulso de la exploración

convive con el de la permanencia. Los caseríos vascos tienen un nombre que perdura a través de los siglos y que designa a sus habitantes, generación tras generación, con más eficacia que los nombres de pila y los apellidos consignados en el registro civil. El boxeador se llamaba José Manuel Ibar pero lo conocían por el nombre de su caserío: Urtain. El bertsolari se llamaba José Manuel Lujanbio pero lo conocían por el nombre de su caserío: Txirrita. Ya hemos visto que el navegante se llamaba Juan Sebastián y lo conocían por el nombre del caserío de sus antepasados: Elkano.

—La casa no es nuestra, nosotros somos de la casa —dice Maiz—. Para lo bueno y para lo malo, cada persona estaba asociada a su caserío, a su familia, a sus antepasados. El caserío era la unidad de producción económica pero también el núcleo de la identidad, la célula de la organización política, con su cabeza de familia como representante en las asambleas vecinales. Tenía incluso un carácter sagrado que venía desde antiguo: el caserío era el fuego primordial, el refugio frente a lo salvaje, la protección espiritual para los bebés muertos, por eso vemos los eguzki-lores en las puertas de los caseríos, esos cardos con apariencia solar que impedían la entrada de espíritus y enfermedades.

En el subsuelo de Igartubeiti no aparecieron huesos, pero los arqueólogos excavaron en la cocina y encontraron restos del siglo

, indicios de una permanencia física y también espiritual.

—El fuego siempre estuvo en el mismo punto —explica Maiz—. Los antiguos habitantes derribaron la cabaña y construyeron el caserío, pero mantuvieron la cocina en el mismo sitio, porque el fuego es el alma de la casa y de la familia.

Cocina, en euskera, se dice sukalde: el lugar junto al fuego. La de Igartubeiti ocupa un pequeño espacio rectangular en la planta baja, con suelo de tierra apisonada, arcones, estantes con jarras, platos y cuencos de cerámica, la artesa en la que se amasaba el pan de maíz, el escaño de madera en el que se sentaba el matrimonio… y una mesa plegable: otra prueba de que estos grandes caseríos eran sobre todo fábricas y almacenes, en los que la vivienda ocupaba el menor espacio posible y había que aprovecharlo con ingenio. De una viga cuelga el llar, la cadena de hierro con argollas para sostener el caldero encima del fuego.

—En algunos caseríos vivían familias arrendatarias. Si se marchaban, se llevaban sus utensilios y apagaban el fuego. Cuando llegaba la familia nueva, abría las puertas, colgaba su caldero y encendía el fuego. Era una manera de tomar posesión espiritual de la casa.

Y la impregnaban con un buen sahumerio:

—¿Te has fijado en que no tenían chimenea? El humo era útil para secar los postes de madera y evitar la carcoma, para conservar los alimentos… Eso sí, una vez puestos a ahumar, ahumarían el queso, los chorizos, la carne, al abuelo, a la abuela, se ahumarían todos. Las sillas son muy bajas, quizá preferían quedarse cerca del suelo y no atufarse con el humo.

Esto, desde luego, no era un palacio. Cuando construyeron el inmenso caserío-lagar en 1540, solo incluyeron un dormitorio. Toda la familia dormía allí, con un colchón en el suelo, cerca de la cocina y el establo para aprovechar el calor. En la ampliación de 1625, en el tiempo de la revolución arquitectónica del maíz, añadieron tres dormitorios junto a los nuevos muros de piedra, con ventanas orientadas al este: todo un avance de luz, ventilación, higiene y privacidad.

Los caseríos-lagar dejaron de construirse hacia 1650, porque ya no recibían tanta demanda de sidra, salían muy caros y resultaba complicadísimo sustituir las enormes piezas de madera. Igartubeiti fue uno de los pocos caseríos que mantuvo el lagar, aunque no lo utilizaran, y por eso la Diputación compró el edificio a finales del siglo

xx

, lo desmontó entero y lo volvió a montar para entender cómo se ensamblaban aquellas tremendas maquinarias de prensar sidra. En la entrada del caserío se ve el tornillo vertical y el elemento que impide que el caserío se quiebre en mil pedazos cuando ejercen una presión tan brutal en su estructura: una piedra de mil setecientos kilos, contrapeso del lagar.

—En una de las exhibiciones de octubre, apretaron tanto el tornillo que la piedra empezó a levantarse en el aire —recuerda Maiz.

Santana conoció al último testigo de estas máquinas en funcionamiento: un campesino que nació en Iribar, caserío del siglo

xiv

, en el barrio donostiarra de Ibaeta. Murió en el año 2000. Contaba que cuando él era un crío, su padre y su tío giraban el tornillo, apretaban la viga y toda la casa temblaba con un crujido espantoso:

—A mí me daba mucho miedo. Me iba corriendo a la huerta y me decían: no tengas miedo, que no pasa nada, solo estamos haciendo sidra. Cuando apretaban el lagar, el caserío lloraba y a mí me daba mucha pena.

CAPÍTULO 7. DE ORMAIZTEGI A PAMPLONA

En el que los industriosos guipuzcoanos demuestran su habilidad enterrando tesoros, los ciclistas carroñeros se alimentan de vías muertas, los recién casados aprovechan el túnel más largo y el emperador tiene que presentarse en Pamplona para dominar el mundo.

voy a aprovechar

dos trazados de ferrocarril para recorrer dos valles guipuzcoanos que no pueden ser más distintos. En Ormaiztegi me subo con la bici al tren para ahorrarme el estruendoso valle del Oria, siguiendo aquella Diagonal 1256 con las semillas medievales de Ordizia y Tolosa desde las que creció esta arteria europea, este pasillo entre Castilla y Francia, con la autovía y el ferrocarril de Madrid a Irun, ininterrumpida aglomeración industrial y urbana. Me fumo treinta y cinco kilómetros mirando por la ventana una sucesión de colinas con ovejas y espaldas de edificios, con la extraña sensación de avanzar sentado sin girar las piernas, y me bajo en Andoain. A partir de aquí pedaleo por el trazado de un ferrocarril que ya no existe: el Plazaola, modesto tren minero que seguía el río Leitzaran, afluente del Oria, por un valle muy peculiar. Es angosto, sombrío, sinuoso, y a lo largo de sus veinte kilómetros solo viven media docena de personas en dos o tres caseríos, algo insólito en la superpoblada Gipuzkoa.

Los ciclistas somos alegres carroñeros que nos alimentamos de las rutas que los demás dan por muertas. Pedaleamos felices por cañadas reales, carreterillas olvidadas y trazados de ferrocarriles desaparecidos, y pedalearemos también, ya lo verán ustedes, por el flamante itinerario del tren vasco de alta velocidad. Después de tres décadas de obras y seis o siete mil millones de euros, el tren se estrenará por fin en 2028 (sin conexiones con otras redes de alta velocidad ni por el norte ni por el sur: los trenes tendrán que frenar poco después de acelerar, para no salirse de nuestro paisito). En 2030 Google inventará la aplicación del teletransporte, que nos permitirá materializarnos en cualquier punto del planeta por el precio de un café —precio de un café de terraza donostiarra, pero vale—.

En el País Vasco seguiremos usando el tren unos años más, porque un grupo terrorista secuestrará a la ingeniera jefa de Google y paralizará el teletransporte, alegando que la posibilidad de que cualquier persona se plante en cualquier sitio en cualquier momento romperá los lazos de los vascos con la madre tierra. Reivindicarán nuestro ancestral tren de alta velocidad inaugurado dos años antes, el sosiego de desplazarse lentamente a doscientos veinte kilómetros por hora contemplando el Txindoki, contra la instantaneidad compulsiva del hipercapitalismo googleano desmaterializado. Pero muchos vascos pasarán a las Landas, Castro Urdiales o Jaca para teletransportarse desde allí. Al final, los secuestradores liberarán a la ingeniera, los vascos seremos anexionados como todos por Google —que se comprometerá, eso sí, a respetar los fueros—, y en 2039 la Y vasca se convertirá en la red de carriles bici más espectacular del mundo, con sus 175 kilómetros de viaductos con panorámicas sobre los valles, túneles que perforan montañas y entradas directas al centro de las capitales, todo en exclusiva para nosotros, ciclistas felices.

Para construir el ferrocarril por un valle tan estrecho y revirado como el Leitzaran, los obreros de 1902 tuvieron que perforar nada menos que treinta y un túneles y tender catorce puentes en apenas veinte kilómetros. También ellos se habrían reído si alguien les hubiera dicho que estaban preparando una magnífica vía para el futuro uso casi exclusivo de ciclistas. Ahora es una pista de tierra apisonada que atraviesa una y otra vez las entrañas del monte, de la luz a la oscuridad, de la oscuridad a la luz, remontando suave el Leitzaran. Sin minas, sin trenes, sin pueblos, el río fluye fresco y oxigenado, repleto de truchas y anguilas, protegido por un bosque de alisos que recuerda cómo eran las orillas fluviales cuando aún no las habían colonizado los humanos. Y solo hay un par de caseríos habitados, ya en la muga con Navarra.

—Despoblado sí, pero humanizado a tope —me decía el ingeniero donostiarra Xabier Cabezón, que me llevó varias veces por los parajes más recónditos de Leitzaran en busca de restos industriales. Trepamos por laderas boscosas y gateamos entre zarzas y helechos, como soldados del Vietcong, para buscar ruinas de un cargadero y hierros oxidados de un ferrocarril de sangre, es decir, tirado por animales, que él había redescubierto tras leer una mención en un informe minero de 1907. Ese trenecillo de mulas de Lorditz bajaba el mineral hasta el fondo del valle. Cabezón me enseñó los hornos de Mustar y los de Bizkotx, dos torres de ocho metros de altura en las que calcinaban el carbonato para convertirlo en óxido de hierro, más ligero y puro, y descargarlo en los vagones del tren. La mina de Bizkotx abasteció de hierro a las ferrerías de

Leitzaran durante siglos y justificó la construcción del tren de Plazaola, incluso vio cómo llegaban alemanes en plena Segunda Guerra Mundial a exprimirle sus últimos filones.

—Lo ves ahora y parece increíble, pero el Leitzaran fue uno de los valles más industrializados de Gipuzkoa —me dijo Cabezón.

Un privilegio real otorgado en 1307 a la villa de Tolosa mencionaba los yacimientos de Leitzaran, así que en esa fecha ya debían de funcionar las ferrerías. Llegó a haber treinta y cuatro, aprovechando la abundancia de hierro, madera y saltos de agua. Hasta hace pocos años el valle aún conservaba un magnífico repertorio de fábricas medievales, complejos de talleres, presas, canales, anteparas y puentes magníficamente conservados, un patrimonio extraordinario, pero las fueron destruyendo una tras otra sin que a nadie le importara un carajo.

Cuando paso por el paraje de Ollokiegi no veo nada, porque ya no hay nada que ver, pero Cabezón me explicó que aquí se encontraba una de las ferrerías que se mencionan en 1415, en un acuerdo entre varios ferrones y los pueblos de Berastegi y Elduain, donde se habla de acuerdos anteriores y por tanto se deduce que las ferrerías ya llevaban años o décadas funcionando. La de Ollokiegi era, por tanto, una de las fábricas más antiguas del País Vasco, una reliquia industrial. Y se conservaba de maravilla. Un informe de 1980 describe el perfecto estado del canal que tomaba agua del río, las impresionantes anteparas de veintinueve metros de longitud (los muros de piedra entre los que se acumulaba el agua para soltarla luego con fuerza sobre las ruedas que movían la maquinaria), el edificio rectangular que albergaba los talleres. Durante el siglo

xx

construyeron unas cuantas centrales hidroeléctricas en el Leitzaran, a menudo en el mismo emplazamiento de las ferrerías medievales, aprovechando su infraestructura de presas, túneles y canales. A finales de los años ochenta, los propietarios de la central de Ollokiegi dragaron el fondo de una presa fluvial y no tuvieron mejor idea que descargar una montaña de lodo y piedras sobre la ferrería. Demostraron una eficacia admirable como enterradores de tesoros. Y además inspiraron a otros.

Río arriba, en el meandro de Ameraun conviven una central eléctrica, un caserío

en ruinas y un edificio rectangular de piedra apoyado en cuatro arcos. Es otra ferrería mencionada en aquel documento de 1415, otra de las fábricas más antiguas del País Vasco, y como tal recibió los siguientes honores: arrasaron los restos de su vieja presa de madera para crear una explanada junto al río en la que apilar los troncos de las explotaciones forestales, taparon las paredes interiores del taller con cemento para convertirlo en depósito de agua, lo reutilizaron como gallinero, usaron sus techos desmoronados para plantar postes eléctricos. Y lo más original: los obreros de la central también le dieron una capa de cemento a uno de los muros exteriores, para alisarlo y usarlo como frontón.

Poco antes de la muga con Navarra, en el paraje de Plazaola, Cabezón me enseñó en el verano de 2007 un desastre aún fresco. Bajamos a la orilla para descubrir unos muros de piedra con arcos, medio ocultos entre las zarzas, la única parte ya visible de la ferrería de Plazaola, también mencionada en 1415, también conservada en buen estado hasta nuestros días. El 8 de marzo de 2007, en una noche lluviosa, el canal de la vecina central eléctrica se rompió en el punto en que se apoyaba sobre la ferrería. La riada destruyó uno de los muros y parte de las anteparas. Para completar la faena, la empresa reparó el canal sin permiso de la Diputación de Gipuzkoa, un trámite obligatorio porque se trataba de una zona de presunción arqueológica, y lo hizo a las bravas: sepultó casi toda la ferrería con piedras de escollera y cemento, como una especie de sarcófago de la central de Chernóbil. Cabezón informó de esta barbaridad a la sociedad de ciencias Aranzadi, que pasó el aviso al departamento de Cultura de la Diputación. Nunca respondieron.

En Plazaola, destino de muchos excursionistas que caminamos o pedaleamos por el antiguo trazado del tren, instalaron paneles de información turística. De la ferrería ni mu. Casi nadie se da cuenta ni de que existe, semienterrada en la orilla, bajo su ataúd de cemento y zarzas. Para qué vamos a contar que hasta ayer teníamos una colección de fábricas de más de seiscientos años como habrá en muy pocos sitios del mundo y lo que hicimos con ellas.

Justo en la frontera con Navarra quedan otras ruinas industriales. Una vieja fábrica de carburo para las lámparas de los mineros, una cantina, unas viviendas y una estación de tren, destripadas, destechadas y devoradas por la vegetación. No es difícil imaginar el bullicio de este paraje hace cien años, con las explosiones en las minas, el humo negro de los hornos de calcinación, el estruendo de los descargaderos, el ajetreo de las vagonetas cargadas de hierro, el hormiguero de trabajadores que iban y venían, la locomotora silbando en la

estación. El tren, con su despliegue de túneles y puentes, lo construyeron en 1904 para sacar el mineral de Bizkotx y Plazaola hasta Andoain, donde empalmaba con la línea Madrid-Irun y seguía hasta el puerto de Pasaia. En 1914 lo extendieron para transportar pasajeros entre Pamplona y San Sebastián. Miro al sur y veo la boca de un túnel derruido: el primero de los treinta más que excavaron hasta la capital navarra.

—¡En este pueblo no se oían blasfemias hasta que llegó el tren! —dicen que dijo el cura de Leitza en el sermón dominical.

El tren Plazaola quebró el aislamiento de algunos pueblos y les llevó un desfile pintoresco de mineros, tratantes de ganado, contrabandistas, esquiadores, turistas, viajantes y forasteros en general, con sus influencias tan perniciosas a ojos de quienes preferían mundos cerrados.

Fue un tren épico, cómico y dramático. Siguiendo su huella, convertida ahora en vía verde, trazo un amplio semicírculo alrededor de Leitza para ganar altura y embocar el tramo más impresionante: el túnel de Uitzi, de 2630 metros. Me tiro diez minutos pedaleando por la galería abovedada, en una semipenumbra aliviada por focos, mientras me llueven aguas frías que se filtran montaña adentro. El túnel atraviesa las vertientes cantábrica y mediterránea, así que primero pedaleo ligeramente en subida, por donde gotean aguas que podrían fluir hasta Orio, cruzo un umbral, veo al fondo una diminuta boca de luz y pedaleo ligeramente en bajada, por donde gotean aguas que podrían fluir hasta el delta del Ebro.

Las buenas lenguas decían que el Plazaola era el mejor transporte para empezar un viaje de bodas. Si ya de por sí era lento, por el túnel de Uitzi circulaba aún más despacio, a diez kilómetros por hora, lo que suponía un buen cuarto de hora de oscuridad absoluta que los recién casados aprovechaban para sus tareas más apremiantes. La lentitud del Plazaola era proverbial. Quizá no tanto como la del Ghan, el tren que cruza el desierto de Australia, en el que una mujer preguntó al maquinista cuándo iban a llegar al destino, porque estaba a punto de dar a luz.

—A quién se le ocurre viajar en este tren en su estado —le contestó el maquinista.

—Es que cuando salimos aún no estaba embarazada.

Quizá no tan lento como el Ghan, pero algunos pasajeros del Plazaola se

apeaban en marcha junto a un viñedo cerca de Irurtzun, robaban unas uvas y se subían otra vez de un salto. O se bajaban del primer vagón, meaban plácidamente y se subían al último.

Yo también bajo suave hasta la estación de Lekunberri, donde el tren era acontecimiento. Los domingos, en cuanto veían la locomotora, la banda municipal sonaba tambores y trompetas para recibir a unos pasajeros, despedir a otros y entretener la tarde a los vecinos que paseaban hasta la estación para contemplar el espectáculo estrepitoso del ferrocarril.

También fue tren de hambre y estraperlo. El donostiarra Jesús Mari Sáez me habló de las expediciones de su infancia en el Plazaola de la posguerra, con su madre, desde San Sebastián hasta Uitzi, donde unos familiares les daban verduras, huevos y patatas de su caserío, incluso carne algunas veces, productos imposibles de encontrar en los racionamientos de las ciudades.

—Una vez estábamos en Uitzi cuando llegó alguien diciendo que el tren había descarrilado dentro del túnel —me contó—. Salimos todos corriendo y encontramos un montón de sacos de regalices desperdigados. Comimos regaliz todo el año.

En esa época se llevaba el abrigo de estraperlista: un tres cuartos de lana cheviot, con cuello de piel de oveja y seis bolsillos interiores de costura reforzada. El navarro Patxi Mikeo explicó en televisión esa moda tan curiosa: «Incluso en verano, muchos pasajeros vestían gabardinas enormes, con forros para camuflar las habas, las alubias, los garbanzos. Parecía que las mujeres que viajaban en el tren estaban todas embarazadas». Cuando la Guardia Civil aparecía en los andenes, los maquinistas alertaban a los pasajeros para que escondieran las mercancías o las tiraran por la ventana, y cuentan que una mujer apurada arrojó, con los demás paquetes, un niño envuelto en una manta que —¡suspiro!— resultó ileso.

Bajo por el desfiladero del río Larraun, vertiente mediterránea en la que aún resisten los hayedos y robledales atlánticos, y me cuelo entre dos peñascos calizos que se levantan doscientos metros verticales, uno en cada orilla del río, coronados por los vuelos de los buitres. Temo que allá arriba algún centinela descubra que llega un guipuzcoano y me mande una lluvia de flechas, pero los ciclistas somos silenciosos y veloces, y sigo viaje hacia la capital de los navarros. El paso se llama Aizpea, un topónimo obvio que significa «bajo la

peña», pero fue reinterpretado como ahizpa, es decir, hermana, para rebautizarlo como paso de las Dos Hermanas. Al otro lado aparece un paisaje nuevo: la cuenca ondulada de Pamplona, alfombrada de campos de cereal, bajo un cielo amplio y luminoso.

Por estas colinas viajaron los primeros pasajeros del Plazaola, aquellos ingenieros, técnicos y administradores de las minas que seis meses antes de inaugurar oficialmente la línea viajaron en tren hasta Pamplona para asistir a una corrida de toros en los Sanfermines, en julio de 1913. Un camino de tierra apisonada sigue ahora el trazado de aquel tren que desapareció al cabo de cuatro décadas, porque resultó demasiado rentable. Las minas se agotaron rápido, el transporte de pasajeros sufrió la competencia creciente de las carreteras y escasearon las inversiones para modernizar esta opción tan lenta. Las inundaciones de 1953, que derruyeron puentes y arrancaron raíles, le dieron la puntilla. El tren murió y los ciclistas, ya lo decía yo, aprovechamos su trazado.

en 1512, las tropas castellanas

del duque de Alba entraron desde Álava por el valle de la Sakana y derrotaron en estos parajes de Irurtzun a los penúltimos defensores de Pamplona. La conquista del reino de Navarra parecía firme, pero en los siguientes años debieron invadirlo un par de veces más, tras los contraataques exitosos de los navarros aliados con los franceses. El pequeño reino se enquistó en las nalgas del nuevo rey Carlos I de España y le impedía sentarse cómodo en su trono de ambición universal. En octubre de 1523 se trasladó a Pamplona para dirigir la campaña contra el último foco de resistencia: la fortaleza de Hondarribia, en poder de los navarros. Desde Pamplona envió una carta el 4 de diciembre de 1523 a Juan Sebastián Elkano, para ordenarle que cuatro meses más tarde se presentara en un puente fronterizo de Badajoz, donde se iba a celebrar un encuentro entre delegaciones de España y Portugal, cada una con sus cosmógrafos, navegantes y expertos jurídicos, para dirimir la situación exacta de las islas Molucas y decidir en consecuencia a cuál de los dos reinos pertenecían. «Traigáis vos los más que pudiereis de los que vinieron en la nao Victoria», le pidió el rey a Elkano. Mientras terminaba de someter a Navarra y despejar así su panorama ibérico, el viaje de Magallanes y Elkano fue lo más parecido a rodear el globo con un lazo para entregárselo al emperador.

CAPÍTULO 8. DE PAMPLONA AL IRATI

En el que Hemingway se confía, aparece Basajaun, señor tímido de los bosques, se revela que los vascos descienden de los osos y se descubre que el río Errobi desemboca en Buenos Aires.

al pie de la colina amurallada

de Iruñea-Pamplona, una pista ciclable me lleva por los meandros del Arga hacia el valle de Esteribar, por donde vienen los peregrinos. A partir de Irotz intento pedalear por el Camino de Santiago, pero aquí es un sendero estrecho y rocoso, hoy baja denso de caminantes jacobeos y excursionistas de domingo, así que dejo de incordiar a tanta gente amable que se aparta para dejarme pasar y me salgo a la carretera, amplia y con buen arcén, que va hasta Zubiri.

Sigo el itinerario clásico para atravesar los Pirineos desde Pamplona. Voy subiendo escalones, primero el alto de Erro, luego el de Mezkiritz, hasta alcanzar un altiplano a novecientos metros de altitud que se llamaba Errozabal: la llanura amplia de Erro. El nombre mutó a Rozavalle y de ahí a Roncesvalles. Al fondo del altiplano, al pie de una barrera de montañas, se alza la colegiata gótica que custodia el paso.

Por ese paso cruzaron el Pirineo con sus rebaños los pastores de la Edad del Hierro que construyeron dólmenes, los colonos celtas que construyeron crómlech, los romanos que construyeron su magnífica calzada y sus estaciones de reposo, los suevos, vándalos y alanos que aprovecharon semejante autopista, como los soldados musulmanes que iban hacia el norte, los soldados carolingios hacia el sur y los peregrinos medievales hacia el lejano oeste. «Han muerto miles de peregrinos; unos, envueltos por las ventiscas de nieve; los más, devorados por los lobos»: Sancho Larrosa, obispo de Pamplona, dio este aviso en 1127 y fundó una hospedería en el paso de Ibañeta, germen de la colegiata que enseguida construirían un poco más abajo, resguardada en la base de la montaña. Cuando el reino de Navarra perdió las costas de Bizkaia y Gipuzkoa, incorporadas a

Castilla en el año 1200, buscó salidas al mar a través de la cordillera y la principal fue esta, la de Roncesvalles, que le permitía comunicar Pamplona con la villa fortificada de San Juan de Pie de Puerto-Donibane Garazi, en la vertiente norte del Pirineo, y de allí, por el río Errobi, hasta el puerto de Baiona.

Ese sería mi itinerario lógico. Pero en vez de seguir al norte para cruzar el Pirineo por Roncesvalles, me desvío al este, pedaleo por el valle de Aezkoa, bajo en picado a la orilla del río Irati, me doy un baño junto al caserón blanco del antiguo balneario de Aribe, en el mismo rincón donde Hemingway desplegaba tres o cuatro cañas de pescar y pasaba las tardes soplando cervezas y observando el paisaje que luego describiría en sus novelas como el último lugar puro, el territorio más salvaje del Pirineo, con sus ríos helados y sus inmensos hayedos que nunca habían conocido el hacha, y bueno, eso no: precisamente me desvío al este porque quiero cruzar la selva de Irati y escuchar las historias de sus leñadores, carboneros, almadieros y arrieros, y confirmar que hasta aquí llegaba la república marítima, sí, hasta ese remoto agujero boscoso rodeado por montañas de dos mil metros en el corazón del Pirineo. Hasta Irati venían a por los troncos largos y rectos de los abetos, ideales para convertirlos en mástiles y remos de una pieza. Y en Irati se encontraban con humanoides inquietantes.

bernardo antxorena entra a la iglesia

con un balde lleno de panes duros y los va lanzando por el suelo. Doce o quince gallinas corren a picotearlos.

—Aquí ya solo entro yo, para dar de comer a los bichicos.

El templo ya no es templo: está desacralizado, hace de gallinero. El pueblo ya no es pueblo: es una hilera de casas deshabitadas en el barranco de Txangoa, una colonia industrial y militar del siglo

xviii

, el antiguo poblado de la Real Fábrica de Municiones de Hierro de Orbaizeta. Los únicos vecinos permanentes son los Zabalza, familia de pastores y productores de queso. Bernardo Antxorena mantiene su casa, la que fue capilla castrense de la colonia, pero solo viene de vez en cuando porque vive en la ciudad. Tiene alrededor de ochenta años, el pelo blanco, cara rojiza, gafas,

facciones suaves. Viene porque nació en estos bosques y siempre quiere volver.

Nació en el corazón de la selva de Irati, rodeado por diecisiete mil hectáreas de hayas y abetos, en el fondo de un circo que tiene la base a 800 metros de altitud y está rodeado por montañas de hasta 2000. Nació en uno de los bosques más inaccesibles y extensos de Europa, en una casa que ya no existe, la casa Antxorena, una posada en la que su padre atendía a leñadores, carboneros y arrieros. Comían pan con queso y huevos fritos, bebían vino, dormían en la paja. De niño, Bernardo vio a unos guerrilleros que bajaron de la sierra de Abodi para esconderse en el bosque y se lanzaron a comerse las verduras crudas de la huerta. Uno de ellos estaba herido. Los metieron en un bote, cruzaron el embalse de Irabia y pasaron a Francia. Eran, probablemente, algunos de los seis mil maquis que en octubre de 1944 intentaron invadir la España franquista por el Pirineo, en el último coletazo de la resistencia. Los hermanos de Bernardo talaban árboles, los bajaban en carros de bueyes hasta la orilla del río Irati, los ataban formando balsas, se montaban en ellos y navegaban aguas abajo por la única salida natural del bosque, la garganta del río Irati hacia el río Aragón, luego hacia el Ebro, hasta entregarlos en Zaragoza.

—Cuando cumplí seis años mis padres me mandaron aquí, a la Fábrica de Orbaizeta, porque había una escuela con una maestrica. Viví en casa de mis padrinos. Entonces había aquí ocho o nueve familias con un montón de críos. Ahora ya ves.

Ahora solo veo a una pareja de turistas que aparca el coche y entra con aprensión a las ruinas de la fábrica.

Al terminar la escuela, Bernardo emigró a Burlada, cerca de Pamplona, para trabajar en una fábrica. Desde que se jubiló, empezó a venir al bosque siempre que puede y se queda temporadas largas.

—En la ciudad no me hago, necesito volver al monte.

Pasa temporadas en esta colonia de la fábrica de armas, junto a la iglesia habitada por gallinas, el palacio abandonado, el cuartel vacío, las antiguas viviendas de soldados y obreros fantasmagóricos, los almacenes, carboneras, carpinterías y hornos de fundición. En el fondo del barranco quedan los restos de la fábrica, rotundos edificios de piedra, en parte devorados por la ruina y la vegetación, en parte restaurados por las subvenciones que van llegando poco a

poco. El río Legartza pasa bajo una galería espectacular de arcos de piedra. Sus aguas movieron las máquinas para fabricar bombas de hierro, granadas, obuses y balas.

La fábrica fue una desgracia. La Corona española consiguió que en 1784 la Junta del Valle de Aezkoa le cediera sus mayores riquezas —la explotación de la madera, las minas de hierro y las aguas— para alimentar esta factoría de armas. A cambio les prometieron unos cuantos puestos de trabajo. Parece que arreglaron el acuerdo con amenazas y engaños, porque los aezkoanos empezaron pronto a pedir al rey que les devolviera sus montes, y se pasaron doscientos años intentándolo. La primera queja la escribieron ya en 1790: en una carta alegaron que los negociadores de seis años antes no habían sido conscientes de los perjuicios «por su inocente candor», «por su ignorancia o poca instrucción en la lengua castellana», incluso por el «convite magnífico con el que los convencieron». La fábrica de armas estaba a cuatro kilómetros de la frontera y los franceses la atacaron por primera vez en el mismo año de su construcción: en 1784 dieron fuego a las instalaciones y a las viviendas. Después cayeron sobre el valle la guerra napoleónica, la realista y la carlista, con sus invasiones, bombardeos, incendios y saqueos. La fábrica, imán de desastres, cerró en 1873. Pero los aezkoanos tuvieron que escribir cartas a Madrid durante otro siglo más para recuperar la propiedad de sus montes.

tallaron su victoria

en una piedra y la hincaron bien visible en el paraje de Arrazola, en la entrada a la selva de Irati: «Monte Aezkoa. Donó Sancho el Fuerte en 1229. En poder del Estado desde 1784. Recuperado en 1982».

Recuperaron el monte y se propusieron recuperar sus monumentos moribundos: las hayas trasmochas. Desde Arrazola, doy un paseo circular de apenas ochocientos metros para ver algunas de las más imponentes. Son hayas que crecen como candelabros: un tronco viejo, rugoso, grueso y corto, desde el que se abren grandes ramas en todas direcciones y luego crecen hacia el cielo, como un paraguas con las varillas volteadas. Leñadores y carboneros cortaban las ramas y mantenían los árboles, unos árboles viejos y poderosos, de copas extraordinariamente amplias, modeladas por la mano humana y dependientes de ella: cuando desaparecieron los leñadores y carboneros a mediados del siglo

xx

, las ramas siguieron creciendo sin nadie que las podara, un día se cargaban de nieve, el tronco ya no podía sostenerlas y el árbol entero se derrumbaba. Las hayas trasmochas eran monumentos del trabajo humano y oasis naturales: con sus troncos rugosos y retorcidos, con tantos pliegues y tantos huecos alfombrados de líquenes, servían de refugio para colonias de insectos, pájaros carpinteros, murciélagos. Así que los vecinos de Aezkoa decidieron preservarlas y a partir de 2008 volvieron a trasmocharlas. Ahí siguen en mitad del bosque, ocultas, discretas, unas pocas hayas con esa forma de candelabro que revela una obra conjunta de la naturaleza y los humanos, una huella del ingenio de nuestros antepasados para adaptarse a la hostilidad del mundo, incluso para modelarlo, y que a mí me impresiona más que cualquier paisaje virgen.

entrar y salir de irati

siempre fue una tarea endiablada. Este hoyo boscoso entre montañas constituía una reserva extraordinaria de madera para construir casas, calentarse en invierno y producir carbón, también abundaban la caza y la pesca, pero costaba muchísimo llegar. Desde los valles de Navarra por el sur, desde los valles de la Baja Navarra y Zuberoa por el norte, los vecinos debían caminar un día entero por senderos abruptos, imposibles para los carros, arreando mulas montaña arriba y montaña abajo. Existía una vía directa hasta el corazón del bosque, con poco desnivel: el río Irati, pero fluía por su garganta con caudales irregulares, a veces torrencial, a veces insuficiente. Ni siquiera podían flotar almadías, las balsas de troncos ensamblados que navegaban por otros ríos pirenaicos durante las crecidas de la primavera.

Ahora, desde el paraje de Arrazola, donde los coches y las motos pagan en la caseta de entrada y los ciclistas pasamos silbando, una pista estrecha de cemento sube al collado de Orión y baja al embalse de Irabia. El embalse fue la culminación de medio siglo de obras para convertir el río en una cinta transportadora de madera. El indiano Domingo Elizondo —emigrante a la Argentina con dieciocho años, obrero portuario, pastor de ovejas, fundador de una ferretería que lo hizo rico—, volvió con treinta años a su valle natal de Aezkoa, en 1888, y se propuso explotar la riqueza forestal del Irati. Allí trabajaban los barranqueadores: hombres que lanzaban los troncos de hayas y

abetos al río y los iban conduciendo aguas abajo, desatascándolos con una vara rematada por un gancho. Estos obreros anfibios avanzaban por las orillas, se metían al río hasta la cintura con sus alpargatas de esparto para no resbalar y guiaban los troncos hasta los puntos donde esperaban los carros o camiones. Pasaban seis o siete días en el río, empapados, encendiendo fogatas para secarse al final de cada jornada, durmiendo en chabolas. El indiano Elizondo construyó presas de madera en las regatas altas del Irati. Cuando acumulaban agua suficiente, abrían las compuertas y la riada arrastraba los troncos a toda velocidad. Lo más impresionante eran las pantanadas. Acercaban cientos de troncos flotantes al dique del pantano de Irabia, el alguacil recorría las casas cercanas al río para decirles que alejaran el ganado de las orillas, abrían las compuertas y soltaban la inundación. Los troncos volaban aguas abajo y las cuadrillas de barranqueadores esperaban en los puntos donde solían formarse atascos para liberarlos con sus varas. En el puente de Aribe se formaba un inmenso tapón, una cola de troncos de varios kilómetros que tenía atareados a los barranqueadores durante días. Elizondo montó aserraderos cerca del río, alimentados por la energía eléctrica de sus propias centrales en los saltos de agua. En 1911 fundó el tren eléctrico del Irati, para llevar productos de Sangüesa a Pamplona y acercar de paso a los habitantes del Pirineo a la capital navarra en unos cómodos vagones con calefacción. Dio suministro eléctrico a industrias y barrios. Aprovechó los restos de la madera —leñas, cortezas, serrines— para producir el carbón vegetal con el que se calentaban tantas casas.

Con la aparición de las motosierras, grúas, excavadoras, apisonadoras, pistas de cemento y camiones, el transporte fluvial desapareció y ahora el Irati fluye a su aire, mucho más tranquilo. Lo siguen reteniendo en el pantano de Irabia, una lámina de agua larga y estrecha, a menudo plomiza, a veces esmeralda, entre los hayedos-abetales que en otoño se ponen escandalosos con sus mezclas locas de ocre pálido, amarillo mostaza, verde oscuro, naranja fogoso y rojo incendiario.

al otro lado del dique

, el sendero de Plaza Beunza recorre un par de kilómetros por el bosque hasta un claro en el que se levantan dos postes de un viejo tendido eléctrico. Aquí estaba la casa Antxorena. Aquí nació Bernardo.

—No vas a encontrar nada, la casa se arruinó en un incendio —me ha avisado.

Solo queda el nombre en el mapa y alguna piedra engastada en el terreno.

Izena duenak izana du. Lo que tiene nombre existe. La casa Antxorena existe todavía con su mesonero, sus leñadores comiendo huevos fritos, sus carboneros durmiendo en la paja. Existe en el relato, con la misma consistencia que las lamiak, las ninfas de los arroyos que hacen jugarretas a los humanos; que Unai, el hombre oso que pastorea las vacas cuando se quedan solas; que Gaueko, el genio de la noche que rapta a las mozas atrevidas. O que Basajaun, señor de los bosques, una especie de hombre salvaje, un gigante cubierto de pelo que vive oculto en la espesura, que suele ser amable con los pastores y protege al ganado de los rayos y los lobos, pero que se enfurece cuando los cristianos le faltan al respeto, que ruge y ruge hasta provocar avalanchas, que arranca robles de cuajo y lanza rocas gigantes contra las iglesias de los campesinos que invaden su territorio.

—Puesto que nos congregas aquí, aquí estamos, pero debes saber que llevamos una existencia muy precaria, que andamos escondidos, proscritos, huyendo de las campanas, de los rezos, del agua bendita y de los hisopos. Ya no tenemos sitio donde guarecernos y el latín nos persigue con su sæcula sæculorum por todos los rincones del mundo.

Así hace hablar Pío Baroja a un coro de espíritus vascos en La leyenda de Jaun de Alzate. También habla Basajaun, que aparece entre el ramaje, con ojos rojos y brillantes. Le preguntan:

—¿Quién eres tú, monstruo de los ojos encarnados?

—Soy el terrible Basajaun.

—Pareces un poco tímido para ser tan terrible.

—Es que me encuentro en una situación precaria. A veces creo que soy un gigante, con la cabeza enorme, los brazos membrudos y el cuerpo como una montaña; a veces pienso que no soy nada más que fantasía, humo. No sé si tengo realidad objetiva, si existo en el mundo de los fenómenos, como diría un discípulo del profesor Kant, o si soy un engendrado de la fantasía de musiú Chaho. No me aceptan en ninguna reunión de espíritus vascos; se ríen de mí porque no puedo presentar documentos de identificación. ¡Y en estas

circunstancias es tan desagradable no tener documentos!

—Yo creo que este Basajaun es un farsante impúdico. Es, a lo más, un silvano, un fauno o un egipán, que se ha perdido por estos contornos y ha aprendido la lengua vascónica.

Basajaun no es tanto una fantasía como una observación velada de la realidad. No es una leyenda inventada por pastores aburridos, sino una presencia auténtica, misteriosa, difícil de definir, que asomaba incluso en los informes de los ingenieros más racionales. A partir de 1630, la Marina francesa emprendió grandes trabajos para talar los abetos del Irati, ideales como mástiles de una pieza, bajarlos en carros de bueyes por la vertiente norte del Pirineo y transportarlos en gabarras por el río Errobi hasta los astilleros de Baiona (justo la ruta que voy a seguir: desde el corazón de la selva más recóndita hasta el puerto que conectaba con todos los puertos del mundo). El ingeniero Paul-Marie Leroy publicó en 1776 una obra de referencia sobre la explotación maderera en los Pirineos y contó que los pastores del Irati veían a menudo a un hombre salvaje que vivía en el bosque, alto, peludo, siempre alerta y esquivo, pero de carácter tranquilo.

¿Basajaun?

¡Osos! En esa época aquí aún vivían osos, seres enormes, peludos y salvajes, a veces agresivos, a menudo tímidos y esquivos. Los ingenieros los entreveían a veces en el bosque brumoso, igual que los entreveían los pastores.

—Los vascos de antaño sabían que descendían de los osos. Sí, los humanos venimos de los osos.

Así se lo dijo Pette Prebende, vecino de la aldea de Santa Grazi, en la cercana Zuberoa, al etnógrafo Txomin Peillen. A finales del siglo

xx

todavía circulaban esas creencias pirenaicas que en realidad eran bastante razonables, según me explica el biólogo navarro Migel Mari Elosegi, especialista en osos. En un continente en el que no viven simios, el oso es el animal que más se parece a los humanos. Los habitantes de las montañas lo consideraban un

pariente, pero un pariente enigmático, temible y respetable: tenía una fuerza descomunal y era muy astuto, desarrollaba trucos para engañar a los cazadores, atacar al ganado o robar miel, desaparecía en invierno y reaparecía en primavera. Cuando los pastores o los carboneros avistaban en el bosque a estos seres esquivos, podían confundirlos con humanos: los osos suelen ponerse de pie, mueven los brazos de una manera parecida a la nuestra y apenas tienen cola; cuando caminan sobre cuatro patas, apoyan las traseras sobre las huellas delanteras, así que su rastro puede sugerir que son bípedos; y las hembras amamantan a los cachorros en una postura parecida a la de las humanas. Pette Prebende explicaba que entre el oso y el humano había un estadio intermedio: el de los hombres salvajes del bosque, el de nuestro ancestro Basajaun.

sin cruzar la presa

, tomo la pista de gravilla que bordea el pantano de Irabia hacia el norte. Pedaleo en la penumbra del bosque, atravieso cortinas de sol entre las hayas, cruzo arroyos, asusto a una ardilla que trepa veloz por un tronco y así soy bastante feliz. Llego al extremo norte del pantano y remonto el arroyo de Egurgi para salir a unas campas en las que pasta un rebaño de ovejas. A mis espaldas dejo el bosque, de frente se alza un montañón de hierba rasa que debo superar, no puedo imaginar por dónde, para cruzar a la vertiente norte del Pirineo. En algún momento he cruzado la frontera sin darme cuenta, todavía en la vertiente sur, porque España y Francia se repartieron estos montes en un juego enrevesado de cesiones y contraprestaciones que duró siglos. Se suele hablar del Pirineo como un ejemplo de frontera natural entre dos Estados, pero vamos a ver: no hay fronteras naturales. Todas son fruto de decisiones que podían haber sido distintas. Desde el tratado de límites que firmaron en 1659, España y Francia necesitaron doscientos años de debates, comisiones y pactos para delimitar por fin la frontera con mojones de piedra, y resulta que solo el 55 % del trazado sigue la divisoria de las crestas pirenaicas. En el restante 45 %, la frontera se aleja hacia un lado o hacia el otro, porque Francia tuvo más fuerza para moverla a su conveniencia, porque algunos pueblos de ambas vertientes hicieron respetar sus antiquísimos acuerdos de límites, porque la raya atravesaba aquí un castillo, allá las propiedades de un terrateniente que se pasó al país que menos impuestos le cobraba, y así se fue dibujando la frontera, por poder, costumbre, conveniencias variadas, dejadez, capricho.

La gravilla se convierte en asfalto y paso junto a una borda cuyo nombre (Nekez Egina, «construida con esfuerzo») sirve de aviso. Aquí empieza el puerto de Errozate, una subida por el mundo verde de las ovejas, empinadas laderas de hierba rasa, bordas dispersas, cercados de madera, arroyos que excavan vaguadas profundas. Es una ascensión que en los primeros dos kilómetros me va mordisqueando las piernas con rampas al 13 % y 15 % alternadas con descansos, y luego me regala una bajada tramposa, porque en lugar de disfrutarla con placidez, voy lamentando la pérdida de altura: justo enfrente veo el terrible zigzag final, tres kilómetros al 10.5 % hasta el hombro del montañón de Errozate, a 1275 metros de altitud.

Ate significa puerta, lugar de paso. Este es el mundo de las ovejas, sí, y eso significa que es un paisaje modelado por los pastores, marcado con los signos antiguos de los nómadas, con sus palabras y sus piedras. Errozate debió de ser una de las puertas prehistóricas para cruzar la cordillera hacia el altiplano de Errozabal, hacia el valle de Erro. Lo dice el topónimo y lo sugieren los crómlech, cinco círculos de piedras que alguien construyó hace tres mil años en este collado abierto a todos los vientos y todas las nieves. Uno de los crómlech queda perfectamente visible a un metro de la carretera. Otros dos están medio enterrados en los alrededores. Y otros dos los destruyeron al construir esta carretera. Los crómlech son monumentos funerarios —en estos de Errozate encontraron poca cosa: algunas costillas humanas, tres fragmentos metálicos de lanzas y puñales, restos del carbón con el que debieron de incinerar a los muertos antes de enterrarlos con sus objetos— y también son referencias geográficas. Los construían en puntos significativos del paisaje, en promontorios, cruces de caminos, miradores como este, desde el que se abre una inmensa panorámica del Pirineo que va creciendo hacia el oriente y que va menguando hacia el occidente, hasta la costa, hasta el océano que ya se adivina en un resplandor brumoso allá al fondo.

En la soledad de Errozate es fácil imaginarse a los pastores de hace tres mil años enterrando un cadáver en medio de un círculo de piedras, afanándose en cubrirlo con un montón de tierra, mientras balan las ovejas, mientras el viento aúlla al rozar este paso entre montañas. Aquí, ahora, oigo el mismo viento de hace tres mil años y digamos que los mismos balidos de las ovejas. Huelo la hierba húmeda, los helechos, el aliento acre y cálido de las bolitas de mierda de los animales. Veo las cabañas de los pastores que mantienen el mismo oficio de quienes construyeron los crómlech en este puerto. Veo continuidad humana aferrada a la piedra, al viento y a los relatos.

Al oeste, a seis kilómetros en línea recta, veo el espolón rocoso del monte Urkulu y distingo perfectamente el misterioso muro gris que lo corona. Es, para mí, uno de los hitos más impresionantes del Pirineo: los restos de una torre romana en la cresta de la cordillera. Solo queda un muro de piedra circular, de veinte metros de diámetro y tres de altura. En su interior los arqueólogos encontraron un altar con restos de incineraciones y dedujeron que se trata de una torre trofeo, un monumento que levantaron los romanos hace veintidós siglos para celebrar la conquista de Aquitania, para dar las gracias a los dioses, exhibirse y vigilar, de paso, el camino que pasa a sus pies por Roncesvalles, ese pasillo de la historia europea. Sobre la caliza agrietada del monte Urkulu, los romanos apilaron bloques de caliza lisa y geométrica para levantar una torre y poseer el paisaje. Por aquí entró el mundo mediterráneo, por aquí entraron el aceite, el vino y el pan de trigo, las calzadas y la idea de construir ciudades, por aquí entraron el latín y la fe cristiana.

Es decir: por aquí entraron las campanas, los rezos, el agua bendita, los hisopos y el sæcula sæculorum que espantaban a los espíritus vascos de Baroja.

La fe cristiana asustaba a los espíritus silvestres pero en dos mil años no consiguió acabar con ellos. Siguieron vivos en el paisaje mental pirenaico hasta el siglo

xx

. Lo que disolvió a Basajaun fue el motor de combustión, impulsor de toda esa tropa de excavadoras, apisonadoras, hormigoneras y asfaltadoras que abrieron carreteras, expulsaron a los osos y permitieron que los excursionistas nos adentráramos silbando hasta la entraña más oscura del bosque y constatáramos que lo de los gigantescos humanoides peludos solo era una leyenda. Ahora Basajaun es un muñeco risueño que aparece en los carteles de las áreas recreativas, dando advertencias a los visitantes para que no estropeen el entorno: no tires basuras, no enciendas fuego, ata al perro cuando haya rebaños, no molestes con los ruidos de tu moto a los animales del bosque. Basajaun te detalla las diversas multas en euros, ya ni siquiera amenaza con lanzarte un roble.

bajo en picado:

mil metros de desnivel en diez kilómetros, por una estrecha cinta de asfalto que

perfila crestas, bordea balcones y se precipita hacia el fondo de los barrancos.

Me encuentro con el río Errobi, aquí un torrente recién nacido, que seguiré durante sesenta kilómetros hasta su desembocadura. Por esta ruta fluvial salían los abetos de Irati hasta los astilleros de Baiona, donde los convertían en mástiles y remos. De este valle salió también una emigración masiva de pastores entre 1850 y 1920, chavales de las aldeas de Esterentzubi, Eiheralarre, Beherobi, hijos segundos, terceros, cuartos o quintos del caserío, ahogados en esta zanja brumosa que no daba para más, aventureros a la fuerza que veían el mar por primera vez el mismo día en que embarcaban para tres semanas hasta Montevideo o Buenos Aires. Dejaban atrás un país montañoso sin una hectárea plana y se encontraban con una llanura infinita sin una protuberancia en el horizonte. Hay que despoblar el Pirineo para poblar la Pampa, dijo el presidente argentino Alberdi, de origen vasco, empeñado en arrebatar esas tierras a los «indios salvajes» y entregárselas a colonos europeos: agricultores, lecheros, carpinteros, albañiles, alambradores, peones, dependientes, modistas, costureras, bordadoras, planchadoras, lavanderas, sirvientas. La mayoría se quedó allí para siempre, otros regresaron con una mano delante y otra detrás, unos pocos volvieron con dinero y con ganas de conmemorar su aventura por la tierra de las oportunidades. Paso por un caserío que se llama California, huella de alguno que hizo las Américas.

Lo más curioso es que tres siglos antes las Américas hicieron este valle.

CAPÍTULO 9. DEL IRATI A BAIONA

En el que un pescador corta cabezas de bacalao entre los hielos de Saint-Pierre-et-Miquelon y al terminar descubre que de su guante sale una mano con solo cuatro dedos, los bretones incendian un frontón de los vascos en Terranova, una bretona se instala entre los vascos del Errobi y les inventa un símbolo nacional, y un fraile se encuentra con un oso panda.

—mi padre pasó cinco años

en la selva de Irati. Sin salir de la selva, quiero decir. Se metió allí después de la guerra española por miedo a que lo fusilaran, vivió en una cabaña y se dedicó a talar árboles, pero nunca bajó a los pueblos. Era navarro, de Sunbilla, en el valle del Bidasoa. Cuando vio que el franquismo se asentaba, perdió la esperanza de volver a casa, cruzó la frontera, conoció a una mujer de Itsasu y aquí se quedó.

Mixel Lastiri nació en Itsasu en 1954, hijo de aquel basajaun. Y en cuanto pudo, cruzó el océano siguiendo el mismo impulso de las anguilas y de los habitantes de este valle del Errobi, atraídos durante siglos, sin remedio, por los misteriosos cantos americanos.

—Yo de pequeño quería ser cura. Una vez vino a Itsasu un misionero y nos enseñó a los niños de la catequesis una película en Super-8 de su aldea africana. Fue la primera vez que vi negros. Me entraron unas ganas terribles de viajar, de conocer otras gentes, yo quería irme a África. Mis padres me mandaron fuera, pero no muy lejos, a Baiona, a estudiar solfeo y piano en una escuela católica. Al principio yo decía que sí, que quería ser cura. «Si te metes a cura, comerás pollo todos los domingos». Eso no era ninguna tontería, ¿eh? En aquella época comíamos pollo un par de veces al año, en las grandes ocasiones. Con los curas aprendí música y aprendí que no me gustaban los curas. Les dije a mis padres que prefería estudiar cocina, pero los cursos eran muy caros, así que me apuntaron a mecánica.

Con veintidós años, Lastiri agarró un macuto y se marchó al Quebec a buscarse la vida.

—Empecé de pinche en un restaurante. Un día vino a comer un grupo de bailes vascos, con sus trajes típicos, con la ikurriña y todo. Les pregunté: «¿De dónde sois?». «De Saint-Pierre-et-Miquelon». «¿De dónde?».

Lastiri ni siquiera imaginaba de dónde salían aquellos vascos que no eran del País Vasco. Saint-Pierre y Miquelon son dos islas veinte kilómetros al sur de Terranova, que fueron base de los balleneros vascos desde el siglo

xvi

y ahora pertenecen a Francia, último vestigio de sus colonias norteamericanas. De los actuales seis mil habitantes, un tercio tienen origen vasco.

—Yo no sabía ni que existían esas islas. Me quedé alucinado cuando vi que esa gente bailaba los mismos bailes que yo, me hice amigo de ellos y me dijeron que si encontraban un empleo para mí en Saint-Pierre-et-Miquelon, me escribirían. Al cabo de unos meses volví de Quebec a Itsasu. Y enseguida recibí una carta: me ofrecían un puesto en un restaurante de Saint-Pierre. Me fui de cabeza.

En la década de 1980, Saint-Pierre-et-Miquelon albergaba uno de los mayores puertos bacaladeros del Atlántico Norte. Los barcos pasaban un mes pescando en aquellas aguas negras, azotados por tempestades, envueltos en brumas, rebozados de hielo, amenazados por los icebergs que llegaban a la deriva desde Groenlandia, volvían al puerto para desembarcar toneladas de bacalao y al cabo de pocos días se echaban de nuevo otro mes a la mar. Así durante seis o siete meses seguidos. Los marinos, eso sí, ganaban un dineral. En el puerto de Pasaia, desde el que zarpaban docenas de bacaladeros todos los años, aún recuerdan a los gallegos que desembarcaban al final de la campaña y tomaban un taxi para viajar setecientos kilómetros hasta La Coruña. Mixel Lastiri recuerda a los pescadores vascos, gallegos, asturianos, franceses, alemanes, rusos, japoneses y coreanos que pasaban por su restaurante de Saint-Pierre en los pocos días de descanso, cuando entraban al puerto para descargar el bacalao, recuerda los banquetes, las juergas y las peleas antes de que zarparan otra vez. Ganaban mucho y gastaban rápido. A los patrones no les importaba que los marinos se fundieran el sueldo en bares y prostíbulos, porque así tenían que volver al barco para recuperar el dinero.

—Más de una vez me propusieron ir de cocinero en algún barco, pero no quise. Las condiciones eran terribles, imagínate navegar en esos oleajes, con un frío que congelaba la cubierta. Y no había ni sitio para la cocina, era minúscula.

Aprovechaban el espacio del barco al límite para almacenar mil o mil quinientas toneladas de bacalao. Veintipico marinos comían sentados en los pasillos, no tenían duchas, se amontonaban de ocho en ocho para dormir en camarotes que apestaban a sudor y tripas de bacalao, día tras día, semana tras semana, mes tras mes, todos los años. Cuando algunos reclamaron camarotes y duchas, los armadores les preguntaron si estaban dispuestos a quitarle ese espacio a los tanques donde almacenaban el bacalao: cuantas menos toneladas capturaran, menor paga cobrarían. Renunciaron a las duchas pero instalaron armarios para almacenar botellas de aguardiente. A ver cómo podían aguantar, si no, aquella tarea despiadada. Las redes soltaban montañas de bacalaos en la cubierta helada y los marinos tenían que limpiarlos allí mismo, a la intemperie, con veinte o treinta grados bajo cero, empapados por las olas, en turnos de ocho, diez, doce horas, lo que hiciera falta. Cortaban cabezas, sacaban tripas, los echaban a la bodega para salarlos. Cuando encontraban un banco abundante, no se regalaban un minuto de respiro, no dormían, no paraban a comer, apenas masticaban algún cacho de pan húmedo con la mandíbula congelada. Cuando volvían a su pueblo, recordaban escenas en la taberna (pero no en casa, porque lo malo guardar y lo bueno contar). Recordaban el vuelo del compañero que cayó por la borda en un golpe de mar y el vuelo del que saltó para rescatarlo; los gritos de los marinos de aquel barco portugués que chocó contra un iceberg y se hundió ante sus ojos a toda velocidad, y de repente el silencio; el chasquido del cable metálico que izaba la red hinchada de bacalaos hasta la cubierta y no soportó tantas toneladas y se partió y soltó un latigazo que rebanó a un marinero limpiamente en dos; la ironía macabra de los barcos que se perdían en la bruma, de los marineros que pasaban días a la deriva y morían de sed en mitad de una masa de agua oceánica; la sorpresa de aquel otro que pasó horas dando golpes de cuchillo para cortarles las cabezas a los bacalaos y en una de esas se amputó el pulgar y no se enteró, anestesiado por el frío, hasta que se quitó los guantes al final del turno y vio que su mano izquierda salía con cuatro dedos y que el quinto se le había quedado dentro.

—Y cuántas peleas en tierra, cuando venían al restaurante y se emborrachaban —recuerda Lastiri—. Los japoneses sacaban rápido la navaja. Pero bueno, allí se insultaban, se daban puñetazos y luego seguían bebiendo juntos como hermanos con la nariz sangrando. A nuestro restaurante venían muchos pescadores de

Bermeo, de Pasaia, muchos vascos, porque sabían que estaba yo de cocinero. Me pedían carne. Estaban hartos de comer bacalao a bordo. Un día me vino un patrón donostiarra con un saco lleno de kokotxas. «Toma, para ti, los pescadores no se las quieren comer». Le dije que se las llevara a Donostia, que le pagarían mucho dinero, eso era un manjar. Pero insistió y me las regaló. Yo se las ofrecía a los clientes, pero estaban todos hasta las narices. Comí kokotxas de bacalao ocho días seguidos.

Lastiri cocinaba y luego, al terminar las cenas, salía a cantar en euskera. Lo acompañaba un pianista inglés.

—Los vascos de Saint-Pierre-et-Miquelon habían perdido el idioma y venían al restaurante a escucharme. A algunos les daba clases de euskera. También les enseñaba canciones y bailes, porque yo había bailado en el grupo Oldarra, de Biarritz.

En el siglo

xvi

, por estas islas solo aparecían los balleneros durante la temporada de caza. En el

xvii

, el reino de Francia chocaba en guerras constantes con el de Inglaterra por el control de las costas americanas del Atlántico Norte, así que fundó una colonia permanente en Saint-Pierre-et-Miquelon: aquí se asentaron pescadores normandos, bretones y vascos. La actual bandera de las islas representa el barco en el que llegó el explorador Cartier en 1535 y también incluye la bandera de Normandía, la de Bretaña y la ikurriña.

—Los vascos que se instalaron en Saint-Pierre eran casi todos de San Juan de Luz y de los pueblos costeros de Lapurdi —dice Lastiri—. También vinieron chicos de la montaña, que salieron de sus caseríos para ganarse la vida, sin tener ni idea de pescar. Aprendieron sobre la marcha. Algunos compraron vacas en Canadá y las trajeron, montaron granjas en las islas. Muchos se casaron con mujeres irlandesas de Terranova.

El idioma oficial de las islas es el francés, casi todos hablan inglés para comunicarse con los vecinos de Terranova y con los turistas canadienses que

vienen a ver ballenas, el euskera se perdió. Mantienen una Euskal Etxea con su despliegue anual de folklore. Organizan un festival vasco de danzas y coros, traen a levantadores de piedras y cortadores de troncos, y disputan partidos de pelota en el frontón decorado con ikurriñas y lauburus. Dicen que es el frontón más antiguo de Norteamérica: la asociación local Zazpiak Bat lo construyó en 1906.

—Los vascos hicieron su primer frontón de madera —cuenta Lastiri—, pero los bretones se enfadaron porque la madera es muy escasa en las islas y le pegaron fuego. El siguiente lo hicieron ya de piedra.

No hay nada como el diálogo.

Los enormes buques congeladores del siglo

xx

agotaron los caladeros que habían alimentado a Europa durante casi cinco siglos. En 1992, el Gobierno de Canadá prohibió la pesca del bacalao y así se extinguió un mundo en Terranova: desaparecieron los barcos, cerraron las empresas, languidecieron los puertos, miles de trabajadores quedaron en paro, uno de cada cinco habitantes emigró. A Saint-Pierre-et-Miquelon, como territorio francés, le corresponde una estrecha franja marítima en la que faena una minúscula flota de pescadores de cangrejos, bogavantes y pepinos de mar. Sus seis mil habitantes trabajan también en la construcción, el turismo, los servicios públicos.

—He vuelto varias veces y no queda ni rastro del mundo de la pesca, de aquel puerto repleto de barcos, almacenes, restaurantes, con pescadores de un montón de países que hablaban en un montón de idiomas. Ahora Saint-Pierre es un lugar triste. La gente sigue viviendo allí porque es la última posesión francesa en América del Norte y París les paga subsidios.

mixel lastiri me guía

en bici entre los caseríos de Itsasu. Es un señor de sesenta y seis años en plena forma, pedalea con sus zapatillas y pantalones de senderista, su camiseta azul marino de la marcha montañera Hirukasko y su boina indudable, y baja las cuestas agachando un poco la cabeza para coger velocidad, cortando el aire con

una de esas narices intrépidas tan habituales en esta comarca, aguzando los ojos claros que contrastan con la barba blanca rasa. Llegamos a un campo en la orilla del río Errobi. Una mujer recorre hileras de matas con un cubo y va recogiendo pimientos de un color rojo vivo, terso y brillante. Es Laurence, una mujer bretona que en 1979, con veintidós años, se marchó a Saint-Pierre-et-Miquelon a trabajar de camarera. Al restaurante donde Mixel era cocinero, sí. Y aquí están ahora, casados, con tres hijos, cultivando a orillas del Errobi la planta que para los franceses representa el producto más típica y folklórica y turísticamente vasco, y que es por supuesto americano: el pimiento de Ezpeleta.

Ristras de pimientos rojos cuelgan en las fachadas blancas de los caseríos de este valle, invaden escaparates y tiendas de recuerdos: se venden cordeles de pimientos, frascos de pimiento en polvo, tabletas de chocolate con pimiento, patés con pimiento, mostazas con pimiento, vino con pimiento, los pimientos aparecen representados en postales, imanes para el frigorífico, colgantes, toallas y chancletas, bordados en boinas. En las comedias del cine francés que explotan los tópicos regionales, la chica parisina recorre un País Vasco plagado de ovejas, boinas, ikurriñas, irrintzis, frontones, alpargatas, metralletas, quesos y pimientos rojos de Ezpeleta.

—Es un fenómeno curioso —dice Laurence, en camiseta de tirantes y pantalón corto, con el pelo blanco corto, gafitas redondas y las mejillas y la nariz enrojecidas por el sol, porque también ella va adquiriendo el tono de los pimientos cuando le toca cosecharlos—. Es curioso, porque el pimiento está ahora por todas partes y hace veinte años no le interesaba a nadie. Era un cultivo marginal. Lo importante eran los maizales, los trigales, los viñedos, los pimientos solo los plantaban las mujeres en el huerto de casa para dar gusto a la comida, para conservar alimentos. Fuera de casa solo se usaba para curar el jamón de Baiona.

Laurence y Mixel pasaron la década de 1980 saltando entre restaurantes de Saint-Pierre-et-Miquelon, País Vasco, California, Bretaña, hasta que se cansaron de la vida nómada y la inestabilidad del oficio. Decidieron instalarse en el País Vasco. A finales de los años noventa, Mixel heredó un terreno en Larresoro, cerca de Itsasu, y Laurence vio una oportunidad para dedicarse a la agricultura.

—Los inicios fueron difíciles. Aquí los campesinos eran todos hombres, vascos y cultivaban maíz. Entonces llegué yo: mujer, bretona y me puse a cultivar pimientos. Se burlaban de mí. El pimiento era un producto de poco valor y les

parecía que yo desperdiciaba el terreno y perdía el tiempo.

—¿Por qué te dio por los pimientos?

—Mi premisa era buscarme un oficio que tuviera relación con esta tierra, quería dedicarme a un cultivo ligado a este paisaje, a su historia, a las mujeres de los caseríos. Ya teníamos maizales. Así que pensé en el pimiento. Conocí a un técnico agrícola, aprendí mucho, en 1998 planté seis mil matas y fue una catástrofe. Pero no me rendí. Seguí probando, conseguí pimientos cada vez mejores y me puse a venderlos en el mercado de Ezpeleta. Cuando empecé, no éramos más de treinta productores de pimientos. En el año 2000 conseguimos la denominación de origen. Fuimos ganando prestigio. Ahora somos más de doscientos y cultivamos cinco millones de matas. Yo tengo siete mil, casi como al principio. Una parte aquí en Itsasu, otra parte en Larresoro. Me vale así. No quiero crecer demasiado, prefiero seguir cuidando los pimientos de manera artesanal y conseguir la calidad máxima. Los planto en mayo, los cuido a diario, a partir de agosto empiezo a recogerlos…

Laurence camina y va pasando la mano por las matas como si acariciara nietos. Cuando Mixel me muestra un par de pimientos para que les saque fotos, ella dice que esos no, que todavía no están maduros, que mire esos otros de diez centímetros, tersos, rojos, resplandecientes. Estos, los más lustrosos, los colgarán en ristras de veinte. Los demás los secarán. Me llevan al secadero, un cobertizo en el que colocan los pimientos en bandejas con rejillas para que se aireen y se vayan deshidratando durante quince días. Luego los meterán un par de días a un horno muy suave, a treinta o cuarenta grados, y cuando ya estén crujientes los triturarán hasta conseguir el pimiento en polvo. Laurence venderá los botes de pimiento en polvo y las ristras de pimientos enteros en el mercado de Ezpeleta, a cinco kilómetros de Itsasu.

—Los de Ezpeleta presumen de que el pimiento de Ezpeleta es de Ezpeleta, pero no —me dice.

—Ah, porque el pimiento viene de México, ¿no?

—Sí, bueno, pero me refiero a esta variedad de pimiento rojo. Sí que es una variedad de esta zona, está definida y protegida con la denominación de origen. Digo que lo llamaron pimiento de Ezpeleta porque la feria más importante de esta comarca es la de Ezpeleta, pero lo producimos en diez pueblos: en Itxasu,

Zuraide, Larresoro, Ainhoa, Senpere, Uztaritze…

Los campesinos se pasaron cuatro siglos seleccionando semillas para conseguir este pimiento exacto, aromático, afrutado, que da un picante muy suave. Deja un calorcillo agradable en la boca pero sin quemar.

El pimiento arraigó aquí con tanto éxito, me explica Laurence, porque se trata de una planta subtropical y en el valle del Errobi se dan condiciones parecidas a las de los valles mexicanos de los que proviene. Esto, al pie del Pirineo, sí que no me lo esperaba. Pero lo entiendo rápido. Ayer por la tarde pedaleé una treintena de kilómetros desde Donibane Garazi por la orilla del Errobi, por un valle estrecho y profundo, encajonado entre montañas, en el que se acumulaba un calor sofocante. Con la humedad que soltaba el río caudaloso, aquello era como pedalear dentro de una sauna. Sudé a chorros, en Bidarrai busqué una fuente para beber como un camello y para empaparme la cabeza porque creí que me iba a dar un golpe de calor, y en un desfiladero vi a docenas de personas chapoteando en las pozas para refrescarse un poco. Al desfiladero lo llaman Pas de Roland porque este legendario caballero carolingio, sobrino de Carlomagno, abrió el tajo en la roca con su espada Durandarte intentando huir de la emboscada vascona en Roncesvalles. En euskera lo llaman Atekagaitz: paso chungo, más o menos. Buitres y milanos volaban en círculos sobre el desfiladero, quizá esperanzados con la probabilidad estadística de que a alguno de los doscientos bañistas que saltaban directamente del bochorno a las aguas frescas le diera un patatús y quedara flotando boca abajo en las pozas. Justo a la salida del desfiladero, el valle se abrió un poco y apareció este campo de pimientos de Laurence y Mixel Lastiri, apenas separado del Errobi por un bosquete de ribera.

—Aquí tenemos veranos calurosos y muchas horas de luz, ideal para que maduren los pimientos. Y no necesitamos regar, porque llueve bastante y el río mantiene la humedad. En otoño, cuando recolectamos los pimientos, suele soplar un viento sur perfecto para secarlos —dice Laurence.

—No es casualidad —añade Mixel— que en este mismo valle plantaran los primeros maizales de Europa. Cuando pases de Uztaritze hacia Baiona, en la parte baja del valle, ya verás que los maizales son altísimos, tremendos. Aquí crecen mucho, tienen las condiciones ideales de calor y humedad.

Quizá un marinero de principios del siglo

xvi

subía por el río Errobi, de regreso a casa tras un viaje americano, se le cayó algún grano de maíz del bolsillo en las tierras de Uztaritze y brotaron plantas enormes, dice Laurence con una sonrisa. Probablemente el cultivo fue intencionado, uno de los primeros intentos de adaptar aquella planta que revolucionaría la alimentación europea, pero la hipótesis fantasiosa de Laurence tiene sentido geográfico: el maíz, el pimiento y más tarde el cacao, tres productos típicos de esta región, entraron por el puerto de Baiona. América se infiltró por el Errobi hasta el tuétano del país de los vascos.

me separo

un tramo del Errobi para buscar entre las colinas el camino a Ezpeleta.

Las oficinas de turismo del Pays Basque recopilaron las mejores consultas de los visitantes. ¿A qué hora empiezan las corridas de toros de Baiona, hay espacios en las calles para refugiarse? ¿Dónde se coge el barquito para cruzar a Santiago de Compostela? ¿Dónde podemos ver un partido de fiesta punta (en el exterior, no dentro de un ralalai)? ¿No creen que sería buena idea añadir vainilla y ron a la receta del pastel vasco? ¿Hay osos en las montañas de los pastores que elaboran queso? ¿A qué hora abren el pueblo de Ezpeleta?

Sí, algunos franceses piensan que Ezpeleta es una especie de parque temático de Vascolandia con sus horarios de cierre y apertura, y no van desencaminados. Veranean en la costa, en Hendaia, San Juan de Luz o Biarritz, y cuando se apuntan a una excursión para conocer el auténtico y pintoresco interior del País Vasco, llegan en caravanas de autobuses hasta Ezpeleta. El pueblo es xarmant, xarmantísimo: un cogollo elevado de pequeñas calles sinuosas, casas típicas labortanas de fachada blanca reluciente y entramados de madera roja, tejados, balcones y contraventanas rojas, donde la arquitectura importa un pimiento. Los pimientos son lo que importa: cuelgan de las fachadas y los balcones en ristras y ristras y más ristras, puestos a secar, exhibidos como símbolo de identidad. Los venden en el mercado y en las tiendas coquetas, en todas sus modalidades y en todas sus combinaciones, lo anuncian como ingrediente del plato típico que todos piden en el restaurante: la axoa, un picado de ternera con pimientos y cebolla, espolvoreado con pimiento en polvo de Ezpeleta, la poción mágica de

esta aldea de Astérix vascos que resisten ahora y siempre al invasor, y se van todos encantados por la aventura.

Entrando a Ezpeleta, paso junto a la casa chocolatera Antton, que también exhibe ristras de pimientos en su fachada y presume de haber inventado la famosa pasta de chocolate con pimiento de Ezpeleta, especialidad vasca vasquísima vasquérrima.

—Los aztecas mezclaban el cacao con el pimiento —me había explicado Laurence Lastiri.

En un promontorio se alza el castillo de los barones de Ezpeleta, un palacio del siglo

xvii

con torre cilíndrica adosada, en el mismo emplazamiento de la fortaleza que levantaron los señores feudales de esta familia en la Edad Media. Sirvieron a los reyes de Navarra, Francia, Inglaterra, Castilla y Aragón, participaron en guerras europeas, cruzadas y demás conquistas, abrieron la familia en ramas nobiliarias que dominaban tierras por todas partes, incluso encontramos a un León de Ezpeleta enrolado en la primera vuelta al mundo como escribano de la nao Trinidad, la del capitán Magallanes.

El historiador Rafa Zulaika me contará que en esa época había varios León de Ezpeleta en diversas ramas de la familia, porque los nombres se repetían mucho, y que resulta difícil identificar quién era aquel escribano. Cree que pudo ser un León de Ezpeleta que ejercía como merino (gobernador) del reino de Navarra en Olite y que se exilió durante la conquista castellana para salvar el pellejo o para rehacerse la vida, como tantos otros que aparecían por Sevilla dispuestos a embarcar hacia los nuevos mundos o a enrolarse en aventuras desesperadas de las que esperaban obtener riquezas, cargos, olvidos, mudas de piel. Su oficio de escribano indica una formación cultural que cuadra con la rica biblioteca que describen los conquistadores castellanos de Olite cuando toman la casa de los Ezpeleta. Parece que León de Ezpeleta acompañó a Magallanes a la Corte de Valladolid para negociar las condiciones de la expedición con el rey Carlos I, los porcentajes de las tierras descubiertas y de las especias que trajeran. También redactó y firmó las declaraciones que siguieron al motín de varios capitanes contra Magallanes en la bahía patagónica de San Julián, y parece que convenció

al portugués para que perdonara las vidas de los sublevados y no diezmara la tripulación, necesitada de marinos expertos como Elkano. Tras la muerte de Magallanes, León de Ezpeleta aparece entre los tripulantes que descendieron a la isla de Cebú para asistir a un banquete ofrecido por el rey y que sufrieron una emboscada. Allí terminó sus días, probablemente asesinado o esclavizado: se pierde su rastro.

En un prado a los pies del castillo de Ezpeleta plantaron un arboreto, un jardín en el que crecen sesenta árboles y arbustos chinos que llevan el apellido «davidiana», «davidii» o «davidia», en honor al primer europeo que las describió: el misionero Armand David, natural de este pueblo. El hombre viajó por China, Mongolia y Tíbet entre 1865 y 1874, en principio propagando la buena nueva, en realidad parece que mucho más entregado a la recolección de nuevas ajenas, ya que escaló montañas de cinco mil metros, cruzó desiertos, avistó el Himalaya, se perdió en selvas, visitó poblados, aprendió idiomas, catalogó y envió más de tres mil plantas asiáticas al Museo de Historia Natural de París. El 11 de marzo de 1869 lo invitaron a tomar el té en una casa de la región de Sichuán y vio la piel de un enorme animal desplegada en la pared, con garras poderosas y un pelaje de manchas blancas y negras. Los cazadores del padre David, que lo acompañaban en sus interminables expediciones, salieron a la montaña y abatieron uno de esos grandes animales para que el hombre lo estudiara, lo disecara y lo mandara a París. Lo llamó Ursus melanoleucos. Fue el primer oso panda que vieron ojos europeos.

De las aventuras del padre David me gusta el impulso nómada: «No nos podemos contentar con la dulce vida del colegio», escribió tras renunciar a su «agradable» puesto de profesor de ciencias para viajar a las regiones chinas más desconocidas. Y me despierta aún más simpatía su cansancio: «Al final del día nos cobijamos en cualquier choza y me dedico a despellejar las piezas cobradas. Uno de los grandes sinsabores de la investigación en historia natural es la necesidad de dedicarse a las repugnantes labores taxidérmicas al acabar una jornada fatigosa, cuando el ánimo demanda reposo y tranquilidad».

no me puedo contentar

con la dulce vida del turista, así que pedaleo para encontrarme de nuevo con el Errobi y seguir su orilla hasta Baiona, donde aún debo observar, describir y

despellejar algunas piezas antes de enviarlas en pesados cajones a los lectores. Bajo por el río americano. En Uztaritze paso ante un escaparate del éxito indiano, ante las mansiones de los emigrantes decimonónicos que embarcaron para huir de la pobreza y regresaron para levantar en su pueblo natal estos pasteles de arquitectura neorrenacentista, neogotiquérrima, neovanidosa, nombrados según las ciudades chilenas y mexicanas donde se enriquecieron, castillo de Lota, mansión de Guadalupe, villa de Valparaíso, palacio Talcahuano. Otra casa se llama Chokolatenea, qué maravilla, en homenaje al oscuro líquido americano que subió con las mareas por este río Errobi. No es broma. Es theobroma, Theobroma cacao, el nombre mixto griego-olmeca de aquella planta. Theobroma: alimento de los dioses. Kajkab: jugo amargo. Los sacos con habas de cacao, semillas de pimiento y semillas de maíz llegaron desde América hasta el puerto de Baiona, los cargaron en gabarras y los remolcaron con parejas de bueyes por el camino de sirga.

A partir de Uztaritze asfaltaron ese camino de sirga del Errobi y lo dejaron en exclusiva para ciclistas, peatones y patinadores. Durante trece kilómetros pasa por embarcaderos fluviales; bordea praderas encharcadas, campos de pimientos resplandecientes como tesoros aztecas y maizales tan altos y tan espesos que podrían cobijar sectas enteras de adolescentes consagrados a los sacrificios humanos. Esta arteria pirenaico-centroamericana sale del mismísimo corazón de Baiona, ciudad romana, vascona, normanda, aquitano-inglesa, francesa, siempre un potaje de gentes. Allí, en la confluencia de los ríos Errobi y Aturri, se levanta el casco medieval, que perdió las murallas pero mantiene sus calles gremiales enroscadas alrededor de la catedral gótica, las antiguas calles de plateros, pescateros, carniceros y herreros, ahora calles de boutiques y de los establecimientos más famosos de Baiona: las chocolaterías.

CAPÍTULO 10. DE BAIONA A BIDAXUNE Y VUELTA A BAIONA

En el que visitamos la orilla de los forasteros y nos preguntamos quiénes somos nosotros, los judíos reivindican el chocolate, la sabia Borda explica que el mar nos hace audaces, inconscientes y fantásticos, que ella se siente de casa en el extranjero y extranjera en casa, y para despedirse nos canta una nana amarga.

al otro lado del río

me espera Itxaro Borda. Desde el casco antiguo de Baiona cruzo el puente de siete arcos sobre el Aturri y llego al barrio de Saint-Esprit, que se llama así porque unos monjes gascones del siglo

xii

fundaron aquí L'espitau de Sant Esperit dou cap dou Pont, es decir, el hospicio para peregrinos al otro lado del puente: un alojamiento para forasteros. A Borda siempre le interesaron las orillas de los extranjeros, esos que viven justo al otro lado, tan cerca y tan lejos. De hecho, se vino a vivir a esta orilla. Es una escritora de sesenta y un años, novelista, poeta, dramaturga, traductora, letrista, recién jubilada del servicio de correos de Francia; una mujer pequeña de pelo corto, rostro redondo, sonrisa de diversión y asombro constante, contadora entusiasta de historias.

—Al final del paseo te llevaré a una de las chocolaterías más famosas del centro de Baiona —me dice—, pero los maestros chocolateros vivían aquí, en esta orilla de Saint-Esprit. Todas las mañanas cruzaban el puente para trabajar en las casas chocolateras del centro pero al caer el sol debían salir de las murallas. No tenían derecho a pernoctar en la ciudad, porque eran judíos.

Descendían de los sefardíes expulsados de España en 1492, de Portugal en 1497, de Navarra en 1498. Se refugiaron en el reino de Francia, donde muchos se

bautizaron para librarse de las discriminaciones, pero ni aun así. Los llamaban marranos: judíos aparentemente convertidos al cristianismo que seguían practicando su religión de manera clandestina. Sin sinagogas, en sus casas. Dado que se apellidaban Lopes, Carvallo, Salzedo o Pereira, en Francia usaban el eufemismo «miembros de la nación portuguesa» para nombrar a los judíos. Diversos reyes franceses otorgaron «a los mercaderes portugueses, llamados cristianos nuevos» los mismos derechos que los habitantes de las villas donde se hubieran instalado, pero el hecho de que publicaran estos edictos una y otra vez indica que no se respetaban. Sufrían discriminaciones y expulsiones constantes.

En este país del Aturri, Adour en francés, los judíos se reagruparon en Peyrehorade, La Bastide-Clairence y Bidache, al amparo de señores feudales o de villas reales que los protegían y se beneficiaban de su presencia. Entre los judíos abundaban los médicos, artesanos, financieros, comerciantes. Revitalizaban los pueblos en los que se instalaban.

Pronto se establecieron también en Baiona, ciudad portuaria desde la que retomaron sus redes de negocios con judíos de otros puertos europeos y americanos. Pero les impidieron vivir en el casco amurallado como ciudadanos de pleno derecho y tuvieron que construir sus casas al otro lado del río. En el barrio de Saint-Esprit, en la orilla de los extranjeros.

Entre sus negocios estaba la importación de tabaco, especias y cacao de las colonias españolas, y la elaboración de chocolate, una bebida exótica que extendieron desde este puerto a toda Francia.

—Baiona es famosa por el chocolate, la ciudad está muy orgullosa, pero hasta hace poco en ninguna parte se mencionaba que el chocolate lo trajeron los judíos —dice Borda—. Es así: el producto que dio fama a la ciudad lo trajeron personas a las que no se les permitía vivir en el centro de la ciudad.

Desde la estación de tren de Saint-Esprit subimos por la calle Maubec, entre casas de tres o cuatro alturas, con fachadas de piedra gris o blanqueadas al estilo vasco con contraventanas de madera roja y tejados a dos aguas. Pasamos junto a la cafetería Etxe Ona, con su rótulo de tipografía vasca redondeada, el bar de kebab y tacos de Nando’s —regentado por pakistaníes—, la pizzería L’Olivier, una peluquería árabe, una peluquería africana, la Casa de los Idiomas Jakinola, donde dan clases de español, árabe, inglés, vasco, portugués y ruso, porque explican que muchas familias quieren mantener sus idiomas cuando llegan a

Saint-Esprit.

—Sigue siendo el barrio de los inmigrantes —dice Borda—, de los que vienen del interior rural del País Vasco y ahora sobre todo de Marruecos, Senegal o Pakistán. Los primeros años los pasan aquí porque es el barrio más barato. Luego, si les va bien y ganan algo de dinero, se cambian a otro.

Pasamos por una carnicería halal, una tienda de alimentación africana, el restaurante africano Kitoko, un local para fumadores de cachimba que se llama, con tipografía india, «La grotte des délices». En el portal anexo al fumadero, una placa de mármol de 1861 recuerda que aquí se encontraba «el asilo para los enfermos y los ancianos pobres israelitas, instituido por los señores Rodrigues y Salzedo, antiguos banqueros».

Justo enfrente queda la sinagoga, que solo veo porque me avisa Borda. Yo habría seguido calle arriba sin darme cuenta. Tengo que mirar entre dos casas tapadas por andamios, por encima de una verja metálica que cierra el paso al patio interior en el que construyeron el templo, con su fachada neoclásica, sus columnas, sus arcos ciegos. Borda toca el timbre y espera.

—Desde los atentados de los últimos años hay mucho miedo —dice.

En marzo de 2012, un yihadista asesinó en los alrededores de Toulouse a un joven rabino, tres niños de una escuela judía y tres militares. La noche del 13 de noviembre de 2015, yihadistas del Estado Islámico atacaron restaurantes, bares y locales de París con tiroteos y explosiones suicidas que dejaron 131 muertos. A noventa de ellos los asesinaron en la sala de conciertos Bataclan, que llevaba años recibiendo amenazas porque sus propietarios eran judíos. Unos meses antes, otro yihadista había matado a cuatro clientes de un supermercado judío de París. Y se repitieron ataques contra sinagogas, comercios y centros hebreos por toda Francia. El 28 de octubre de 2019, Claude Sinké, militar jubilado y candidato del ultraderechista Frente Nacional, empapó con gasolina la puerta de la mezquita de Baiona, disparó a las personas que trataban de impedirle que la incendiara, hirió a dos hombres y huyó en coche hasta su casa, donde fue detenido. El 5 de enero de 2020, la baionesa Déborah Loupien-Suarès entró al cementerio judío para visitar la tumba de sus abuelos y se encontró con una docena de sepulcros y estelas destruidas, incluida una placa que recordaba a una niña deportada a los campos de exterminio nazis.

—En los últimos años se han extendido los discursos de odio y en el barrio se nota —dice Borda—. Me da la impresión de que cada comunidad está más encerrada en sí misma. Veo pocas mujeres árabes en la calle y cada vez más tapadas. De hecho, no se definen como árabes sino como musulmanes. Es como si yo dijera «nosotros, los cristianos». Todo esto me entristece mucho. Y si ya teníamos al Frente Nacional de Le Pen, ahora tenemos a Zemmour hasta en la sopa.

El periodista Éric Zemmour, condenado dos veces por alentar la discriminación racial y el odio contra los musulmanes, fundó un partido llamado Reconquista para presentarse a las elecciones presidenciales de 2022. Sostiene que Francia es un país decadente que está permitiendo el gran desplazamiento: la llegada de inmigrantes para sustituir a los franceses blancos. También denuncia el poder excesivo de las mujeres, las «feministas castradoras», los gays y los banqueros internacionales, que han corrompido a las élites europeas para que permitan este colapso de la civilización occidental. Zemmour es judío y defiende la actuación del Gobierno de Vichy, colaboracionista con los nazis, porque «sacrificaron a los judíos extranjeros para salvar a los judíos franceses». Al margen de su moralidad, el argumento es falso y ha sido desmentido por los historiadores. Pero Zemmour legitima los viejos crímenes de Vichy porque quiere dar vigencia a aquellas ideas políticas: su propuesta electoral incluye la suspensión de derechos y libertades de los musulmanes y la expulsión de dos millones de inmigrantes.

—Zemmour tiene obsesiones de 1933 —dice Borda.

Un hombre entreabre la verja, asoma medio cuerpo, escucha nuestras explicaciones y nos permite entrar un momento a la sinagoga, solo un momento, porque es sábado y va a empezar la ceremonia. Cruzamos el patio y subimos una escalinata hasta el porche, donde dos lápidas recuerdan a las víctimas del holocausto nazi y a los veintidós judíos baioneses que murieron combatiendo por Francia durante la Primera Guerra Mundial. Entramos a una gran sala de columnas blancas que sostienen una galería, con un techo alto de madera labrada, suelos de mármol, alfombras gruesas, bancos rodeando la plataforma central en la que el rabino leerá las escrituras al pie del gran candelabro de siete brazos. Los rollos de la Torá, de la ley divina, se guardan en un armario al fondo de la sala, en el interior de un Arco Santo de madera que tiene trescientos años, vestigio del oratorio que demolieron para construir esta sinagoga en 1837.

Una decena de hombres con la kipá (el casquete redondo) y el talit (el chal blanco con franjas azules) van ocupando los asientos. Arriba en la galería esperan unas pocas mujeres. El hombre de la verja nos explica que siguen el rito sefardí portugués, conocido por su riqueza musical. Hace un siglo, cuando la comunidad era más numerosa, la lectura de los textos en hebreo se alternaba con las canciones de un coro de veinte hombres y niños, acompañados por un organista, en portugués, español, francés y hebreo. Tras el holocausto y la emigración de los supervivientes, las ceremonias multitudinarias desaparecieron y aquellas músicas solo resistieron en la memoria de los ancianos y en algunas partituras olvidadas en cajones que se libraron de los saqueos. Hace unos años la gran sinagoga de Burdeos organizó un concierto basado en aquellas partituras, lo grabó y publicó un disco con una veintena de piezas que ahora se siguen interpretando.

Con apenas dos docenas de fieles, en la sinagoga reina el eco. La construyeron para más de trescientos asistentes en 1837, durante la época del esplendor judío de Saint-Esprit. En aquel momento ya habían conquistado la igualdad legal. Después de entablar litigios y más litigios contra las discriminaciones que les aplicaba la villa de Baiona, el rey Luis XIV les había reconocido en 1787 los mismos derechos de ciudadanía que a los católicos, así que los judíos ya podían residir donde quisieran y abrir los negocios que les diera la gana. La Revolución francesa consolidó la igualdad. En el barrio cada vez más próspero de Saint-Esprit vivían unos tres mil quinientos judíos, la cuarta parte de la población de Baiona. Tenían trece oratorios y edificaron la gran sinagoga central, esta de la calle Maubec. También una guardería, un asilo para huérfanos, ancianos y enfermos pobres, una escuela religiosa que pronto pasó a ser laica, una escuela de artes y oficios, un horno para cocer el pan ácimo de la Pascua y un mikvé o pequeña piscina para los baños rituales, que aún se preserva y se puede visitar pidiendo cita.

En las primeras décadas del siglo

xx

, el declive comercial de Baiona hizo que muchos judíos, como otros conciudadanos, emigraran a Burdeos, París o las Américas. En 1939 quedaban alrededor de mil. Al término de la Segunda Guerra Mundial, tras la persecución, las huidas, las deportaciones y el exterminio, apenas se contaban unos doscientos judíos en Baiona.

entre ellos nació

, en 1948, Bernard Abraham. Es un hombre delgado, de pelo blanco muy corto y gafas redondas de montura azul, con el que tomamos un café en una terraza de Saint-Esprit. Durante treinta y cinco años llevó la contabilidad de los asuntos hípicos de Soledad Cabeza de Vaca y Leighton, marquesa de Moratalla, grande de España, tan grande que por lo visto no cabía y se salió del país y se instaló en Biarritz y Baiona, campeona mundial de bridge y practicante de pelota vasca, muy hábil por tanto jugando sus cartas y dando pelotazos, tres bodas con tres hombres cargados de títulos y millones, criadora de los mejores purasangres de Francia, hasta trescientos caballos que ganaron miles de carreras.

—Yo le llevaba las cuentas de los caballos. Pero no me he subido a uno en mi vida —sonríe Abraham.

Él desciende de judíos askenazís, de la Europa oriental, por el lado paterno, y de judíos sefardís, presentes en Baiona como mínimo desde 1714, por el lado materno.

Los nazis inundaron la vida de sus padres como una marea cada vez más alta. Cuando invadieron Francia en mayo de 1940, el padre de Abraham fue uno de los miles de soldados que capturaron en las playas de Dunkerque. Lo enviaron a un campo de prisioneros en Alemania y la familia le perdió el rastro. Pocas semanas después, los nazis llegaron hasta el Bidasoa y partieron Francia en dos: la Zona Ocupada, en el norte y en la fachada atlántica, y en el resto la Zona Libre, dirigida desde Vichy por el gobierno colaboracionista y filonazi del mariscal Pétain. En Baiona, los alemanes ocuparon la gran casa familiar y el terreno de los abuelos de Abraham, a orillas del Aturri.

—Los soldados acamparon y los oficiales se instalaron en el primer piso —cuenta Abraham—. Todos mis familiares llevaban el brazalete obligatorio con la estrella amarilla, pero mi madre me contaba que los alemanes eran simpáticos con ellos y se llevaban bien. Lo más curioso es que mi hermana no llevaba la estrella, porque no llegaba a la edad mínima, pero ella veía que todos la llevaban, que su hermano mayor también la llevaba, y empezó a pedirla y a pedirla. Al final mi madre se fue a la Kommandantur de Baiona a pedir permiso para ponérsela a la niña y se lo dieron. Es sorprendente, ¿no? Ten en cuenta que

eran los primeros años de la guerra, aún no habían empezado las deportaciones, no sabían lo que nosotros sabemos ahora.

A principios de 1943 decretaron la expulsión de los judíos de todos los departamentos costeros de Francia. Robert Pinède, empresario expoliado por los nazis y representante de la comunidad hebraica de Baiona, negoció con la Kommandantur la salida de los judíos hacia la supuesta Zona Libre. La familia de Abraham se instaló en un hotel de Bagnères-de-Bigorre, en el Pirineo, no demasiado lejos.

—Pinède se marchó a la región del Limousin con su madre, su mujer Carmen y sus tres hijos, porque conocía a algunos empresarios allí que le podían ayudar. Los pobres se instalaron en Oradour-sur-Glane.

El 10 de junio de 1944, para vengarse de los ataques de la Resistencia, los nazis eligieron un pueblo al azar: Oradour-sur-Glane. Rodearon el pueblo, fusilaron a los hombres, encerraron a las mujeres y a los niños en la iglesia y le dieron fuego. Asesinaron a 652 personas. Entre las dos docenas de supervivientes encontraron a los tres hijos de Robert y Carmen Pinède, escondidos bajo una escalera.

Los nazis saquearon la sinagoga de Saint-Esprit y la emplearon como establo, confiscaron y subastaron las casas de los judíos, detuvieron a sesenta de ellos que aún permanecían en la ciudad y los deportaron a Auschwitz. Solo dos regresaron. Si hoy hablamos con Bernard Abraham es porque proviene de una de las pocas familias judías que se salvó del exterminio y regresó.

—Al terminar la guerra, mi familia volvió a Baiona y se encontró con su propiedad destruida. Mi abuelo materno compró un piso en el centro. Mi abuelo paterno murió poco antes de que regresara su hijo, mi padre, que se pasó cinco años detenido en Alemania.

Hace cinco o seis años, Bernard Abraham recibió una llamada desde Dunkerque: habían encontrado en las dunas una medalla identificativa con el nombre de Pierre Abraham, Baiona. Ahora la guardan en un museo.

—Con ese apellido, ¿su padre no corrió el riesgo de que los alemanes lo enviaran a un campo de exterminio?

—El apellido Abraham no es exclusivamente judío, también es común entre

protestantes. Mi padre era un prisionero de guerra y siempre ocultó que era judío. Solo lo confesó una vez. Como tocaba muy bien el violín, el cura del campo alemán le pidió que lo acompañara en la misa de Navidad. Mi padre le dijo que no podía: «Es que no soy católico». Y el cura: «Bueno, no pasa nada si eres protestante». «Tampoco soy protestante». «¿Ah, no?». «No. Soy judío». «Tampoco pasa nada». Y mi padre tocó el violín en la misa.

Abraham creció en la Baiona de los años cincuenta y dice que la presencia judía era mínima, la más baja en cuatro siglos. Parecía una comunidad a punto de extinguirse.

—En los siguientes años, tras la independencia de Argelia y Marruecos, vinieron bastantes judíos del norte de África a Baiona. Ahora seremos unas doscientas o doscientas cincuenta familias.

—¿Es una comunidad activa?

—No mucho. Nos juntamos en algunas fiestas a lo largo del año, pero la única actividad real y asidua es el sabat, la ceremonia religiosa del sábado. En 2012 me encargué de restaurar la sinagoga abandonada de Biarritz, porque en verano vienen familias judías de vacaciones, de Francia y de toda Europa, unas cincuenta familias todos los años, y en esos meses tenemos otro pequeño núcleo de actividad.

Abraham no ve nada claro el futuro de la menguante comunidad judía. Dice que muchos jóvenes se marchan a estudiar a las universidades de Burdeos o París y no vuelven. Es un problema general de ciudades pequeñas como Baiona, explica, pero a los judíos, como son pocos, les afecta más.

—Yo no sé si a las siguientes generaciones les interesará mantener sus raíces.

—¿Qué perderíamos, si desapareciera esta comunidad?

—Perderíamos una cultura, una de las piezas con las que se ha construido Baiona, Europa, el mundo. Quedaría una sociedad más pobre. No soy dramático con esto: no pasaría nada grave, pero sería una pena.

Cuando ejercía de presidente de la comunidad hebraica de Baiona, a Abraham le emocionaban sus encuentros con otros judíos dispersos por Europa, un continente en el que se planificó su extinción y se consiguió en un porcentaje

muy alto. Todos los años asistía a la ceremonia de recuerdo en Gurs, un campo de concentración cercano a Pau, donde murieron mil judíos y otros cuatro mil fueron enviados en trenes a Auschwitz. Casi todos procedían de la región alemana de Baden.

—A Gurs siempre vienen representantes judíos de Baden. Nos saludamos, nos reconocemos, es un momento muy conmovedor. Demostramos que seguimos vivos.

Le emocionaban las entregas de la medalla de los justos, la que se concede a personas no judías que salvaron a judíos durante el holocausto nazi, porque dice que en esos actos aflora de una manera muy intensa el compromiso entre personas de culturas distintas para defender la vida. Como aquella vez en Sarpourenx, un pequeño pueblo cerca de Orthez, en el que entregaron la medalla a unos campesinos ya ancianos que durante las deportaciones habían escondido a tres niños judíos. Durante la ceremonia los campesinos se abrazaban al nieto de uno de los supervivientes, llorando, diciendo que ellos no habían hecho nada especial. O aquella otra vez en Vitoria, en la que Abraham asistió a un encuentro en el parque Judimendi. Es decir: en el monte de los judíos, la loma en la que vivían hasta que los Reyes Dizque Católicos decretaron su expulsión. Antes de marcharse, aquellos sefardíes de 1492 acordaron con las autoridades de Vitoria que entregarían la propiedad de su cementerio a la ciudad, a cambio de que nunca se labrara ni se edificara en ella. En 1952, durante la expansión de Vitoria, los planos de un proyecto urbanístico estuvieron a punto de sepultar aquella promesa tan antigua y ya tan difuminada, pero de una persistencia asombrosa. Los judíos de Baiona, recién diezmados por el holocausto, alzaron la voz. El ayuntamiento de Vitoria los reconoció como herederos más cercanos de los judíos expulsados cinco siglos atrás y acordó con ellos la creación de un parque en memoria de la comunidad sefardí.

—Porque del cementerio ya no quedaba nada, en todos esos siglos habían ido robando las lápidas —dice Abraham—. Plantaron unos árboles, crearon un jardín, inauguraron una escultura…

La escultura se llama Convivencia, es de la artista judía marroquí Yaël Artsi y representa un gran libro abierto en el que se lee un versículo del Antiguo Testamento, en hebreo, castellano y euskera. «Y convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces: no alzará espada nación contra nación ni se ensayarán más para la guerra». En enero de 2022 apareció pintada de esvásticas

y de insultos racistas.

Cuando Abraham dejó la presidencia de la comunidad judía de Baiona, el relevo lo tomó la joven abogada Déborah Loupien-Suarès. Es nieta de Marcel Suarès, otro judío de apellido portugués, que se enfrentó a un suboficial alemán, lo lanzó al río desde el puente de Saint-Esprit (ah, justo ese puente) y huyó por España hasta Inglaterra para integrarse en la Resistencia, saltó en paracaídas al interior de Francia, voló fábricas, reventó canales, destruyó tanques, mató nazis, participó en la liberación de París y de regreso a Baiona abrió una tienda de electricidad y fue concejal durante más de cuarenta años. Una calle del barrio de Saint-Esprit lleva su nombre. Y su nieta, explica Abraham, es una de las personalidades más activas del judaísmo en Francia.

—Me alegra ver esa transmisión. Yo no soy creyente, pero me implico en la vida comunitaria judía porque me siento depositario de una historia y una cultura, heredero de una comunidad que estuvo a punto de extinguirse, de unos valores de convivencia.

—¿Le preocupa la propagación de los discursos de odio en estos últimos años?

—Sí. Me preocupa el auge de políticos como Le Pen o Zemmour, racistas, xenófobos, y me preocuparía mucho que se llevaran un 30 o un 40 % de los votos con esos discursos de enfrentamiento y odio. Aunque no lleguen a la presidencia, legitiman ciertos ataques.

Recuerda otro episodio anterior al atentado de Sinké contra la mezquita de Baiona.

—Colgaron una cabeza de cerdo en la puerta de la mezquita y pintaron insultos y amenazas. Soy miembro de la liga contra el racismo y el antisemitismo, del comité interreligioso, en aquella ocasión emitimos comunicados de condena, pero también vine al barrio de Saint-Esprit, entré en una carnicería halal y le dije al carnicero que los judíos nos solidarizábamos con los musulmanes. El hombre se echó a llorar y nos dimos un abrazo. Fue muy emocionante. La situación es dramática. Sufrimos atentados terroristas y tenemos gente que usa esos atentados como excusa para lanzar su odio y para enfrentarnos. No lo van a conseguir. Los musulmanes también nos expresaron su apoyo cuando sufrimos atentados, estamos en el mismo barco.

La tensión ha aumentado en los últimos años, dice Abraham, y se ven en el

difícil equilibrio de reforzar la seguridad sin encerrarse.

—Estamos muy atentos. Queremos mantener el acceso libre o casi libre a las sinagogas pero con cuidado. Si celebramos una boda, tenemos que llamar a la Policía, que está ahí vigilando, siempre de manera discreta… Sabemos que somos un objetivo. Y asumimos que no podemos protegernos al cien por cien, porque la única manera sería cerrarlo todo y escondernos. Eso sería nuestra derrota. Una derrota para todos, en realidad.

subo con itxaro borda

por la calle Maubec hasta uno de los mayores cementerios judíos de Europa. Lo fundaron en 1689 en esta loma que entonces quedaba un poco alejada de la ciudad, creció hasta las dos hectáreas y ahora está encajado en pleno barrio de Saint-Étienne. Con la escasa población judía actual, no necesitará crecer más. El cementerio, objeto de profanaciones, está cerrado salvo para ceremonias y visitas concertadas. Lo rodea un muro de hormigón de tres metros de alto, disimulado con hiedras, que solo en algunas partes baja lo suficiente como para que podamos ponernos de puntillas y echar un vistazo a través de la valla de tela metálica. Vemos entonces un inmenso tablero de lápidas viejas, engastadas en la tierra, prietas como muelas, negras de humedad y de siglos, forradas de líquenes. Hay tres mil tumbas del siglo

xvii

al

xix

con inscripciones hebreas, un tesoro arqueológico para reconstruir la vida de esta comunidad. En la parte más cercana a la entrada se aprecian unas pocas lápidas relucientes, actuales, con flores y montoncitos de piedras, todavía visitadas y cuidadas por las familias, a veces destruidas por los nazis que viven entre nosotros.

El «nosotros» es todo un tema en Saint-Esprit. Bajamos de vuelta a la zona de la estación y entramos al restaurante de kebabs de Nando, un local pequeño en el que la mayoría de los clientes hacen cola para llevarse la comida. En la media

docena de mesas nos repartimos una cuadrilla de chavales árabes, dos hombres negros, una madre asiática con sus dos hijas pequeñas y nosotros, Borda y yo, únicos vascoparlantes. Los cocineros y camareros son también propietarios de este restaurante desde 2017 y dicen que les va bien, que están contentos, que a la gente del barrio le gusta su cocina. Son siete jóvenes pakistaníes que en una de las fotos enmarcadas de la pared posan con la vestimenta típicamente vasca de las fiestas de Baiona: pantalón y camiseta blanca, faja roja y pañuelo rojo al cuello. Junto a ellos también posa un chavalín rubio con la camiseta del Real Madrid. La carta propone kebabs de pavo o ternera, merguez, pollo con salsa tandoor, hamburguesas, ensaladas, yo descubro entusiasmado el naan, un pan indio con queso, caliente y tierno, y en el centro de la carta luce un gran lauburu verde, la cruz de cuatro cabezas giratorias: la prima vasca de la esvástica india.

—Cada vez que vengo aquí a comer, recorro el mundo sin salir de mi barrio —dice Borda.

Me propone acercarnos en coche al pedazo de mundo del que ella proviene. Nació en Oragarre, un pueblecito bajonavarro en el país de Amikuze, a pocos kilómetros de Baiona, donde ya se mezclan el mundo vasco y el occitano, dos de esas protuberancias culturales bajo la gruesa alfombra francesa. En su libro %100 Basque, Borda corta un queso en cuarenta láminas, cuarenta capítulos: el queso que se anuncia en los carteles publicitarios de las carreteras como 100 % Basque, Basque de Caractère, Qui Parle Basque, esencia de la identidad. Borda despliega lámina a lámina el estereotipo vasco, que se va deslizando, según quién lo mire, desde el venerable pastor apegado a la madre tierra, quizá demasiado apegado a la tierra, el sabio guardián de la cultura milenaria, quizá demasiado conservador, a menudo de mente cerrada, reaccionario, desconfiado, violento, callado, brutal, terrorista al fin. Del pastor al terrorista, Borda se burla de las características con las que se define a un vasco cien por cien vasco como el queso, de los estereotipos que nos atribuyen y que nosotros mismos exhibimos con orgullo ante los foráneos. Es la pretensión del queso local puro, sin contaminación ni mestizaje. El queso, dice Borda, es nuestra primera cárcel mental.

Y a ella le interesan mucho las mezclas. De todo tipo: culturales, políticas, espirituales, sexuales, gastronómicas.

Su burla no es ninguna señal de superioridad, explica, sino una ironía para consolarse del miedo a la extinción. En el libro cuenta cómo pasó la infancia

persiguiendo las ovejas que se le escapaban a los terrenos de los vecinos, porque ella se distraía leyendo, escribiendo, corriendo, jugando, soñando, estudiando aquellas lecciones de historia que empezaban con el famoso «nos ancêtres, les Gaulois…». Las ovejas de entonces eran más díscolas, no se dejaban reunir y ordeñar con tanta facilidad, pero las técnicas genéticas trajeron razas más dóciles, manejables con máquinas, más apegadas al rebaño, y escribe Borda que ese pastoreo tecnológico no se aplica solo a las ovejas. Así nos ve a los humanos, camino del trabajo, en la cola del supermercado, estrictamente agrupados con nuestros compañeros de ideas, costumbres y militancias. Somos judeocristianos y la oveja es sagrada en nuestras tierras, somos pueblo de rebaño y ansiamos que nos guíe un buen pastor.

Borda rastreó su genealogía y encontró que pertenece a una tribu de unas setecientas personas, la mitad labortanas, la cuarta parte navarras, el resto norteamericanas y sudamericanas, algún bearnés, algún guipuzcoano. Rastreó los orígenes y llegó hasta un antepasado nacido en Aiherra, muy cerca de su pueblo natal, en 1643: Jakob Borda. Jakob es un nombre judío, Borda es el nombre pirenaico de las cabañas de pastores en las montañas. Tiene toda la pinta de una familia judía a la que asignaron un apellido nuevo al bautizarse, el apellido de su lugar de residencia, como los niños abandonados a los que daban apellidos según su lugar o circunstancia de recogida, los Expósitos, Iglesias, Bilbaos, San Sebastianes, Diosdados, Mendigaldus.

Con el crecimiento demográfico, las bordas de pastoreo se reconvirtieron en residencia de aquellos hijos segundones que debían abandonar el caserío natal y no tenían dinero para construirse uno. En las cabañas fundaban sus familias.

—Comprobé que todos los hombres de la rama de los Borda se casaban con mujeres herederas de caseríos. Era la manera de conseguir una casa, una tierra, un nombre.

Borda viene —como todos nosotros— de uno que no tenía casa, ni tierra ni nombre. Ella escribió que no ha aprendido demasiado de su tribu, que se siente hermana de todos los nómadas del mundo.

—A mí me interesaban mucho los judíos antes de descubrir que mi primer ancestro conocido era Jakob.

Por eso me lleva en coche hacia esas tierras bajonavarras, un paisaje verde y

ondulado, en un día de cielo luminoso, con los Pirineos recién nevados resplandeciendo como una muralla de mármol en el sur. No me va a enseñar su pueblo, sino los pueblos en los que se refugiaron los judíos: Bidaxune y Bastida.

Bidaxune, en francés Bidache, en occitano Bidaishe, es un pueblecito en lo alto de una colina. En su larga calle central, la fachada de la casa Capdevielle presenta los restos de un escudo de piedra, probablemente destruido durante la Revolución francesa, en el que aún se aprecia una pata de grifón: el emblema heráldico que concedió el rey Luis XIV a los judíos de Baiona y alrededores. Esta casa albergó la sinagoga. A trescientos metros, en la ladera que baja del pueblo hacia las llanuras del norte, una modesta parcela rodeada de setos alberga cinco filas de veintipico losas de arenisca. Son tumbas con inscripciones en español, salvo una en hebreo y cuatro bilingües español-hebreo. Los nombres más frecuentes son Esther, Abraham, Rachel, Sara, David, Abigaíl, Jacob; los apellidos, Lopes, Gomes, Dacosta, Rodrigues, Mendes, Silva; las fechas empiezan en 1669 y terminan en 1767. Hay muchos más muertos en las primeras décadas que en las últimas, señal de que la población hebrea disminuía. Isaac Tavarez, judío de Baiona, reflejó ese declive en una carta de 1747: «Abiendo caydo la mayor parte de los muros del entierro de nuestra nation en Bidaxe, los parnasim (asistentes de los rabinos) de allí escribieron a los de aquí; quienes los despidieron sin socorrerlos en ninguna ayuda de costas».

Amaia Ezpeldoi, detective hiperrural de las novelas de Itxaro Borda, pasea entre estas lápidas judías para calmarse y pensar. Se le aparecen Spinoza y Vivaldi. Mira hacia la llanura, donde vuelan águilas ratoneras y el río Biduze se enrosca en meandros al pie de un castillo blanco y ruinoso. En nuestra pequeña excursión detectivesca de hoy, esa es otra clave para desenterrar la historia judía: el castillo renacentista de los señores de Gramont.

En 1570, el conde Antoine I de Gramont proclamó la soberanía de su minúsculo territorio feudal de Bidaxune. El hombre sabía manejarse: era alcalde de Baiona, años antes se había convertido al protestantismo para servir como teniente general de la reina navarra Juana de Albret, volvió al catolicismo, sirvió como caballero en la corte de tres reyes franceses y aprovechó su posición para proclamarse príncipe del mambo en Bidaxune. Durante más de doscientos años, los señores de Gramont impartieron justicia a sus súbditos de Bidaxune, que no podían apelar ni al parlamento de Navarra ni al de Francia, les cobraban tributos y organizaban su propia fuerza armada. En 1631, el cardenal Richelieu, primer ministro de Francia, denunció que Bidaxune era un «refugio de ladrones» y un

territorio «judaizado». Pues sí: el señor de Gramont acogía a contrabandistas y hacía buenos tratos con ellos, porque para esas cosas sirven los principados independientes, no hay más que ver los actuales, y también permitió que se instalara una comunidad hebrea. Esto era frecuente: las comunidades perseguidas, como los judíos o los agotes, se establecían en el territorio de un señor feudal que les ofrecía protección y se beneficiaba de sus actividades comerciales, artesanas, médicas. Los judíos se asentaron al pie del castillo del señor de Gramont en Bidaxune y al pie del castillo del señor de Aspremont en Peyrehorade, los agotes se asentaron al pie del castillo del vizconde de Etxauz en Baigorri y al pie del palacio de Ursúa en Arizkun, amparados por señores que les sacaban buenas rentas, siempre en barrios separados del pueblo. Al otro lado del río, en la orilla de los extranjeros.

Itxaro Borda utiliza en sus textos una palabra que yo no conocía: petzero, para hablar de alguien subordinado, inferior, marginal, a veces chivo expiatorio.

—Viene de pechero: el que paga una pecha, una contribución.

En el siglo

xii

el reino de Navarra reguló el asentamiento de los judíos, que ya llevaban mil años por estas tierras, desde que vinieron con los romanos. Podían instalarse en las ciudades, pero siempre en aljamas, es decir, en barrios propios con independencia judicial y administrativa, y pagando un tributo extra: la pecha de los judíos. Era un caso habitual en toda Europa: los gobernantes medievales procuraban atraer a los hebreos porque los necesitaban. La Iglesia prohibía a los católicos que prestaran dinero cobrando intereses —era pecado de usura—, así que esa actividad quedó en manos judías. Los reinos pujantes buscaban dinero para levantar castillos, murallas, palacios y catedrales, para construir canales, caminos y puertos, para emprender guerras y expediciones. Los judíos, que fundaron bancos y tejieron redes comerciales por toda Europa, se convirtieron en los financiadores imprescindibles para el desarrollo de los Estados.

Los querían a su lado pero no tanto. Les imponían distintivos en la ropa —salvo que pagaran una tasa—, les obligaban a quedarse en casa el Viernes Santo y el Sábado Santo —porque ellos habían matado a Jesucristo y no era cuestión de ir provocando— y los acusaban de propagar la peste —la contraían como castigo

divino por sus pecados y la extendían por su afán de negocios, que les hacía viajar por ciudades y puertos—. También sufrían los bulos: alguien denunciaba que los judíos habían envenenado los pozos o que habían crucificado a un niño cristiano para emplear su sangre en ritos macabros, una turba asaltaba sus casas, destrozaba sus tiendas y de paso linchaba a unos cuantos judíos. Los bulos eran útiles. Los hebreos regentaban negocios prósperos y ocupaban puestos importantes en las instituciones del reino, eran escribanos, recaudadores de impuestos, proveedores, médicos, así que sus competidores fomentaban de vez en cuando un buen linchamiento antisemita para quitárselos de en medio.

Los judíos pagaban la pecha y en momentos de crisis, hambrunas y pestes servían como chivos expiatorios: eran pecheros.

Fueron pecheros en el reino de Navarra, fueron pecheros del señor de Gramont. Pagaron por vivir tranquilos en Bidaxune durante más de doscientos años, hasta que la Revolución francesa requisó el castillo, extinguió el principado y lo integró en el territorio de la república. También promulgó la emancipación de los judíos y los declaró ciudadanos con los mismos derechos que los demás franceses. No terminaron, desde luego, las discriminaciones, las persecuciones y los exterminios.

Una noche de 1796, un grupo de revolucionarios entró en el castillo de Gramont, le dio fuego y así se quedó hasta hoy, con sus torres, muros y fachadas sostenidas con ortopedias, desventrado, destapado, abierto a todos los vientos.

de regreso a baiona

, nos desviamos a otro pueblo curioso: Bastida, La Bastide-Clairence, que fue puerto de Navarra a treinta kilómetros del mar.

El reino de Navarra, que había perdido las costas cantábricas a manos de Castilla, buscó salidas al océano para comerciar con otros territorios y sobrevivir. En 1284, el gobernador Launay informó de que las gabarras del puerto de Baiona llegaban río arriba hasta este punto. Mandó construir una casa fuerte con seis guardias para proteger este nudo entre las caravanas de mulas y el tráfico fluvial, pero la posición resultaba demasiado débil en el extremo norte del reino, así que Luis I de Navarra se puso serio y en 1312 fundó La Bastida Nueva de Clarenza.

Luis era rey de Navarra por herencia de madre, pronto se convertiría en rey de Francia por herencia de padre y tampoco le sirvió demasiado, porque palmó a los veintisiete años después de jugar un intenso partido de pelota en su palacio de París y beber una gran cantidad de vino frío. Eso dicen.

Las bastidas son villas fundadas por los reyes en la Edad Media repitiendo una plantilla urbanística: la plaza central, el damero de calles paralelas y perpendiculares, las murallas alrededor. Les otorgaban una carta con derechos y libertades, les permitían elegir un consejo de gobierno y les aseguraban defensa militar.

¿A qué pobladores pretendía atraer Luisito el pelotari a su Bastida Nueva? Su padre había expulsado a los cien mil judíos de Francia en 1306, había decretado que nadie debía pagarles las deudas y les había confiscado casas, templos, negocios, dineros, todo su patrimonio. Los asesores de Luisito le explicaron que la jugada de papá no había salido nada bien: con una pérdida tan grande de población y actividad económica, el reino se veía en apuros para sostenerse. Así que Luisito autorizó en 1315 el regreso de los judíos a Francia. Eso sí: el permiso de residencia se revisaría al cabo de doce años, solo podrían instalarse en las villas donde ya vivían antes y no podrían dedicarse a préstamos ni finanzas. Regresaron unos pocos miles de judíos, con la mosca detrás de la oreja. Luisito murió un año después, su hermano Felipe el Largo masacró a los hebreos de París y su otro hermano Carlos el Hermoso los volvió a expulsar de Francia en 1323. Argumentó que los judíos se habían conjurado con los leprosos para envenenar los pozos, ese recurso político tan actual de las verdades alternativas.

Muchos de aquellos judíos de Francia se refugiaron en la vecina Navarra. Y buscaron la protección que les ofrecían señores feudales o villas reales como esta de Bastida, donde se reunieron ochenta familias.

Paseo con Itxaro Borda por las calles medievales de Bastida, flanqueadas por imponentes casas navarras de fachada blanca, entramados de madera roja a la vista y grandes arcos de piedra. Albergan galerías de pintura y escultura, talleres de ebanistas, sopladores de vidrio, ceramistas, reposteros y tejedores, algunas placas recuerdan sus antiguos nombres: la casa de David, la de Abraham, la de Jacob, la de Iscariot. La iglesia tiene una coqueta puerta románica y una puerta extra, una puerta de la vergüenza, en un muro lateral: la puerta de los agotes, aquellas gentes que fueron marginadas desde la Edad Media hasta bien avanzado el siglo

xx

en el Pirineo occidental porque eran descendientes de herejes, o de leprosos, o de extranjeros poco fiables, ya nadie recordaba por qué, y que en muchas iglesias tenían un espacio segregado para escuchar la misa detrás de una reja, una aguabenditera aparte, una entrada aparte como esta de Bastida.

En un costado de la iglesia se extiende el cementerio cristiano. Y una pizca más allá, al otro lado del camino, separado por un muro y una verja con la estrella de David, el viejo cementerio israelita: una pradera con unas sesenta lápidas, inscripciones que van de 1620 a 1785 y recuerdan a los Jacob, Esther, Benjamín y Sara, apellidados Henriques, Lopes, Dacosta, Alvares. De esa época era el antepasado más antiguo que encontró Itxaro, aquel Jakob Borda, natural de Aiherra, a cuatro pasos de aquí.

sabemos de dónde

viene Borda, es interesante saber adónde va:

—Al mar, siempre al mar.

Circulamos por un paisaje transformado hace trescientos años con la ayuda de ingenieros holandeses, especialistas en modelar países anfibios. Levantaron diques para encauzar el Aturri y sus afluentes, drenaron las zonas bajas y ganaron tierras cultivables. Quedó esta región de ríos caudalosos, campos inundables, lagunas de patos, garzas y cigüeñas, praderas, plantaciones de álamos, maizales, cultivos de kiwi con denominación de origen del Aturri. Kiwi, sí: esa fruta asiática a la que los ingleses llamaban grosella de China, hasta que los neozelandeses la adoptaron y le dieron un nombre maorí tan habitual ahora en nuestras lenguas y nuestros intestinos.

Como las caravanas navarras de la Edad Media, como las gabarras que bajaban con piedras de cantera, tejas, maderas y vinos, como la biografía de Borda, seguimos las aguas lentas de los ríos Biduze y Aturri hacia Baiona, hacia el mar.

aparcamos en saint-esprit

y cruzamos andando el puente de los siete arcos para entrar en el casco histórico.

La calle estrecha del Port Neuf sube hacia la catedral, hacia las dos agujas góticas de ochenta metros que se elevan al fondo. Estamos tan cerca de la rue Maubec y tan, tan lejos: las arcadas de la calle Port Neuf albergan joyerías, relojerías, tiendas de ropa cara, zapaterías, un estudio de decoración, un hotel coqueto, pastelerías exquisitas, las chocolaterías más prestigiosas, un establecimiento de té inglés que presume de su existencia desde 1823, pero seguro que no en este mismo lugar: ocupa la planta baja del número 13, una casa que los nazis sacaron a subasta en 1944. Se conserva el cartel que pegaron por la ciudad con este aviso en letras enormes: «Venta de un bien judío». El cartel fija el precio de salida en 400 000 francos, describe con detalle la casa de planta baja, cinco pisos y desván, explica que algunos pisos están alquilados y rinden unos ingresos anuales de 7200 francos, y termina diciendo que pertenece al israelita Edouard Gommez-Vaez. Quien compró la casa sabía muy bien qué estaba comprando y qué estaba vendiendo.

En el número 19, el escaparate de Cazenave, casa chocolatera desde 1854, parece la vitrina de otra joyería: una suave luz amarilla baña las tacitas y los platitos de porcelana de Limoges, las cucharitas plateadas, los frasquitos con habas de cacao, la exposición minimalista de viejos utensilios de los maestros chocolateros, las hileras de bomboncitos, pastitas y tabletitas de chocolate con almendras, avellanas y pistachos. Por dentro es un salón art déco, con vidrieras coloridas de motivos vegetales, paneles de madera clara y grandes espejos, en el que apetece sentarse a tomar el chocolate y desenmascarar espías austrohúngaros en las mesas contiguas. El interior está repleto y catorce personas esperan turno, así que nos sentamos en una mesa del porche que sigue libre, porque aquí la gente viene a tomar el chocolate sobre todo en el salón.

En cualquier caso, Itxaro Borda sabe lo que es bueno. Pedimos el chocolate espumoso batido a mano, con un vasito de crema chantilly y unas gruesas tostadas esponjosas con mantequilla fundida.

Menudo viaje hizo el xokoatl de los aztecas, aquella infusión amarga que mezclaban con pimienta y batían al punto de espuma. Un monje que acompañaba al conquistador Hernán Cortés envió un saco de semillas de cacao al monasterio zaragozano de Rueda y allí prepararon el primer chocolate de Europa. Les debió de saber a rayos. En los conventos y palacios españoles probaron a endulzarlo con miel, agua de azahar, más tarde azúcar, y lo bebieron con un entusiasmo creciente, los monjes porque el chocolate no estaba contemplado entre los alimentos prohibidos durante los días de ayuno y los

nobles porque era afrodisiaco. O al revés, ya no me acuerdo.

En Francia atribuyen la expansión del chocolate a dos bodas, una en Burdeos y otra en Baiona. La de Burdeos se celebró en 1615 entre un chaval y una chavala de catorce años. El novio se llamaba Louis de Bourbon, alias Luis XIII, de oficio rey de Francia, y la novia era Ana María Mauricia de Austria y Austria, de oficio infanta de España y a partir de ese momento reina consorte de Francia y Navarra. Entre las aportaciones españolas al menú estaba el chocolate, que causó sensación entre los aristócratas franceses acostumbrados a sorber con morrito fino y meñique alzado. Luis y Ana tuvieron un hijo que decidió casarse en el País Vasco en 1660. En esa fecha ya era Luis XIV, alias Rey Sol, y para cerrar la guerra con España y ratificar una frontera pirenaica le interesó emparejarse con la infanta española María Teresa de Austria y Borbón, de quien era primo por parte de padre y primo por parte de madre, esas cosillas de las monarquías, luego pasa lo que pasa. De camino a San Juan de Luz, donde se celebraría la boda, el Rey Sol se alojó en una casa llamada Sorhaindo, que aún existe junto a la catedral de Baiona. Allí le sirvieron el chocolate que los judíos de Saint-Esprit aromatizaban con especias ultramarinas y le entusiasmó, dicen unos. Otros dicen que la nueva reina María Teresa se llevó su propio maestro chocolatero de España a la corte de París. En cualquier caso, la bebida se puso de moda y ya no hubo aristócrata ni burgués que no se pavoneara ofreciendo una merienda de chocolate a sus invitados. La demanda creció muchísimo y solo había una ciudad en el reino capaz de satisfacerla: Baiona, el puerto de los judíos que importaban no solo el cacao, sino también las especias con las que daban su toque especial, la canela, la vainilla, la nuez moscada, incluso el clavo, el famoso clavo, el combustible de la primera vuelta al mundo.

El negocio resultaba tan próspero que algunos cristianos de Baiona se lanzaron a por él. No solo copiaron las recetas de los judíos y fundaron sus propias casas chocolateras, sino que además presionaron a las autoridades para que les concedieran el monopolio. Qué bonito: en 1725 las ordenanzas municipales prohibieron a los judíos de Saint-Esprit elaborar y vender su chocolate en Baiona. Al año siguiente sorprendieron a un Abraham de Andrade moliendo cacao en la orilla vetada del río, lo multaron y le confiscaron los utensilios. En 1761 los maestros chocolateros cristianos volvieron a la carga: fundaron una corporación gremial «para perfeccionar el oficio y para impedir que los extranjeros infecten la villa con su mal cacao». Esta corporación exigía a sus aprendices un certificado de su fe católica expedido por el párroco. Y consiguió que el parlamento de Burdeos le reconociera la exclusividad para otorgar títulos

de maestro chocolatero, indispensables para abrir una tienda o un obrador en la ciudad. Así expulsaron del mercado a los judíos. El parlamento de Burdeos registró la denuncia de Moise Mesquit, Isaac Ledesma y Raphael Dias, a los que describe como «extranjeros residentes en Baiona», aunque hubieran nacido allí y sus familias llevaran siglos allí. Mesquit, Ledesma y Dias protestaban por la discriminación que les impedía ejercer su oficio en la ciudad. A su favor declararon Elissalde, Saux, Saubagné y Pouyols, comerciantes vascos y gascones, socios comerciales de los judíos. Y las presiones del duque de Gramont, el mismo que acogía a los judíos en su principado de Bidaxune y les alquilaba casas y talleres en Baiona, terminaron por convencer a los parlamentarios. En 1767 abolieron la discriminación chocolatera contra los judíos.

Hasta entonces los artesanos se arrodillaban sobre un cojín para moler las habas de cacao en una piedra cóncava al estilo azteca. En el siglo

xix

llegaron las máquinas de descascarillar, los hornos giratorios para tostar, las prensas hidráulicas para moler. En 1854, año de la fundación de Cazenave, Baiona contaba con treinta y dos fábricas chocolateras. Y se abrieron otras en Biarritz, Kanbo, Hazparne, Bastida, Baigorri, Donibane Garazi, Donapaleu, Ustaritz y demás localidades vascas. En Ezpeleta, como ya hemos visto, triunfa el chocolate mezclado con polvo de pimiento: todo este viaje para terminar en el punto inicial de los aztecas.

—Seguimos dando la vuelta al mundo con el estómago —dice Borda—. Hemos comido un menú asiático en Saint-Esprit y ahora merendamos una bebida americana europeizada en el centro de Baiona.

También viajamos a través de las clases sociales, porque la comida en el restaurante kebab nos ha costado ocho euros por cabeza (carne, arroz, ensalada, patatas fritas, salsa, pan de queso indio y bebida) y la merienda chez Cazenave diez euros con treinta céntimos (taza de chocolate, chantilly y tostada). Sospecho que quienes comían a nuestro lado en Saint-Esprit cruzarán pocas veces a merendar en el casco histórico de Baiona. Y este es el privilegio de un escritor viajero, de un viajero por capricho: cruza de una orilla a otra, sin ningún problema, cada vez que le da la gana.

y tiende al mar. Lo vio por primera vez en Hendaia, a los once años, y dice que desde entonces lo necesita. Camina a menudo desde la Barra de Baiona hasta las playas de Biarritz.

—En ese paseo el mundo se me divide en dos. Por el oído izquierdo me entran los ruidos de la ciudad, el tráfico, la gente. Por el derecho me entra el rumor del mar, como el que oíamos en el vientre de nuestra madre.

Borda recuerda que una de las canciones de cuna vascas más hermosas, más conmovedoras, más versionadas habla precisamente de la Barra de Baiona. Aquí tiene su desembocadura actual el Aturri. Este río nace en el país occitano de Bigorre, en las faldas del Tourmalet, recorre trescientos kilómetros y durante siglos fue cambiando su curso por la llanura arenosa de las Landas. Sabemos que en tiempos romanos se desparramaba por un enorme delta entre Baiona y Capbreton, pero las inundaciones de 1310 movieron dunas, cegaron bocas y el río giró hasta encontrar una salida treinta kilómetros más al norte. Allí fundaron Port d'Albret, nueva salida comercial y pesquera. Baiona se quedó lejos de la desembocadura, perdió tráfico y se fue deslizando hacia la ruina. Sus comerciantes reclamaron intervenciones a los reyes de Francia durante mucho tiempo, hasta que Carlos IX ordenó que reencauzaran el Aturri por Baiona. Emprendieron una obra colosal de siete años, levantando barreras de troncos reforzadas con tierra, luego muros de piedra, hasta que el 25 de octubre de 1578 consiguieron girar el río. Se secó el cauce del norte, Port d'Albret pasó a llamarse Vieux-Boucau (la vieja desembocadura) y desde entonces el Aturri pasa señorial por Baiona, con una anchura de doscientos a cuatrocientos metros. Aún fluye otros seis kilómetros hasta el mar, por un estuario de puertos mercantes, pesqueros y deportivos, plantas de gas y petróleo, depósitos químicos, industrias siderúrgicas, almacenes y muelles para cargar automóviles y maíz, mucho maíz. El Aturri desemboca en la Barra de Baiona, así llamada por los bancos de arena que obligan a dragados constantes, entre espigones azotados por las galernas. Es un paraje inhóspito. Un finisterre vasco, un enclave consolidado con toda una batería de escolleras artificiales, señalizado con faros y semáforos, un memorial de cientos de naufragios, desde los dos bacaladeros que volvían de Terranova en 1736 y encallaron en estas rocas hasta el carguero bilbaíno Luno, de cien metros de eslora, que se partió en dos contra el espigón en 2014, poco después de que

un helicóptero salvara a sus doce tripulantes.

En esta desembocadura salvaje empieza la nana vasca más suave: «Itsasoa laino dago / Baionako Barraraino / Nik zu zaitut maiteago / txoriak bere umeak baino». El mar está nublado hasta la Barra de Baiona, yo te quiero más que el pájaro a sus crías. Borda imagina una noche de galerna, un prado con una casa solitaria que recibe las ráfagas de salitre y los golpes del viento en las ventanas, la madre que acuna a un bebé junto al fuego y no puede dormir porque el padre está en la mar. Tu padre se acuerda de nosotros entre las nieblas de la noche, yo te quiero más que los peces al agua: «Aita gutaz oroit dago / lainopean gaueraino / Nik zu zaitut maiteago / arraintxoek ura baino». La nana sigue como una canción de amor familiar, estrofa tras estrofa, hasta que la criatura se duerme y la madre ya puede revelar una verdad amarga: «Orai haurra hor lo dago / lo egizu, aingeruño / Nik zu zaitut maiteago / zure aitak nihaur baino». El niño ya se ha dormido, duerme, angelito, yo te quiero más que tu padre a mí.

—El mar me da ritmo —dice Borda—. Me ayuda a pensar con calma. Lo escribió Baudelaire: «La mer est ton miroir, tu contemples ton âme».

La mar es tu espejo, en la mar contemplas tu alma. Borda caminó una semana desde Baiona hasta Bilbao por senderos litorales. Las caminatas le servían para pensar, remover la memoria y calmarse. Los descansos, para divertirse con el ajetreo de los puertos, los pesqueros que regresaban sonando sirenas, las rederas que se sentaban a coser en grupos, los graznidos de las gaviotas, el atalayero que gritaba «¡ballena, ballena!» solo en su imaginación.

—Creo que el mar explica la historia de los vascos, su carácter fantástico, sus proyectos audaces, a veces incluso locos. Diría que somos gente dura. Nos lanzamos a aventuras colectivas sin pensar mucho en las consecuencias. A mí me interesa todo eso, los proyectos locos, las partes oscuras de la historia.

Escribió Itxaro Borda:

Los viajeros y los poetas confirmarán, con el corazón en la mano, que el objetivo de un viaje es no regresar nunca. Aun cuando volvamos a casa, seremos ya personas distintas de las que marcharon. Pensaremos distinto, percibiremos de manera distinta nuestro viejo mundo, olvidaremos nuestras costumbres y nuestros hábitos. Y no sabremos qué nos ha cambiado: el camino, la obligación

de trabajar la paciencia, las personas con las que nos hemos cruzado, nuestros miedos repletos de dudas o la alegría de oír palabras que no entendíamos. Sentirse de casa en el extranjero y sentirse extranjero en casa. Esa extrañeza es la base de la solidaridad.

CAPÍTULO 11. DE LA BARRA A LA BELHARRA

En el que los médicos lanzan a los locos a las olas para curarlos y los locos le pillan el gusto.

la barra de baiona

es nuestro pequeño Finisterre, nuestro modesto Vladivostok, nuestro Ushuaia de andar por casa, el extremo en el que el país de los vascos termina por agotamiento. El territorio montañoso se va remansando hacia el norte y aquí se rinde ya al mar y a la llanura de las Landas. La costa es llamativamente recta. Entre las bocas del Garona y el Aturri, digamos que entre Burdeos y Baiona, traza una perfecta línea norte-sur de 230 kilómetros. Los sedimentos del Macizo Central y del primer Pirineo se acumularon en una inmensa llanura arenosa, un material blando y homogéneo que el mar erosionó con absoluta regularidad. Desde la Barra pedaleo hacia Biarritz junto a una playa de cuatro kilómetros, el último tramo en el sur de esa larguísima costa llana, ese mundo de dunas, pantanos y pinares infinitos, tan próximo para los vascos y tan ajeno. Tengo la impresión de emprender el regreso, algún regreso.

Recorro una ribera de hoteles, cafeterías y talasoterapias, entre parques, hipódromos y campos de golf, de vez en cuando un búnker nazi. Y me encuentro con el cabo de San Martín: el primer escalón de roca, la primera arruga, el Pirineo emergiendo del océano, el choque de las placas tectónicas que levantaron una cordillera y nos dejaron un país anfractuoso. Desde los modestos treinta metros de altitud de este cabo, donde levantaron un faro blanco, veo la costa vasca con sus montañas y sus acantilados, los promontorios en cuyo regazo sudoriental se fundaron los puertos, las bocanas de las bahías en las que se refugiaron las ciudades.

las formas del territorio

determinan la historia de cada pueblo. Al sur del cabo de San Martín, Biarritz se extiende ante unas playas abiertas en las que siempre faltó un refugio portuario. Apenas tenían una cala, rodeada por una corona de escollos peligrosos, en la que estableció su base una modesta flota de balleneros gascones. La primera noticia que tenemos de ellos aparece en un documento de 1199: el rey inglés Juan Sin Tierra concedió a un tal Vital de Bielle una renta de cincuenta libras angevinas que se debían descontar de la venta de las primeras dos ballenas capturadas todos los años por los vecinos de Biarritz. Los biarrotas pagaban derechos de pesca al rey de Inglaterra, que también era señor de Aquitania y que a veces cedía esos derechos a sus caballeros para recompensarlos. Vital de Bielle había guerreado con sus hombres en Palestina al servicio del rey Ricardo Corazón de León, durante la tercera cruzada para conquistar Jerusalén, y al regresar lo nombraron alcalde de Baiona y le otorgaron rentas. Pronto consiguió que le pagaran un diezmo sobre todas y cada una de las ballenas capturadas por los pescadores de Biarritz. En su testamento, para asegurarse el cielo, legó esas rentas al obispado de Baiona, que en ese momento construía la esplendorosa catedral que ha llegado hasta nuestros días. Así se elevó el gótico: con los impuestos que pagaban los pescadores por el fruto de su trabajo, con un dinero que apestaba a sangre y grasa de cetáceo, enseguida convertido en relucientes bloques de piedra caliza, iluminado por vidrieras coloreadas y purificado con incensarios y cirios.

El puertecillo de Biarritz no daba para mucho. Y con el exterminio de las ballenas en el golfo de Bizkaia, una hazaña que tampoco se puede negar a los vascos, el asunto se puso feo. Desde 1668, fecha en que los biarrotas cazaron su último cetáceo en aguas cercanas, hasta 1764, Biarritz perdió la mitad de sus dos mil habitantes y se quedó con apenas siete barquitos para la pesca de bajura.

La forma de su costa impidió que Biarritz se desarrollara como puerto próspero. Pero cuando iba camino de la desaparición o la irrelevancia, esa misma costa le dio una oportunidad inimaginable para convertirse en una de las ciudades más selectas de Europa. De repente las playas, esos arenales inútiles, atrajeron a unas curiosas criaturas: los bañistas. Para ser más preciso: los bañistas forrados de dinero. A mediados del siglo

xviii

, siguiendo la nueva moda médica, los ricos se lanzaron a aventuras tan exóticas como la de adentrarse en los Pirineos para tomar baños termales o desnudarse en

las costas atlánticas para tomar baños de olas vigorizantes. Ya en 1765, las autoridades de Baiona ordenaron acondicionar caminos para que las «personas de calidad» bajaran sin peligros a las playas de Biarritz.

«Personas de calidad». Es indudable que la sociedad avanza: ahora somos mucho más finos disimulando la discriminación.

Las guerras supusieron un impulso fenomenal para Biarritz. En 1814 los británicos echaron a las tropas de Napoleón de la península ibérica y las siguieron corriendo a gorrazos hasta Baiona. Por el camino, los soldados británicos se bañaron en las famosas olas de Biarritz y algún médico militar se dio un paseo por el cementerio del pueblo para confirmar cierta hipótesis: muchos biarrotas vivían hasta los ochenta y noventa años. Atribuyeron esa supuesta longevidad al aire puro, tan rico en yodo marino y savia de los pinares, que según ellos impedía las epidemias y daba vigor a quien lo respiraba. Los ricos británicos que hasta entonces pasaban temporadas en Pau y en el Pirineo empezaron a preferir Biarritz.

Al principio las playas no tenían muy buena fama. Eso de bañarse medio desnudos a la vista de cualquiera parecía indigno de personas pudorosas y bien educadas. Además los baños de olas se recetaban a los enfermos mentales, a melancólicos, histéricas, ansiosos, retrasados que despertaban una abierta compasión y una disimulada repugnancia. El tratamiento era sencillo: elegían los oleajes más violentos para lanzar a los enfermos, con la idea de que los revolcones en el agua les sacudirían de encima todas las desdichas. Durante muchos años, la actual Grande Plage se llamó la Costa de los Locos. Y nadie de buena posición quería que lo vieran bañándose con aquellas desdichadas criaturas.

Pero otras guerras siguieron arrojando personas de calidad a las playas de Biarritz. La carlista, por ejemplo, complicó el veraneo de los aristócratas españoles en San Sebastián y los desvió hasta aquí en 1834. Con ellos llegó una condesita granadina de nueve años, doña Eugenia…

(inspiración profunda)

…doña Eugenia María Ignacia Agustina de Palafox-Portocarrero de Guzmán y Kirkpatrick de Grévignée,

o sea, Eugenia de Montijo,

quien unos años después seduciría a Napoleón III, emperador de los franceses, y dado que por su alto nacimiento no debía rendir honores ni dignidades a ninguna familia de Francia, fue digna de casarse con él y convertirse por tanto en

emperatriz.

En 1854, la emperatriz Eugenia convenció a don Napoleón y pasaron su primer veraneo en el adorado Biarritz de sus recuerdos infantiles.

Veranear: un verbo más revelador que un tratado entero de sociología.

Biarritz les gustó tanto que Napoleón compró cuatro hectáreas en el promontorio central de la Grande Plage y mandó construir para el año siguiente un palacio de 154 habitaciones con planta en forma de E, como la inicial de Eugenia, y yo a veces no sé qué regalarle a mi novia por su cumpleaños. Allí se hospedaron las familias de la realeza europea, cancilleres, mariscales, ministros, embajadores, los aristócratas de narices más estiradas. Y muchos otros construyeron sus mansiones en Biarritz, porque era donde había que estar, donde el emperador y la emperatriz se bañaban a la vista del público para mostrar su sencillez de espíritu, donde se paseaban besando a los niños, dando limosnas a los pobres y confortando el alma de los tullidos con unas tiernas palabras que conmovían hasta las lágrimas a los secretarios, camareras, mayordomos y chambelanes que los acompañaban.

Aquella Villa Eugénie de 154 habitaciones, convertida desde 1893 en el Hôtel du Palais, es la estrella en torno a la cual gravita una constelación de palacios de estilo imperial, cottages ingleses, mansiones anglonormandas, villas neovascas, palacios góticos, castillos de pastiche neomedievalista, casinos art déco, hoteles modernistas, baños moriscos y la iglesia ortodoxa rusa con sus cúpulas de cebolla, una colección espléndida o un potaje kitsch de arquitectura balnearia.

De la Gran Playa subo a la Punta de Biarritz, antigua atalaya ballenera, caos de promontorios, acantilados y arrecifes, con el puerto viejo escondido en un recoveco. Durante siglos debió de ser un cabo salvaje, un escenario tenebroso de peligros mortales, luego transformado y domesticado hasta la humillación. A la emperatriz le decoraron estos roquedos como si fueran otro salón de su palacio: los aplanaron, los alfombraron con jardines, trazaron senderitos graciosos, construyeron miradores, incluso tendieron una pasarela metálica de setenta metros para llegar hasta una gran roca que emerge del mar y en su cumbre

plantaron una estatua blanca de la Virgen, como quien compra una figurita en sus vacaciones para ponerla encima de la tele. El escollo se llamaba Cucurlon, palabra gascona para designar una altura, un punto culminante, y desde que pasó la emperatriz se llama Roquedo de la Virgen.

También perforaron un túnel para que los paseantes atravesaran la punta rocosa hasta la Costa de los Vascos, la playa más violenta de Biarritz, expuesta al noroeste de las tempestades y los oleajes. Este paraje se resistió más que ninguno a la colonización turística, porque las casetas de baño y los hotelitos desaparecían de un año para otro, barridos por las marejadas invernales o los desprendimientos del acantilado. Se llamaba Costa de Pernauton, por el nombre de un caserío cercano, pero en los tiempos del turismo imperial la rebautizaron Costa de los Vascos porque solo los nativos se atrevían a bañarse allí. Mientras los remilgados lords ingleses, las pusilánimes princesas rusas y los pechohundidos subsecretarios parisinos daban saltitos en la orilla de la Grand Plage y gritaban huyuyuy, los vascos preferían arrojarse a las olas titánicas. Ese es el relato épico. La verdad probablemente tenga más que ver con la separación de clases: pescadores, campesinas, sirvientas y obreros nativos venían a este arenal de las afueras porque el ambiente aristocrático de la Grande Plage no era para ellos. No eran personas de calidad.

la costa de los vascos

fue la primera playa europea en la que alguien practicó surf. En el verano de 1956, un equipo de productores y guionistas eligió Biarritz para rodar escenas de la película Fiesta, adaptación de la novela de Ernest Hemingway en la que una cuadrilla de estadounidenses afincados en el París de entreguerras viajan al País Vasco para pasear por Baiona, pescar truchas en el Pirineo, emborracharse en los Sanfermines, liarse unos con otras, liarse con un torero, pelearse a puñetazos, incluso retirarse a San Sebastián para relajarse y que dejaran de pasarles cosas (sí, así es mi ciudad). Parece que la película no le hizo mucha gracia a Hemingway: «Gran parte de mi historia transcurre en Pamplona pero ellos decidieron rodarla en México, así que por las calles no se ven más que mexicanos caminando. Los toros eran muy pequeños y les añadieron unos cuernos grandes». El productor Dick Zanuck, aficionado al surf, descubrió las olas de Biarritz y encargó al estudio de Hollywood que en el envío de material para el rodaje le incluyeran una tabla. Zanuck tuvo que volverse a California

antes de tiempo, pero el guionista Peter Viertel vio la tabla de madera y se lanzó a las olas de la Costa de los Vascos. Era la primera vez que lo probaba. Se dio unos buenos revolcones y rompió la tabla contra las rocas.

Unos cuantos chavales siguieron sus piruetas con la boca abierta y le copiaron la idea. El ebanista Jacky Rott fabricó una tabla como la de Viertel, ingenieros locales idearon enseguida unos modelos de plástico y en los siguientes veranos la Costa de los Vascos se convirtió en el primer teatro europeo de aquella extravagancia: mientras los burgueses se bañaban y tomaban aperitivos en la Grande Plage, sus hijos de melenas revueltas preferían la playa cruda, vestían bermudas con estampados florales, sus hijas se atrevían con los primeros bikinis, compartían porros y volaban de ola en ola. En 1962, dos surfistas locales viajaron al Campeonato del Mundo en Perú: el propio Jacky Rott y su amigo Joaquín Moraiz, nacido en Tolosa, en una familia que huyó de la Guerra Civil española a Biarritz. Rott y Moraiz fueron los dos primeros europeos, dos bichos raros en unos mundiales que por entonces eran coto exclusivo de hawaianos, californianos, australianos y sudafricanos. Explicaron de dónde venían, hablaron maravillas de las olas vascas y a partir de entonces los surfistas de más renombre empezaron a caer por Biarritz. «Jo» Moraiz fundó en 1966 la primera escuela de surf de Europa en la Costa de los Vascos. Y aquí mismo sigue en marcha, al pie de los acantilados, justo donde cayó la primera semilla de aquel deporte hawaiano que vino volando a través de California y arraigó en esta costa hasta convertirse, como tantas ideas foráneas, en otro símbolo vasco.

La costa labortana es ahora la costa del surf. Entre Hendaia y Baiona funcionan cuatrocientas empresas de todos los tamaños, desde las casetas de las pequeñas escuelas hasta las sedes de los mayores fabricantes de tablas, pasando por toda una gama de tiendas especializadas, que emplean a cuatro mil trabajadores y mueven dos mil millones de euros anuales. Biarritz tiene un concejal de surf. La costa vasca y la landesa atraen todos los años a más de cien mil surfistas, practicantes de shortboard, longboard, bodyboard, skimboard, bodysurf, stand up paddle, tandem, drop knee y otras variedades que no soy capaz ni de imaginar.

una ola gigante era una catástrofe

, ahora una ola gigante es una bendición.

El bajo de Belharra es una plataforma rocosa submarina, a dos millas de la costa de Zokoa, que interrumpe el avance regular de las olas y las encrespa hasta los ocho, doce, quince metros de altura. Antaño tenían terror a la ola de Belharra, porque rompía las amarras de los barcos fondeados en la costa y los destrozaba contra los acantilados, entraba en la bahía de San Juan de Luz y arrasaba las casas de los pescadores. Luego construyeron diques para cerrar en parte la bahía, desarrollaron sistemas de detección. Y ahora hay quien la espera con ansia: los surfistas de olas gigantes. La de Belharra a veces supera los quince o veinte metros, entre las diez más grandes del mundo, pero aparece muy pocas veces, solo durante los temporales de invierno, quizá dos o tres veces por temporada, quizá cinco, quizá ninguna en tres años.

El primero en intentar surfearla fue Peio Lizarazu, un chaval de Hendaia que veía olas a lo lejos, en medio del mar, y no las entendía. Luego supo que los pescadores conocían bien aquel escollo, boca de naufragios, poblada tumba submarina. Lizarazu se instaló en Zokoa, en una casa costera desde la que vigilaba con prismáticos las pocas y escalofriantes apariciones de Belharra. Y durante un día de vendaval en noviembre de 2002, por fin convenció a un amigo para que lo acompañara y lo ayudara con una moto acuática y una cuerda. Avisó también a otras dos parejas de surfista y piloto. Zarparon del puerto de Ziburu, se acercaron a Belharra y se asustaron.

—Veíamos crecer montañas en la mar.

Lizarazu dice que en esos momentos se acordaba de los naufragios que le habían contado los pescadores. Su ventaja era que conocía la ola desde niño y su desventaja era esa misma. Para cabalgar la ola de sus obsesiones, debía alcanzar primero una velocidad altísima, así que se tumbó sobre la tabla, se agarró a la cuerda que le tendía su amigo desde la moto, la moto aceleró, la ola llegó, Peio se puso de pie en la tabla, salió disparado pero se mantuvo de pie, tensó el cuerpo, respiró, siguió de pie, dominó la ola, voló con ella, voló, voló, empezó a bajar, sintió que se le agotaba la adrenalina y lo invadía un placer cósmico mientras terminaba de bajar. Al volver a tierra con sus colegas, incapaces de articular una frase completa, sintieron que habían hecho algo extraordinario.

Las imágenes de aquel día cruzaron océanos. Los cazadores de olas monstruosas volaron desde California, Sudáfrica o Hawái hasta la costa vasca en cuanto recibían alertas de que Belharra podía despertar en medio de un temporal, pero hubo un autóctono que quiso ser el primero en surfearla solo con su cuerpo, sin

la ayuda de una moto náutica.

—Quería coger la ola nadando y todos me decían que era imposible.

Axi Muniain, surfista de Zarautz, rubio revuelto, entusiasta pícaro, es un miembro de esa tribu nómada que recorre el mundo buscando olas gigantes a las que encaramarse con una tabla. Una vez me explicó, en estos acantilados de Lapurdi, su truco para resistir bajo el agua cuando una ola del tamaño de una casa de cinco pisos se le cae encima y lo zarandea en una sucesión de remolinos profundos de los que no sabe cuándo saldrá: piensa números larguísimos y los pronuncia mentalmente. Trescientos setenta y nueve mil millones doscientos treinta y seis mil quinientos cuarenta y ocho coma doscientos veinticuatro, y así se concentra en otra cosa mientras su cuerpo da vueltas y más vueltas y más vueltas como en una centrifugadora y no sabe dónde está arriba y dónde está abajo y da vueltas y piensa números, setecientos mil doscientos once millones ciento cuarenta y dos mil quinientos noventa y siete, así va retrasando el pánico que lo ahogaría y así ha conseguido salir siempre del agua.

—Esas olas avanzan rapidísimo, así que me construí una tabla de cuatro metros, mucho más larga de lo normal, para pillarla más fácil. Pero eso me suponía un problema: cuando subes hasta la cornisa de una ola tan alta, allá arriba te encuentras con muchas corrientes de aire. Si vas con una tabla tan grande, el viento te la levanta y te tira. Se me ocurrió un apaño: en el nervio de la tabla atornillé la guía del carril de una cortina, con unos plomos que basculaban adelante y atrás. Pesaban dos kilos y medio. Cuando caían a la parte delantera de la tabla, hacían de contrapeso y ganaba estabilidad. No hice ensayos, no podía hacerlos porque no hay otra ola así, probé mi invento directamente el día que fui a por Belharra.

El 23 de noviembre de 2009, Muniain se acercó a Belharra y remó con sus brazos hacia la cordillera de agua que crecía ante sus ojos.

—La vi venir y pensé: «Menudo bombazo». Nadé con todas mis fuerzas, era como saltar a un tren en marcha y ponerse de pie. Hay un momento en el que se te echa la cornisa encima y ya no tienes vuelta atrás: si te arrepientes y tratas de pararte, la ola te lanza por su precipicio. Si quieres salir vivo, no tienes más remedio que concentrarte en tu posición y aguantar con todas tus fuerzas. El viento me dio unos buenos bailes, pero los plomos estabilizaron la tabla y sentí que la dominaba.

Belharra impulsó a Muniain hasta la final de los premios mundiales de 2009 a las mejores olas gigantes. Pero lo que aún le pone la carne de gallina es el recuerdo de aquel descenso.

—Las olas como Belharra tienen una bajada larguísima, te pasas mucho rato bajando, bajando, bajando, disfrutando muchísimo del camino, hasta que llegas a la base. Entonces chillas, saltas, lo celebras con los amigos…

Muniain me enseñó otro de sus inventos para salir vivo cuando una ola gigante está a punto de estallarle encima. Si un surfista necesita que lo rescaten, el piloto de la moto acuática se acerca a toda velocidad, frena para agarrarlo del brazo y lo arrastra hacia zonas más seguras.

—El problema es que así el piloto tiene que frenar mucho y se pierde tiempo. En esas situaciones, un segundo puede ser la diferencia entre escapar o que te caiga encima una muralla de agua.

Muniain me enseñó su aro de rescate: una cámara de aire del tamaño de una rueda de motocicleta, hinchada, forrada con cinta americana y acoplada a un asa metálica.

—El surfista extiende el brazo en forma de ele, el piloto va hacia él a toda velocidad, le pasa el aro por el brazo, lo engancha hasta el hombro y con la propia inercia el surfero se gira y se sube a la moto. No frenan ni un momento y salen a toda leche. No sé cuántas veces me ha salvado este invento.

Me acuerdo de las palabras de Itxaro Borda sobre el mar que atrae a los vascos a las aventuras más locas. Me maravilla Axi Muniain encaramándose a castillos de agua, me entusiasma esa pasión humana por explorar los límites, la curiosidad, el juego, el placer. Pero no olvido que nuestra sociedad puede permitirse el lujo de considerar el océano como espacio de ocio y no amenaza. Los pescadores se exponían a la ola de Belharra porque no tenían otra manera de llevar comida a casa, los surfistas se lanzan a ella porque quieren jugar. Somos gente afortunada.

CAPÍTULO 12. DE BIDARTE A VALLADOLID PASANDO POR SACHSENHAUSEN

En el que un prisionero de los nazis inventa un código para pedir un queso, Elkano manda a su hija a la ikastola, los islandeses aprueban una ley que permite matar vascos y un italiano escribe la crónica del primer encuentro con alienígenas.

esta historia empieza

en la ermita de San Josepe, en los acantilados de Parlementia, y empieza suave:

—De niños, la explanada de esta capilla era nuestra zona de juegos. Nos divertíamos corriendo detrás de las vacas.

Hace unos años leí esas frases en uno de los paneles informativos que el ayuntamiento de Bidarte instaló en varios puntos del pueblo, en plazas, parques, iglesias y mansiones, con las habituales explicaciones enciclopédicas enriquecidas con los recuerdos de los viejos del lugar. La frase me interesó, para qué negarlo, por el nombre de su autor: André Izaguirre.

Recorrí las casas de aquella colina costera en busca de mi tocayo, con más curiosidad que esperanza. Encontré un buzón con forma de caserío vasco y una placa inesperadamente queer que decía: «Monsieur et madame Izaguirre André». Un señor de unos cincuenta años podaba el jardín. Me pareció demasiado joven pero probé.

—Buenas tardes, ¿es usted André Izaguirre?

—No.

—Es que he visto el nombre en el buzón y yo me llamo igual…

—Ah.

—¿Vive aquí André Izaguirre?

—Murió.

El hombre soltaba cada palabra como si primero tuviera que plantarla, regarla, dejarla crecer, podarla, abonarla, dejarla crecer un poco más y al fin, ay, arrancarla. Me pareció bien y no pregunté más, por respeto a esa casa en la que la elección de una palabra concreta había sido cuestión de vida o muerte.

La capilla de San Josepe es una modesta nave blanca con un desproporcionado porche a dos aguas. Como ocurre en otros lugares, es probable que construyeran un porche tan grande para que los agotes atendieran desde aquí, cobijados pero fuera del templo, las ceremonias religiosas. En la colina de Parlementia, como su nombre indica, los vecinos se reunían para discutir y votar decisiones, en esa tradición de democracia local que los vascos recordamos a menudo con orgullo, y que discriminaba por ejemplo a los agotes porque aquí todos eran iguales, y algunos, claro, más iguales que otros.

La ermita está consagrada a san José, patrono de los carpinteros. Es una advocación tradicional de los marinos, obviamente, porque de la habilidad para ensamblar maderas dependía la resistencia de sus barcos. Jean-Pierre Izaguirre, padre de André, por ejemplo, le compró un batel a un carpintero de ribera en la década de 1930. Había pescado bacalao durante cinco años en Terranova, se había enrolado en la marina mercante, había navegado por medio planeta y había decidido regresar a Bidarte para dedicarse a una pesca más sencilla, cerca de su casa y su familia, en su batel de madera, a remo y vela. André terminó los estudios a los catorce años, en un verano de presentimientos negros como el de 1939, y aprendió a pescar langostas con su padre. Un año más tarde, en junio de 1940, los nazis ocuparon la costa vasca hasta Hendaia y levantaron búnkeres de hormigón como venían haciendo desde Noruega para fortificar toda la costa atlántica. Los Izaguirre siguieron pescando bajo la ocupación alemana, chipirones, salmonetes, perlones, cangrejos que vendían en el mercado y llevaban a casa para completar una alimentación cada vez más difícil en tiempo de guerra. Eran matrimonio y nueve hijos. En febrero de 1943, cuando le faltaban pocos meses para cumplir dieciocho y que lo llamaran a filas, André Izaguirre prefirió pasarse a la Resistencia. Lo convocaron a una reunión secreta en el Pirineo, marchó con otros jóvenes voluntarios en un coche y cayeron en

una emboscada camino de Senpere. Alguien se había chivado a los nazis. Lo encerraron en el castillo de Hâ, en Burdeos, y el 30 de abril de 1943 lo deportaron al campo de concentración de Sachsenhausen, treinta kilómetros al norte de Berlín. Allí pasó dos años de hambre, frío, miseria, violencia y enfermedad, hasta la liberación del 3 de mayo de 1945.

—Si eres de Bidarte y te encierran entre alambradas, sueñas con el mar todos los días —decía André Izaguirre años después.

Los alemanes permitían que los prisioneros políticos enviaran alguna carta y recibieran algún paquete, siempre que no incluyeran quejas ni referencias a los sufrimientos en el campo. André quería mandar algunos mensajes a su familia. Que pasaban mucha hambre, por ejemplo. Que le enviaran un queso, por ejemplo.

En su película Emak bakia baita, rodada en esta costa, el director navarro Oskar Alegria mostró dos cartas que Izaguirre mandó a su casa desde el campo de concentración. En el reverso de los sobres aparece el nombre del remitente (Izaguirre André, con su fecha de nacimiento 13-6-25 y el número de identificación 65 484) y su dirección (Oranienburg, Berlín, el pueblo en el que estaba el campo de concentración de Sachsenhausen). En el anverso llevaban un sello azul de veinticinco peniques con el retrato de Adolf Hitler, el matasellos alemán con fechas ilegibles y los nombres de los destinatarios, que el joven prisionero André escribió con una caligrafía esmerada.

El primer sobre iba destinado a su padre:

Monsieur Izaguirre Jean-Pierre

Bidart. Plateau Saint Joseph.

Maison Egorri Diatékoa

Basses-Pyrénées

France

El segundo, a su hermana:

Fraülein Izaguirre Marie

Bidart. Plateau Saint Joseph.

Maison Gazna Egorri

Basses-Pyrénées

France

La casa de André se llamaba Laperia, pero en esas dos cartas no escribió ese nombre. En lugar de Maison Laperia, insertó un par de palabras en euskera para que los censores creyeran que era el nombre de la casa. En el primer sobre escribió Maison Egorri Diatékoa: Casa Mandad Comida. Y en el segundo, Maison Gazna Egorri: Casa Mandad Queso.

un idioma de pocos hablantes

puede funcionar como código secreto, de ahí las fascinaciones, leyendas y recelos que suscita. No es cierto que emigrantes vascos alistados en el ejército estadounidense radiaran en euskera las órdenes para desembarcar marines en Guadalcanal sin que se enteraran los japoneses, como se contó durante mucho tiempo. Sí es cierto que el entrenador sevillano Caparrós trabajaba las jugadas de estrategia del Athletic de Bilbao en euskera para despistar a los rivales, como es cierto que en su tierra natal, a orillas del Guadalquivir, en la casilla de salida para todas las expediciones a América hace quinientos años, los armadores, comerciantes y altos funcionarios vascos se empeñaban en mantener su lengua porque les daba ventajas.

—Los vascos de buena posición en los negocios y en la administración del Imperio se hacían traer mujeres del País Vasco para casarse con ellas —cuenta el historiador Xabier Alberdi—. ¿No encontrarían mujeres guapas y ricas en

Sevilla? Claro que sí, lo que pasa es que querían mantener una comunidad. A los hijos los mandaban desde muy pequeños al País Vasco, los dejaban unos años a cargo de los abuelos o de los tíos, para que aprendieran el idioma y la cultura.

Elkano nunca se casó, pero en su testamento menciona a un hijo y una hija. El primero lo tuvo probablemente en Getaria durante su juventud, porque dona cien ducados a María Hernández de Hernialde, a quien conoció siendo «moza virgen» y fue madre de su hijo Domingo. La segunda la tuvo con una vasca afincada en Valladolid, sede de la Corte, que se llamaba María de Vidaurreta. En el testamento dejó cuarenta ducados a la madre («por la crianza» y «por descargo de mi conciencia») y cuatrocientos ducados que la niña cobraría al casarse si cumplía con esta condición: debían llevarla de Valladolid a Getaria en cuanto cumpliera cuatro años y educarla allí con la familia Elkano hasta el matrimonio.

—Eso era habitual —dice Alberdi—. Dentro de los imperios había algunas naciones pequeñas con tradición marítima y mercantil, algunos de sus miembros prosperaban en las instituciones, se instalaban en la Corte y en los puertos importantes, se iban como gobernadores o empresarios a las colonias, se movían muchísimo, viajaban lejos y mantenían sus redes comunitarias a través del océano. Los vascos bien situados en Sevilla acogían a los paisanos recién llegados, les buscaban un puesto, los recomendaban… Los vascos tenían su barrio en Sevilla, sus calles, sus negocios, sus cofradías religiosas con sus misas, ritos y fiestas, como los tenían los catalanes o los aragoneses o los burgaleses, los vascos crearon su red social en Sevilla como la creaban los genoveses, los ragusianos, los griegos, los armenios o los judíos en los puertos de otros imperios.

mientras elkano navegaba

alrededor del mundo, el conquistador extremeño Hernán Cortés daba estas explicaciones al emperador azteca Moctezuma: «Como nuestro emperador tiene muchos reinos y señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas y otras mucho más. Nosotros somos de dentro de Castilla, que llamamos Castilla la Vieja, y nos nombran por sobrenombre castellanos; el capitán que está ahora en Cempoal y su gente son de otra provincia que llaman Vizcaya, y tienen la habla revesada como los otomís».

Los otomís eran los indígenas de las sierras centrales de México, «gente bárbara» según el fraile Motolinia, «torpes, toscos e inhábiles», según el fraile Sahagún. El episodio lo recoge Bernal Díaz del Castillo en su Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.

hay gentes

que hablan un idioma normal y gentes que tienen el habla revesada. La idea suena a fósil: sigue caminando vigorosa entre nosotros.

el director de opinión

de un periódico español publicó en 2020, en pleno siglo diecitantos, un hartículo para criticar lo mal que hablaba la ministra andaluza María Jesús Montero, a la que llamaba «Marijau», evocando los jaujaus de los indios en las películas del Oeste. Cuando le acusaron de insultar a los hablantes andaluces, el harticulista respondió que no, que él no criticaba a la ministra por su acento, sino porque hablaba mal. Para decir que hablaba mal, su texto recurría a estas comparaciones: «Hasta la irrupción de María Jesús Montero en la escena política, todos pensábamos que el euskera era la única lengua no indoeuropea que se hablaba en España». Y más adelante describía el habla de Marijau como «hemorragia agramatical, burbujeante puchero de anacolutos, agresiones al diccionario, luxaciones fonéticas y homenajes involuntarios a la parla de los sioux».

Quinientos años después de las explicaciones de Cortés a Moctezuma, un harticulista del reino sigue considerando que hablar mal es hablar como los vascos o los sioux.

mi ciudad nació trilingüe

. Este viaje por mi país también es trilingüe en distintas proporciones, a pesar de que he asfaltado las voces para escribirlas en un solo idioma. Considero el país de los vascos como mi país, al menos mi primer país, en un mapa de ámbitos

coloreados más o menos intensamente según mi grado de pertenencia y participación. A partir de aquí vivo en el ecosistema español, voy haciendo mío el italiano, disfruto la oportunidad de saltar de unos árboles a otros en el bosque europeo y tengo algún rincón latinoamericano en el que hay algo mío. Aprecio mucho esta fluidez, no se me ocurre una forma mejor para habitar el mundo y sé que es un privilegio porque está vetada para la mayoría de las personas del planeta.

Este viaje es trilingüe por un país que en realidad está formado por dos zonas bilingües, una en España y otra en Francia, cosidas por el idioma vasco a veces compartido.

He hablado en euskera con la arqueóloga Mertxe Urteaga, el historiador Xabier Alberdi, el cocinero Aitor Arregi, el géologo Asier Hilario, el marino Aingeru Astui, el portero José Ángel Iribar, la portera Ainhoa Tirapu, la directora del museo minero Haizea Uribelarrea, la historiadora Olga Macías Muñoz, la galletera Manuela Moreno, la historiadora Olatz Conde, el antropólogo Iban Maiz, el cocinero y agricultor Mixel Lastiri, la escritora Itxaro Borda, el surfista Axi Muniain, el carpintero y marino Xabier Agote. Y con @Artikoan.

He hablado en castellano con el submarinista Xabier Armendariz, el pescador Moussa Thior, el obrero portuario Daouda Sené, la sardinera Isabel Castillo, los mineros Carmelo Uriarte y Emiliano Valdizán, el salinero Edorta Loma, el arqueólogo Alberto Plata, el cocinero Andoni Luis Aduriz, el ingeniero Xabier Cabezón, el hombre de los bosques Bernardo Antxorena.

Mi mal francés me ha servido para hablar con la agricultora Laurence Lastiri, el contable Bernard Abraham y los migrantes Romeo y Moussa Sylla.

¿El País Vasco es trilingüe? ¿De verdad? Solo trilingüe, quiero decir. La página 101L recoge entrevistas a donostiarras en alguno de los más de cien idiomas que se hablan hoy en mi ciudad: quechua, danés, nepalí, mixteco, árabe, chino cantonés, mandingá, emiliano-romañol… ¿El wólof no es ya también un idioma del País Vasco?

los expedicionarios de magallanes

enseñaron a los indígenas de la Patagonia a pronunciar el nombre de Jesús y a

recitar el Padre Nuestro en castellano, bautizaron a dos de ellos con los nombres Juan y Pablo, y luego los secuestraron. Los castellanos hablaban en su lengua a los indígenas y esto los cronistas lo relataban con solemnidad imperial: estaban enseñando a los salvajes un idioma civilizado. Otros episodios lingüísticos les parecían ridículos y divertidos: el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo cuenta que en la segunda expedición a las Molucas, la de 1526, las naves de Loaísa y Elkano atravesaron el estrecho de Magallanes y se encontraron con dos canoas de «indígenas que les hablaban en son de amenaza»… «y el clérigo Areyzaga les respondía en vascuence. ¡Ved cómo se podrían entender!». Ya les cuesta entenderte en español y te van a entender en vascuence, txapeldun.

Esa idea de que un indígena patagónico podía entender una lengua principal como el castellano pero no un habla revesada como el vasco tenía su versión contraria, igual de estúpida: el vascuence servía para comunicarse con los indígenas con más facilidad que el español. Entre bárbaros, ya se sabe. Pedro Mártir de Anglería, cronista de Indias al servicio del rey Carlos I, escribió que los vascos «por medio de su extraño lenguaje se entendían con los fabulosos seres que habitan las profundidades».

Pues resulta que algunos vascos sí que se entendían con los indígenas. Pero no porque con sus parloteos primitivos pudieran reconocerse unos a otros, como los animales con sus gruñidos, tan rudimentarios como universales, sino porque establecieron relaciones duraderas.

El historiador Marc Lescarbot viajó a las costas canadienses en 1606 y escribió que el idioma de los indígenas mi’kmaq era «la mitad vasco». «Fuman un tabaco que aturde los sentidos y adormece: a eso lo llaman quedarse eskorken (que viene del vasco moskor: ebrio). Si rechazamos fumar la pipa con ellos, significa que ya no somos adesquides (del vasco adiskide: amigo)». El misionero Pierre Biard describió así otra escena de 1616 en esas mismas regiones: «Entonces los nativos bailan y cantan adesquidex, adesquidex!, es decir, que son amigos del rey y de los franceses, aliados, socios y camaradas». En 1613, el inquisidor Pierre de Lancre confirmó que «cuando quieren comerciar con los franceses, los nativos canadienses solo les hablan en vasco».

La historia consagra al navegante Jacques Cartier como descubridor europeo de las costas de Canadá. En 1534 exploró el golfo de San Lorenzo, plantó una cruz en la península de Gaspé y reclamó esas tierras para el rey de Francia. También anotó un hallazgo peculiar: en aquellas aguas remotas encontró a mil vascos

pescando bacalao. Los vascos se habían adentrado en el Atlántico Norte desde la Edad Media, más allá de sus costas, más allá de Galicia, más allá de Irlanda, más allá de Islandia, hacia Groenlandia. Circulaba la leyenda de un caladero fabuloso de bacalao cuya localización guardaban en secreto. Y algunos piensan que era eso lo que descubrió Cartier cuando pilló a los vascos con las manos en la masa: su tesoro americano, las costas en las que bastaba con echar una cesta al agua para sacarla llena de bacalaos. No existe ninguna prueba de que los vascos llegaran a América antes de Colón. El primer documento que menciona una expedición vasca a Terranova es del año 1517: muy temprano, porque en cualquier caso llevaban siglos recorriendo el Atlántico hacia el noroeste y no debió de costarles mucho dar un salto más.

Los vascos construían barcos grandes, veloces y fiables, las chalupas más ágiles, incluso inventaron la técnica de salar el bacalao para conservarlo, mucho más eficaz que el secado o el ahumado, de manera que traían a Europa enormes cantidades. El bacalao salado era un alimento abundante, barato y duradero, que constituía la fuente principal de proteínas durante buena parte del año en los reinos cristianos. Incluso se podía comer durante los muy frecuentes días de ayuno dictados por la Iglesia, en los que estaba prohibida la carne. Suponía un negocio lucrativo y los vascos encontraron su paraíso en Terranova: un mar frío y poco profundo, rico en nutrientes, que atraía a bancos de bacalaos colosales. Allí también encontraron montones de ballenas y ampliaron rápido el negocio: en 1530 organizaron la primera expedición ballenera documentada a Terranova. Si en el Cantábrico cazaban unas cuarenta anuales, en Canadá capturaban más de cuatrocientas.

La historia también dice que el explorador inglés Bartholomew Gosnold fue el primer europeo en llegar a las costas de Nueva Inglaterra, al actual Cape Cod (cabo del bacalao), en 1602. Pero resulta que el marinero que escribió la crónica del viaje de Gosnold menciona su encuentro con ocho indígenas mi’kmaq remando a bordo de «una chalupa ballenera vasca».

Cartier llegó a las costas de Canadá y encontró vascos pescando. Gosnold llegó a las costas de Nueva Inglaterra y encontró una chalupa vasca. ¿Por qué no reivindicaron aquellos vascos ninguno de sus descubrimientos? Porque eran pescadores. No pretendían reclamar la titularidad de ningún territorio ni entregárselo a ningún rey, no querían colonizar ni conquistar, lo que les interesaba era forrarse explotando caladeros que ningún otro europeo conocía. Por eso debían mantenerlos en secreto. Y por eso les convenía llevarse bien con

los nativos.

Desde principios del siglo

xvi

, docenas de galeones vascos cruzaban el Atlántico todas las primaveras para alcanzar las costas de Terranova, Labrador y el golfo de San Lorenzo, donde cazaban ballenas, las despedazaban y fundían su grasa en hornos construidos en las playas. En otoño regresaban cargados de saín: aceite de ballena. Era el combustible mejor cotizado de la época. Un tonel de saín se vendía en los mercados europeos por el equivalente a cinco mil euros actuales, y había galeones que regresaban con ochocientos, dos mil, incluso tres mil toneles. Hasta el siglo

xvii

, los vascos fueron los únicos que cazaban ballenas de manera industrial. Gracias a ese monopolio acumularon unas fortunas cruciales para el desarrollo del País Vasco.

Miles de vascos trabajaban todos los años en aquellas factorías balleneras, en la primera industria de la historia de América del Norte. Trabaron una sociedad amistosa con los mi'kmaq, innus y beothuk, nativos del gran grupo cultural algonquino, a quienes pagaban sus servicios con pan y sidra, que ellos no tenían, y con quienes elaboraron un pidgin, es decir, un idioma rudimentario, una mezcla de palabras y frases provenientes de ambas orillas del Atlántico.

El pidgin vasco-algonquino fue la primera lengua europeo-americana. Empezó a formarse alrededor del año 1530 y desapareció a partir de 1640, cuando los franceses impusieron su autoridad en las costas de Canadá y expulsaron a vizcaínos y guipuzcoanos. Exploradores, capitanes, marinos y misioneros franceses recogieron muestras de aquel pidgin extinguido, frases y palabras que nos han quedado como pepitas de oro en un lecho seco. Por sus testimonios sabemos que los nativos se presentaban a sí mismos como canadaquoa (Kanadakoa: de Canadá, en euskera), a los vascos los llamaban basquoa y a los demás europeos souriquoa (del vasco zurikoa: los blancos). Usaban palabras como bacailos, kessona (gizona: hombre), atouray (atorra: camisa), insultos como satan beltza (satán negro).

Algunas palabras siguen vivas en nuestros días, después de unos curiosos viajes de ida y vuelta entre continentes. En francés, alce se dice orignal. Según los diccionarios etimológicos, es una voz tomada de los pueblos nativos canadienses para nombrar a ese cuadrúpedo de enormes astas que vive en aquellas tierras nórdicas. Lo curioso es que los nativos canadienses tomaron esa palabra del vasco oreinak, ciervos.

Otras frases chisporrotean como bengalas en la noche, iluminan por un momento escenas de hace cuatrocientos años, nos permiten imaginar cómo fue la convivencia entre balleneros vascos y nativos canadienses, cómo fue el cachondeo: «En una región tan remota como Terranova», escribió el jesuita Lope Martínez de Isasti en 1625, «los salvajes montañeses han aprendido el idioma de los marineros bascongados que van cada año por el pescado bacalao. Preguntándoles en bascuence “nola zaude”, cómo estás, ellos responden graciosamente: “Apaizac obeto”, los curas están mejor».

cuando visité islandia

en 2009, aún estaba en vigor la ley que permitía matar vascos.

Y eso que la historia entre islandeses y vascos empezó de maravilla. De hecho, el primer diccionario traductor del islandés a otra lengua aparte del latín fue un glosario vasco-islandés del siglo

xvii

con 745 palabras o, mejor dicho, un par de glosarios que se conservan en el instituto Árni Magnússon de Reikiavik. Muchos términos de este pidgin provienen del dialecto labortano del euskera, porque la mayoría de los balleneros que llegaban a esas costas procedían del puerto de San Juan de Luz. Quizá algún antepasado de André Izaguirre enseñó a los islandeses a pedir gazna egorri, mandad queso. En los glosarios aparecen palabras sueltas como schularua (del vasco eskularrua: guante), eskora (aizkora: hacha) o unat (hunat!: ¡ven aquí!), y un montón de frases que mezclan vasco, inglés, alemán y francés, las lenguas en las que se comunicaban los pescadores atlánticos.

Algunas de esas frases parecen contratos entre balleneros vascos y nativos islandeses a los que pedían alguna colaboración, cesión de terrenos, permiso de

caza:

—Christ Maria presenta for mi balia, for mi presenta for ju bustana.

Si Cristo y María me dan una ballena, a ti te daré la cola.

Como soy bastante bobo, me divierto ordenando frases del glosario a mi antojo, intentando recrear algún diálogo de tasca portuaria entre un recio ballenero vasco y un fornido rubio islandés de hace cuatrocientos años.

—Fenicha for ju (follar contigo).

—Sumbatt galsardia for? (¿por cuántos calcetines?).

—For ju mala gisonna! (eres un hombre malo).

—Gianzu caca! (vete a comer mierda).

Quién sabe: así pudo desencadenarse la mayor masacre documentada de la historia de Islandia, el asesinato de treinta y dos balleneros vascos en 1615.

Que no se me enfaden los islandeses, que ya se ve que tienen mal pronto, pero la verdad es que ellos no sabían cazar ballenas. Solo aprovechaban las que encallaban en la costa. Las remataban, se comían la carne y empleaban los huesos en la construcción de casas. Todavía hoy, la expresión islandesa para desear buena suerte es hvelreki, una palabra que incluye el sustantivo ballena y el verbo varar. Buena suerte: que una ballena quede varada en tu playa.

Un poco flojos, ¿no?

En el verano de 1615 tres galeones de San Sebastián llegaron a Islandia con ochenta y tres hombres a bordo. Se instalaron en un fiordo, construyeron hornos y salieron con las chalupas a cazar cetáceos. En general los vascos mantenían una buena relación con los islandeses: les pagaban tasas por arponear ballenas en sus aguas, por el derecho a desembarcar en tierra firme para descuartizarlas y fundir la grasa, por el derecho a recoger madera. Se las pagaban directamente a los jefes locales, lo que rompía el monopolio comercial del rey de Dinamarca, que ya empezaba a mosquearse con unos y otros.

Ese año las cosas se torcieron. Islandia, una isla de lava en medio de un océano

glacial, acumulaba cuatro años de inviernos interminables, huertas congeladas, ovejas esqueléticas. También sufrieron saqueos piratas. De hecho, las primeras veces que aparecieron los galeones vascos, los tomaron por atacantes. Ante las peticiones de sus súbditos islandeses para que les echara una mano, el rey de Dinamarca quiso resolver dos problemas a la vez: proclamó que los islandeses tenían derecho a atacar a los vascos que aparecieran por sus costas, tomar sus barcos, saquear sus posesiones y hasta matarlos si les apetecía.

El cronista Jón Guðmundsson entrevistó a testigos directos de la masacre y escribió «Un relato verdadero de los naufragios y las luchas de los españoles». Al principio dio esta advertencia: «Ocultaré lo más feo y nunca lo contaré todo».

Los balleneros traían más beneficios que perjuicios a los islandeses, pero Guðmundsson cuenta que la campaña de 1615 empezó con algún rifirrafe: un granjero islandés robó grasa de ballena a los vascos, unos vascos robaron ovejas a los islandeses, unos y otros se enzarzaron en pequeñas broncas. Un grupo de pescadores islandeses atacó a dos chalupas balleneras atrapadas entre los hielos «para adquirir cierta fama matando vascos», dice Guðmundsson. A pesar de todo, la campaña transcurrió bien. Los vascos cazaron once ballenas, fundieron la grasa, cargaron los toneles de aceite en las bodegas de los galeones y vendieron la carne barata a los islandeses. Incluso arponearon algunos ballenatos para regalárselos a los habitantes de las aldeas costeras.

El 19 de septiembre, los tres capitanes vascos echaron cuentas, cerraron la campaña, prepararon los barcos para regresar a San Sebastián y celebraron una cena con vino tinto. Esa noche llegó el desastre: la tormenta, las olas como murallas, los bloques de hielo lanzados contra los cascos, la madera reventada, la inundación, los galeones a pique con las bodegas repletas de aceite. Y al final, cuando se apagó el estruendo y callaron los gritos, los ochenta y tres hombres a salvo en tierra firme. De momento. Porque estaban empapados, congelados, bajo una tormenta, en un páramo subártico, sin comida ni barcos, con un invierno de seis meses por delante.

Tenían cerca algunas aldeas de campesinos famélicos. El capitán donostiarra Martín de Villafranca pretendió comprarles ovejas pero los islandeses se negaron porque no querían morir de hambre. Villafranca visitó al sacerdote Jón Grímsson, le reclamó unas deudas de los islandeses por una cantidad de grasa de ballena que semanas atrás no importó nada y que ahora era argumento de vida o muerte. Villafranca quería que Grímsson le pagara la deuda en ovejas. El

sacerdote dijo que no era posible. Los hombres de Villafranca lo agarraron, lo zarandearon, le colocaron una soga al cuello, hicieron el amago de ahorcarlo, lo dejaron y se fueron.

Esa sería la acusación más grave contra Villafranca y sus hombres, las amenazas de muerte al sacerdote, en un juicio que se celebraría dos semanas después sin su presencia. Ari Magnússon, jefe de la región de los Fiordos Occidentales, esgrimió ante doce jueces la carta del rey danés que les permitía matar a los vascos. Y dio la orden de salir a por ellos.

Las tripulaciones del capitán Aguirre y del capitán Tellería, cincuenta y un hombres en total, remaron por la costa en varias chalupas hasta que encontraron un velero en un pequeño puerto. Lo robaron, siguieron por la costa islandesa, pasaron varios meses pescando, robando ovejas, sobreviviendo como podían, y se sabe que al final secuestraron otro barco mayor y zarparon de regreso a San Sebastián. No consta si llegaron.

De los treinta y dos hombres del capitán Villafranca, en cambio, no se salvó ninguno. Se dispersaron en chalupas y a uno de los grupos, formado por catorce hombres, lo sorprendieron pasando la noche en una cabaña de la costa. Una tropa de campesinos islandeses asaltó la cabaña, mató a los vascos y se entretuvo un buen rato con los cadáveres. Fueron «mutilados, deshonrados y hundidos en el mar, como si fueran paganos de la peor especie y no pobres e inocentes cristianos», escribió el cronista Guðmundsson, a quien se le nota la repulsa por sus compatriotas y la compasión por los vascos, que fueron cazados durante varias semanas a través de Islandia.

Los islandeses siguieron encontrando y matando a los vascos desperdigados. Les clavaron cuchillos en los ojos, les cortaron las orejas, las narices y los genitales, les rajaron el cuello, luego ataron los cadáveres de dos en dos, espalda con espalda, los pasearon por los pueblos y los lanzaron al mar. Menos mal que Guðmundsson decidió ocultar lo más feo.

Villafranca y sus dos últimos hombres se refugiaron en una cabaña y trataban de calentarse con una hoguera cuando las tropas de Magnússon llegaron pegando tiros. El capitán donostiarra salió con los brazos en alto, se arrodilló y le habló en latín al cura Grímsson para pedirle perdón y clemencia. El cura perdonó a Villafranca y en ese momento, un islandés disconforme con el modo cristiano de abordar el asunto, se abalanzó sobre él y le pegó un hachazo en el costado.

Villafranca huyó tambaleándose hasta la orilla, se zambulló en el mar y cumplió un prodigio: nadó.

¡Nadó! Los islandeses no sabían nadar. No tenía sentido que aprendieran a hacerlo, porque cualquiera que cayera en ese océano helado moriría en muy pocos minutos. Dice el cronista, rendido de admiración por el capitán donostiarra, que Villafranca «nadó como una foca, mientras cantaba en una lengua extraña la canción más conmovedora que jamás habían oído los islandeses».

Los hombres de Magnússon saltaron a una chalupa y remaron a por Villafranca. Un islandés le acertó con una pedrada en la cabeza y lo recogieron medio muerto del agua. Lo llevaron a la orilla, lo desnudaron y con un cuchillo lo rajaron desde el pecho hasta el ombligo. Villafranca intentó ponerse de pie y sus entrañas se desparramaron. El capitán donostiarra, que tenía veintisiete años, se desplomó y murió.

Los islandeses se rieron ante el cadáver destripado, «alguno mostró curiosidad por ver lo que hay dentro de un vasco» y mataron a los dos que quedaban vivos.

Limpiaron sus cuchillos, pasaron los siglos.

En 2015, mientras preparaban las conmemoraciones del cuarto centenario de la mayor matanza del país, las autoridades islandesas se dieron cuenta de que nadie había derogado la ley que permitía matar vascos. Organizaron una ceremonia de reconciliación en el pueblo de Hólmavik, a orillas del fiordo en el que se hundieron los tres galeones, y enviaron invitaciones a las autoridades vascas. Martín Garitano, diputado general de Gipuzkoa, se atrevió a ir. El 22 de abril, islandeses y vascos inauguraron un monolito conmemorativo, depositaron flores, leyeron discursos, un descendiente de los asesinos y otro de los asesinados se abrazaron, leyeron poemas, escucharon música. Resultó más agradable que la orgía de hachazos, pedradas, decapitaciones y desmembramientos de 1615. Animado por el buen ambiente, el señor Jónas Guðmundsson, presidente del distrito de los Fiordos Occidentales, anunció el notición:

—¡Queda anulada la ley que permitía matar vascos!

En aquel fiordo los islandeses volvieron a oír, cuatrocientos años más tarde, la misma lengua extraña en la que cantó Martín de Villafranca mientras huía nadando.

hubo una diferencia

: en 2015 esa lengua sonó durante una celebración de amistad entre pueblos lejanos.

Hace cuatro siglos el mundo estaba más conectado de lo que solemos creer y era mucho más violento que el actual. Si en el mundo actual mueren de forma violenta seis personas de cada 100 000, en aquella época morían cuarenta o cincuenta. No se daban un respiro entre conquistas, exterminios, guerras, secuestros y asesinatos, y el mar era un ámbito especialmente salvaje, espacio de impunidad, festival de asaltos y masacres a cargo de los Estados o de la iniciativa privada. En muchas rutas los barcos mercantes, pesqueros o balleneros debían montar cañones, armarse hasta los dientes y rezar para que no les tocara la lotería de flotas enemigas, corsarios y piratas. Pocos se dedicaron al corso con tanto entusiasmo sanguinario como los vascos: con el apoyo de la Corona castellana o la francesa, encantadas de arruinar las navegaciones de los reinos rivales, vizcaínos, guipuzcoanos y labortanos reciclaron sus habilidades marineras para dedicarse al muy lucrativo negocio de asaltar barcos, robar sus mercancías y pedir rescates por sus tripulantes. El corso estaba sujeto a ciertas condiciones legales pero abundaron los episodios de crueldad extrema: tripulaciones enteras degolladas, arrojadas al mar o abandonadas a la deriva, cautiverios interminables en mazmorras a pan y agua, asaltos a poblaciones, saqueos, incendios, violaciones, pillajes. La aparición de gentes foráneas era casi siempre una pesadilla de la que no se libraban ni los granjeros de la remota Islandia. En 1627, piratas argelinos desembarcaron en la isla islandesa de Heimaey, dispararon, quemaron, robaron, violaron, asesinaron a treinta y seis personas y se llevaron a 242. Vendieron a las mujeres como esclavas sexuales en el norte de África y obligaron a los hombres a trabajar con ellos en las siguientes campañas de piratería. Solo trece de los secuestrados regresaron, muchos años después, a Heimaey. Allí encontraron a cien supervivientes que vivían en alerta constante y habían preparado un peculiar sistema de huida: si veían aproximarse un barco sospechoso, tenían cuerdas listas para descolgarse por los acantilados y refugiarse en cavidades donde almacenaban agua y pescado seco.

A menudo se comenta que no están claros los motivos por los que los islandeses masacraron con tanta saña a los balleneros vascos. Quizá nos cuesta imaginar aquel mundo en el que la violencia se descorchaba con tanta facilidad y tanta

furia, en el que las relaciones entre los pueblos se basaban principalmente en la desconfianza, la agresión y el terror, el mar era un lugar de encuentro y por tanto un infierno, y uno de los métodos habituales para resolver diferencias era el asesinato.

hace quinientos años

el mundo era mucho más dinámico de lo que nuestra pereza mental supone. Mucho antes de que llegaran las primeras expediciones europeas, en los intrincados archipiélagos entre el Índico y el Pacífico ya hervía un potaje de culturas, idiomas, amistades, agresiones, alianzas y conquistas.

Cuando Elkano y compañía llegaron a la isla moluqueña de Tidore, en 1521, descubrieron que el rey usaba el título árabe de sultán y profesaba la fe musulmana. Los árabes habían desembarcado en las Molucas alrededor del año 1500, una década antes que los portugueses y dos antes que los castellanos. A las buenas o a las malas, el entonces rey moluqueño Ciru Leliatu aceptó la tutela árabe y se convirtió al islam. Elkano conoció a su heredero: el sultán Al-Mansur, sí, Almanzor, es decir: «el victorioso», el mismo nombre del caudillo andalusí que se dedicó a repartir leña por todos los reinos cristianos de la península ibérica, de aceifa en aceifa, durante el siglo

x

. Navegando siempre al oeste, los cristianos habían dado la vuelta a medio globo y se habían encontrado de nuevo con su vecino mundo musulmán, con su religión, su política, sus nombres. Así abrocharon el segundo botón de la vuelta al mundo.

(El primer botón, como veremos, lo había abrochado unos meses antes Enrique, el esclavo malayo de Magallanes).

Elkano compró al sultán Almanzor todo el clavo que pudo cargar en las dos naos que le quedaban, le dejó una carta que acreditaba la nueva alianza entre la isla de Tidore y el reino de Castilla y le dio también un pendón con el escudo castellano, para que lo colocara bien visible como advertencia a los portugueses, que se habían instalado en la vecina y enemiga isla de Ternate en 1512.

Se marcharon Elkano y compañía, vinieron años turbulentos para Tidore. En 1524, los ternateses y los portugueses se aliaron para atacar Tidore y ocuparon buena parte de la isla. En 1526, el sultán Almanzor firmó la paz con ellos y probó una maniobra: ofreció la mano de su hija al sultán de Ternate, para unir las dos monarquías moluqueñas y quitarse de encima a los portugueses. Los portugueses, alarmados, quisieron mostrar su buena voluntad a Almanzor: le mandaron un médico para solucionarle ciertos achaques… y el médico se los solucionó para siempre. Lo envenenó. Sin rey, los tidoreses se vieron perdidos. Y entonces, el 1 de enero de 1527, se les apareció en el horizonte el Séptimo de Caballería: una nao castellana, la única superviviente de las siete naos de la expedición de Loaísa, en la que pocos meses antes había muerto Elkano. Los tidoreses cantaron aleluyas a los castellanos, los portugueses los recibieron a cañonazos, los castellanos desembarcaron y montaron una fortaleza con artillería, los portugueses quemaron varios poblados tidoreses para cortar el suministro de provisiones, la guerra siguió de manera intermitente hasta que en 1529 los castellanos se rindieron.

Los castellanos dieron con sus huesos en las cárceles portuguesas de la India. Y allí se enteraron de que habían hecho el primo: mientras se jugaban el cuello por conservar las Molucas para su rey, mientras veían caer a sus compañeros destripados y descabezados por los cañonazos, su rey Carlos I ya había vendido las islas al rey de Portugal a cambio de 350 000 ducados de oro.

El portugués Gonzalo Pereira llegó a Tidore en 1530 como nuevo gobernador general de las Molucas. Se reunió con el rey de la isla, un muchacho de diecinueve años llamado Amiruddin Iskandar Dulkarna’in, hijo del sultán Almanzor. Pereira descubrió que este joven sultán, «como se había criado con castellanos, sabía bien su lengua, también la vizcaína y la portuguesa, y se preciaba mucho de hablarlas». Así lo contó el cronista Fernão Lopes de Castanheda en su História do descobrimento e conquista da Índia pelos portugueses, de 1552. Cuando tradujeron esta obra al español, escribieron que el sultán de Tidore se preciaba de hablar castellano y portugués. Eliminaron la mención a la lengua vizcaína. Debió de ser un despiste.

el primer botón

de la vuelta al mundo, decíamos, lo abrochó el tal Enrique. Era un esclavo que

Magallanes compró y bautizó en Malasia en 1512, durante las campañas militares portuguesas. Se lo llevó con él a Lisboa, a Sevilla y luego como sirviente en la expedición a las Molucas a partir de 1519. Cuando atravesaron el Atlántico, el Pacífico y llegaron a las actuales islas Filipinas, Enrique se dio cuenta de que un esclavo del rey de Cebú hablaba malayo como él. Era la lengua franca de aquellos archipiélagos, donde convivían y conmataban muchos y muy variados reinos, con una larga tradición multicultural, comerciante, guerrera y marinera. Los castellanos y los cebuanos se entendieron a través de los dos esclavos. Sabemos que Enrique se quedó allí, después de que los cebuanos asesinaran a unos treinta castellanos durante un banquete trampa. No sabemos si alguna vez regresó a su cercana Malasia natal, si completó la circunnavegación, pero no hay duda de que fue la primera persona en la historia de la humanidad que dio la vuelta al globo hasta encontrarse de nuevo con su cultura, su lengua, su espacio.

No hay duda de que fuera el primero: alguna duda hay.

¿Y si la primera persona que dio la vuelta al mundo fue una mujer, una segunda esclava malaya de Magallanes, una intérprete, sirviente y cautiva sexual, que fue convenientemente ignorada en casi todos los relatos para no manchar la reputación del héroe civilizador y evangelizador, pero que sí aparece o se intuye en algunas crónicas de la época?

Según la crónica de Ginés de Mafra, marinero de la expedición, Magallanes tenía al menos dos esclavos. En Borneo, cuando Enrique ya no estaba entre los tripulantes, hizo de intérprete «un esclavo de Magallanes que sabía la lengua malaya». El historiador Enrique Santamaría buscó el rastro de ese otro esclavo que nadie nombra y que no consta en la lista de tripulantes, hasta que encontró el posible motivo de esa invisibilidad en una crónica publicada en 1552. Su autor, el historiador y sacerdote Gómara, dice que Magallanes llevaba al esclavo Enrique de Malaca «y a una esclava de Zomatra, que entendía la lengua de muchas islas». Al relatar otros episodios posteriores a Borneo, Gómara también menciona como intérprete a «la esclava de Magallanes». Si la esclava era de Sumatra y navegó desde Sevilla hasta más allá de Borneo, se convirtió en la primera persona que daba la vuelta al mundo.

Gómara tuvo acceso a documentos hoy perdidos: el diario de a bordo, la narración de Elkano, el diario del astrónomo Andrés San Martín o la crónica entera de Pigafetta, que solo vio la luz varios siglos después, ampliamente

mutilada. El historiador Santamaría sostiene que la desaparición de tantos relatos originales del viaje y la reaparición de ciertos fragmentos escogidos sirvieron para montar un relato de la primera vuelta al mundo con propósitos de propaganda imperial. A Magallanes no lo caracterizaron solo como audaz explorador, sino también como primer evangelizador de Asia, civilizador de indios y mártir de la cristiandad bajo los lanzazos de los paganos. En esa santificación de Magallanes, chirriaría el detalle de una esclava sexual en su camarote. Y no solo porque las instrucciones del emperador Carlos I prohibieran la presencia de mujeres en la expedición.

Las tripulaciones de la época se tomaban las restricciones sexuales con permisividad y discreción. Un ejemplo claro es el de la homosexualidad: estaba penada con la muerte, pero habitualmente lo que pasaba en el barco se quedaba en el barco. Sobre todo porque esas relaciones suponían a veces un abuso de poder, como consta en los juicios contra hombres mayores con mando que violaban a grumetes o pajes de dieciocho, quince, doce años. En los primeros meses de la expedición de Magallanes, mientras navegaban por las costas de Guinea, acusaron a Antonio Salamón, maestre de la nao Victoria, de practicar la sodomía con el grumete Antonio Genovés. Ejecutaron al maestre y absolvieron al grumete, quizá porque fue una violación (un testimonio dice que el maestre «acometió» al grumete). Si esta vez celebraron un juicio, en lugar de hacer la vista gorda, probablemente fue porque Magallanes veía cuestionada su autoridad y quería dar un golpe en la mesa.

La expedición había salido de Sevilla cargada de recelos: en lugar de Ruy Faleiro, mano derecha de Magallanes, el rey nombró al capitán Juan de Cartagena como «persona conjunta» en el mando, para que vigilara de cerca los comportamientos del capitán general Magallanes, portugués al fin y al cabo, y le pidiera cuentas de sus decisiones. Aunque estaba obligado a hacerlo, Magallanes se negó a informar sobre el rumbo a los capitanes españoles de las otras cuatro naos. Era un asunto muy sensible: Magallanes desconfiaba de sus capitanes y no quería entregarles información sobre una ruta que supuestamente solo él conocía para encontrar el paso del Atlántico al Pacífico. Los capitanes querían el rumbo porque los barcos eran de tamaños y velocidades diversas, podían dispersarse por el océano, perderse de vista, y necesitaban saber dónde podrían reunirse de nuevo. Magallanes obligaba a los cuatro capitanes a seguirlo siempre de cerca, a obedecer las señales que les hacía con faroles y a comparecer todas las noches a bordo de su nao para presentarle sus respetos. Se sentían humillados. Un día uno de ellos se negó a comparecer, envió a un subordinado y Magallanes lo amenazó

con destituirlo si no volvía al redil. Los capitanes tampoco entendían por qué narices bajaban tan al sur por la costa de África, hacia Guinea, en lugar de atravesar directamente el Atlántico desde las Canarias. Juan de Cartagena pidió explicaciones. Magallanes lo acusó de insubordinación. Y llegó la denuncia por sodomía, que Magallanes aprovechó para dejar claro quién mandaba: cuando condenó a muerte al maestre Salamón, Cartagena le dijo que eso era una barbaridad y le exigió que rebajara la pena, discutieron a voces, Magallanes agarró del pecho a Cartagena, lo declaró preso por rebeldía y mandó que lo encadenaran en la bodega. Cartagena encabezaría meses después el motín de los capitanes, en el que también participó el maestre Elkano, en la bahía patagónica de San Julián. Pero Magallanes se iba saliendo con la suya: ejecutó al maestre Salamón en Brasil, dominó con sus hombres fieles el motín de San Julián, restableció una cierta calma en la expedición y encontró, en una latitud mucho más meridional de la esperada, el ansiado paso al océano Pacífico.

Del grumete Genovés sabemos que en San Julián «se echó del barco y se ahogó».

El reglamento también prohibía la presencia de mujeres a bordo. Nadie le hacía mucho caso. Pigafetta cuenta por ejemplo que en las costas de Brasil «las jóvenes venían frecuentemente a bordo del navío a ofrecerse a los marineros para obtener algún regalo; un día, una de las más bonitas subió sin duda con dicho propósito, pero habiendo visto un clavo de un dedo de largo y creyendo que no la veían, lo agarró y se lo introdujo prestamente entre los dos labios de sus partes naturales. ¿Quiso esconderlo? ¿Quiso adornarse? No lo pudimos adivinar». Pigafetta habla del libertinaje de las muchachas, sin mencionar con quién lo practicaban, porque el calentón de ellos era algo natural pero el de ellas era eso: libertinaje. Y cuenta que los nativos, «para conseguir un hacha o un cuchillo, nos ofrecían por esclavas a una y aun a dos de sus hijas». Los tripulantes tenían instrucciones de no tomar esclavas ni violar a las nativas, para no provocar enfrentamientos con los nativos. Si alguna vez sucedía, los relatos oficiales lo ocultaban. La matanza de Cebú, por ejemplo, se ha solido explicar como una venganza del esclavo malayo Enrique: no lo habían liberado tras la muerte de Magallanes, tal y como dictaba su testamento, así que convenció al rey Humabón para que atrajera a los castellanos con un banquete y los asesinara a traición. El testigo Martín de Índico, marinero genovés, contó otra versión al cronista Anglería: el rey Humabón, que hasta entonces se había entendido bien con los castellanos, ordenó la matanza «por el estupro de las mujeres, pues los de Cebú son muy celosos». Las violaciones masivas tampoco quedaban muy bien

en la leyenda de una expedición que se quería pintar civilizadora y evangelizadora.

el etnólogo francés

Paul-Émile Victor llegó a un poblado de Groenlandia en 1934 después de estudiar y documentarse mucho, y la primera impresión, la que recordaría toda la vida, fue la del olor: el tufo de la grasa de foca con la que los inuits frotaban sus kayaks y sus ropas. «De este hedor no decían nada los libros de etnología», escribió Victor. Este podría ser un gran propósito para un cronista de viajes: contar lo que hay en otras tierras y lo que nadie, por pereza, ignorancia, torpeza o tabú, ha contado jamás.

Victor pasó dos años entre los inuits estudiando su cultura. Cuando iba a volverse a Francia, regaló sus botas a un vecino. Y le sorprendió que no se lo agradeciera con el saludo tradicional, frotando la nariz contra la suya: «Es que hueles fatal», le dijo el vecino, «apestas a hombre blanco». Ese sí que sería el propósito más difícil y más valioso: al contar las historias y los olores de los otros, descubrir a qué olemos nosotros.

Es difícil caer en la cuenta de nuestros propios olores, pero tarde o temprano los demás los percibirán. Si alguien se burla de otras gentes porque considera que sus idiomas son chapurreos, está exhalando su propio tufo con una intensidad de la que no es consciente.

Cuando la expedición llegó a las islas que se acabarían llamando Filipinas, Pigafetta narró el celo con el que Magallanes se lanzó a evangelizar a los nativos. El rey de Cebú les dio la bienvenida pero les dijo que debían pagarle un impuesto si querían entrar a su puerto y comerciar. Enrique, el esclavo intérprete, respondió que su capitán Magallanes servía a un monarca tan poderoso que no pagaba impuestos a ningún rey de la Tierra. Que si quería la paz, tendría paz; que si guerra, guerra. Por allí andaba un comerciante de Siam, que acababa de comprar esclavos y oro en Cebú, y le dijo al rey que se anduviera con mucho ojo: aquellos blancos (los tomó por portugueses) habían conquistado Calcuta, Malaca y todas las Grandes Indias. Los hombres de Magallanes explicaron que su rey era aún más temible que el de Portugal, que era rey de España y emperador de todo el mundo cristiano, dispararon unos cañonazos para

impresionar a la concurrencia, uno de ellos se vistió con una armadura de pies a cabeza y advirtió de que así podrían vestirse todos, para aniquilar a los hombres del rey de Cebú o, si se portaba bien, a los hombres de sus reyes enemigos, que él vería. Así que el rey vio, alzó las cejas, silbó y les dijo que fenomenal, chicos, aquí tenéis un desayuno de variadas carnes en vasos de porcelana, enseguida os mando a los barcos unas cestas de arroz, unos cerdos, cabras y gallinas, decidme si tengo que pagarle algún tributo a vuestro rey, os concedo por supuesto el comercio exclusivo con mi isla, dadme la mano para sellar la paz perpetua entre los reinos de Cebú y España, instruidnos a todos en esa maravillosa religión que nos traéis. Pigafetta cuenta que al rey, que se llamaba Humabón, lo bautizaron con el nombre de Carlos, por el emperador. A la reina le cambiaron su nombre por el de Juana, por la madre del emperador. Les entregaron una talla de madera del Niño Jesús, de estilo flamenco. Cuarenta y cuatro años más tarde apareció por allí otro paisano de Elkano, el capitán Miguel López de Legazpi, quien pegó fuego a Cebú, destruyó mil quinientas casas, mató a unas quinientas personas y recibió una señal de que Dios estaba de su parte: entre las ruinas humeantes de aquel poblado de salvajes que se habían negado a obedecerle, encontró la conmovedora escultura del Santo Niño de Cebú. La talla ha llegado a nuestros días y la siguen venerando con procesiones multitudinarias, misas celebradas por obispos de todo el país y recreaciones del primer bautismo en tierras filipinas, el que describió Pigafetta con lujo de vestidos y solemne ceremonia. «Ese mismo día bautizamos a más de ochocientas personas entre hombres, mujeres y niños», contó. En los siguientes días bautizaron sin descanso a indígenas de Cebú y las islas adyacentes. «Sin embargo, hubo una aldea en una de esas islas en la que los habitantes nos desobedecieron; la quemamos y plantamos una cruz porque eran idólatras; si hubieran sido mahometanos, hubiésemos plantado una columna de piedra para representar el endurecimiento de su corazón».

A Pigafetta, que tenía muy claro quiénes eran los civilizados y quiénes los salvajes, le sorprendería que de su propio texto pudiéramos concluir exactamente lo contrario que él. Cuando señala los corazones endurecidos de los demás, yo no veo ninguno más petrificado que el suyo.

Pigafetta iba comentando con indiferencia las ciudades que quemaron en las Filipinas, los barcos que capturaron, los pescadores que mataron. El objetivo de la expedición era alcanzar las Molucas y comprar especias, pero Magallanes le cogió gusto al plan evangelizador y conquistador, y se enredó un par de meses dando vueltas por aquellas islas. Para liarse un poco más, el 27 de abril de 1521 se empeñó en darle su merecido a Lapulapu, el reyezuelo de la isla de Mactán,

que se negaba a reconocer la autoridad del rey de España y a pagarle tributos. Los hombres de Magallanes rogáronle que no fuese, el rey anteriormente conocido como Humabón y ahora Carlos de Cebú le alertó de la dificultad de acercarse a aquella isla rodeada de arrecifes, pero Magallanes se vino arriba, decidió que sesenta hombres en tres chalupas bastarían para aplastar al tal Lapulapu, anunció que él mismo encabezaría el ataque y se llevó al rey de Cebú y a sus príncipes para que admiraran la conquista de Mactán desde sus barcos. Entonces sí, entonces el relato de Pigafetta se vuelve denso, emocionante y desgarrador, cuando él mismo salta a la playa con los demás hombres de Magallanes. Como las chalupas no pudieron acercarse por culpa de los arrecifes, tuvieron que caminar un buen trecho con el agua hasta los muslos y quedaron expuestos al furioso contraataque de los mil quinientos hombres de Lapulapu, quienes los recibieron con una lluvia de flechas, lanzas y estacas que oscureció el cielo. Las chalupas dispararon sus bombardas pero estaban tan lejos que causaron más bajas entre los españoles que entre los isleños. Murieron doce asaltantes. Los indios identificaron al capitán Magallanes, se arrojaron contra él y lo machacaron a golpes, pedradas y lanzazos, hasta que cayó de cara al agua. «Al caer, viéndose asediado por los enemigos, se volvió muchas veces para ver si nos habíamos salvado», escribió Pigafetta.

A nuestro capitán debimos la salvación, porque en cuanto murió, todos los isleños corrieron al sitio donde había caído. Sin poderle vengar, llegamos a las chalupas en el momento en que iban a partir. Así murió nuestro guía, nuestra luz y nuestro sostén. Su gloria sobrevivirá a la muerte. Adornado de todas las virtudes, mostró inquebrantable constancia en medio de las mayores adversidades. En el mar se condenaba a sí mismo a más privaciones que la tripulación. Versado más que ninguno en el conocimiento de los mapas náuticos, sabía perfectamente el arte de la navegación, como demostró dando la vuelta al mundo, lo que nadie osó intentar antes que él.

Stefan Zweig escribió una biografía de Magallanes en 1938, en el momento en que el nazismo abría las fauces para devorar Europa y desatar una guerra global. En ese contexto de desintegración, el angustiado Zweig interpretó a Magallanes como un héroe que pretendía explorar el mundo, conectarlo, integrarlo, con un afán de hermanamiento universal que contrastaba con las disputas mezquinas de

los reinos que podían financiarle su expedición. De hecho, cuando el rey de Portugal lo ignoró, a Magallanes no le importó pasarse al servicio del rey de Castilla, porque entendía su proyecto como una empresa al servicio de la humanidad. Zweig oponía los viajes a las guerras, el conocimiento del otro al exterminio del otro. Pero su admiración por Magallanes no lo cegó ni le quitó el olfato: él también percibió olores, por ejemplo en el episodio de la Isla de los Ladrones.

Después de los terribles ciento diez días de navegación por el Pacífico, un desierto azul en el que los marinos se pudrían y morían sin avistar ninguna tierra, encontraron por fin unos islotes habitados. Enseguida se les acercaron unas canoas con velas de hoja de palma. Los nativos, desnudos, subieron a los barcos en tropel y robaron todo lo que vieron suelto. Escribe Zweig: «A aquellos sencillos paganos les parece tan natural y corriente meterse entre los cabellos un par de chirimbolos brillantes como a los españoles, al papa y al emperador les parece natural y corriente declarar propiedad legal del rey cristiano todas aquellas islas, aún sin descubrir, con sus hombres y sus bestias». Los isleños cortaron la cuerda de un bote y también se lo llevaron. «Entonces», cuenta Pigafetta, «nuestro capitán, irritado, saltó a tierra con cuarenta hombres armados, quemó cuarenta o cincuenta casas, así como muchas de sus canoas, y les mató siete hombres. De esta manera recobró el bote». Los nativos corrieron isla adentro para refugiarse en los bosques, «huyendo de los detestables bárbaros de color blanco», en palabras de Zweig, y los marineros aprovecharon para cargar agua fresca, frutas, aves de corral, cerdos y todo lo que pudieron arramplar de las chozas abandonadas. Cuando los barcos zarparon de nuevo, los nativos remaron veloces con sus canoas para lanzarles piedras. «En las canoas vimos algunas mujeres que lloraban y se arrancaban los cabellos», escribió Pigafetta, «probablemente porque habíamos matado a sus maridos».

«Una vez se roban mutuamente», escribe Zweig, y tampoco es que el robo mutuo fuera muy equilibrado, «los más cultos castigan para siempre a las islas con el infame nombre de Islas de los Ladrones».

los relatos de los viajeros

son miradas al otro, acercamientos al otro, admiraciones, extrañezas, sorpresas y espantos por el otro. En el origen de las crónicas está el exotismo, el contraste

entre la mente del explorador y el mundo explorado, que dice mucho del mundo y mucho más del explorador, la selección de lo llamativo, la traducción de una patata como «un tubérculo que tiene más o menos el aspecto de nuestros nabos y cuyo sabor se parece al de las castañas» o de un guanaco como «un animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo; relincha como este último», en palabras de Pigafetta.

Si alguna vez alguien narra un encuentro con alienígenas, el caso más extremo de exotismo, el resultado no será en esencia demasiado distinto del Primer viaje en torno del globo. Pigafetta iba encontrando humanos tan remotos que le costaba distinguirlos de los seres fantásticos. Los brasileños que remaban en canoas eran «tan negros, desnudos, sucios y calvos, que se les hubiera tomado por marineros de la laguna Estigia». En el Índico le hablaron de unos isleños que no medían más de un codo de alto, «con orejas más largas que todo el cuerpo, de tal manera que cuando se acuestan una les sirve de colchón y la otra de manta». En el extremo sur de América encontraron humanos gigantescos, las cabezas de los navegantes apenas llegaban a sus cinturas y a Magallanes le recordaron al personaje de una novela de caballerías: Patagón. Los hombres patagones danzaban y cantaban, se teñían la cara de rojo, vestían mantas de piel, adoraban al diablo, se asustaban al verse en un espejo, las mujeres eran más bajas y más gordas, con tetas colgantes de un pie de longitud. «Nos parecieron bastante feas; sin embargo, sus maridos se mostraban muy celosos». Los expedicionarios llenaron las manos de dos gigantes con regalos, aprovecharon para atarles los tobillos con grilletes y se los llevaron secuestrados. Pigafetta pasó muchas horas con uno de los gigantes, le preguntó por los nombres de las cosas y anotó un vocabulario, como había hecho en Brasil y como haría después en las Filipinas, en las Molucas, en las islas índicas. Los demás expedicionarios iban a por especias, él volvió a Europa con un cargamento de palabras mágicas con la esperanza de que permitirían abrir puertas y calmar corazones en los viajes futuros. Lo describía todo: animales, plantas, constelaciones, paisajes, poblados, palacios, mercados, cultivos, comidas, barcos, ceremonias, amistades, guerras, leyendas. «Al rey le pregunté el nombre de muchos objetos en su lengua», escribió en una isla filipina, «y quedaron muy sorprendidos al vérmelos escribir». Hablaba con todos, recorría las islas, participaba en las delegaciones ante los reyes de cada lugar, lo impulsaba una curiosidad voraz. Su tesoro eran las historias de los caníbales espantosos; las aves negras como cuervos que se colaban por la garganta de las ballenas para comerles el corazón, los árboles que daban lluvia, la isla en la que solo vivían mujeres fecundadas por el viento y mataban a su bebé inmediatamente si nacía varón; el rey de Bachián que a sus

setenta años, antes de una batalla, se entregaba dos o tres veces a los placeres de uno de sus criados destinado a tal fin, así como César acostumbraba a entregarse a Nicomedes. El sexo: le interesaba mucho el sexo. Contó que todos los hombres de Cebú tenían una infibulación en el prepucio, por la cual pasaban un cilindrito de oro con dos cabezas como clavos en los extremos, a veces erizadas en forma de estrella, y que llevaban este adorno porque así se lo pedían las mujeres para disfrutar más de la cópula. («A pesar del extraño aparato, todas las mujeres nos preferían a sus maridos», dice, fantasmilla). Y que en Java, cuando los jóvenes se enamoraban de alguna mujer, se ataban cascabelitos entre el glande y el prepucio y se ponían así bajo las ventanas de la querida, a la que excitaban con el tintín de los cascabeles. «Ella exige que no se los quiten».

Pigafetta no menciona ni una sola vez a Elkano. Con la admiración y el agradecimiento que le tenía a Magallanes, es posible que guardara rencor a ese marinerucho que había conspirado contra el capitán general y que había tomado el mando tras su muerte. Pero suena extraño, porque sí que menciona a otros que fueron capitanes de la expedición después de la muerte de Magallanes y antes de la elección de Elkano, capitanes intermedios a quienes pinta, además, como sinvergüenzas y corruptos. En este asunto hay una esquina ciega: el texto original de Pigafetta desapareció y solo se publicaron extractos siglos después. Es posible que los editaran a conciencia para atribuir toda la gloria a Magallanes, personaje mucho más conveniente para ciertos relatos de evangelización y civilización, sin que le hiciera sombra ningún marinero secundario.

Eruditos de siglos posteriores criticaron a Pigafetta por la inexactitud de sus descripciones, su credulidad ante ciertos cuentos y porque no era hábil físico ni buen naturalista ni excelente astrónomo. Escribía de todo sin saber de nada: era un periodista. ¡A mis brazos, Antonio! El tipo atravesó todas las miserias y todos los peligros, fue uno de los dieciocho supervivientes que llegaron a Sevilla tras rodear el globo, y de allí se fue a Valladolid, a presentarse en la corte del rey Carlos I. «A su majestad no le entregué oro ni plata, sino algo más grato a sus ojos: este libro escrito de mi mano». Cómo no voy a tenerle simpatía.

CAPÍTULO 13. DE DONIBANE LOHIZUNE A HENDAIA

En el que ciertos emprendedores se enriquecen descuartizando monstruos, asaltando barcos y traficando con esclavos, luego sus descendientes presumen de algunas cosas y disimulan otras, lo que permite hacerse una cierta idea de quiénes somos hoy.

las sociedades se modelaron

con violencias muy brutas y la nuestra no es ninguna excepción. Resulta interesante comprobar, eso sí, cuáles disimulamos y cuáles mostramos con orgullo.

Veamos por ejemplo cuáles muestra y cuáles disimula la encantadora San Juan de Luz, Donibane Lohizune, con su media luna de playas, parques y villas asomadas a la bahía. Cuando el negocio bacaladero y ballenero entró en declive —por la sobreexplotación, por los conflictos con los barcos ingleses en Terranova—, los marinos vascos cambiaron de estrategia: en vez de clavar lanzazos a las ballenas, empezaron a clavárselos a los marinos de países enemigos. Eran emprendedores que supieron reciclarse, diríamos ahora. Los monarcas les concedían patentes de corso: permisos para atacar navíos rivales y quedarse con todo el botín salvo una quinta parte para el rey. Los corsarios de San Juan de Luz se dedicaron con tanto entusiasmo a este negocio que el puerto se les quedó pequeño, como le escribió el gobernador de Baiona al rey Luis XIV: «Se puede pasar desde el palacio de San Juan de Luz en el que se alojó Su Majestad hasta la orilla contraria de Ziburu pisando las cubiertas de los navíos extranjeros apresados, sujetos unos a otros».

Los corsarios que se forraban capturando mercancías extranjeras y vendiéndolas a los comerciantes de Baiona y Burdeos no eran cuatro marinos zarrapastrosos, sino armadores que primero habían prosperado fletando expediciones para cazar

ballenas y luego para cazar barcos enemigos. Con las fortunas acumuladas, compitieron por construir las mansiones más imponentes en La Barra, la lengua de tierra entre el puerto y la playa de San Juan de Luz. En este pequeño Manhattan del siglo

xvii

se levantan, poderío hecho piedra, los palacios de Betbeder Baita, Saint Martin y Johano Enea, un edificio de ladrillo rosa, con galerías de arcos a la veneciana y torre vigía, al que ahora se conoce como Maison de l'Infante, porque allí se alojó la infanta española María Teresa en 1660, unas semanas antes de casarse en San Juan de Luz con Luis XIV, el Rey Sol, para sellar la paz hispano-francesa, fijar la frontera y beber chocolate. Las vigas del palacio de la Infanta están decoradas con pinturas de seres mitológicos, frutas exóticas, constelaciones celestes y diablos multiformes, extraídos del tratado De monstruos y prodigios, de Ambroise Paré, de 1585. Paré menciona la ballena como el mayor y más terrible de los monstruos del océano, dibuja el despiece de un ejemplar y narra con detalle el método que usan para cazarla y fundirla en la costa vasca.

Antes de la boda, Luis XIV se alojó en otro palacio cercano al puerto, una casa fuerte de estilo vasco, con fachadas clásicas y torreones, a la que ahora llaman Maison Louis XIV. Es una pena. La fascinación por los monarcas y la consiguiente sumisión es siempre una pena, que en este caso nos oculta el verdadero nombre y la jugosa historia de ese palacio. Se llama, en realidad, Lohobiague Enea, porque la levantaron los Lohobiague, una de las principales dinastías de armadores, comerciantes y corsarios de San Juan de Luz, que se hicieron ricos despiezando ballenas en las islas árticas de Svalbard y cañoneando barcos enemigos por el Atlántico, rebozándose en grasa, mierda y sangre. Cuando ganaron una buena posición social, disimularon esos tufos perfumando su palacio para alojar al rey. En la decoración de Lohobiague Enea también abundan las escenas de caza de espantosos bichos oceánicos y un Jonás saliendo indemne de la boca de la ballena. Los armadores dejaron muy claro de dónde vino la prosperidad de la costa vasca: de la caza de monstruos.

Ese orgullo se extiende a las correrías de los corsarios. En los Bixintxos, las fiestas de enero por su patrón san Vicente, los chavales de Hendaia desfilan vestidos de corsarios y conmemoran a Ixtebe Pellot, el Zorro Vasco, quien capturó docenas de naves inglesas y españolas en América, se evadió de cárceles enemigas con tretas y disfraces, asaltó la cárcel de Baiona para liberar a

marineros suyos que se habían pasado de algunas rayas, recibió ofertas de Napoleón para convertirse en general de la Armada, las rechazó, se retiró millonario a los cuarenta y siete años y murió a los noventa y uno. Biba Pellot, biba festa!, cantan los hendayeses.

De la bahía de San Juan de Luz zarpaba Joanes Zuhigaraitxipi, le Coursic, el Pequeño Corsario, que en seis años de expediciones por el Ártico atrapó más de cien barcos balleneros holandeses. Y también Mixel Etxegorria, alias Michel le Basque, el filibustero que estableció su base en la isla caribeña de la Tortuga y se dedicó a abordar navíos españoles, saquear Maracaibo, capturar las fragatas que enviaban contra él y devolver algunos marinos al gobernador de Cartagena de Indias con mensajes de cachondeo: «Gracias por los hermosos barcos que me ha entregado, señor gobernador».

Los corsarios vascos de la Corona francesa chocaban a veces con los corsarios vascos de la Corona española. Guipuzcoanos y vizcaínos participaron con sus naves en las campañas castellanas contra portugueses, genoveses, turcos y franceses, alineados en la Armada del rey, pero en 1529 Carlos I dio licencia a los habitantes de Gipuzkoa «para armarse por mar e facer los daños que pudieren en ropa de enemigos» y les concedió «todo lo que así tomaren enteramente». Era la primera patente de corso. A partir de entonces los armadores guipuzcoanos combinaron sus expediciones comerciales con las bélicas, lo mismo salían a transportar mercancías que a asaltar naves enemigas.

En 1555, Gipuzkoa envió al emperador un informe de sus capturas marítimas durante los cinco años anteriores, para recordarle los servicios prestados («nuestro litoral hizo más servicio a la Corona que todo lo resto, de aquí al estrecho») y solicitarle a cambio «mercedes para hacer reparos públicos» en los puertos, astilleros, fortalezas, villas y caminos. En ese informe, los corsarios guipuzcoanos describen sus 350 naves dotadas de lombardas, mosquetes, ballestas, echafuegos, lanzas y todo tipo de armas, su cuerpo de miles de arcabuceros «con tal orden que aun su Majestad apenas armaría mejor», sus incursiones desde Francia hasta Noruega, pasando por Irlanda y Escocia, alcanzando el Nuevo Mundo. Solo en las costas de Terranova apresaron cuarenta y dos barcos franceses repletos de bacalao, robaron la carga de otros doscientos y los mandaron de vuelta a casa con las bodegas vacías. El corsario pichichi fue el donostiarra Juan de Erauso, quien atrapó dieciocho barcos al abordaje durante una sola campaña y dejó libres cuatro para que los marinos franceses se juntaran en ellos y regresaran a sus casas. Muchos debían de ser vascos de Hendaia, San

Juan de Luz, Biarritz y Baiona. En aquellos años los guipuzcoanos se vinieron arriba, desembarcaron en las costas francesas con «banderas, estandartes, pífanos y tambores», saquearon villas y puertos, asaltaron castillos para secuestrar a nobles por los que pedían rescates. El informe expone estas cifras al rey, quizá hinchadas: los guipuzcoanos habían capturado mil naves enemigas, cinco mil piezas de artillería y doce mil prisioneros. Habían sufrido mil muertos, la mitad de ellos en Terranova. Y no menciona las mercancías robadas, que debieron de vender a cambio de dinerales.

Hubo otras campañas memorables: la de la Escuadra del Norte, una flota corsaria impulsada por Felipe IV en 1633, en la que los guipuzcoanos aportaron cuatro de cada cinco barcos armados y capturaron 353 naves enemigas durante ocho años; o la Guerra de la Oreja de Jenkins, qué nombre fantástico, en la que los guipuzcoanos atraparon 346 barcos ingleses que volvían del Caribe cargados de mercancías. En esa guerra, que se prolongó desde 1739 hasta 1748, los corsarios guipuzcoanos pasaban alrededor de tres meses en el Atlántico y mandaban tres o cuatro tandas de barcos ingleses capturados con sus tripulaciones hasta el puerto de San Sebastián, que así se convirtió en un gran mercado de mercancías americanas. «Con la noticia de ser este puerto paradero de tanta presa, han acudido tantos mercaderes franceses y se han recibido tantas ofertas de fuera del reino, que han levantado el precio de los géneros apresados. Para llevárselos a Francia, Holanda y otros dominios, compran azúcar, algodón en rama, aguardiente de caña, arroz, aceites, betunes, arboladuras, tablas…», dice una crónica recogida por el historiador Enrique Otero. El chollo se menguó cuando los corsarios de Baiona se apuntaron a la fiesta y se acabó cuando la Armada inglesa construyó una flota ligera de fragatas y bergantines para proteger a sus barcos mercantes. San Sebastián declinó y Bilbao pasó a ser el puerto cantábrico más activo, gracias a su comercio un poco más civilizado.

La ciudad recuerda aquellos episodios con orgullo. En 1962 el Ayuntamiento de San Sebastián dedicó una calle a los Corsarios Vascos, «por el valor y la pericia de aquellos marinos» con sus naves armadas «contra ingleses, holandeses y flamencos rebeldes», para agradecerles «el grave daño que infligieron a la navegación y el comercio de Inglaterra» y porque «obligaron a aquel reino a hacer las paces».

A diferencia de los piratas, que funcionaban al margen de la ley, los corsarios constituían una pieza fundamental para sostener el reino. Colaboraban con la marina mercante y la flota pesquera, protegiendo sus barcos y atacando los

rivales, servían como fuerza militar y multiplicaban la actividad de astilleros, puertos, mercados y villas costeras. Los armadores que invertían en expediciones corsarias se exponían a perderlo todo en la siguiente batalla pero amasaban riquezas inmensas si todo iba bien, y tributaban una quinta parte al rey. A cambio, los mares hervían como el infierno. Cualquier pesquero o mercante debía aventurarse armado hasta los dientes, porque de repente se acercaban los corsarios a cañonazo limpio, saltaban a bordo, requisaban la carga y detenían a los tripulantes, y si las cosas se complicaban o si tenían un día inspirado, enseguida los degollaban, los arrojaban esposados al mar o los abandonaban a la deriva para que murieran de sed.

Con esas riquezas prosperó nuestro país, sería bobo negarlo. No lo negamos, más bien lo reivindicamos. Envolvemos aquella violencia salvaje en celofanes épicos y románticos, y la exhibimos con orgullo en nuestros callejeros y en nuestras fiestas: fuimos el terror de los mares.

otros episodios

nos parecen un poco más feos y los escondemos bajo las alfombras. Bajo la alfombra, por ejemplo, de la mismísima Lohobiague Enea o mansión Louis XIV de San Juan de Luz. La casa pertenece a la ilustre familia Leremboure. Se presentan como descendientes de una dinastía de bravos marinos, armadores bacaladeros, comerciantes transoceánicos y alcaldes de la villa. Olvidan algún otro negocio.

Cuando los corsarios ingleses les arruinaron varias expediciones comerciales, cuando las tempestades destruyeron sus muelles de San Juan de Luz, inundaron sus almacenes repletos de tabaco de Virginia y rellenaron sus casas de arena hasta el primer piso, los Leremboure decidieron abrir negocios en otra parte. En 1766 el patriarca Michel Leremboure, de cuarenta y seis años, viajó a Santo Domingo. De esta isla caribeña, repartida entre España y Francia, salían tres cuartas partes de la producción mundial de azúcar. Leremboure fundó una de las empresas más importantes de Santo Domingo, participó en el gobierno de la colonia, en 1791 se convirtió en el primer alcalde de la ciudad de Puerto Príncipe, hoy capital de Haití, se construyó dos palacios y entre otras posesiones contaba con un cafetal al que llamó Donibane, el nombre vasco de San Juan de Luz. Estos son los datos que brillan en los repasos históricos de la familia

Leremboure.

Entre sombras quedan otros. Por ejemplo: la isla de Santo Domingo era una inmensa finca esclavista en la que vivían 12 000 blancos y mulatos libres y 300 000 esclavos negros. En la época de Leremboure, todos los años llegaban alrededor de 30 000 africanos para reemplazar a los que morían reventados en el trabajo. El historiador Jacques de Cauna cuenta que sesenta o sesenta y cinco esclavos trabajaban en las plantaciones de la finca Donibane, a la que Leremboure se retiraba de vez en cuando para descansar del calor de la capital y el ajetreo de sus negocios. Allí lo atendían diez esclavos domésticos: un cochero con su lacayo, cocineras, sirvientas y un peluquero. En los archivos del Almirantazgo de Baiona consta que «el señor Michel Leremboure, negociante de San Juan de Luz y habitante de Puerto Príncipe», envió en 1773 un niño negro al País Vasco, al cuidado de la señora Saint-Martin, su esposa, «para que recibiera instrucción católica». En una declaración del 27 de octubre de 1777, la señora Saint-Martin reconoce a ese «negro de aproximadamente quince años como libre y bautizado en la parroquia de Saint-Pierre de Irube, y le ordena que se presente en cuanto pueda ante su señor».

Las biografías simpatizantes subrayan el coraje de Michel Leremboure, conocido como el Viejo Tigre. Durante la Revolución haitiana, simultánea a la francesa, varios patrones blancos formaron una milicia de esclavos que recorrieron la capital masacrando a los negros rebeldes, hasta que Leremboure se metió en plena balacera, ataviado con su faja tricolor, para ordenarles como alcalde que dejaran de disparar. Según el relato de su hijo Salvador, los negros rebeldes incendiaron varios barrios y Leremboure dirigió en persona a los equipos de socorro por las calles en llamas, mientras su propia residencia ardía y sus negocios eran saqueados. A pesar de todos sus «esfuerzos por la concordia» y de los «considerables sacrificios» con los que pagó de su propio bolsillo el mantenimiento del orden, los revolucionarios haitianos lo esposaron en la bodega de un barco y lo mandaron a los Estados Unidos, donde vivió diez años exiliado antes de regresar al País Vasco. El Viejo Tigre rugió de nuevo. En 1804 cruzó por última vez el océano, a los ochenta y cuatro años, para reclamar sus posesiones en Santo Domingo y asegurar así el futuro de su familia. Le salió regular: cayó en manos del general negro Dessalines, antiguo esclavo, primer gobernador del Haití independiente, quien lo mandó fusilar junto a otros cincuenta y un colonos. Atribuyen a Leremboure una dignidad en la despedida que ahora chirría como las garras del tigre rayando una pizarra: «Sepamos morir como hombres libres a manos de esclavos».

poco antes de viajar hacia su fusilamiento

, a sus ochenta y dos años, emprendedor incansable, Leremboure contrató al capitán negrero Harismendy para que navegara con su goleta La Pauline hasta Senegal y le trajera un cargamento de esclavos a San Juan de Luz. Desde San Juan de Luz los reenvió a las plantaciones de Estados Unidos, encerrados en la bodega del barco Saint-Domingue. El propietario de este segundo barco era Saint-Martin, otro comerciante de San Juan de Luz con el que había entrelazado negocios y familias: Michel Leremboure se había casado con Marguerite Saint-Martin, y su hijo Salvador con Laurentine Saint-Martin. Los Saint-Martin eran dueños de la mansión de Louis XV o Lohobiague Enea, la de las hermosas alfombras con algunos bultos. El palacio, con toda su riqueza, toda su épica y todos sus disimulos, sigue en manos de los Leremboure hasta nuestros días.

en 2013, el escritor kepa arburua

paseó por las colinas que se elevan al sur de San Juan de Luz siguiendo las sugerencias de un amigo de la zona: «Busca en los alrededores del castillo de Sainte-Anne». El castillo es una mansión de estilo vasco, con muros blancos y entramados de madera rojos, nueve dormitorios de época, salones aristocráticos, jardín y piscina, que se puede alquilar por un precio semanal que va de los 7100 a los 12 500 euros, según la temporada. A sus pies, en una vaguada devorada por las zarzas, Arburua encontró una ruinosa construcción de piedra. Se trata de una caseta de veintiséis metros de largo y cuatro de ancho, con muros gruesos y ciegos, salvo algunos huecos de ventilación, y un anexo que parece una garita de vigilancia.

—Esta era la mazmorra de los esclavos —dice Arburua.

Un vecino llamado Michel le contó que de niños oían historias sobre el castillo de Sainte-Anne. Decían que a un antepasado de los propietarios lo habían matado los negros. Y a aquella caseta la llamaban «la prisión», sin saber muy bien por qué. Arburua descubrió en el catastro que el castillo de Sainte-Anne había pertenecido a los Leremboure. Y dedujo que Michel Leremboure, el Viejo Tigre, apiñaba allí a los esclavos como los que compró en Senegal y trajo a San Juan de Luz para luego venderlos en Estados Unidos.

La familia Leremboure abrió a los turistas la segunda planta de su palacio Lohobiague Enea, la Maison Louis XIV, después de una rehabilitación que costó 1.3 millones de euros y se financió con las rentas que pagan las tiendas instaladas en los bajos de la casa. Ahora los visitantes recorren salones, galerías y dormitorios, admiran la colección de muebles, espejos, vajillas, pinturas, esculturas y alfombras, sobre todo la cama dorada del rey y la cabina con andas en la que los porteadores lo transportaban a pulso, escuchan historias sobre la perseverancia comercial de los antepasados de esta noble casa y sobre el honor de albergar al monarca en las vísperas de su boda. La mazmorra sigue perdida entre las zarzas.

Hasta que Arburua encontró esa mazmorra y removió los papeles, nadie la había relacionado con el extraño nombre de otra casa contigua que también perteneció a los Leremboure. Esa casa se llama Beltzenia: la casa de los negros.

Y no es la única Beltzenia de esta costa.

la esclavitud ha funcionado

desde hace miles de años en muchas regiones del planeta. En África primero se dio una esclavitud interna, alimentada por las guerras entre reinos que sirvieron para capturar a millones de personas y convertirlas en mano de obra forzada. Desde el siglo

vii

hasta el

xx

, los esclavistas árabes se llevaron entre ocho y doce millones de africanos. Y la globalización del negocio se completó a partir del siglo

xv

, cuando los portugueses empezaron a comprar negros en sus exploraciones de las costas africanas y los incluyeron como otra mercancía más en un próspero comercio tricontinental. Los barcos zarpaban de Europa con productos

manufacturados (por ejemplo, las manillas de latón y los objetos de cobre que aparecieron en el fondo de la bahía de Getaria, entre los restos de un barco negrero flamenco del siglo

xvi

). En las costas de África pagaban con esos productos a los tratantes que les entregaban partidas de esclavos. Durante cuatro siglos se llevaron doce millones de personas a las colonias americanas, de las cuales un millón y medio murieron en la travesía. En América resistían una media de diez años trabajando hasta reventar. Y los barcos volvían a Europa con los productos del esclavismo: azúcar, café, cacao, algodón y tabaco. Con aquella mano de obra tan barata, las rentabilidades eran enormes y los países europeos prosperaron.

Según el Memorial de la Abolición de la Esclavitud, al menos 4220 barcos zarparon de la costa atlántica francesa para comprar africanos desde mediados del siglo

xvii

hasta el siglo

xix

. La mayoría salieron de Nantes y Burdeos. Los puertos vascos ya tenían un inmenso negocio con las ballenas y el bacalao, así que su participación en el esclavismo fue menor, pero no irrelevante. De Baiona era el célebre traficante de esclavos Dominique Cabarrus; de Baiona zarparon barcos como L'Utile, cuyos tripulantes compraron 160 esclavos en Madagascar, naufragaron en un minúsculo islote arenoso del Índico y se marcharon en una balsa abandonando allí durante quince años a los malgaches, de los que solo sobrevivirían ocho; en Baiona se construyeron barcos negreros para otros puertos; en Baiona se cargaron el carbón y el hierro y los tripulantes vascos para tantas expediciones esclavistas; de Baiona zarparon los colonos que se enriquecieron en las Antillas gracias a la explotación de los negros. La prosperidad de Baiona estaba tan ligada a las colonias esclavistas, que el 29 de noviembre de 1791 la cámara de comercio de la ciudad organizó una reunión urgente con 129 mercaderes locales para informarles de la revolución de los esclavos en Haití y debatir las medidas que debían tomar para sostener sus negocios. Las vascos también participaron, por supuesto, en esos episodios de la globalización.

bordeo la bahía

de San Juan de Luz y subo el repecho de Zokoa hasta la parte alta de los acantilados. Empieza el vértigo: la carretera avanza por el filo de la cornisa y a veces la tienen que cerrar al tráfico, porque el oleaje socava la base y la costa se desmorona. Es cuestión de tiempo. Caerán los acantilados, caerá la carretera, caerán los búnkeres nazis, caerán los caseríos litorales, caerá incluso el castillo neogótico del explorador Abbadie. No llegaremos a ver semejantes ruinas, claro, pero esa no es precisamente una buena noticia para nosotros. Pedalear en paisajes majestuosos, subiendo montañas, atravesando bosques o bajando acantilados entre ráfagas de salitre suele anestesiar las angustias existenciales, porque estimula la ilusión de que la belleza y la levedad del camino se extenderán no solo hasta el final de la jornada, sino mucho más lejos, hasta el final de la vida. Cuando terminemos la etapa, estaremos tan cansados que nos bastarán satisfacciones básicas, una cerveza, una ducha, un plato de macarrones, y enseguida dormiremos como troncos, que no es poco.

Del mar emergen peñascos, testigos de una costa desaparecida. Son ruinas geológicas en las que se quedaron enredadas algunas ruinas humanas, como el islote de Loia, al que se puede acceder caminando cuando baja la marea, y que fue escenario de akelarres en los que participaban doce mil brujos y brujas, según los disparates febriles del inquisidor Pierre de Rosteguy, señor de Lancre, consejero del parlamento de Burdeos, enviado especial del rey en julio de 1609 para purgar el País Vasco «de todas las brujas y los brujos que allí actúan bajo el imperio del diablo». Lancre investigó a curanderas y cartomantes, a judíos y moriscos expulsados de España, a las mujeres que se entregaban al adulterio en cuanto sus maridos pescadores zarpaban a Terranova. «Es un país de manzanas, sus mujeres solo comen manzanas y beben jugo de manzanas, están siempre dispuestas a morder la manzana de la transgresión», escribió en su informe. «Son Evas que seducen desnudas a los hijos de Adán y viven en las montañas, en absoluta ingenuidad y libertad, como Eva en el paraíso terrenal». A él le debemos una de las primeras y más apetitosas descripciones de los baños de mar en Biarritz: «Esa mezcla de mujeres maduras y jóvenes pescadores que vemos en el agua, vestidos de cintura para arriba pero desnudos por abajo, entrelazándose unos con otras en medio del oleaje». Un puritano es aquel que vive con el temor de que alguien se lo esté pasando bien en alguna parte. Y en sus crónicas de mirón playero, Lancre no deja belleza sin describir ni condenar: «Los cabellos

les revolotean sobre los hombros y acompañan a sus ojos, de manera que parecen mucho más bellas en su ingenuidad y resultan más atractivas. Despliegan bellas cabelleras, en las que resplandecen los rayos del sol con destellos tan brillantes como los del cielo. Son muy peligrosas en el amor y en los sortilegios. El Diablo se presenta el sabbat con forma de cabra y se acopla a estas brujas». Como le gustaban tanto y le ponían tan nervioso, encerró a cientos de ellas para interrogarlas y torturarlas. Ejecutó a unas sesenta o setenta personas, la mayoría mujeres. No tuvo tiempo para más, porque los marinos de Terranova regresaron a finales de septiembre, se pusieron como fieras y organizaron revueltas contra los soldados del inquisidor, así que Lancre plegó los bártulos y salió pitando a París a presentarle sus éxitos al rey. Cómo nos suena esto: echó la culpa de tantos pecados y tanta decadencia a la globalización. Lancre sostenía que los hechiceros de las Indias, expulsados de sus tierras por los misioneros católicos, se habían refugiado en el País Vasco. «Muchos ingleses, escoceses y otros mercaderes que vienen a cargar vino a Burdeos nos aseguran que han visto tropas de demonios espantosos llegando a las costas de Francia».

del mar emergen

otras dos grandes muelas pétreas, a las que ahora llaman con un nombre insípido: las Dos Gemelas. Los marinos de Hendaia las conocían como Dunbarriak, las piedras de la tumba. Una es Dunba Zabala (la tumba ancha) y la otra Dunba Luzea (la tumba larga). Contra ellas se estrellaban los barcos a la deriva, allí se ahogaron tantos marinos ya olvidados hasta por la toponimia.

Otros nombres se han momificado en los mapas, eviscerados de toda su historia. En el estuario de Txingudi, paisaje de islotes arenosos y marismas, pedaleo por el parque Beltzenia, de césped impecable, zonas de juegos infantiles, merenderos, miradores. En realidad es una tierra de relleno, con la que en 1901 taparon una pequeña bahía para construir una carretera desde el centro de Hendaia hasta la playa de Ondarraitz. Esa bahía albergaba un pequeño puerto y también se llamaba Beltzenia, «la casa de los negros», como la mansión que tiene una mazmorra de esclavos en San Juan de Luz. ¿Qué mercancías se cargaban y descargaban en un puerto de semejante nombre?

En una rotonda de la actual calle Beltzenia colocaron un monolito con el rostro

del corsario Pellot, orgullo de Hendaia, alabado durante la inauguración con un discurso épico del alcalde Errecart, porque la memoria siempre es selectiva, escoge y reinterpreta episodios según las conveniencias actuales. Y en cuanto a los episodios relacionados con el nombre Beltzenia, en cuanto al origen de ciertas riquezas de nuestro territorio, basta con meterse las manos en los bolsillos y silbar.

muy cerca de beltzenia

, los gendarmes establecieron en 2015 controles para impedir que los africanos cruzaran los puentes sobre el río Bidasoa. Muchos se jugaron la vida pasándolo a nado. En el último año han muerto ocho en el intento.

CAPÍTULO 14. DE HENDAIA A IRUN

En el que yo puedo cruzar el Bidasoa porque soy blanco y Moussa no porque es negro.

las camareras llegaron

a las cinco de la mañana para abrir el bar de la estación de Irun y los encontraron tumbados en la calle: cuatro chavales, apretados unos contra otros, temblando de frío. Hasta entonces, a los africanos que llegaban en buses y trenes les dejaban dormir en el vestíbulo de la estación, pero aquella noche alguien dio una orden y los guardias echaron a la calle a los quince o veinte que se encontraron. A las cinco de la mañana ya solo quedaban cuatro, porque los demás se habían ido a cruzar la frontera aprovechando la oscuridad.

Moussa Sylla quiso pero no pudo. Las camareras se lo encontraron llorando y le preguntaron qué le pasaba. Él les explicó que tenía mucho dolor y defecaba con sangre. Llamaron a una ambulancia, lo trasladaron al hospital, allí le dijeron que tenía hemorroides y le dieron una pomada y unos antiinflamatorios. Moussa volvió caminando dos kilómetros hasta la estación para dar las gracias a las camareras.

Allí me lo encontré a las diez, sentado en una mesa exterior del bar, con otros tres chicos encogidos en sus chándales con capucha.

—¿Qué tal la noche?

—Trop froid, trop froid.

Comían bocadillos y bebían cafés. Se los habían pagado una cuadrilla de currelas que les saludaban con el pulgar levantado y se marchaban a la obra. Los chicos cargaban sus teléfonos en los enchufes de la cafetería. Uno de ellos llevaba una gorra con esta frase: «Somos de Irun sí o sí».

Moussa tosía feo. Tenía dieciséis años, el cráneo rapado, un rostro ancho, huesudo, con los pómulos marcados y los ojos hundidos, la mirada agotada. Sacaba la mano derecha del bolsillo, una mano que parecía hecha de alambres, y la movía lenta, como si el aire se hubiera endurecido, para levantar la taza y darle un sorbo al café con leche. Luego la guardaba de nuevo en el calor del bolsillo.

—Hemos pasado mucho frío. Y yo estoy enfermo.

Se puso los auriculares y se subió la capucha. Me contó que era de Guinea Conakry. Los militares acosaban a su hermano mayor, de veintitrés años, por asuntos políticos. La madre y los tres hermanos abandonaron entonces su casa por miedo y se marcharon a otra región, a un pueblo donde no tenían nada, donde Moussa no pudo seguir estudiando porque buscaba cualquier trabajo para ganar un poco de dinero. Su hermano mayor se hartó. Decidió emigrar a Europa y animó a Moussa para que le acompañara.

—Hasta el norte de Malí fue fácil. Pero allí hay mucho conflicto con los tuareg, con los rebeldes del MNLA, ¿conoces el MNLA? Tienen su propio país: Azawad. Es zona de guerra. Allí nos pidieron dinero para pasar. Como no teníamos, nos pusieron a trabajar en los campos, nos dijeron que así pagaríamos el derecho de paso, pero nos tuvieron dos meses, tres meses, nunca sabíamos cuándo se iba a terminar, nos tenían como esclavos. Una noche decidimos escapar. Cruzamos la frontera de Argelia a pie, ahí me separé de mi hermano, porque íbamos varios grupos y nos separamos en el desierto. Lo pasamos muy mal. Caminamos mucho, nos quedamos sin agua. Yo vi a personas que se ponían muy enfermas, que se caían y se morían allí mismo. Vi a muchas personas boca abajo en la arena. Llegamos a un pueblo. Nos llevaron en camiones a Tamanrasset. Antes la gente iba a Libia para pasar a Italia. Pero ahora muchos van a Marruecos para pasar a España. Cruzamos andando a Marruecos. Íbamos muchos, en grupos grandes. Fue muy duro. Caminamos ocho días por las montañas.

Moussa sacó el teléfono y me enseñó la foto de otro chaval africano, con heridas muy feas en la ceja y en la frente.

—Es un amigo mío. Le pegaron en Marruecos. Allí hacen contigo lo que quieren, porque no te puedes defender. Si te defiendes, la policía te mete en la cárcel. Si no te defiendes, a veces también te mete en la cárcel. Hay gente mala

que se aprovecha. Por ejemplo, te engañan cuando les compras algo. Te cobran más o no te dan las vueltas. Si protestas, te pegan. Y tú te tienes que marchar, porque si te metes en una pelea, te llevan a la cárcel.

Lo peor, me dijo, fue la patera.

—De Tánger a Cádiz, mucho miedo en la patera.

Se quedó en silencio. Manipuló un rato el teléfono, elegía canciones.

—Perdona. He visto cosas muy duras y están todas en mi cabeza. Por las noches veo a todas esas personas boca abajo en el desierto y me veo yo en mitad del mar. Me despierto con terror. La música me calma.

Moussa dio otro sorbo al café y me preguntó qué haría yo en su lugar. Me quedé callado como un bobo, hasta que entendí que me estaba preguntando por dónde cruzaría yo la muga.

—¿Adónde quieres ir?

—A Burdeos. Un amigo me mandó un mensaje para decirme que había llegado a Burdeos y que mi hermano estaba allí. Me dijo: «Cuando él te vea, va a llorar mucho. Cree que estás muerto».

Moussa tenía dudas.

—Yo quiero quedarme en España, es donde mejor me han tratado. Cuando llegamos a la playa de Cádiz nos ayudaron mucho, nos llevaron a la Cruz Roja y estuvimos allí unos días. Nos dieron un billete de bus para Bilbao y allí otro para Irun. Aquí me han cuidado en el hospital sin pedirme dinero y la gente es amable. Quiero ir a Burdeos pero solo para ver a mi hermano, luego me gustaría volver a España. ¿Crees que podría encontrar trabajo?

Le dije que él era menor de edad, que lo acogerían en un centro de tutela. Me preguntó de nuevo por la mejor ruta para cruzar la frontera. Hablamos de puentes, buses, trenes. Él suspiró:

—Estoy enfermo porque he cruzado demasiadas fronteras.

la frontera del bidasoa desapareció

en 1995 con los acuerdos de Schengen, que permitieron la libre circulación de personas entre veintiséis países europeos. Desmantelaron la aduana, las cabinas de control y las barreras.

Al cabo de veinte años reapareció. Francia restauró los cierres y controles fronterizos en noviembre de 2015, después de que los yihadistas asesinaran a 131 personas en París. La presentaron como una medida excepcional, la prorrogaron una y otra vez argumentando que era necesaria para luchar primero contra el terrorismo y luego contra el coronavirus, y la mantienen hasta hoy.

La frontera existe: según para quién. Paso el puente en bici ante los controles de los gendarmes, como he pasado un montón de veces sin que nunca me pararan. Activistas de Irun grabaron a un chaval blanco con mochila mientras cruzaba la frontera a pie una y otra vez, sin ningún problema, hasta que se maquilló la cara de negro y los gendarmes, desde lejos, enseguida le dieron el alto. El Defensor de los Derechos de Francia denunció que los controles se aplicaban cinco veces más «a personas percibidas como árabes y negras», a quienes trataban con menor respeto (tuteos, insultos y brutalidad). En Biriatu, los gendarmes se subían a los buses y pedían la documentación solo a los pasajeros árabes y negros. En las estaciones de tren de Hendaia, Baiona y Burdeos, esperaban la llegada de africanos que no tuvieran papeles, los metían en furgonetas y los llevaban de vuelta a Irun. Se amparaban en el Acuerdo de Málaga de 2002, un pacto entre España y Francia que permite devolver a los inmigrantes con un proceso burocrático mínimo, sin las garantías que las leyes europeas les reconocen: sin un procedimiento individual, sin asistencia de abogados, sin atender a los menores, sin permitir que las víctimas de violaciones de derechos humanos solicitaran asilo. Según el Acuerdo de Málaga, los gendarmes podían capturar a los inmigrantes que llevaran menos de cuatro horas en Francia y entregarlos en los puestos fronterizos de la Policía Nacional española. Lo de las cuatro horas daba igual, porque los gendarmes actuaban a menudo de manera clandestina: detenían a los inmigrantes en las estaciones, se los llevaban en furgonetas sin distintivo policial, conducidas por agentes sin uniforme, y los soltaban de noche, a las bravas, en la explanada de Ficoba, el recinto ferial de Irun pegado a la frontera.

En los años previos a la pandemia, Francia devolvió a España a unas cinco mil personas al año. La mayoría no pasaron por ninguna comisaría ni constaron en

ningún registro, de manera que no quedaba ningún rastro de las vulneraciones de sus derechos. Así lo explicaron fuentes policiales en la prensa y así lo atestiguaban los inmigrantes que se veían devueltos a Irun.

a los africanos

no les dejaban cruzar el Bidasoa, se quedaron deambulando por nuestras calles y así, de repente, se nos hicieron visibles. El 18 de junio de 2018, periódicos, radios y televisiones hablaron del primer grupo que deambulaba por San Sebastián: cuarenta y cinco hombres jóvenes de Malí y uno de Guinea habían llegado en un autobús a las ocho y media de la mañana y no sabían adónde ir. Esperaban encontrarse con dos personas que los iban a guiar, pero no apareció nadie y se pasaron cinco horas en la estación, preguntando a la gente si podían llegar andando a Francia y comiendo bocadillos y patatas fritas que les compraron otros viajeros. Explicaron que pocos días antes habían desembarcado de sus pateras en Almería, y allí los habían agrupado según sus destinos. Estos cuarenta y seis querían llegar a París, donde tenían amigos o familiares. Casi todos vestían el mismo chándal negro y portaban una pulsera amarilla con un número identificador, porque habían sido atendidos por la Cruz Roja de Andalucía. A las dos de la tarde, aparecieron miembros de la Cruz Roja donostiarra y se los llevaron a su sede para atenderlos. Pasaron la noche en un albergue de urgencia dispuesto por el Ayuntamiento.

Durante aquel verano aparecieron grupos casi a diario. Entre finales de junio y finales de agosto, unos tres mil africanos llegaron al País Vasco y casi todos intentaron atravesar la frontera de Behobia lo antes posible.

En las primeras semanas los ayuntamientos abrieron albergues, pero no los suficientes, y fue habitual que docenas de chavales durmieran en la calle. Un centenar de ciudadanos fundaron Irungo Harrera Sarea, una red de apoyo que les buscaba refugios donde dormir, comer, ducharse, descansar y recabar información para seguir su viaje. La mayoría de los inmigrantes habían atravesado desiertos y océanos en condiciones terribles. Una vez en Europa, en vísperas de alcanzar su destino, no iban a rendirse ante un río de cincuenta metros de ancho, por mucho que les dijeran que era peligroso.

me reencontré con moussa

unas horas más tarde en Lakaxita, una casa de dos plantas que hace unos años estaba abandonada entre escombros, hasta que fue okupada, rehabilitada y convertida en gaztetxe, en sede de un colectivo de jóvenes. Cuando los africanos empezaron a quedarse atrapados en Irun, Lakaxita les abrió las puertas.

El día en que llegó Moussa, otros veinte chicos descansaban en Lakaxita. Media docena pasaban el rato en la pradera detrás de la casa, sentados en sillas de plástico o charlando en el suelo, escuchando música, sesteando. Otros cargaban el teléfono en la casa, se conectaban al wifi, tecleaban mensajes. Algunos ayudaban a los voluntarios del gaztetxe a pelar patatas, cortar cebollas y batir huevos en la cocina, en la planta baja, donde también descansaban los más agotados. Entre mochilas, chaquetones y zapatillas, dormían en colchones a pierna suelta.

Todos felicitaban a la estrella del día: Romeo, un chico de Costa de Marfil de veinticuatro años, que llevaba ya un par de semanas entrenándose con el Landetxa, un equipo local de fútbol, y la víspera había marcado su primer gol en un partido amistoso. Apenas un mes antes, Romeo había cruzado el estrecho de Gibraltar en una balsa de remos con otras diez personas. También consiguió pasar el Bidasoa y subirse al tren en Hendaia, pero cuando se apeó en Baiona, los gendarmes lo detuvieron y lo llevaron de vuelta a Irun sin registrarlo en ninguna parte. Lo acogieron en Lakaxita. Aquí contó que en su país jugaba en un equipo de segunda división. Le consiguieron unas zapatillas y lo invitaron a un entrenamiento con el segundo equipo del Real Unión, pero resultó un nivel demasiado alto para Romeo, así que lo pasaron al más modesto Landetxa.

—Es que llevaba cuatro años sin jugar —me dijo Romeo—, pero ayer metí mi primer gol en Europa y estoy muy contento. A mí me han echado de todas partes y aquí me han acogido hasta en el equipo de fútbol.

Me contó que en estas semanas se había echado una novia vasca y quería tener hijos vascos. Un par de chavales le tomaban el pelo y le pedían que los invitara a la boda.

En una esquina de la casa, Moussa charlaba mucho más serio con Mosis, otro chico de Guinea Conakry como él, de veintiún años, que planeaba pedir asilo político en España y tenía esperanzas porque en su país había estudiado, sabía

conducir y podía empezar trabajando de chófer.

—Yo tenía ahorros y por eso he podido llegar rápido a Europa, en solo dos meses. No todos tienen la misma suerte ni las mismas posibilidades, hay que decir la verdad. Para mí ha sido más fácil. Y no me han maltratado.

—Dios ayuda —dijo Moussa.

Se quedó un rato en silencio y añadió:

—Siempre hay esperanza. Yo también quiero descansar un poco, cuidarme, comer, recuperar la salud y empezar a trabajar.

Mosis explicó que ya había dormido tres noches en el albergue de la Cruz Roja, que le dejaban pasar dos más y luego tendría que buscarse la vida.

algunos encontraron

la muerte. Entre la primavera de 2021 y la de 2022, ocho africanos murieron en los alrededores de este río que fluye por un territorio en el que existe la libre circulación de personas, con excepciones que se aplican según el color de la piel. Un eritreo llamado Tessfit, de veintiún años, se suicidó en la orilla irunesa. El marfileño Yaya Karamoko, de veintinueve años, se ahogó intentando cruzar el río. El guineano Abdoulaye Koulibaly, de dieciocho años, fue rechazado por los gendarmes en tres intentos de atravesar el puente, al cuarto lo probó nadando y se ahogó. Un marfileño de veintiocho años, de nombre desconocido, también se ahogó. Los argelinos Fayçal Hamaoduche, Mohamed Kemal y otro de nombre desconocido, de veintiuno, veintitrés y treinta años, cruzaron la frontera de noche y avanzaron por las vías del ferrocarril hasta que se durmieron en Ziburu —quizá intoxicados por un guía que pretendía robarles, según investiga un juez francés— y murieron arrollados por el tren.

la mayor llegada de inmigrantes

a las costas europeas ocurrió en 2015, durante la llamada crisis de los refugiados. La guerra en Siria impulsó un éxodo que además coincidió con las huidas

masivas de afganos, sudaneses, somalíes y centroafricanos de sus conflictos y penurias: un millón de personas cruzaron en pateras a Europa, la mayoría desde Turquía a las islas griegas, y al menos 3400 se ahogaron en el intento. Entonces la Unión Europea pagó miles de millones de euros a Turquía para que retuviera a los inmigrantes en sus campos.

Cuando se les cierra una ruta, las personas que huyen del horror buscan otra. Y suele ser más peligrosa. En 2016 la mayor parte de los inmigrantes llegó a las costas italianas: unas 180 000 personas, la mayoría procedentes de Libia, y se ahogaron al menos cinco mil, más que nunca. Entonces Italia firmó un acuerdo con Libia, respaldado por la Unión Europea, y le pagó cientos de millones de euros para que retuviera a los inmigrantes. Libia era un país en guerra, fragmentado, caótico, y las autoridades recluyeron a los inmigrantes en campos de detención infernales. Según denunciaron la ONU, embajadas, organizaciones de derechos humanos y reporteros internacionales, los inmigrantes sufrían palizas, torturas, violaciones y extorsiones, y cientos de ellos fueron asesinados, expulsados al desierto o vendidos como esclavos. La medida fue eficaz para sus promotores, eso sí. Bajó el número de personas que intentaban cruzar el Mediterráneo. En 2017, alrededor de 119 000 personas llegaron en pateras a Italia, unas tres mil se ahogaron. En 2018, Matteo Salvini llegó a ministro italiano del Interior. Ante sus militantes de la Liga había prometido que los carabineros tendrían vía libre «para hacer una limpieza étnica controlada», porque los italianos estaban siendo «oprimidos por los inmigrantes clandestinos». También propuso hacer un censo de gitanos, demoler sus campamentos y expulsarlos del país. «Por desgracia», dijo, «los gitanos italianos nos los tenemos que quedar». A propósito de los inmigrantes que cruzaban el Mediterráneo, a los que llamaba «carne humana», dijo que había que devolverlos a las playas de las que habían partido, darles una palmada en la espalda y repartirles cacahuetes. Salvini cerró los puertos italianos a los barcos de las organizaciones que rescataban a los inmigrantes en alta mar, y los dejó a la deriva hasta que otros países los recogieron. En el verano de 2018 la ruta principal de los inmigrantes se trasladó al oeste. Pasaban de Marruecos a España y muchos intentaban llegar a Francia cruzando el Bidasoa.

En julio de ese mismo año, Pablo Casado se convirtió en el nuevo presidente del Partido Popular. Era el partido mayoritario en el Congreso de España, aunque había perdido la presidencia del Gobierno unas semanas antes, tras una moción de censura que le dio el cargo al socialista Pedro Sánchez. Entre las ideas principales con las que Casado pretendía relanzar el PP, estaba «la defensa de las

fronteras». El 29 de julio hizo estas declaraciones: «No es sostenible un estado de bienestar que absorba a los millones de africanos que quieren venir a Europa. No puede haber papeles para todos, y tenemos que decirlo aunque sea políticamente incorrecto». Añadió que en las costas libias había un millón de inmigrantes que planeaban entrar a España y que en toda África cincuenta millones de personas ahorraban y se preparaban para viajar a Europa. Eran los mismos datos que esos días divulgaba un sindicato policial en tertulias televisivas y redes sociales, sin ninguna fuente que los respaldara.

En 2018 España se convirtió en el país europeo que más inmigrantes recibía en sus costas. Registró la cifra más alta en mucho tiempo, una cifra que nunca se ha vuelto a alcanzar ni de lejos, y aun así se quedó en 64 298. Quince veces menos que la cifra que agitaba Casado. Todavía más: según datos del Instituto Nacional de Estadística, entre 2008 y 2017 llegaron 558 467 inmigrantes africanos a España y se marcharon 556 508. En una década, no se habían instalado ni dos mil africanos. Ni doscientos al año. Ni uno al día.

El temor a una invasión africana, como prioridad política para el partido más votado en España, respondía a diversas razones. Entre ellas, desde luego, no estaba la realidad.

encender el miedo

a los otros y presentarse como protector de la seguridad de los nuestros suele dar buenos resultados electorales, porque agita emociones profundas y refuerza percepciones sesgadas, no importa cuáles sean los datos y los hechos. Ese discurso funcionó en varios países europeos, así que Casado repitió los argumentos y alimentó un movimiento xenófobo que enseguida se desgajaría de su propio partido y crecería con el partido Vox. Uno de sus mensajes principales es que Europa está amenazada por invasiones bárbaras.

El inmigrante representa para ellos dos peligros contradictorios: viene a quitarnos el trabajo y viene a vivir sin trabajar cobrando ayudas sociales. En cualquier caso, arruinará el país. Casado afirmó que el Estado del bienestar, el que garantiza la sanidad, la educación o las pensiones para los españoles, se quebrará si tiene que cargar con la atención a los extranjeros cada vez más numerosos. Ese argumento presupone que los inmigrantes no pueden valerse por

sí mismos y viven a cuenta de los subsidios, un prejuicio común que los datos desmienten con rotundidad.

Los inmigrantes alcanzaron la proporción más alta en España en 2011, cuando constituían el 12.2 % de la población, y desde entonces esa cifra bajó levemente hasta el 11.4 % de 2020. Un informe de la Fundación La Caixa mostró que los inmigrantes aportan mucho más de lo que reciben. Redondeando: el gasto público que España dedicaba a los inmigrantes era de 18 000 millones de euros anuales y ellos aportaban 23 000 con sus impuestos y cotizaciones. Esos 5000 millones extra suponían la mitad del superávit público.

El informe mostraba que en España el Estado del bienestar estaba menos desarrollado y que el gasto social era notablemente más bajo que en otros países europeos. Esa decisión política es la causa de que la sanidad, la educación y otros servicios públicos no funcionen tan bien como deberían, no la llegada de los inmigrantes, que precisamente han contribuido a fortalecer el erario. Porque dan mucho y piden poco. Siendo el 12.2 % de los habitantes, solo consumían el 5.6 % de los recursos públicos. Es lógico. Los inmigrantes son jóvenes (veintisiete años de media, frente a los cuarenta y dos de los habitantes de la Unión Europea), así que tienen mejor salud y van menos al médico que los locales. Los inmigrantes eran el 10 % de los que cotizaban para las pensiones y solo el 0.5 % de los que las cobraban: sin ellos, el sistema español de pensiones estaría mucho más cerca de quebrar.

Los inmigrantes trabajan, se alojan, consumen. Un tercio del crecimiento de la economía española durante los veinte años anteriores se debió a la aportación de los inmigrantes. Incluso los irregulares, que suponen un porcentaje pequeño, apenas unas decenas de miles de personas, mejoran la economía. Pagan impuestos cada vez que consumen y trabajan en empleos sumergidos, sin protecciones sociales, así que ni siquiera consumen gasto público. Mejoran nuestra economía a costa de su propia seguridad y su bienestar.

A esta Europa envejecida le vienen muy bien los inmigrantes.

Y todo esto son justificaciones económicas que resultan irrelevantes para quien crea que cualquier persona tiene derecho a moverse por donde quiera y vivir donde quiera. A mí no se me ocurre ningún argumento decente para oponerme a esa libertad.

el alcalde de vitoria

, Javier Maroto, declaró en 2014 que «la mayoría de los marroquíes y los argelinos vienen a vivir de las ayudas sociales, de los impuestos que paga la gente que curra y que está hasta el rabo de la boina». Y remató: «El fraude en las ayudas sociales es escandaloso».

A quienes no ganan ni para cubrir las necesidades básicas, el Gobierno Vasco les paga un dinero mensual: la Renta de Garantía de Ingresos (RGI), que alivia la pobreza grave y reduce el peligro de exclusión social. En 2017 la cobraban unas 60 000 personas. De ellas, solo un tercio eran extranjeras, y cumplían los mismos requisitos de pobreza que los locales: no existe ninguna paga por ser inmigrante, como dicen algunos. Los marroquíes y los argelinos eran dos de los grupos extranjeros con mayor proporción de perceptores de esa renta, que en su caso rondaba los 650 euros mensuales, y aun así, la cobraban uno de cada cinco, no «la mayoría».

Ese mismo año los inspectores detectaron 442 fraudes en el cobro de esas ayudas (es decir: el 0.73 % de los casos). De ellos, 365 se debían a una trama de paquistaníes que falsificaban pasaportes para cobrar la renta y así habían defraudado 3.7 millones de euros.

Semejante fraude es escandaloso, como denunciaba Maroto.

Ese mismo año el fraude fiscal detectado en la Comunidad Autónoma Vasca llegó a 859.6 millones de euros. La mayor parte correspondió a empresas que trampeaban el impuesto sobre sociedades y a fraudes en el IVA, el IRPF y el impuesto sobre las grandes fortunas. Todo ese fraude fiscal apenas dio para una noticia breve y se olvidó rápido, sin polémicas, sin grandes titulares ni ruedas de prensa de ningún alcalde hasta el rabo de la boina contra los empresarios defraudadores que arruinan a los currantes. Si Maroto denunció con tanto empeño el fraude en las ayudas sociales (escandaloso) y no el fraude fiscal (232 veces más escandaloso), fue para señalar a un puñado de extranjeros —los moros— como chivos expiatorios de la crisis y disimular los recortes que su propio partido aplicó «a la gente que curra». Si habían reducido la inversión social, si las escuelas, hospitales y servicios públicos funcionaban cada vez peor, si las pensiones no alcanzaban, si las condiciones laborales retrocedían a toda

velocidad, si empeoraba la calidad de vida y aumentaba la pobreza, él no atribuía la culpa a la crisis financiera, los gigantescos fraudes y estafas de los bancos, las leyes que hincharon la burbuja inmobiliaria, las corrupciones, especulaciones y pelotazos, las crisis que siguieron en cascada, los rescates multimillonarios pagados con dinero público. No, los responsables de nuestros pufos y nuestros fracasos eran los inmigrantes: los otros, siempre.

Cuando Casado remodeló el PP, eligió a Javier Maroto como responsable de organización del partido. Ambos habían alertado una y otra vez de los peligros de la inmigración, ambos habían señalado específicamente a los africanos. ¿Por qué los africanos? En realidad solo constituyen una cuarta parte de los inmigrantes en España. Y los que llegan en pateras representan una proporción ínfima, en relación con la gran mayoría de inmigrantes latinoamericanos y europeos. Pero las imágenes de africanos desembarcando en las playas les servían para aventar la idea de una invasión. Que vienen los negros, que vienen los moros, que vienen los otros más otros.

A esta Europa envejecida le viene bien la aportación extranjera, pero quienes más necesitan a los inmigrantes, por lo que se ve, son los políticos xenófobos.

«racismo es abrir esto a los negros»

, pintó alguien de noche en los muros del albergue irunés de Martindozenea, la víspera de que lo abrieran para los inmigrantes. Los voluntarios de Harrera Sarea no recuerdan ningún otro gesto contra los inmigrantes en Irun.

al día siguiente

de charlar con él, recibí un mensaje de Moussa: ya estaba en Burdeos con su hermano.

CAPÍTULO 15. DE OIASSO A ARDITURRI Y VUELTA

En el que una arqueóloga encuentra a los romanos en la Vasconia irreductible y nos preguntamos qué hicieron los romanos por nosotros.

durante el invierno

no llegaba ningún barco, porque los temporales del mare externum resultaban demasiado peligrosos. A Cayo, el hijo del aduanero, le gustaba el momento en que aparecían las primeras naves de la primavera con las velas desplegadas. Corría al puerto para ver las maniobras de atraque, oír las voces de los marineros con acentos extraños, esperar que alguno lanzara melocotones o cerezas a los críos que curioseaban en el muelle. Los marineros descargaban ánforas con aceite, salazones, sacos de tejidos de lana. El padre de Cayo comprobaba que llevaran el sello de los puertos de origen. Y fijaba los sellos de plomo en las mercancías locales que cargaban en las bodegas, ánforas de vino, sacos de cereal, después de cobrar los impuestos de exportación. Ninguna escena impresionó tanto a Cayo como la primera vez que asistió a un desembarco de libios: inmigrantes que venían a trabajar a las minas de hierro y plata.

Cayo era un chaval del Bidasoa. Nació en la ciudad portuaria de Oiasso y llevaba ese nombre por su bisabuelo, Cayo Julio Níger. Le impresionó el desembarco de aquellos hombres de piel oscura, como a todos los chavales, pero él sintió un pellizco especial, una remota afinidad con aquellos trabajadores, porque conocía el origen de su apellido: el bisabuelo Níger, el negro, descendía de un esclavo africano que acompañó al general Vespasiano durante la conquista de Britania y quedó libre al final de la campaña. Los descendientes de aquel liberto trabajaron como obreros y luego funcionarios en las minas británicas. Cayo Julio Níger llegó a dirigir la explotación. Y al cabo de unos años le encargaron la administración de las minas de Oiasso, en el país de los vascones.

Cayo Julio Níger contrató el pasaje para él y su familia en un barco que transportaba cuerdas y tejidos de lana desde el puerto de Londinium hasta el de Oiasso. Al cabo de una semana entraron en el estuario del Bidasoa (es decir, de la via ad Oiassonem: el río que llevaba a Oiasso) y vieron casetas de pescadores y factorías de conservas pesqueras, villas agrícolas en las colinas, un pequeño templo que consagraba un manantial a las ninfas, campesinos que navegaban en canoas hasta los islotes para cultivar allí sus huertas. El capitán le contó a Cayo Julio Níger que aquel estuario era un hervidero de contrabandistas: escondían las mercancías entre los juncales y de noche las pasaban de una orilla a otra, de Hispania a Galia y viceversa, sin pagar las tasas de la frontera.

Atracaron en un puerto que se extendía por la zona baja de Oiasso, con sus muelles, graderíos y rampas, astilleros y diques secos, almacenes, aduana y oficina minera. Una calle subía hasta el foro, el corazón elevado de la ciudad, donde latían los mercados, las asambleas políticas, las fiestas y ceremonias. Muy cerca quedaban las termas, orgullo de Oiasso, con sus piscinas de agua fría y caliente, su gimnasio y sus saunas.

Allí nació Cayo tres generaciones después, en aquella ciudad marítima y comercial, en esta desembocadura de mercaderes, navegantes, inmigrantes y mugalaris.

cayo es un personaje

ficticio del museo Oiasso, en el centro de la actual Irun, inspirado en documentos y hallazgos arqueológicos del siglo

ii

. La información para elaborar un Cayo verosímil y conocer la ciudad portuaria de los vascones, base comercial del Imperio romano, se la debemos a los arqueólogos que lucharon contra todo tipo de trabas para desarrollar sus investigaciones. Porque amenazaban con romper un mito: el de la Vasconia irreductible. Según esa idea, los romanos colonizaron el sur de Vasconia, las llanuras agrícolas de Álava y Navarra, donde fundaron ciudades como Pompelo y Veleia, pero fueron incapaces de conquistar el norte, la zona boscosa y montañosa de la costa, donde los nativos rechazaron a las tropas imperiales y así preservaron su lengua, cultura y singularidad política hasta nuestros días.

Mertxe Urteaga es la arqueóloga que encontró a los romanos en la Vasconia irreductible.

En 1982 ella era una recién licenciada de veintidós años que trabajaba en los archivos del Ayuntamiento de Oiartzun, cerca de Irun. La Real Compañía Asturiana de Minas, que explotaba los yacimientos de las Peñas de Aia, ofreció al municipio una pequeña joya: un tramo de galería romana que podía abrirse al público. Urteaga arrugó la nariz. Ella había visto fotos sacadas por los ingenieros en las minas, había leído informes que acumulaban polvo de dos siglos y sospechó que la empresa minera ofrecía ese caramelo, en un paraje remoto y sin valor económico, para distraer la atención de la maravilla que escondían aquellas montañas: una asombrosa red subterránea excavada hacía dos mil años.

—La empresa minera conocía los informes de Thalacker en 1803 o de Gascue en 1897, en los que se hablaba de una gran infraestructura romana, y conocía las bocas de muchas de aquellas minas de hace dos mil años. No es que las conociera, es que las seguía usando para llegar a los filones. Pero no decían nada porque no querían arqueólogos incordiando por allí. Y en el mundo académico nadie hacía ningún caso a este asunto. El mito de que los vascones habían rechazado a los romanos estaba muy extendido, era una clave para explicar la pervivencia de la cultura y la lengua vasca.

Urteaga aprovechó un fin de semana, cuando no había gente trabajando en las minas de Arditurri, para dirigir al geólogo Txomin Ugalde y al historiador Ricardo Berodia en la búsqueda de una rendija hacia el tesoro: hacia una galería romana en ese territorio vascón supuestamente libre de imperios.

Cuarenta años después, Urteaga me guía por la vaguada de Arditurri para mostrarme el paraje en el que ella y sus compañeros empezaron a agrietar el mito.

Se pone un casco amarillo con luz frontal y me da otro. Es una mujer menuda, de gesto concentrado, que se mueve ágil entre las imponentes muelas de granito de las Peñas de Aia. En una ladera rocosa, abre una verja y nos colamos por una galería de dimensiones humanas: 1.80 metros de altura aproximada, una anchura que se puede abarcar con los codos desplegados, una forma suave y abovedada típica de los romanos, que encendían fogatas para fragmentar la roca y luego retocaban el túnel con picos. Nada que ver con las fracturas irregulares de los dinamitazos.

—La primera vez que entramos aquí, percibimos enseguida la mano romana —dice Urteaga, mientras acaricia la roca tallada, señala huecos donde los mineros depositaban lamparitas de aceite, muestra el pequeño canal que sigue desaguando el suelo, explica hallazgos de bateas de madera, picos de hierro, tejidos impermeables de lana con pelo: ropa especializada de minero—. Nos emocionamos. La sensación de avanzar por el interior de la tierra es muy intensa, te adentras en lo más profundo y descubres una huella humana de hace dos milenios… A mí este sitio me maravilla. Percibes el plan minucioso para acceder hasta el filón, las rectificaciones en el trazado de la galería, la inclinación para que desagüe. Es una construcción en negativo, un vacío escultórico. Parece una obra de Oteiza.

Al cabo de cincuenta metros, esta galería horizontal conecta con otra diagonal muy inclinada, de peldaños tallados en la roca. Esa es la primera galería por la que penetraron los prospectores romanos, en picado desde la superficie. Cuando encontraron el filón de plata, los topógrafos tuvieron que determinar el nivel exacto de la ladera en el que debían perforar la segunda galería, la horizontal, por la que hemos entrado nosotros, en la que trabajarían los mineros. Enlazaban docenas de metros de intestinos de gato hasta el exterior y los llenaban de agua: así podían determinar desde fuera el nivel exacto del filón subterráneo.

La Compañía Asturiana cerró las minas en 1984 y quedó el campo libre para los arqueólogos. Solo en el coto de Arditurri encontraron más de cuarenta zonas de explotación romana, incluidas obras tan complejas como un acueducto subterráneo de 425 metros que desaguaba las filtraciones —y las sigue desaguando— para que los mineros trabajaran en galerías quince metros por debajo del río Arditurri. «Cuatrocientos hombres durante doscientos años no hubiesen sido suficientes para horadar todas estas galerías», escribió el ingeniero Thalacker en 1803. Los arqueólogos descubrieron muchas más obras romanas en el entorno de las Peñas de Aia, tanto en la vertiente guipuzcoana como en la navarra, y así confirmaron la importancia de este distrito minero, uno de los principales productores de plata, hierro y cobre de la provincia Tarraconensis.

Convencidos de que la ocupación romana debió de ser mucho más intensa de lo que se creía, Urteaga y sus compañeros del centro Arkeolan buscaron otra sorpresa en pleno centro de Irun. En 1992, aprovechando unas obras en la calle Santiago, los arqueólogos pidieron permiso al Ayuntamiento para buscar restos de un puerto romano.

—Les daba la risa. Pero hicimos varios sondeos, el cazo de la excavadora iba sacando montones de limo negro y de repente soltó un montón de piezas de cerámica romana. ¡Tremendo! Organizamos una excavación de dos meses para salvar todo lo que pudiéramos, antes de que la obra se lo llevara por delante. Encontramos miles de fragmentos de cerámica, estructuras de madera, amarres… Era un puerto con muelles, almacenes, aduanas, un nudo de comunicaciones muy importante. Por aquí circulaban salazones del Mediterráneo Oriental, cereales y vino del valle del Ebro, aceite de la Bética… Justo ahora estoy con una investigación en la que planteo que el puerto tenía una fachada monumental, para exhibir la importancia de la ciudad.

Debajo de Irun está Oiasso, la ciudad de los vascones que mencionaban los geógrafos clásicos, con el puerto, las necrópolis y las termas que han ido desenterrando los arqueólogos, con indicios de templos y teatros que aún no han aparecido.

—Cuando estábamos excavando en el centro de Irun, mucha gente nos tomaba el pelo. Venían señores, con toda la condescendencia del mundo: «Pero a ver, chicas, ¿todavía no sabéis que los romanos nunca estuvieron aquí?». Un hombre pasaba todos los días y nos insultaba.

—¿Y eso?

—A algunas personas nuestros descubrimientos les sentaban fatal porque les rompíamos una idea de su identidad. Los romanos nunca ocuparon este país, los vascones se resistieron, por eso somos un pueblo peculiar con una lengua única… Algunos expertos del mundo cultural y académico también nos trataban como si estuviéramos cometiendo una traición.

Urteaga sostiene que la cultura vasca no sobrevivió a pesar de los romanos, sino precisamente gracias a los romanos.

—Su ejército era imparable. Se instalaron en las zonas vasconas que les interesaban, sobre todo en el sur pero también aquí, porque encontraron yacimientos mineros muy prometedores y una bahía adecuada para construir un puerto. Las élites vasconas probablemente se integraron en el Imperio para recibir ventajas: cargos políticos, negocios, nivel de vida. Y esto es muy importante: los vascones recibieron un curso de actualización acelerado. En un par de siglos adoptaron la escritura latina, el urbanismo, la higiene, las técnicas

más avanzadas de ingeniería, construcción, navegación y agricultura, todo lo que las civilizaciones orientales habían desarrollado durante milenios se implantó aquí a toda velocidad. Hubo culturas prerromanas que se quedaron al margen de esas modernizaciones y desaparecieron. Los vascones se incorporaron a la vanguardia de la historia y eso puede explicar su pervivencia como sociedad. Pervivieron porque supieron adaptarse a los nuevos tiempos, no porque se aislaron.

El pasado no existe, dice Urteaga. Siempre vivimos en el presente, son las ideas del presente las que modelan nuestra visión del pasado. El de Oiasso era el primer puerto romano de la península ibérica que veía la luz, no había más de una docena en todo el mundo, se trataba de un tesoro, pero debían divulgarlo para que la sociedad vasca entendiera su valor. Contaban con unas pruebas arqueológicas consistentes y lograron el apoyo de las instituciones públicas. Dieron conferencias, abrieron el museo Oiasso, todos los años organizan un festival de cine arqueológico, otro de espectáculos romanos…

Hace unos años, Urteaga conversaba en el tren con una señora de Irun.

—Me preguntó en qué trabajaba, le dije que era arqueóloga y me contestó: «Ah, pues sabes que Irun fue una ciudad romana, ¿no?». Pensé: ya está, lo hemos conseguido.

CAPÍTULO 16. DE HONDARRIBIA A PASAIA

En el que un carpintero de Hondarribia inventa la trainera y nadie se acuerda de él y un carpintero de Pasaia construye a mano un galeón para volver a Terranova quinientos años después.

desde europa llegan

itinerarios ciclistas cómodos, seguros y bien señalizados como la ruta Eurovelo 1, que viene desde Noruega hasta Hendaia por toda la costa atlántica. A partir de la muga del Bidasoa, quien quiera pedalear de Irun a Donostia deberá sumergirse en una jungla de automóviles y camiones, por carreteras de alta velocidad, variantes de ciudades y zonas industriales, porque de los carriles bici que deberían estar terminados hace años solo existe una fabulosa muestra de pensamiento mágico: la Diputación de Gipuzkoa instaló unos postes en la carretera donde los coches van a cien por hora para indicar que eso es el carril bici entre Irun y Donostia. Y a quién vas a creer, a tus ojos o a la Diputación.

No descarto que el propósito secreto de las instituciones guipuzcoanas, cuando se niegan a construir los carriles bici que ellas mismas anunciaron, sea el de conseguir cuanto antes un ganador del Tour de Francia: para pedalear entre Irun y Donostia sin jugarme el pellejo, tengo que escalar un revirado puerto de segunda categoría que me servirá para afinar las piernas. El Tour no se gana solo.

Voy a subir a Jaizkibel.

Me desvío por tanto a Hondarribia. Sus habitantes no tuvieron mucha suerte con la geopolítica: esta bahía fue el punto en el que confluyeron tres reinos medievales, Navarra, Castilla y Francia, así que padecieron seiscientos años de asedios, invasiones, incendios y bombardeos. Hondarribia fue puerto navarro, el rey castellano la ocupó y la convirtió en villa amurallada, los navarros se aliaron con los franceses para atacarla y la reconquistaron el 19 de octubre de 1521,

pocos días antes de que Elkano llegara a las Molucas. Hondarribia se convirtió en un cuartel de soldados franconavarros, sin habitantes locales, sin pescadores ni campesinos, que fueron obligados a exiliarse. Resistió dos años y medio de asedios castellanos, hambrunas, bombardeos, incursiones, batallas campales, hasta que los defensores se rindieron en abril de 1524. Dicen que el emperador Carlos V le dio a Hondarribia su forma actual, afinando un poco más diremos que los obreros reconstruyeron las murallas y ampliaron el castillo, un tremendo cubo de piedra lisa, con muros de tres metros de grosor, que se alza en la cúspide del casco viejo. Podía albergar un batallón de infantería y desde su terraza bombardeaban la orilla de Hendaia a placer. Hasta la iglesia cumplía funciones defensivas. Sus paredes formaban parte de la muralla medieval y tenían un paseo de ronda para la vigilancia. A partir de ahí creció el actual templo gótico, en uno de cuyos nervios de bóveda tallaron una ballena arponeada.

¡Otra!

Los vascos exterminaron las ballenas del Cantábrico pero se ve que las echan de menos, las representan por todas partes, la tienen como animal totémico. De niños nos llevaron a pocas visitas tan emocionantes y perturbadoras como la del esqueleto de ballena franca que colgaba del techo del vestíbulo en el Aquarium donostiarra, un ensamblado de huesos descomunales con esa extraña cualidad aérea, que nos hacía imaginar un monstruo volador con las mandíbulas a punto de cerrarse sobre nosotros. Las ballenas nadan sonrientes y dulcificadas en las ilustraciones de algunos cuentos infantiles, amenazantes en cómics y pinturas, majestuosas en murales, obras de teatro, tarjetas postales, etiquetas de vinos, logos de ropa.

En un sello del concejo de Hondarribia, fechado en 1297, aparecen cuatro personas en una chalupa lanzando arpones a un cetáceo. Cuando decimos que es la representación más antigua de esta caza en Europa, nos quedamos con la ballena pero quizá deberíamos fijarnos en la chalupa.

Hemos arrinconado la chalupa en las sombras de un almacén y ahí la dejamos pudrirse, le hemos robado su historia para atribuírsela sin ningún fundamento a la trainera. Porque no, las regatas de traineras, el acontecimiento deportivo más multitudinario de la costa vasca, no rememoran la carrera entre tripulaciones de pueblos rivales para llegar los primeros a la ballena y cazarla, como se dice en mil y un reportajes. Las ballenas se cazaban con la modesta y eficaz chalupa.

La trainera se inventó alrededor de 1750, cuando apenas quedaban ballenas en el Cantábrico. Y no necesita apropiarse de méritos ajenos porque los suyos son extraordinarios: revolucionó la vida en la costa vasca, cambió los hábitos alimenticios, impulsó industrias, dio trabajo a hombres y mujeres, atrajo a pobladores extranjeros y de paso fundó uno de los deportes vascos más populares. La trainera, idea revolucionaria, la inventaron en Hondarribia y no lo saben ni en su pueblo. Eso es lo que sostiene Xabier Agote, carpintero de ribera y fundador de la factoría marítima Albaola.

La trainera es una consecuencia del Tratado de Utrecht, el acuerdo de paz que firmaron las potencias europeas en 1714 con algunas consecuencias que arrastramos hasta nuestros días: la llegada de los Borbones al trono de España y la expulsión de los pescadores vascos de Terranova, cuyos caladeros de bacalao pasaban a disfrute exclusivo de ingleses y holandeses.

Para suplir el bacalao, los pescadores vascos recurrieron a la humilde sardina. Esta pesca de bajura tenía mucha tradición, aparece regulada en las ordenanzas medievales de los pueblos costeros, pero no se capturaban cantidades suficientes como para abastecer a la población.

El problema, según explica Agote, era una técnica para pescar sardinas tan antigua —ya la empleaban los griegos— como insuficiente. Los pescadores lanzaban redes de enmalle que se extendían como una cortina, con boyas en la superficie y plomos en la parte inferior. Esperaban a que un banco de sardinas se topara con la red y a que los peces quedaran enganchados por las agallas. Pero a menudo se les escapaban los bancos más grandes. Los delfines y los atunes suelen acosar a las sardinas hasta arrinconarlas cerca de la superficie, donde se aprietan unas contra otras para defenderse, formando grandes bancos compactos, ideales para los pescadores. Las chalupas eran adecuadas para perseguir ballenas pero no sardinas: no maniobraban con la suficiente rapidez, espantaban a los delfines y tardaban en desplegar las redes, de manera que los bancos de sardinas se disolvían y huían ante sus narices. Hacía falta una embarcación más ágil.

Agote descubrió el origen de la trainera cuando se le ocurrió construir una. En los tiempos del poliéster, le dolía la desaparición de las antiguas, hermosas y eficaces embarcaciones de madera, vio que la carpintería de ribera se extinguía en la costa vasca y no encontraba maestro que le enseñara el oficio, así que viajó a una escuela-astillero de Maine, Estados Unidos, para aprenderlo. Allí construyó con sus propias manos la réplica de una trainera del siglo

xix

.

—Mi suerte fue que me pasaron los planos del tesoro.

—¿Los planos?

—Los planos de los Mutiozabal. Eran unos constructores fabulosos de Orio, tenían una de las mejores colecciones de planos navales del mundo, planos de embarcaciones desde finales del siglo

xviii

, pero estaban olvidados en un desván. Los encontró Jesús María Perona, un modelista. Ahí tenía las pistas para construir una trainera. Y luego tuve a mi maestro, Jean-Louis Boss, el mejor etnógrafo marítimo del País Vasco. Hace cincuenta o sesenta años hizo unas encuestas a los pescadores más viejos de Hondarribia, recopiló información muy valiosa. Y a mí me dijo que estudiara los textos de Henri-Louis Duhamel du Monceau.

Duhamel du Monceau fue uno de esos científicos multifacéticos de la Ilustración, ingeniero naval, botánico, químico, físico, agrónomo, inspector de la Marina, autor de dieciséis tomos sobre agronomía, ingeniería naval, metalografía, silvicultura, apicultura. Le daba a todo, el hombre. Y recorrió la costa francesa, puerto a puerto, para escribir un repertorio de las técnicas de navegación y pesca. En 1755, durante su visita a Hendaia, describió cierto hallazgo revolucionario que se había producido al otro lado del Bidasoa pocos años atrás: un pescador de Hondarribia había diseñado una nueva embarcación, ligera y veloz, que permitía capturar sardinas con muchísima facilidad. El director de la Cámara de Comercio de Baiona se lo confirmó: las capturas de los arrantzales hondarribitarras habían aumentado de manera tan espectacular que vendían sus excedentes de sardinas en los puertos labortanos.

—Aquel pescador anónimo de Hondarribia había inventado la trainera —dice Agote.

Esta versión choca con las teorías clásicas de los historiadores, que sitúan la invención de la trainera un siglo más tarde y en Bizkaia.

—Dicen eso porque la palabra trainera aparece por primera vez en el siglo

xix

. Viene de traína, el tipo de red que llevaban. De ahí deducen que la trainera se inventó entonces. El problema es que esos historiadores no leyeron a Duhamel du Monceau o no supieron interpretar sus descripciones técnicas, porque está clarísimo que la embarcación que diseñó aquel hondarribitarra de 1750 era una trainera. No usaban ese nombre, la llamarían vete a saber cómo, chalupa de no sé cuántas bancadas, pero no cabe ninguna duda de que era una trainera.

Duhamel du Monceau describe esas nuevas embarcaciones de Hondarribia: más largas, estrechas y ligeras que las chalupas tradicionales, con una quilla curvada que les permitía girar sobre sí mismas como una peonza, de manera que los pescadores podían maniobrar con rapidez. Una tripulación de diez a dieciséis remeros le daba mucha velocidad. Tenían el sitio justo para colocarse, ni un centímetro más: economía de espacios para conseguir la mayor eficacia y la mayor agilidad. Se acercaban veloces a las sardinas, lanzaban una red de unos cuarenta metros por diez, giraban y envolvían rápidamente el banco.

Agote construyó en Maine una trainera decimonónica, con su elegante casco de madera de once metros y medio de eslora, pintada de negro con una franja superior amarilla. No pretendía exponerla en museos sino navegar con ella, así que reclutó una tripulación norteamericana, remaron hasta la bahía de Nueva York y la presentaron en sociedad: la llamaron Ameriketatik («desde las Américas»), porque Agote reunió donativos de la diáspora vasca para enviar la trainera al País Vasco.

—Fue un regalo de los emigrantes vascos a su tierra natal —dice—. Hicimos una travesía de veintinueve etapas por la costa vasca, desde Zierbena hasta Baiona, para llevar la trainera de puerto en puerto. Cada desembarco era una pequeña fiesta. Y en cada puerto cambiábamos la tripulación. Así participaron por turnos unos 350 remeros de todos los pueblos. Yo quería divulgar nuestro patrimonio marítimo de una manera activa, remando, navegando, mostrando las embarcaciones maravillosas que construían nuestros antepasados, porque habíamos perdido la memoria.

De hecho, algunos se reían de las velas que desplegaba la trainera.

—Todos los años vamos a ver las regatas de La Concha remando en la

Ameriketatik, y una vez un veterano del remo se cachondeó de nosotros en una radio, diciendo que probablemente llevábamos el mástil para tender las sábanas. No nos lo tomamos mal, pero eso demuestra que la propia gente del remo desconoce la historia de las traineras. En el País Vasco se ha navegado poco a vela porque no tenemos vientos constantes, sobre todo en verano, pero las traineras llevaban velas, por supuesto, y con ellas navegaban muy rápido.

A Agote le gusta decir que las traineras fueron…

—¡Los Ferraris de la costa vasca! De verdad, son embarcaciones de un diseño excepcional, estables, ligeras, rápidas. En 2003 dimos la vuelta a Irlanda con la trainera Ameriketatik durante seis semanas, navegando a remo y a vela, había momentos en que volábamos.

Me animo a contarlo: en 2009 acompañé a Xabier Agote y sus colegas carpinteros y remeros de Albaola a un encuentro de barcos artesanales europeos en Vannes, Bretaña, para escribir un reportaje. El programa de cinco días incluía una regata de competición. Iba a escribir que Agote me propuso, pero más bien me ordenó que me subiera a la trainera. Remé por primera vez en mi vida. Con la Ameriketatik, atravesamos el golfo de Morbihan a toda velocidad, dejamos atrás a los competidores hasta perderlos de vista, menuda paliza dimos a los bretones, irlandeses, ingleses, flamencos, y yo, que no acertaba a dar una palada sin chocar mi remo con el de mis compañeros o sin clavarlo bien clavado en el agua para frenar la marcha, me retiré del remo para siempre con un cien por cien de victorias en mi palmarés. Sospecho que Agote quería demostrar que la trainera es la embarcación artesanal más veloz de Europa incluso cargando con el remero más torpe del mundo.

—La trainera fue una revolución —dice Agote—. Transformó los pueblos de la costa vasca, mejoró la vida de la gente, trajo mucha prosperidad, es un invento extraordinario y no le hemos hecho ningún caso. Muchos creen que se usaban para cazar ballenas, pero las traineras son muy posteriores. Lo creen por la famosa ballena de Orio de 1901, la última capturada en la costa vasca, la de los bertsos y la canción de Benito Lertxundi, que cuenta que salieron en traineras a por ella. Claro, aquella sí que la cazaron con traineras, porque para entonces las ballenas ya habían desaparecido de la costa vasca y no quedaban chalupas balleneras. Pero la trainera no se inventó para cazar la especie más grande, sino para pescar la más pequeña: la sardina.

Gracias a la trainera, los pescadores capturaban muchas más sardinas y anchoas de las que se consumían habitualmente. De ahí vino otra industrialización de la costa vasca: se fundaron fábricas de conservas, escabeches y salazones. Muchas mujeres se incorporaron al mercado laboral, contratadas por las conserveras, mientras los hombres salían a la mar. Las primeras fábricas nacieron por iniciativa local, pero enseguida aparecieron industriales italianos, especialmente de Sicilia, expertos en conservar sardinas, anchoas, atún, bonito y otros pescados. En la segunda mitad del

xix

y principios del

xx

, las costas vizcaínas y guipuzcoanas se poblaron de apellidos que en algunos casos aún permanecen: Oliveri, Calogero, Dentici, Zizzo, Billante, Scola, Castello… Y el más conocido en este ramo: Orlando, que instaló una fábrica de conservas en Hondarribia.

Hondarribia, origen de la trainera, preparó un recibimiento especial a la Ameriketatik: la sacaron del agua, la llevaron en procesión por el barrio pesquero y la pasaron bajo el arco de la Hermandad de Pescadores, tal y como se hacía antaño, cuando en el barrio de La Magdalena existía un puerto interior, hoy desecado.

La trainera Ameriketatik también fue la semilla de la factoría marítima Albaola, el astillero donde me espera Agote, al otro lado del monte Jaizkibel.

desde hondarribia

, la carretera se va enroscando por la ladera de Jaizkibel y sube hasta el paraje de Guadalupe, mirador sobre la bahía de Txingudi. Dos pastores vieron un arbusto que resplandecía en la oscuridad, encontraron una talla de la Virgen y así, alrededor del año 1500, los vecinos levantaron una primera ermita para adorar a su patrona. Elkano le donó seis ducados en su testamento, muy lejos de los cuarenta que dejó al santuario de Itziar, de lo que se deduce que Guadalupe debía de ofrecer una protección de rango medio-bajo. Protegía contra los hechizos de

las brujas, y eso no estaba mal, porque en un juicio de 1611 donde solo testificaron niños quedó probado que las brujas organizaban akelarres en estos prados para encrespar los mares y hundir los barcos, pero luego mejoró sus prestaciones y repelió incluso a los franceses, el 7 de septiembre de 1638, tras un asedio de dos meses, con una ayudita de las tropas del almirante de Castilla y las milicias forales guipuzcoanas.

Para redoblar las defensas, en 1900 levantaron un fuerte junto al santuario: una mole de treinta mil metros cuadrados con muros, fosos, búnkeres, baterías, nidos de ametralladoras, patios, túneles, alojamiento para seiscientos soldados, cañones que apuntaban a Hendaia. Lo construyeron en 1900 y al cabo de pocos años, con el nacimiento de la aviación, esta fortaleza ya no servía para nada.

Y sin embargo, ese monumento al cementazo inútil es el motivo por el que existe la maravillosa carretera de Jaizkibel. Entre 1939 y 1945, las autoridades franquistas mandaron construir carreteras cerca de la muga con Francia porque temían la derrota nazi y una invasión de los aliados a través de los Pirineos. Querían rutas para comunicar las fortificaciones de las montañas y la red de búnkeres que iban extendiendo por la cordillera. En un país recién devastado por la Guerra Civil, podían permitirse estas obras extraordinarias porque contaban con mano de obra barata: quince mil presos republicanos en Gipuzkoa y Navarra, a los que castigaban con trabajos forzados y de paso inculcaban «el hábito profundo de la obediencia», como decían los reglamentos de aquellos batallones disciplinarios. No tenían ningún delito que imputarles, no les hicieron ningún juicio ni les dictaron ninguna condena. Los clasificaron como «desafectos al régimen» y los mandaron a picar piedra, sin tener ni idea de cuándo los soltarían o si los soltarían alguna vez. Los redujeron a la esclavitud, los amontonaron en barracones donde pasaban hambre, frío y enfermedades, sufrían palizas y humillaciones, se arriesgaban a un fusilamiento aleatorio si alguno de los prisioneros se fugaba.

En Jaizkibel, por ejemplo, les ordenaron construir una carretera absurda de trece kilómetros. Empieza en la bahía de Pasaia, sube por una serie de curvas y contracurvas y recorre esta montaña por su ladera oceánica, abrupta, salvaje, para bajar luego en picado hasta Guadalupe: era una ruta para asegurar suministros a la fortaleza desde el oeste, en caso de que el enemigo atacara desde el este. Por eso la trazaron por esa ladera que da al mar, invisible desde tierra, para esconderla, para que no pudieran bombardearla desde Hendaia. Nunca utilizaron la fortaleza. Nos quedó una carretera inútil y panorámica, solitaria,

espectacular, ideal para los ciclistas, construida por esclavos.

A partir de Guadalupe abarco casi toda la costa vasca de un vistazo: desde el faro de Biarritz hasta el cabo de Matxitxako. Qué paisito. A mi derecha cae hasta el mar una sucesión de valles estrechos y profundos, excavados por arroyos, como el fuelle de un acordeón. Y allá al fondo, cuatrocientos metros más abajo de mis pedales, los acantilados se derrumban a toda velocidad. Dejan al aire estratos en roca viva, escombreras gigantescas, laberintos, grietas, rasas mareales donde las olas y el viento modelan colecciones de rocas esféricas, un refugio para el pescador, un paraíso para el submarinista, una aventura para el caminante y un imposible para el ciclista.

Bajo veloz y contento hacia Pasaia. Justo antes de llegar al cruce del pueblo, veo en la ladera de mi izquierda los muros ruinosos que había visto docenas de veces y que no entendí hasta 2017, cuando escribí la biografía del antiguo preso republicano Luis Ortiz Alfau y vine con él, a sus 101 años, a verle inaugurar una placa y a oírle la explicación de lo que eran estos muros comidos por zarzas y desmemorias: eran los barracones en los que se apiñaban ellos, los esclavos.

Quien sigue una huella debe un agradecimiento. Los ciclistas que recorremos esta carretera deberíamos, por lo menos, contar su historia.

entre los montes de jaizkibel y ulia

se abre una bocana estrecha como un esófago por el que pasan los barcos, con mucho cuidado, mucha baliza y mucho semáforo, al interior de un gran estómago de aguas tranquilas. En este puerto de Pasaia se construían los mejores barcos del siglo

xvi

, los que permitieron la travesía de los océanos, la expansión ballenera hasta Terranova, las rutas comerciales de la Carrera de Indias, la globalización con todas sus luces y todas sus sangres.

Para recorrer el globo les bastaron unas estructuras de madera, clavos y brea, como la que están construyendo ahora mismo en este puerto de Pasaia con las mismas técnicas artesanales del siglo

xvi

.

Para no rodear toda la bahía en bici durante siete kilómetros, me subo a la motora que cruza la bocana desde Pasajes de San Juan hasta Pasajes de San Pedro en un instante. Pasamos junto a una trainera amarrada, negra con franja amarilla: es Ameriketatik. Siguen remando con ella un cuarto de siglo después. En la orilla de San Pedro, en el camino hacia las puntas de la bocana, se alza la nave del astillero Albaola.

xabier agote camina por el vientre

de su propia fantasía. Hace más de treinta años se le ocurrió que debía construir un galeón ballenero del siglo

xvi

y aquí está ahora, en la bodega de la nave, paseando entre las enormes costillas de madera que forman el interior del casco. Es una especie de cripta oscura, silenciosa, con olor a bosque. Y Agote se mueve como el gato de Cheshire, desapareciendo en la penumbra mientras deja flotando una amplia sonrisa de dientes y encías. Yo había visto carpinteros sin sonrisa pero nunca sonrisas sin carpintero. Se reanuda el estruendo de sierras y martillazos. En el pabellón cubierto que alberga la nave, los compañeros de Agote siguen elaborando piezas, como hacen desde que en 2014 desbastaron un tronco de haya de ocho toneladas y lo convirtieron en una quilla de catorce metros de longitud, la columna vertebral en la que han ido encajando las piezas del armazón.

—Toda la estructura es de roble menos la quilla, que es de haya —vuelve Agote —. La madera de haya se pudre si alterna entre mojado y seco, pero la quilla permanece siempre sumergida y se conserva fenomenal. Lo sabemos porque cuando sacaron los restos del galeón San Juan, que llevaba cuatro siglos en el fondo del mar, la quilla estaba intacta.

El San Juan era un galeón ballenero que zarpó de Pasaia en 1565 y se hundió durante una tormenta en Terranova. En 1977 lo encontraron en el fondo de una bahía, perfectamente conservado en sus aguas gélidas, lo sacaron pieza a pieza, y

por eso ahora los carpinteros de Albaola pueden construir una réplica exacta de aquella nao, un rompecabezas descomunal, con los mismos materiales y las mismas técnicas del siglo

xvi

.

Agote vive unas temporadas en el siglo

xvi

, otras en el

xxii

y otras en el

xix.

No es fácil encontrarlo en el

xxi.

Tampoco es fácil encontrarlo mucho tiempo en el mismo sitio. Donostiarra de cincuenta y siete años, viste txapela, blusa azul y vaqueros grises. Luce una barba que fue rubia y ya blanquea, los ojos claros se le achinan cuando ríe, y se ríe mucho, suelta carcajadas oceánicas, da la impresión de que constantemente se le ocurren cosas que no te va a contar del todo. Tiene planta de marinero o de actor, se mueve dominando el barco como un escenario, empezando historias intrigantes, dejándolas en el aire para ver si su interlocutor se interesa y pregunta. En Agote hay algo infantil, una excitación permanente. Quizá la construcción de la nao avanza porque él sigue siendo aquel crío entusiasmado en el puerto de San Sebastián.

—Cuando yo tenía ocho o nueve años, el puerto era para mí la entrada a otro universo.

(Lo ven, ya ha saltado al siglo

xx

).

—Esos barcos que volvían cargados de anchoas, bonitos y verdeles, la lonja, la fábrica de hielo, las rederas, las sardineras, los olores, el bullicio… Qué maravilla. Yo iba con mi caña y me ponía en una esquina a mirarlo todo.

En la década de 1970 proliferaban los barcos de poliéster, pero a él le atraían los viejos pesqueros de madera, las chalupas, los bateles.

—Esos botes viejos que nadie quería, que se pudrían por ahí, a mí me encantaban. Salía a remar con un batel por la bahía de La Concha y me gustaba la sensación de deslizarme en el agua, los crujidos de la madera, su olor, esa arquitectura tan sencilla, tan eficaz… ¡Qué elegancia!

Quiso aprender a construirlos pero no encontró maestros.

—Los últimos astilleros tradicionales de la costa vasca estaban cerrando. Me acerqué a alguno pero nada, no había humor para nada.

Con dieciocho años le llegó la revelación. En la televisión francesa vio un reportaje sobre una escuela de carpintería naval en Maine y lo tuvo claro. Trabajó, ahorró, estudió inglés, y a los veintitrés, por fin, emigró a los Estados Unidos para aprender durante tres años un oficio que ya nadie requería.

—Fue por impulso artístico —y suelta otra carcajada.

Adquirió habilidades manuales pero, sobre todo, se le abrieron perspectivas mentales: entendió que el patrimonio marítimo servía para explicar la historia en movimiento. En Maine no replicaban barcos antiguos para exponerlos en museos, sino para que la gente navegara en ellos. Un día, pensó Agote, construiría el galeón ballenero San Juan y atravesaría de nuevo el Atlántico. Ese galeón lo obsesionaba desde 1985, cuando vio su pecio en la portada que National Geographic dedicó a los balleneros vascos del siglo

xvi

.

—¡Jodé, era una historia mejor que Moby Dick!

El reportaje de National Geographic contaba cómo en la década de 1970 la historiadora inglesa Selma Huxley había iluminado un episodio muy poco conocido hasta entonces: la odisea de los balleneros vascos en Canadá. Indagando en los archivos históricos de Gipuzkoa, buceando en un océano de documentos antiguos, Huxley reveló la abundancia y complejidad de las expediciones vascas a Terranova, la presencia de su potente industria ballenera en aquellas costas desde el siglo

xvi

, su red de puertos, sus relaciones con los nativos, sus contratos, seguros y compraventas. También encontró documentos que hablaban de naufragios y los situaban con precisión: leyó que el galeón pasaitarra San Juan, por ejemplo, se había ido a pique durante una tormenta en Red Bay, Labrador, en 1565.

En 1977, Huxley convenció a los arqueólogos submarinos James Tuck y Robert Grenier para que exploraran los fondos de aquella bahía. Encontraron el tesoro: un galeón completo, conservado de manera extraordinaria durante 412 años, con su cargamento de ochocientos toneles de aceite de ballena. En los siguientes ocho veranos, los arqueólogos sacaron las piezas del barco una a una, las fotografiaron, las midieron: de ahí sacaría Agote las instrucciones para montar un galeón idéntico.

—Date cuenta de que los galeones se construían sin planos. Nadie sabía cómo eran los detalles hasta que encontraron el San Juan.

Agote vio el número de National Geographic de julio de 1985, con la portada del submarinista sosteniendo una pieza curvada de madera en el fondo del mar, y a partir de entonces aquel galeón navegó por su cerebro.

Construyó la trainera Ameriketatik y en 1998 fundó la asociación Albaola para formar a un grupo de carpinteros en un astillero diminuto de Pasajes de San Juan.

—¡Hombre, a ver, es que entonces ya no había carpinteros de ribera! ¡Ponte tú a construir un galeón sin carpinteros, jodé, que no es un batel ni una chalupa!

Los de Albaola empezaron por el principio: construyeron bateles y chalupas. No

es necesario vivir, decía el clásico, lo necesario es navegar. Y para ver si aquellas embarcaciones navegaban, se remaron de arriba abajo las costas de Galicia, Irlanda y Bretaña. Así se ganaron una confianza muy valiosa: en 2004, la agencia de los Parques Nacionales de Canadá les cedió la documentación para construir la réplica de una de las chalupas balleneras que llevaba el galeón San Juan y que también apareció en el fondo de Red Bay.

—A cambio nos exigían una fidelidad histórica absoluta, teníamos que construir la chalupa con los materiales y las herramientas de hace quinientos años, respetando todos los detalles. Tuvimos que aprender a trabajar como en el siglo

xvi

. Y eso es muy difícil, ¿eh? Y muy lento. En aquella época tardarían solo unos meses en construir un galeón, porque disponían de todas las infraestructuras, los oficios y los procesos en marcha, pero a nosotros nos tocaba crearlo todo de cero. ¿De qué bosques sacamos la madera, quién se pone ahora a montar unos fuelles y una fragua para fabricar los clavos, quién sabe hacer brea, cordeles, velas de cuero?

Aprendieron los oficios al tiempo que construían la réplica de la chalupa ballenera. Era prácticamente la misma embarcación que aparece en el sello del concejo de Hondarribia de 1297, sencilla, sin cubierta, de unos ocho metros de eslora y dos de manga, con seis remeros y un patrón, empleada tanto para pescar sardinas con red de enmalle como para acercarse a la ballena y lanzarle el arponazo. Esta chalupa vasca resultaba tan eficaz que se divulgó por todo el Atlántico. Era, por ejemplo, la chalupa con la que perseguían a Moby Dick.

A la réplica de la chalupa la llamaron Beothuk, como uno de los pueblos originarios de Terranova que conocieron los vascos, junto a los mi’kmaq. Y en el verano de 2006 navegaron con ella durante seis semanas, a remo y a vela, zarpando de Quebec por el inmenso estuario del río San Lorenzo y recorriendo las costas de Terranova y Labrador hasta Red Bay, donde la chalupa entró como una resurreción de la que se había hundido allí mismo cinco siglos atrás. Agote capitaneaba una tripulación de seis vascos y un mi’kmaq que replicaron la vida de los balleneros, vestidos con pieles de cabra y alpargatas, comiendo habas, queso, nueces, pasas y algún bacalao que pescaban, bebiendo sidra, acampando en playas. A la expedición la llamaron Apaizac Obeto («los curas mejor», por aquella respuesta en euskera que daban los indígenas de Terranova cuando les

preguntaban qué tal estaban).

En un puerto canadiense, una señora los vio llegar remando en el bote de madera, vestidos con aquellas pieles, les preguntó quiénes eran, de dónde venían, y se quedó estupefacta. Confesó que ella había oído hablar de los vascos. Pero que siempre creyó que eran seres imaginarios, como los espíritus de los indígenas o los navegantes mitológicos de las leyendas que le contaban sus abuelos. Agote lo cuenta y se parte de risa. También se ríe cuando cuenta que en otra escala improvisaron un supuesto mensaje de las autoridades vascas, para responder con el rango diplomático correspondiente a la ministra canadiense de Turismo y al director de los parques nacionales de Canadá, que les hicieron una visita oficial. La historia de los balleneros vascos era más conocida y apreciada en el otro lado del Atlántico, donde ya les habían dedicado una sala en el Museo de la Historia en Québec y un museo específico en Red Bay, que en el País Vasco, donde el presidente de cierta institución pública rechazó financiar una parte de la expedición Apaizac Obeto con el argumento de que no pensaba pagarles las vacaciones.

—En el País Vasco, hasta ayer mismo, no teníamos conciencia de nuestra historia marítima. Es una historia extraordinaria, es la actividad con la que alguna vez hemos sido algo en el mundo, y no le hemos hecho ni puñetero caso.

Albaola alcanzó la madurez para atreverse con su gran proyecto. Ya habían formado a un buen grupo de carpinteros, habían navegado con sus propias embarcaciones por el Atlántico, habían estrechado lazos entre Canadá y el País Vasco, se habían ganado el patrocinio de la Unesco, se habían trasladado al astillero Ontziola, cedido por la Diputación de Gipuzkoa, y habían recibido dinero de la capitalidad cultural europea de San Sebastián. En el verano de 2014, desbastaron el tronco de haya y lo convirtieron en una quilla de catorce metros: así emergió el galeón San Juan del cerebro de Xabier Agote y empezó a materializarse en el mismo puerto y con la misma forma que en 1565.

El galeón ha ido creciendo ante los ojos de miles de visitantes anuales. Ahora el colombiano Dani da mazazos a un gran clavo de hierro, la griega Ioanna corta una tabla con un serrucho, el australiano Simon parte maderas con el hacha. Son alumnos de la escuela de carpintería Aprendiztegi, otra rama que brota de Albaola, y planean aprender el oficio en Pasaia para volver a sus países a construir barcos artesanales.

Otro alumno remueve una sustancia parda resinosa en un cubo.

—Eso es la pez —explica Agote—. Se destilaba de la resina de pino y se mezclaba con grasas animales para calafatear barcos, para impermeabilizar la madera. En Quintanar de la Sierra, en Burgos, mantienen la tradición de hacer pez. Contactamos con ellos, porque para nosotros es muy importante mostrar que las tierras del interior aportaban productos imprescindibles para construir barcos y navegar: la madera de Navarra, la pez y el alquitrán de Burgos, el cáñamo de Soria y La Rioja, la sal de Álava… En Quintanar de la Sierra los maestros del oficio nos prepararon doscientos kilos de pez y los trajimos en carros de bueyes, recreamos un viaje de tres semanas del siglo

xvi

.

Dos mujeres trenzan cuerdas en una máquina de manivelas y ruedas dentadas. La construyeron ellas mismas, según las instrucciones del último cordelero de Hondarribia.

—Nos importa mucho recuperar los oficios antiguos y ponerlos en práctica. Los reivindicamos. A ver, no decimos que tengan que volver los herreros a fabricar clavos uno a uno, pero representan una manera de hacer las cosas. En este país la gente tenía iniciativa, se organizaba por su cuenta, montaba una empresa y trataba de hacer su trabajo mejor que nadie. Investigaban, estudiaban, aprendían las mejores técnicas y buscaban los mejores materiales, salían a otros países para aprender lo mejor de cada sitio.

los vascos fabricaban

barcos seguros, grandes y veloces. Disponían de bosques abundantes y yacimientos de hierro, habían aprendido técnicas navales tanto de los pueblos nórdicos como de los mediterráneos, su territorio quebrado no les permitía recolectar más que unos puñados de manzanas, bellotas, nabos y castañas, pero les ofrecía buenos puertos, así que se echaron al océano.

Pescaban, comerciaban por cuenta propia, transportaban mercancías ajenas, armaban sus expediciones al margen de reyes, abades y señores, procuraban

mantener sus leyes propias y sus acuerdos con territorios ajenos sin que los poderes centrales se entrometieran demasiado, hacían equilibrios políticos, pactaban con las monarquías, colaboraban con ellas para expandirse y multiplicar sus negocios. En el siglo

ya frecuentaban las rutas comerciales del Atlántico y el Mediterráneo. Navegaban hasta los puertos franceses, ingleses y flamencos llevando productos propios (hierro, herramientas, pescado, aceite de ballena) y ajenos (lana, cereal y vino). Volvían cargados de paños de Flandes. Se establecieron en Cádiz, Sanlúcar y Sevilla para transportar aceites, vinos y frutas de Andalucía hasta Italia por un lado, hasta Inglaterra y Flandes por el otro, haciendo de bisagra atlántico-mediterránea. Los barcos vascos contribuyeron a la hegemonía naval de Castilla, alineados en las flotas que derrotaron a los ingleses en La Rochelle, a los aragoneses en el Mediterráneo y a los portugueses en sus costas.

Precisamente por ese dominio castellano de las rutas marítimas europeas, los portugueses tuvieron que buscarse la vida océano adentro, primero hasta Madeira y las Azores, luego costeando África hasta que doblaron el cabo de Buena Esperanza y abrieron la ruta de las Indias hasta las ansiadas Molucas. Cuando el papa dividió el planeta como una naranja en 1494 y entregó el hemisferio oriental a los portugueses, los castellanos tuvieron que buscarse una ruta por su hemisferio occidental hasta ese mismo destino de las Molucas. Magallanes aseguró que sabía por dónde pasar y Carlos I se comprometió a entregarle cinco navíos con 234 tripulantes, artillería y suministros para dos años. El rey no mandó construir ninguna nave para Magallanes. Lo resolvió mucho más fácil: ordenó confiscarlas.

En agosto de 1518, los tripulantes de una nao llamada Santa María entraban al puerto de Cádiz procedentes de Londres, en su ruta mercante habitual. Vieron que se les acercaba un batel con varios hombres. Uno de ellos pidió permiso para subir a bordo. Es probable que lo pidiese en euskera: la nao Santa María era vasca, muchos de sus tripulantes también y el hombre que quería subir también. Se llamaba Cristóbal Vizcaíno, era maestro carpintero y agente de la Casa de Contratación de Sevilla, la institución real que gestionaba las navegaciones a las Indias y el monopolio comercial con los territorios ultramarinos. Le habían encargado que buscara los cinco mejores barcos en los puertos de Cádiz y Sanlúcar para formar la armada a la Especiería. Y ya había elegido.

—Vengo a embargar esta nave en nombre del rey.

A Domingo de Apallua, armador de Ondarroa, transportista y propietario de la nao, no le debió de hacer ninguna gracia que el rey le birlara el barco para sus aventuritas. Recibió ochocientos ducados, un buen dinero, pero se quedó sin su medio de vida. Y aquella nao no era cualquier nao: era la mejor de las cinco, un magnífico producto de los astilleros vascos, la única que completó la vuelta al mundo.

Antes de que zarpara la expedición, Magallanes se encomendó a la Virgen de la Victoria en una iglesia del barrio sevillano de Triana, recibió las cinco banderas bendecidas para las cinco naves y pidió que una de ellas llevara el nombre de la Virgen. Así, la nao Santa María se convirtió en la nao Victoria.

La Victoria era pequeña. Tenía tres veces menos capacidad que el galeón ballenero San Juan, porque pertenecía a la generación anterior, la que aún no estaba diseñada para llevar enormes cargas en viajes transoceánicos. Hasta que la confiscaron, se dedicaba a transportar mercancías de Cádiz a Londres y vuelta. Probablemente medía unos dieciocho metros de eslora y seis de manga, con una sola cubierta en la que se apiñaban cuarenta o cincuenta hombres que dormían por turnos, un camarote para el capitán, un pequeño castillo en la popa y otro en la proa. Este cascarón contaba, eso sí, con avances técnicos que le permitieron completar una navegación mucho más larga y arriesgada de la que sus constructores jamás imaginaron: un casco de roble montado con el sistema de varengas y genoles, es decir, las piezas del costillar que le daban estabilidad y resistencia; tres mástiles con velas que le permitían alcanzar grandes velocidades; y el timón de codaste o timón a la navarresa o timón a la bayonesa, una pieza vertical articulada con goznes, como prolongación de la quilla, que estaba en el mismo eje de la dirección del barco y por tanto permitía controlar el rumbo con mucha más precisión que con los timones antiguos, los que consistían básicamente en un gran remo en el costado de la popa.

Ninguna de las cinco naves de la expedición Magallanes había sido diseñada para un viaje tan largo por océanos desconocidos. La Casa de Contratación se limitó a elegir los mejores barcos de transporte y a confiscarlos: tres barcos vascos, uno gallego y el otro de origen desconocido. Enfrentados a una navegación que nadie jamás había intentado, respondieron como lo que eran: los mejores barcos del mundo.

desde las pasarelas

que rodean la nao San Juan en construcción, Xabier Agote lee un cambio de época en las formas altas y abombadas del casco.

—Fíjate: tiene una bodega amplia y tres cubiertas, eso fue un diseño novedoso. Acababan de descubrir América, empezaban los viajes transoceánicos y los astilleros construyeron galeones de tres cubiertas porque necesitaban mucha más capacidad de carga. Una cosa era ir de Cádiz a Londres, como hacía la Victoria, y otra ir a Terranova: eso ya era una expedición para nueve meses. Tenían que llevar un montón de víveres para cincuenta o cien personas, chalupas, pertrechos para cazar ballenas, vigas y tejas para montar los hornos donde fundían la grasa… Y necesitaban espacio para volver con ochocientas barricas de aceite de ballena, como este galeón San Juan, o mil barricas o hasta dos mil. Ese era el negocio, volver a Europa hasta los topes de aceite. Cada barrica se vendía por el equivalente a cuatro o cinco mil euros actuales, imagínate el dineral que movían.

En Pasaia construían buques de carga para la caza de ballenas y para la Carrera de Indias, es decir, para las rutas mercantes y militares que unían el reino de Castilla con sus virreinatos americanos.

—Yo lo comparo con la carrera espacial —dice Agote—. Castilla era el imperio más poderoso del momento y tenía su centro de tecnología marítima en la costa vasca. Estos astilleros eran la NASA, el puerto de Pasaia era Cabo Cañaveral y de aquí salían los cohetes de la época a por las mercancías americanas.

el galeón san juan

está ya muy avanzado. Tendrán que sacarlo del astillero cubierto para instalarle los tres mástiles que alcanzarán veintitrés metros de altura. Por el momento sigue enjaulado entre andamios y pasarelas, como una bestia geométrica de maderas crudas, pero su aspecto ya impone. A mí, que se me quedó grabada en la memoria aquella visita escolar al esqueleto monstruoso del Aquarium, me impresiona que el casco abombado y las costillas del galeón se parezcan tanto a una ballena. Aquí interpreto que imitaban, porque admiraban, al animal que iban a aniquilar.

¿Qué sentirá Agote cuando salga por la bocana de Pasaia, a bordo del galeón, con rumbo a Terranova?

—Pues yo no sé si tengo un fallo o qué, pero en los momentos especiales no me emociono. Cuando debería estar celebrando el éxito de un proyecto, ya estoy pensando en el siguiente. Sabes qué pasa, que yo no disfruto terminando las cosas. Yo disfruto haciéndolas.

CAPÍTULO 17. EN EL ÁRTICO

En el que se intenta explicar qué es un foraminífero y qué un vasco.

en julio de 2018 llegó un mensaje

de un navegante vasco desde el mar de Groenlandia: «Todavía no nos lo podemos creer. Hemos visto arder el hielo».

Al extraer muestras del fondo marino, el vasco y sus colegas habían encontrado hidratos de metano, es decir, bloques de hielo con metano atrapado en su interior por la temperatura muy baja y la presión muy alta. Al sacarlos del mar, el gas liberó su energía y los bloques de hielo ardieron. El calentamiento de los océanos, explicaba el navegante, puede liberar enormes cantidades de metano encapsulado en el hielo y acelerar todavía más el efecto invernadero. En otros mensajes contó que había visto una ballena al amanecer y un ejemplar de Neogloboquadrina pachyderma en el microscopio: un foraminífero planctónico, un bicho inferior a un milímetro, con una concha que tiene la forma de tres o cuatro diminutas pelotas de golf amontonadas, que ahora vive solo en aguas polares pero antaño, en épocas de glaciaciones, emigró hasta el golfo de Bizkaia. Al ver la ballena y el foraminífero, el navegante sintió admiración y una extraña cercanía.

Del navegante solo sabíamos que tuiteaba en euskera desde una cuenta llamada @Artikoan, recién creada para divulgar sus expediciones por el Ártico a bordo de barcos oceanográficos noruegos. No figuraba ningún nombre, ninguna descripción, solo la foto de un foraminífero en el perfil.

En los siguientes meses, @Artikoan explicó que tomaba muestras de los fondos marinos y buscaba fósiles de foraminíferos, porque la composición química de sus conchas daba información sobre los mares antiguos: temperatura, salinidad, acidez, oxigenación… Se dedicaba a reconstruir la historia de los océanos, para que otros científicos pudieran relacionarla con la historia de la atmósfera.

Sabemos que el planeta ha ido alternando calentamientos y enfriamientos, algunos repentinos y fuertes, pero no sabemos muy bien cómo influyeron en los mares. Cuanta más información tengamos de los cambios climáticos pasados, mejor preveremos los efectos del actual.

Los mensajes y las fotos de @Artikoan contaban su vida a bordo; los amaneceres rosas, malvas y naranjas a 83 grados de latitud; los turnos de doce horas rastreando el fondo del mar, perforándolo con tubos, izando muestras, analizándolas en el laboratorio y anotando los resultados; las otras doce horas en las que dormía en el camarote, leía, veía series, hacía ganchillo; el desembarco breve en algún islote helado; las morsas nadando en paz y apretándose en un escollo al sol, quién no quiere vivir como una morsa, decía @Artikoan. Se sintió en el infierno, intentando dormir a bordo del Kronprins Haakon, porque se abría paso rompiendo el hielo con un estruendo horrísono perpetuo, atravesado por chirridos como de garras de oso rasgando pizarras; se sintió en el paraíso cuando se asomó a la cubierta y vio el entero océano congelado, llanura blanca perfecta que abarca 360 grados y flota sobre cuatro mil metros de agua, una imagen tan sublime, tan desconcertante y tan amenazada que le ponía la carne de gallina. Cuando ya volvían hacia el sur, observaron con atención el borde de la plataforma de hielo porque allí era donde se acercaban los osos polares a cazar focas en el agua. Vieron huellas pero nada más. Los altavoces del barco anunciaron la comida y los tripulantes se dirigieron al comedor, pero antes de sentarse sonó otro aviso con más apremio: osos, osos, osos. Los navegantes corrieron a la cubierta y vieron a una osa polar con dos cachorros. La osa miraba desde el borde del hielo con una profunda decepción: le habían llegado olores sabrosos, se había acercado al mar abierto con expectativas y había visto el barco inabordable. Se dio media vuelta y se marchó hielo adentro con los cachorros trasteando alrededor. @Artikoan enseñaba un vídeo de los osos, de unos pocos segundos, pero le quitaba el sonido para que no se le oyeran los sollozos. Las imágenes le temblaban tanto que decidió comprarse un trípode para el siguiente viaje.

Durante meses tuiteó informaciones tan apasionantes sobre el Ártico —sobre osos y ballenas, sobre la circulación de masas de agua y su influencia en el clima, la formación del hielo marino y la deriva de los icebergs, las auroras boreales, la playa sucia de plásticos en un islote a cientos de kilómetros del humano más próximo, el pueblo más septentrional del mundo con sus quince habitantes y su oficina de correos—, que empezaron a pedirle entrevistas.

—Me costó mucho darlas —me cuenta ahora, durante una videollamada desde Tromsø, en la Laponia noruega—. Yo publicaba mi información en Twitter de la manera más neutra posible, sin mi nombre, sin mi foto, porque pensaba que si la gente veía quién era yo, no me tomarían en serio. Es que mírame.

Yo la miro, ella se señala la cara y se ríe:

—A ver, me llamo Naima. No me llamo… no sé, Begoña ni Maialen. Me apellido El Bani Altuna, mi padre es marroquí, mi madre es vasca, ya ves que tengo rasgos árabes, piel un poco oscura, pelo rizado. Cuando empecé a tuitear tenía veinticuatro años. Yo no cuadraba con la idea que se hacía la gente de un investigador en el Ártico. Este es un ámbito muy masculino, muy de hombres blancos, y yo me veía fuera de lugar, todo el rato sentía que debía demostrar que merezco estar aquí, navegando en las expediciones, investigando en el laboratorio, dando clases en la universidad, una chica como yo… Mira, estoy gorda, en la adolescencia me llamaban ballenato. Yo doy clases, me pongo delante de alumnos universitarios y vengo de donde vengo, soy alguien que desde niña ha tenido que dar explicaciones sobre quién es y por qué está ahí. Si todo el rato te preguntan por tu origen, tu aspecto, tu lengua, tu edad, si a la gente todo el rato le sorprende que estés ahí, te va creciendo la idea de que igual estás donde no deberías. En Bilbao siempre me preguntan de dónde soy: de Bilbao. Ya, de Bilbao, pero de dónde. Cuál es tu origen, de dónde has venido. Y oye, qué bien hablas euskera. Siempre así. Soy de Bilbao con explicaciones, soy científica con explicaciones…

Respira hondo y estira media sonrisa.

—Mira, me llamaban ballenato, qué curioso. No vaca ni elefante: ballenato. Igual se veía ya mi interés por el mar.

Naima el Bani Altuna se licenció en Geología por la Universidad del País Vasco, completó un máster en Oceanografía con especialización en Sedimentología y Paleoceanografía en la Universidad de Burdeos, fue investigadora en la Universidad McEwan de Canadá, se doctoró en la Universidad Ártica de Noruega con una tesis en la que relacionó cambios climáticos del pasado con cambios en la temperatura del fondo de los mares y la consiguiente liberación de metano, ahora es investigadora en la Universidad de Tromsø y coordina el programa de divulgación juvenil de la organización Arctic Frontiers. En los últimos años ha participado en varias expediciones por el mar de Groenlandia y

el mar de Barents.

—¿Adónde será la próxima? ¿Otra vez por el Ártico?

—No, por el Atlántico Norte, más o menos por la latitud de Islandia, eso para nosotros ya es casi un viaje tropical.

Naima el Bani Altuna relata su vida como una sucesión de situaciones en las que nunca jamás se hubiera imaginado. Guarda un recuerdo luminoso de sus visitas infantiles a Deba, donde vivía su tía y donde recogía conchas de la playa sin intuir que eso podía ser un oficio: ahora es recolectora profesional de caparazones marinos. A los pocos años de morir su tía, un profesor propuso a Naima que investigara precisamente el estuario del río Deba, precisamente recogiendo fósiles de foraminíferos, para estudiar las transformaciones de ese entorno desde la última glaciación hasta nuestros días.

—Me divertí mucho, fue un trabajo de detective para entender cómo se había formado el paisaje de mi infancia. Para mí la carrera de Geología fue todo un descubrimiento. Es que yo no quería ser geóloga. En el instituto me parecía la cosa más aburrida del mundo. Clasificar rocas, menudo rollo, a mí qué me importa si una roca es ígnea o sedimentaria. Y ya cuando nos hacían chupar piedras, para distinguir si era halita, un mineral salado… —se ríe.

Naima quería estudiar Ciencias Marinas pero su madre, bióloga y profesora, la convenció para que cursara una carrera más general, como Biología o Geología, y luego se especializara en el mar.

—Me di cuenta de que la geología no eran solo las rocas de los montes, me di cuenta de que estaba por todas partes, que te explicaba cómo está hecho el mundo, incluso tu propia ciudad. A mí eso me encantó. Mira el mármol rojo de Ereño. En Bilbao hay un montón de edificios construidos con ese mármol, que en realidad es una caliza, y tiene unas marcas blancas, unos semicírculos blancos, que bueno, a mí no me decían nada. Hasta que aprendí que son fósiles marinos. Yo soy de la Parte Vieja de Bilbao, estudiaba en la biblioteca de Bidebarrieta, que tiene ese mármol por todas partes, y de repente me alucinaba pensar que estaba rodeada por fósiles de rudistas, unos moluscos que vivieron cuando el País Vasco era un mar tropical, que depositaron sus valvas en el fondo del mar durante millones de años, que esos sedimentos se compactaron, se levantaron, formaron las montañas calizas del País Vasco, de ahí sacaron las

piedras para construir edificios… ¿No es alucinante que la biblioteca de Bilbao esté hecha con las conchas y los esqueletos de un montón de animalitos tropicales?

A Naima la curiosidad le venía de casa.

—Mi madre intentaba que sus alumnos se preguntaran cómo funcionan las cosas. Recuerdo que en el frigorífico teníamos un corazón de cerdo. Impresiona un poco, ¿eh? Nos explicó que era muy parecido al humano… O la ósmosis. Yo desde niña sabía lo que era la ósmosis, porque mi madre, para hacer una tortilla de patatas, metía las patatas en agua con sal y nos explicaba cómo la sal se pasaba a la patata. O por qué teníamos que hervir el agua para cocinar la pasta, cómo subía el punto de ebullición si le echábamos sal…

Poco antes de empezar la universidad, Naima viajó con su madre y su hermana por Noruega.

—Mi madre era profesora, mi padre camionero, en mi familia no sobraba nada pero nos gustaba mucho viajar aunque fuera con pocos medios, cogiendo autobuses, durmiendo en campings. Un día cruzamos en ferry el fiordo de Geiranger… buah. Cómo me impresionó. Ese pasillo de agua entre montañas, un paisaje gigantesco, nosotras tan pequeñas… Y luego te preguntas qué es un fiordo y flipas todavía más: aquí había una lengua de hielo que excavó este agujero, el hielo se derritió, entró el mar… Yo no podía ni imaginarme que acabaría viviendo en Noruega. Cuando hice el máster en Burdeos sí que me veía viviendo en Francia, me hacía ilusión París, eso era lo máximo, el objetivo más lejano que me podía imaginar. ¡Pero Noruega! ¡Cómo voy a vivir yo en Noruega! Llevo cuatro años y me sigue costando creérmelo: pero qué pinto yo aquí, quién me ha regalado esto…

Cuando empezaron a entrevistarla en periódicos, radios y televisiones, se animó a poner su nombre y foto en Twitter.

—Entonces me entró un síndrome de impostora todavía más fuerte: ya verás, van a pensar que soy una farsante, que no tengo nivel para estar en estos sitios, en la academia, en la investigación ártica… Tuiteo poco. Me cuesta. En Twitter miro mucho y publico poco. Pero me parecía importante hacer mi reivindicación. No por mí, sino por mostrar que hay mucha gente como yo. A veces veo discursos contra los inmigrantes, que el euskera se pierde porque

vienen los inmigrantes y no lo aprenden, y me da una rabia… Por ahí no paso. Tengo un montón de amigos de mi edad cuyos padres y madres llegaron al País Vasco de muchas partes, hemos nacido aquí, hemos estudiado aquí, hablamos la lengua de aquí. A mí todo esto me ha dado muchos dolores de cabeza, pero mira, estoy orgullosa de dónde vengo, de quién soy, de lo que hago. Sé que tengo poca influencia, pero quiero demostrar que es posible… bueno, ¡que es posible no! ¡Que es lo normal! Que somos muchas personas como yo. Yo soy tan vasca, tan científica, tan profesora como cualquier otra persona, no tengo que dar más explicaciones.

Dice Naima que ahora siente más empatía por su padre. Marroquí de Casablanca, llegó al País Vasco a finales de los ochenta y se puso a trabajar de marino en Bermeo. Cuando Naima nació, él estaba en el mar.

—Mi padre no era marino, pero le gustaba mucho viajar y vino aquí a buscarse la vida. Yo no lo había pensado mucho, pero ahora que llevo cuatro años en Noruega, me doy cuenta de lo difícil que es adaptarse a otro país, desconocer el idioma, superar los recelos, enfermar lejos de los tuyos… Y él pasó muchos más obstáculos, porque al fin y al cabo yo tengo un pasaporte y un título universitario que me han abierto muchas puertas, gracias a que nací donde nací y tuve las oportunidades que tuve. Mira mis primos de Marruecos: tenemos la misma edad, pero qué diferencia de oportunidades. Siempre vamos nosotros a visitarlos a ellos, porque ellos ni siquiera pueden salir de Marruecos. No les dejan entrar en España. Yo he estudiado lo que he querido, me he formado en el extranjero, he hecho lo que me apasiona, me he ido a vivir al país que he elegido. Para mis primos es impensable. Eso es terriblemente injusto. Le doy muchas vueltas a eso. ¿Cómo me presentan a mí ahora en los medios? Una científica vasca en el Ártico, buah, qué aventurera, qué emprendedora. Yo he tenido muchas más facilidades que mi padre, la aventura de mi padre fue mucho más complicada, pero nadie dice que él sea un viajero, un emprendedor, qué va, él es un inmigrante, un tipo de segunda. A veces pienso que yo me planteaba vivir en Francia como aspiración máxima porque ese era el destino típico de los inmigrantes marroquíes, ese era su objetivo. Yo viví en Francia pero seguí avanzando hasta donde quise, hasta Noruega, navego por el Ártico, trabajo en una universidad, pero no porque tenga más mérito que mi padre, sino porque tuve mejor suerte al nacer. Por eso no puedo separar mi faceta de científica de mi historia personal. No se puede hacer ciencia en el vacío, como si fuera una actividad neutra y pura, de gente excelente que está ahí solo por sus méritos, ignorando el entorno social, las desigualdades, las injusticias.

Durante su primera expedición ártica, el barco pasó frente a las costas septentrionales de la isla Spitsbergen, en el archipiélago de las Svalbard, latitud 78. Naima leyó los nombres de los accidentes geográficos en un mapa y corrió a pedir, emocionada, que le sacaran una foto ante los promontorios de hielo y roca negra que entreveían en la niebla.

—Yo llevaba poco tiempo, no hablaba mucho, mis compañeros casi no me conocían y creo que fliparon un poco cuando me vieron tan revolucionada. Es que estábamos pasando por Biscayarhalvøya, la península de los vizcaínos, y Biscayarfonna, el glaciar de los vizcaínos. Me impresionó imaginarme a los balleneros vascos instalados en esa costa, cómo podían llegar hasta allí en sus barcos de madera, a cuatro mil kilómetros del puerto de Bermeo.

Naima explicó el motivo de su emoción y sus compañeros le preguntaron quiénes eran los vascos, si eran lo mismo que los catalanes, si había mucha gente que entendiera ese idioma en el que ella tuiteaba. En 2018, en las islas Svalbard, en aquel paisaje legendario de los balleneros, una tripulación de marinos y científicos internacionales entendió que eso era un vasco: esa mujer de veinticuatro años, piel oscura, pelo rizado negro, geóloga, paleoceanógrafa, navegante, llamada Naima el Bani Altuna.

CAPÍTULO 18. DE DONOSTIA A GETARIA

En el que rescatan a la pobre Rosita del fondo del mar, un alcalde arranca una piedra con una palanca de plata, un artista peina el viento, otro artista se esconde en la arena y se resuelve la confusión entre ballenas y ratones.

a rosita la encontraron

en el fondo del mar, en la bocana del puerto de Pasaia.

—Me llamo Rosita Wicke. Siembro la muerte y la destrucción. En el año 1509 me fundió Juan Vastenone. Esto es verdad.

Rosita es una bombarda de bronce, un cañón de gran calibre, que lleva grabados con letras góticas su nombre, su amenaza y el escudo del condado de Oldemburgo. La encontraron en 1937, mientras sacaban un pesquero hundido por los republicanos en Pasaia para impedir la entrada a los barcos franquistas, la llevaron al museo San Telmo de San Sebastián y ahora vigila la ciudad desde lo alto del castillo en el monte Urgull. Los expertos revelan sus vergüenzas en voz baja: Rosita era pesada y torpe. Para moverse, debían arrastrarla media docena de parejas de bueyes. Y los artilleros tardarían tanto en cebarla que solo podría disparar un cañonazo cada quince minutos. Lo más probable es que no disparara nunca, añaden con discreción, para no ofender. En Urgull recuperó su orgullo y su posición dominante. La instalaron apuntando al océano y no a la ciudad, como para aparentar prudencia, como para que se siga creyendo terrible.

Debió de arrojarla por la borda algún barco que aligeraba peso para no zozobrar, interpretaban. Hasta que Javier López Martín, experto en artillería naval, ató cabos: Oldemburgo era el territorio del que procedían los reyes daneses, solo un barco majestuoso llevaría semejante cañón y resulta que en 1518 se hundió en la bocana de Pasaia un buque insignia del rey de Dinamarca.

Probablemente lo hundieron a propósito. El 4 de mayo de 1518, los calafates del

puerto de Pasaia repasaban las junturas del buque Engelen con estopa y brea cuando se desató un incendio a bordo. El Engelen era una especie de trono náutico del rey de Dinamarca: tenía tres cubiertas, desplazaba mil quinientas toneladas, medía treinta y cinco metros de eslora y trece de manga, el más alto de los cuatro palos alcanzaba cuarenta y cinco metros de altura, solía navegar con 150 marineros y soldados y otros 150 pasajeros entre nobles, cortesanos y sirvientes. Hicieron falta mil robles para construirlo. Bastó una antorcha para destruirlo.

El Engelen se hundió y sus restos deben de estar, quinientos años después, en el fondo de la bocana de Pasaia.

El barco se lo había prestado el rey danés a Carlos, aquel chaval flamenco que había heredado media Europa pero necesitaba zarpar desde los Países Bajos y presentarse en Valladolid para que lo juraran rey de Castilla y en Zaragoza rey de Aragón. El Engelen, escoltado por otros cuarenta barcos, llevó a Carlos por primera vez a Castilla. Poco después de proclamarse rey en Valladolid, Carlos I firmó las capitulaciones con Magallanes: el contrato para autorizar y financiar la expedición a las Molucas, el detonante de la primera vuelta al mundo, entre un militar portugués y un rey flamenco que no hablaba ni papa de castellano. De hecho, en la corte muchos preferían como rey al hermano pequeño de Carlos: Fernando, un castellano de verdad. Y tramaban, tramaban. Así que Carlos I se puso flamenco, empaquetó a su hermanito y quiso mandarlo en el Engelen a los Países Bajos. En vísperas del viaje, el barco ardió en Pasaia y a nadie le pareció casual.

Carlos I ordenó que recuperaran la artillería del barco hundido. Los buzos pasaitarras rescataron 119 cañones y arcabuces pero dejaron a Rosita, porque no la vieron o porque no pudieron con ella.

Rosita fue una bombarda majestuosa y aterradora, la instalaron en el barco de un rey, se hundió entre llamas encendidas por intrigas dinásticas y otro rey intentó rescatarla. Cuando emergió cuatro siglos después, los humanos se habían calmado un poco: ya no la mandaron a la guerra, simplemente la añadieron como adorno en un castillo fosilizado. Ahora los humanos no la temen, ahora se arriman a ella para fotografiarse sin conocimiento ni curiosidad. Rosita está en Urgull como un objeto sin historia, como un souvenir encima de una tele antigua, como un imán en la puerta del frigorífico. Somos coleccionistas de postales, decía, fotografiamos escenarios que no entendemos.

con las piernas se entienden mejor

. Desde Pasaia entro a Donostia-San Sebastián por un carril bici, a ratos laberíntico, que luego calca la silueta de la costa donostiarra. Recorro el paseo marítimo de la Zurriola, cruzo la desembocadura del río Urumea y puedo hacer dos cosas. Una práctica: seguir recto quinientos metros por el Boulevard hasta el club Náutico en la bahía de la Concha; otra turística: desviarme por la extravagancia del paseo Nuevo, un círculo casi completo que bordea la península del monte Urgull, el trono de Rosita, para llegar también al Náutico, sí, pero tras un rodeo de dos kilómetros y medio. Elijo la turística. Porque esta idea de prolongar un paseo cinco veces más de lo necesario, gastando dinerales para construirlo en unos acantilados azotados por el oleaje y para reconstruirlo después de cada temporal, este paseo Nuevo data de 1916 y muestra qué tipo de ciudad estaban reinventando los donostiarras: una ciudad especializada en el inútil y noble arte de pasear.

Cuando el paseo Nuevo llega a la bahía de la Concha, aparece la Construcción vacía. Es una escultura-ventana de seis metros de alto de Jorge Oteiza, quien invirtió la manera de entender el arte: él no quería elaborar una masa sólida para ocupar el espacio, sino una forma que creara un vacío. «Todos quieren decir algo por ocupación. Yo quiero no decir nada, dejar la huella del vacío, de eso que uno no debe decir». Las planchas de acero corten se van desplegando en planos verticales y horizontales, delimitando un espacio aéreo que toma formas distintas cada vez que cambiamos de posición. Así crea un hueco escultórico que enmarca la bahía, ese hueco geográfico que da sentido a la ciudad.

San Sebastián apostó por el hueco. En un territorio tan denso, urbano y ajetreado, la bahía es un agujero de silencio azul. Faltó poco para que la ocuparan con un puerto industrial pero los donostiarras decimonónicos decidieron, como luego Oteiza, no ocupar el vacío sino destacarlo.

De hecho, no fundaron la Donostia moderna poniendo una primera piedra, sino arrancándola. El 4 de mayo de 1863, el alcalde Amilibia desencajó un bloque de la muralla con una palanca de plata, estallaron cohetes y la banda de música empezó a tocar. El Gobierno había liberado a San Sebastián de su estatuto de plaza militar y le dio permiso para demoler los muros que desde la Edad Media habían encerrado esta villa de casas apretadas y calles angostas, con su basílica

barroca pagada con el cacao de Venezuela, al pie del castillo de Urgull. También le permitió urbanizar la costa y las marismas del río Urumea. Hasta entonces esos terrenos extramuros debían permanecer despejados, sin construcciones de ningún tipo, para que el Ejército desarrollara sus maniobras y para no dejar nada al alcance del enemigo, porque San Sebastián era un puerto crucial, un baluarte fronterizo que había sufrido invasiones, incendios, saqueos y destrucciones, y que había servido como base para lanzar invasiones, incendios, saqueos y destrucciones, claro.

San Sebastián fue durante siglos una fortaleza con cuatro puertos —el puerto mayor al amparo de Urgull, el de Ondarreta en la otra esquina de la bahía, el de Santa Catalina en la desembocadura del Urumea y el de la vecina bahía de Pasaia—, y a mediados del siglo

xix

, cuando derribaron la muralla y quisieron crecer, algunos donostiarras apostaron por esa vieja especialidad: propusieron cerrar la bahía con un espigón entre el monte Igeldo y la isla de Santa Clara, para convertirla en un puerto mercante con sus orillas repletas de muelles, almacenes, industrias y vías de tren. Otros apostaron por una especialidad nueva: el turismo. Descubrieron que la bahía era hermosa, que venía gente rica a maravillarse, a tomar los baños de moda, a pasear, así que preservaron el vacío y lo remarcaron. En lugar de muelles construyeron el paseo de la Concha, una obra pensada para admirar el hueco.

Su barandilla de hierro pintada de blanco —una sucesión de círculos adornados con laureles y flores— es la cenefa de la bahía y un icono de la ciudad: aparece en cuadros, fotos y postales, se vende en forma de llaveros, imanes, colgantes y trofeos, en 2018 siete mil donostiarras se inscribieron en el sorteo de 225 módulos de la barandilla que iban a ser sustituidos. Esta antigua villa mercante, militar, pesquera, astillera, corsaria y ballenera tomó como emblema… una barandilla floreada: ahora hay pocas actividades más donostiarras que asomarse y mirar.

A partir de 1887 la reina regente María Cristina fijó su residencia de verano en San Sebastián, mandó construir el palacio de Miramar sobre el promontorio costero de Loretope, otorgó a La Concha el título de Playa Real y la puso de moda entre aristócratas, altos burgueses y burgueses que se ponían de puntillas. San Sebastián se modeló para ellos. Construyó un ensanche con avenidas

amplias, plazas ajardinadas, bulevares de aire parisino, y se entregó a un urbanismo aristocrático-repostero alrededor de La Concha, asomado a la barandilla: el paseo, el balneario de La Perla, el Gran Casino, el funicular panorámico, el parque de atracciones del monte Igeldo, el hotel de Londres, el club Náutico… Un poco más allá, el paseo Nuevo, el hotel María Cristina, el teatro Victoria Eugenia y el casino del Kursaal. Y luego la plaza de toros del Chofre, el transbordador aéreo hasta el parque de atracciones de Ulia, el hipódromo y el circuito automovilístico de Lasarte, porque había que entretener al turista selecto, había que ofrecerle cafeterías, restaurantes, quioscos de música, semanasgrandes, festejos, regatas, corridas, carreras y espectáculos mil.

Fue una reconversión, porque sacar tajada del forastero ya constituía una especialidad ancestral de la ciudad. Durante la fiebre corsaria, los donostiarras traían cuerdas de presos extranjeros, los encerraban en las mazmorras de Urgull y negociaban rescates lo más rápido posible, porque debían encargarse de alimentarlos. Les daban un poco de pan y agua, a cambio ganaban dinerales. En la versión actualizada de 2019, una periodista de El Diario Vasco acompañó de incógnito a una pareja local y a otra extranjera por la Parte Vieja y comprobó que en cinco de los siete bares visitados cobraron más a la extranjera que a la local por los mismos pintxos y las mismas bebidas. Un bar respondió al reportaje con una genialidad: no cobraban más a los extranjeros, es que cobraban menos a los donostiarras. En otro de los casos, «las clientas extranjeras pidieron zuritos, les pusieron cañas y se las cobraron a precio de cañones». El cañonazo como modo de vida, tradición donostiarra, atrajo a montones de marineros del siglo

que pretendían enrolarse en las expediciones corsarias y a montones de mercaderes que compraban en Donostia las mercancías exóticas saqueadas a ingleses, holandeses o franceses, para revenderlas con mucho margen. Los corsarios eran buenos para la hostelería: las posadas y las tiendas rendían muchísimo. Sabemos que alcaldes y concejales ejercían de hosteleros, porque se establecieron pleitos contra ellos. Las leyes del reino de Castilla determinaban una serie de oficios manuales, viles y deshonrosos, por ejemplo los de tendero y mesonero, incompatibles con la hidalguía y con el ejercicio de cargos públicos. El historiador Azpiazu cuenta que el alcalde donostiarra Jorge de Yruin, acusado de alojar huéspedes ingleses en su casa, alegó que los tenía en la planta baja y que él vivía en la superior sin establecer contacto. Zulueta, jurado del Concejo, también respondió que la tienda familiar la llevaba su mujer y que él nunca

vendía nada a nadie.

En el siglo

xx

la apuesta por el turismo dio beneficios extraordinarios. Extravagancias como la del paseo Nuevo quedaron más que justificadas, aunque a mí me inquieta un poco que en mi ciudad sigamos llamando nuevo a algo de 1916.

Tampoco es que hayamos renovado mucho nuestros proyectos desde aquella época: ofrecemos el escaparate más atractivo para que vengan a vernos. Eso lo hemos hecho muy bien durante un siglo, todos sabemos qué bonita es la ciudad, qué bien se vive y qué bien se come, para qué vamos a complicarnos con otras inquietudes. Somos una ciudad turística y hostelera, rentista, complaciente y envejecida, plusmarquista del metro cuadrado, donde la prosperidad se mide en pernoctaciones. La ciudad sigue teniendo nervio, una sociedad civil despierta y exigente, un panorama cultural notable, proyectos científicos y tecnológicos punteros, pero muchos jóvenes se marchan a buscar condiciones respirables y desarrollos atractivos en otras ciudades y otros países más vigorosos. Andamos cortos de exploradores y no parece que eso preocupe demasiado: es el peligro de mirarse en el espejo hasta narcotizarse, es el peligro del narco incomparable.

entiendo un poco mejor

de dónde vengo. Mi madre y mi padre nacieron en este tómbolo arenoso que une el continente con el monte-península de Urgull porque unos giputzes de hace mil años decidieron que en adelante iban a nacer y morir aquí. No fueron los primeros, porque ya se habían instalado allí los romanos, como demuestran las monedas que ahora hacen tan felices a los arqueólogos y que en su momento debieron de amargar el día al pobre várdulo que las perdió por algún agujerico del bolsillo. Y allí seguían algunos pescadores nativos, giputzes del reino de Navarra, sometidos al abad de Leire, cuando se les sumaron los mercaderes gascones con su poderío para fundar San Sebastián en un emplazamiento perfecto. El monte Urgull protegía el puerto de las tempestades. Desde el castillo bombardeaban a cualquier barco enemigo que se acercara con perversas intenciones. La villa amurallada estaba rodeada de marismas que también dificultaban los ataques por tierra. La bahía era tan profunda como para que los

barcos entraran y salieran a voluntad, sin depender de las mareas ni de las barras de arena que a menudo cegaban otros puertos de la costa vasca. Y su situación era estratégica: a cuatro pasos de la frontera con Francia, en el punto al que llegaba el tráfico navarro por el río Urumea y el tráfico castellano por el río Oria, que fluye al otro lado de unas pequeñas colinas. El puerto de Pasaia quedaba dentro su jurisdicción. Así pues, aquí tenían unos puertos estupendos, con una defensa magnífica, en un cruce de comunicaciones europeas por tierra y por mar. La geografía determinó cuál iba a ser la villa más importante de la costa guipuzcoana, uno de los corazones de la historia marítima vasca junto con Bilbao y Baiona.

Sin la geografía no se entiende la historia, ni siquiera la de uno mismo. En este viaje me he hecho una pequeña idea de de dónde vengo, lo más interesante y lo más difícil es decidir adónde voy. Chillida escribió estas frases sobre su trayectoria: «Alerta y libre hasta el final. Guiado solo por un aroma».

el paseo se prolonga

por la playa de Ondarreta y termina en el acantilado donde Chillida instaló su Peine del Viento. En 1952, al poco de volver de París, el escultor se entusiasmó con este extremo donde la ciudad se disolvía entre las rocas, un último rincón a veces habitado por pescadores y parejas de amantes, otras veces desierto cuando batían olas y vendavales. Le fascinaba esta frontera constantemente perdida y recuperada por la naturaleza. Él mismo jugaba de niño en las rocas, cogía cangrejos, pescaba, remaba en un bote hasta la isla de Santa Clara por el pasaje que antaño pretendieron cerrar con un dique y que él abrió aún más al mar. En esta esquina de la bahía, fantasía húmeda para cualquier promotor que quisiera construir un hotel, otro hotel, Chillida pretendió «reconquistar la ciudad comercial, donde se especula con dinero, recuperarla un poco para la gente más sencilla que pasea, que quiere ver el mar y estar cerca de él». El arquitecto Luis Peña Ganchegui dispuso el final del paseo como un teatro griego, con gradas de granito rojo para contemplar las esculturas y el horizonte. En el suelo perforó algunos huecos, por los que el mar entra en sus días furiosos emitiendo aullidos cavernarios y disparando chorros de agua salada. Y en 1977 Chillida forjó las tres grandes piezas de acero para instalarlas en las rocas, tres formas que se abren como garras, tenazas, signos de interrogación.

Yo aquí entiendo, como entendió el obrero de la fundición de Legazpi, lo que hacen las obras de Chillida: hacen espacio, tokia egin. En las tres piezas de acero

percibo el mar salvaje que las envuelve, el mar salvaje que envuelve nuestra ciudad y nuestra historia.

Chillida es nuestra firma en el mar.

en el barrio rural de zubieta

tomo un camino asfaltado que acompaña al río Oria hacia su desembocadura, tranquilo, entre bosques de ribera, praderas, huertas, ovejas, burros, un gato emperador, una familia sentada en taburetes a la puerta del caserío mientras cortan y limpian puerros, un futbolista de Primera División correteando relajado, africanos recogiendo pimientos y resoplando.

de niño

, Jorge Oteiza se metía en los agujeros que dejaban los carros que se llevaban la arena de la playa de Orio. Se tumbaba en el fondo del hueco, miraba arriba y así veía un círculo de cielo azul enmarcado por la tierra. Era un niño introvertido, asustado, impresionado por la brutalidad de otros chavales que estampaban gatos recién nacidos contra la pared y se reían, Oteiza era un niño temeroso de la muerte. En los huecos de la playa encontró una protección, un alivio para su angustia, una conexión entre la oscuridad y la luz, entre la profundidad de la tierra y la del cielo. De adulto se maravilló con los crómlech: los círculos de piedras prehistóricos, monumentos funerarios que crean un hueco, espacio vacío y sagrado. Pedro Manterola, profesor de Bellas Artes, recordaba una reunión en los años sesenta en la que Oteiza explicó a unos artistas jóvenes su idea del vacío: «Mirad este encendedor en la mesa, ¡miradlo bien!». Lo miraron. «Ahora mirad el espacio que deja», y lo apartó de un manotazo.

«Cuando en 1935 navegábamos hacia América en el Arantxamendi, Balenciaga pintaba desde el puente mirando al mar», escribió Oteiza. «Pero no pintaba las olas, pintaba una yunta de bueyes de su caserío de Arrona. El mar sobre el que trabajaba Balenciaga era la bóveda del cielo. Así es la pintura prehistórica. Todas las pinturas están hechas en el cielo. Eso es lo que la cueva, la pared de piedra de las pinturas, representa».

El mar es el escenario sagrado de los bueyes y la tierra el de las ballenas. En 1980 una draga sacó un hueso de ballena del fondo del estuario y los oriotarras lo colocaron como una reliquia en una plazoleta del puerto, junto a un arpón y una placa que recordaba a los antiguos balleneros. En 2021 enviaron una muestra del hueso a una universidad sueca y allí lo dataron entre los años 1253 y 1296: un siglo antes de que se fundara la villa de Orio, los pescadores cazaban ballenas y las arrastraban hasta su aldea.

Orio es un pueblo anfibio. Tiene un pequeño casco medieval elevado, sus casas bajan hasta el estuario del Oria y se prolongan en los nueve pesqueros amarrados en la plaza Mayor. Se puede dar un paso en la plaza y el siguiente en un barco. Son nueve cascos curvos, elegantes, de proa puntiaguda, pintados y repintados de verde, rojo, negro y azul, con advocaciones que mezclan vírgenes y cheguevaras, una flota de bajura que sale a la anchoa, el chicharro, el verdel y el atún. En los balcones ondean unas pocas banderas blanquiazules de la Real Sociedad entre un mar de banderas amarillas, el color del club de remo de Orio, una religión en este pueblo de cinco mil habitantes que presume de la trainera más laureada del Cantábrico. Han ganado treinta y dos banderas de La Concha, más del doble que el siguiente club. Mila bederatziehun ta lehenengo urtian / maiatzaren hamalaugarren egunian: los versos de Antonio Zavala que de niños aprendimos de memoria cuentan que a las nueve de la mañana del 14 de mayo de 1901 los pescadores de Orio saltaron a sus cinco traineras, cargados de arpones, sogas y dinamitas, para salir a por la ballena que nadaba en la barra. Las traineras, capitaneadas por Olaizola, Loidi, Uranga, Atxaga y Manterola, persiguieron a la ballena, la rodearon, le arrojaron los arpones, mientras el animal saltaba, repartía coletazos y rugía. Cuando el mar se tiñó de rojo y la ballena quedó flotando, los vecinos aplaudieron y gritaron desde la playa. Pesó mil doscientas arrobas, dicen los versos, la lengua y las tripas otras doscientas. La ofrecieron entera por seis mil reales y nadie quiso comprarla, así que fundieron su grasa y vendieron el aceite por siete mil reales, las barbas por ciento veinte duros, la carne y la casquería a seis pesetas la tinaja. Pocos meses después, el patrón Manuel Olaizola y sus trece remeros ganaron la primera bandera de La Concha para Orio. Eran los mismos que habían cazado la última ballena de la costa vasca, los que se transformaron de balleneros en deportistas.

cruzo el puente

sobre el estuario y subo por unas rampas endiabladas a la colina de Talaimendi, otra atalaya, por el camino costero de Santiago, de nuevo entre viñedos. Vuelvo al pequeño país de las ballenas y el txakolí en el que empecé este viaje, reconozco el origen al final del camino, como el esclavo Enrique debió de reconocerlo cuando oyó de nuevo la lengua malaya tras diez años viajando siempre al oeste. Un buen viaje —insisten los clásicos— consiste en dar una vuelta entera para volver a nuestro origen y descubrir que ya nunca lo veremos como lo veíamos antes.

Desde Talaimendi se me abre el panorama de la playa de Zarautz, un arenal de dos kilómetros en el que antaño los bueyes arrastraban galeones y ahora los surfistas aran el mar. Al fondo aparece la silueta del ratón de Getaria y yo ya solo veo el vacío que dejan las ballenas.

Perfiles de etapa

Tramo 1: Getaria-Ibarrangelu (Laida)

Distancia: 73 km

Desnivel: 1335 m

Desde la playa de Laida, en verano, un barco cruza la ría de Urdaibai hasta Mundaka. El resto del año hay que pedalear hasta Gernika para pasar a la otra orilla de la ría y seguir hasta Mundaka.

https://eu.wikiloc.com/ibilbide-gravel-bike/vuelta-al-pais-de-elkano-01-getaria-ibarrangelu-laida-106279521

Tramo 2: Mundaka-Bilbao

Distancia: 90 km

Desnivel: 1645 m

De la estación de Abando de Bilbao sale el tren que nos lleva a Orduña en 47 minutos.

https://eu.wikiloc.com/ibilbide-gravel-bike/vuelta-al-pais-de-elkano-2-mundaka-bilbao-106280173

Tramo 3: Orduña-Vitoria/Gasteiz

Distancia: 76 km

Desnivel: 1350 m

https://eu.wikiloc.com/ibilbide-gravel-bike/viaje-al-pais-de-elkano-03-orduna-gasteiz-106281937

Tramo 4: Vitoria/Gasteiz-Ormaiztegi

Distancia: 110 km

Desnivel: 945 m

https://eu.wikiloc.com/ibilbide-gravel-bike/vuelta-al-pais-de-elkano-4-gasteiz-ormaiztegi-106284828

Tramo 5: Ormaiztegi-Andoain-Pamplona

Distancia: 111 km (desde Andoain, 74 km)

Desnivel: 1300 m

En Ormaiztegi podemos tomar el tren hasta Andoain para evitar el tráfico del valle del Oria y acortar la etapa 37 km.

https://eu.wikiloc.com/ibilbide-gravel-bike/vuelta-al-pais-de-elkano-5-ormaiztegi-pamplona-106331600

Tramo 6: Pamplona-Orbaizeta

Distancia: 68 km

Desnivel: 950 m

https://eu.wikiloc.com/ibilbide-gravel-bike/vuelta-al-pais-de-elkano-6-pamplona-orbaitzeta-106334568

Tramo 7: Orbaizeta-Baiona

Distancia: 102 km

Desnivel: 1375 m

https://eu.wikiloc.com/ibilbide-gravel-bike/vuelta-al-pais-de-elkano-7-orbaitzeta-baiona-106336566

Tramo 8: Baiona-Getaria

Distancia: 113 km

Desnivel: 1100 m

https://eu.wikiloc.com/ibilbide-gravel-bike/vuelta-al-pais-de-elkano-8-baiona-getaria-106280972